



**GRANDES
AVENTURAS
EN EL
MAR**

Lectulandia

EN COLORES . EN COLORES

Grandes gestas marineras, y no tan marineras, de todos los tiempos.

Lectulandia

AA. VV.

Grandes aventuras en el mar

ePub r1.0

DaDa 22.10.2018

Título original: *Grandes aventuras en el mar*
AA. VV., 1959
Traducción: M^a. Amparo García-Burgos
Ilustraciones: Luis Bernal y SAMPER
Diseño de cubierta: Fariñas

Editor digital: DaDa
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A mi madre con todo mi amor.

A BORDO DE LA “SANTA MARÍA”

Nuestro gran almirante (1451-1506) pensaba que podía llegarse a las Indias por la ruta del oeste, y no imaginaba, en modo alguno, que iba a descubrir el vasto continente americano. Protegido por los reyes de España, Fernando e Isabel, y financiado por los hermanos Pinzón, Colón va, pues, a emprender la más asombrosa y más maravillosa aventura de todos los tiempos. Precursor de los grandes exploradores modernos, bien merece su aventura ser colocada a la cabeza de todas. Su Diario de a bordo, cuyo original se ha perdido, fue publicado por primera vez en 1825, pero con lamentables abreviaciones de su amigo y compañero de viaje, fray Bartolomé de las Casas. En el texto que damos a continuación van entre comillas los fragmentos extraídos literalmente del Diario de Colón.

“Salí de la ciudad de Granada el sábado 12 de mayo del año 1492. Fui a la ciudad de Palos, puerto de mar, donde equipé tres barcos que convenían muy bien a la empresa, y zarpé de ese puerto con gran provisión de víveres y acompañado de gran número de gente de mar”.

Viernes, 3 de agosto. — Hoy hemos partido de la barra de Saltes a las ocho. Como una fuerte brisa nos empujaba hacia el sur, hicimos, hasta la puesta del sol, sesenta millas, que son quince leguas; en seguida nos dirigimos al sudoeste; después al sur-cuarto-sudoeste, que era nuestra ruta para llegar a Canarias.

Lunes, 6 de agosto. — El timón de una de las tres carabelas se estropeó, El Almirante (Colón) sospechó que el accidente obedecía a un acto premeditado, pues habían visto, antes de la partida, a un marino llamado Gómez Rascón tratar secretamente don Cristóbal Quintero, propietario de la carabela, y que hacía el viaje muy contra su gusto.^[1]

Domingo, 9 de septiembre. — Hoy se hicieron diecinueve leguas, pero el Almirante anotó un número inferior a fin de que, si el viaje era más largo de lo previsto, los marinos no se hallaran propensos a asustarse y descorazonarse. Perseveró en esta medida de prudencia durante toda la navegación.

El Almirante tuvo que reñir varias veces a los marinos porque se inclinaban sobre el cuarto nordeste e incluso sobre el medio cuarto.

Sábado, 15 de septiembre. — Al comienzo de la noche, a cuatro o cinco leguas delante de las carabelas, vimos caer del cielo un maravilloso haz de fuego.^[2]

Domingo, 16 de septiembre. — La temperatura fue benigna a partir del día de hoy. Proporcionaba verdadero gozo contemplar las claras mañanas que se sucedían. No faltaba, decía el Almirante, más que el canto de los ruiseñores. El tiempo era tan agradable como pueda serlo en Andalucía en el mes de abril.

Vimos flotar pequeños montones de hierbas que parecían todavía frescas. Los marineros supusieron que se aproximaban a tierra, pero el Almirante pensó que

estaban cerca de una isla, y no de la tierra firme, ya que dijo: “La tierra firme estará más adelante”.

Lunes, 17 de septiembre. — Corriente favorable a la navegación hacia el oeste. Muchas hierbas, provenientes de rocas, que venían de poniente.

Los pilotos, creyendo estar cerca de tierra, tomaron la dirección del norte que habían marcado; pero observaron con temor y tristeza que las agujas viraban al noroeste un gran cuarto, y pensaron que no los guiaban con fidelidad. El Almirante, para tranquilizarlos, les ordeno que señalaran de nuevo el norte al rayar el día, y les demostró que las agujas eran buenas. Les explicó en seguida el fenómeno diciéndoles que la estrella, que parece inmóvil, tiene variación, mientras que las agujas siempre quedan fijas.

Desde el amanecer había aumentado la cantidad de hierbas, y en uno de los montoncitos se encontró un cangrejo vivo. El Almirante quería guardarlo, pues le parecía que era un signo excelente, ya que decía que no solían encontrarse cangrejos a ochenta leguas de tierra.

Se observó que, desde la partida de Canarias, el aire era más atemperado y el agua del mar menos salobre.

Los marineros luchaban en velocidad: cada uno de ellos quería ver tierra el primero.

La tripulación de la *Niña* pescó una tonina. Se vio un gran número de estos pescados, y, así mismo, un “cola ele paja”, pájaro de los trópicos.

El Almirante escribió: “Esos signos venían de poniente, donde espero que el Dios todopoderoso, de Cuyas manos solamente viene toda victoria, hará que pronto hallemos tierra”.

Viernes, 21 de septiembre. — Al salir el sol vimos el mar cubierto de hierbas procedentes del oeste, como si su superficie estuviese helada. Vimos un pájaro bobo. Divisamos una ballena. El Almirante hizo notar que las ballenas se mantienen siempre cerca de la tierra.

Sábado, 22 de septiembre. — Casi nada de hierba; diversos pájaros: damieros (pájaros de mar) o petreles manchados. Se navegó al oesnoroeste.

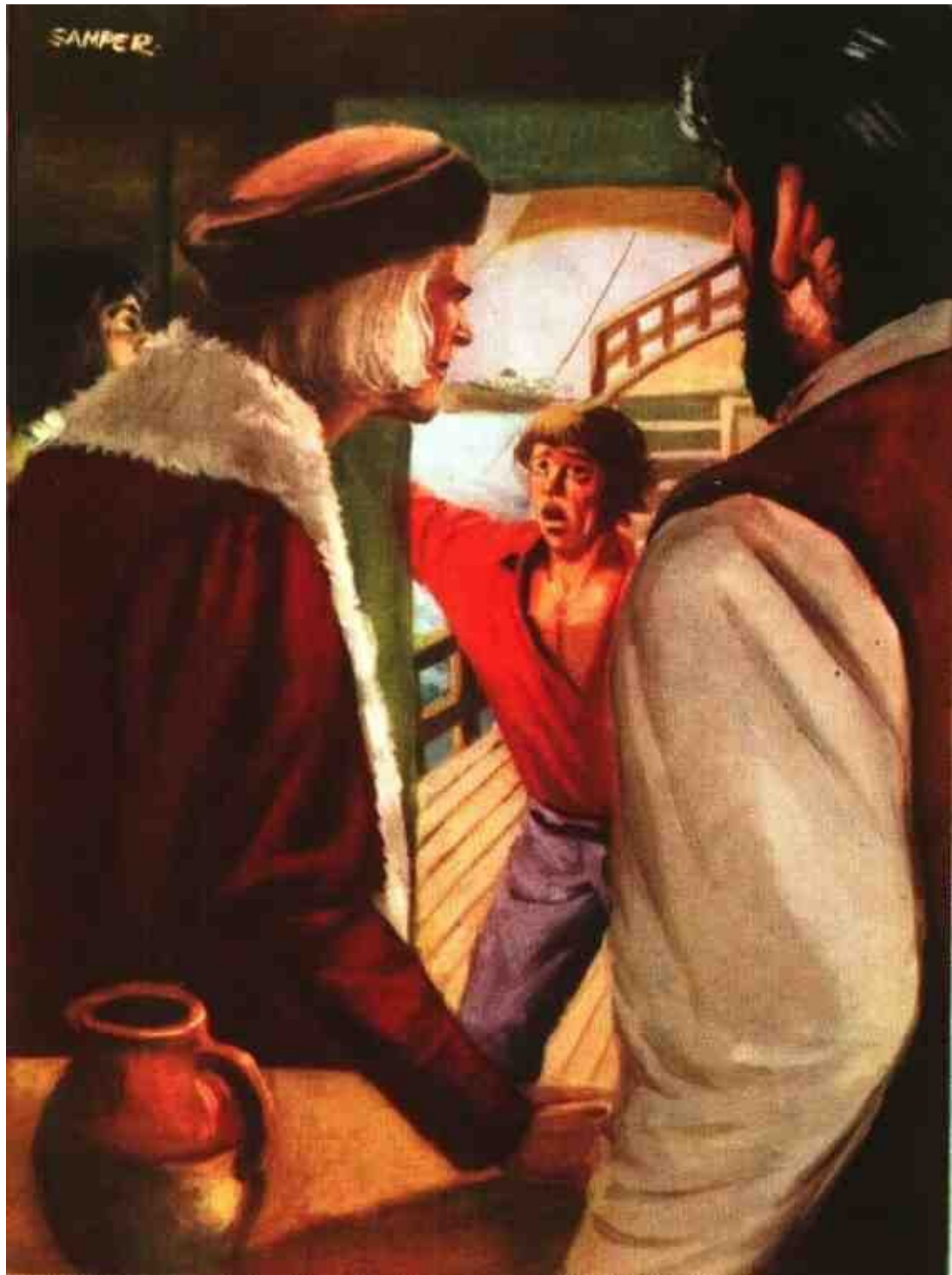
El viento contrario me era muy necesario, pues la gente de mi tripulación estaba poseída de gran excitación, persuadida de que, en estos mares, no soplaban vientos que pudieran llevarlas a España. Por la tarde, hierbas muy espesas.

Domingo, 2 de septiembre. — Navegación al noroeste, cuarto al norte, y, de vez en cuando, en la verdadera dirección al oeste. Una tórtola, un pájaro bobo, un gorrión de río, otros pájaros blancos, cangrejos en las hierbas.

La calma del mar hizo murmurar a la tripulación, que repetía que, ya que no había mar gruesa en estos parajes, jamás habrían vientos que los llevaran a España. “Felizmente pronto se levantó el mar”.

Martes, 25 de septiembre. — El Almirante se pasó, a la carabela la *Pinta* para hablar con Martín Alonso pinzón acerca de una carta geográfica que le había enviado

hacía tres días, y sobre la que, al parecer, aquél había pintado algunas islas que esperaba encontrar en aquellos mares. Martín Alonso pretendía que estaban en la vecindad de las susodichas islas, y ésa era también la opinión del Almirante. Según éste, la causa de no haberlas encontrado aún era la corriente que arrastraba el buque hacia el nordeste, y que se había avanzado menos (hacia el oeste) de lo que los pilotos suponían. Vuelto a su buque, quiso que le enviaran la carta geográfica, lo que se hizo por medio de una cuerda. Se puso a trabajar sobre ella, juntamente con su piloto y demás marineros, hasta que Martín Alonso, al ponerse el sol, subió a la popa de su navío, y, como transportado de gozo, llamó al Almirante, gritando: “¡Buenas noticias! ¡Veo tierra!”.



El Almirante, oyendo la seguridad con que se expresaba Martín Alonso, se puso de rodillas para dar gracias a Dios. Las tripulaciones de la *Pinta* y del buque almirante entonaron el *Gloria in excelsis Deo*. Los marineros de la *Niña*, subidos en el mástil de cofa y en las cuerdas, afirmaban que veían tierra. Por orden del Almirante dejaron la ruta del oeste para tomar la dirección sudoeste, hacia la tierra que creían tener a veinticinco leguas.

El mar estaba muy tranquilo, los marineros se echaron a nadar y vieron doradas y otros pescados.

Sábado, 6 de octubre. — Martín Alonso Pinzón expresó su opinión de que valía más navegar un cuarto a oeste, en la dirección sudeste. No fue ésa la opinión del Almirante, que no quería desviarse de la dirección oeste. Era preciso ante todo, decía, llegar a tierra firme de Asia. Ya verían después las islas.

Domingo, 7 de octubre. — Como el rey y la reina habían prometido una recompensa al primero que vislumbrara tierra, las carabelas se pusieron a luchar en velocidad hacia delante. El Almirante había dicho que la carabela que lograra esa ventaja enarbolará un pabellón en lo alto del mástil de cofa y efectuara una descarga. Cuando salió el sol hizo la *Niña* los signos convenidos: su tripulación creía haber descubierto tierra, porque un gran número de pájaros volaban del norte al sudoeste, ya sea por huir del invierno, ya por ir a descansar por la noche a tierra. Otra ilusión más. Sin embargo Colón, teniendo en cuenta aquel signo, consintió en ensayar la dirección oeste-sudoeste.

Lunes 8 de octubre. — El mar estaba tan hermoso como el río de Sevilla, y la temperatura tan dulce como en el mes de abril. El aire era tan suave como en Andalucía; era un placer respirar aquel aire, que estaba como embalsamado, decía Colón. Vieron hierba fresca, pájaros de los campos que huían hacia el sur, cornejas, patos y un pájaro bobo. Por la noche hicieron hasta quince millas por hora en la dirección oesudoeste.

Martes, 9 de octubre. — Navegación al sudoeste. El viento sopla del oeste cuarto al noroeste. Durante la noche se escucha cómo pasan los pájaros.

Miércoles, 10 de octubre. — Al llegar aquí, la gente de la tripulación se quejó de lo largo del camino: ya no quería ir más lejos. El Almirante, hizo cuanto pudo para levantar su valor, ponderándoles el provecho que les esperaba. Añadió además, con firmeza, que ninguna queja le haría cambiar de resolución; que se había puesto en camino para dirigirse a las Indias, y continuaría su ruta hasta que llegara allí, con el auxilio del Señor.

Jueves, 11 de octubre. — Navegación al oesudoeste. Mar gruesa. Dameros y un rosal verde cerca de la carabela de Colón. Desde la *Pinta* vieron otro rosal, un palo, otro palito, que cogieron y que parecía haber sido cortado con hierro, una rama de rosal, hierbas y una tablita. La tripulación de la *Niña* vio un palito con espinas y flores, y todos los espíritus se regocijaron.

El Almirante ordenó, al fin de la jornada, que volvieran a tomar la dirección oeste.

El buque la *Pinta*, el mejor velero de las tres carabelas, iba a la cabeza. Y él fue el que hizo señales de que había descubierto tierra. Un marinero llamado Rodrigo de Triana fue el primero que vio tierra, Pues el Almirante, hallándose a las diez de la noche en el castillo de popa, había observado una luz, pero rodeada de una oscuridad tan espesa que quedó en duda de si sería señal de tierra. Sin embargo llamó al tapicero del rey, Pedro Gutiérrez, y habiéndole invitado a mirar también éste columbró la luz. Rodrigo Sánchez de Segovia, que gobernaba la flota, llamó a su vez, no distinguió la luz; pero cuando fue advertido por el Almirante la buscó, y la vio después de intentarlo una o dos veces. Parecía una candela que alzaran y bajaran.

En ese momento todos los marineros se reunieron para cantar la *Salve* y el Almirante los invitó a mantenerse en el castillo de popa y a estar bien atentos, prometiendo dar al primero que viera tierra un jubón de seda, además de la recompensa de diez mil maravedíes de renta y otras promesas hechas por el rey y la reina.

Viernes, 12 de octubre. — A las dos de la madrugada vieron realmente tierra: no estaba más que a dos leguas de distancia.

Se detuvieron y esperaron a que amaneciera. La tierra en cuestión era una pequeña isla de las Lucayas, que los indios llamaban Guanahaní.^[3] Pronto aparecieron algunos indígenas. Todos iban desnudos.

El Almirante descendió a una barca armada, con Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón, su hermano, capitán de la *Niña*. El Almirante llevaba en la mano la bandera real: los capitanes portaban cada uno el pendón con la cruz verde, que servía de signo de reconocimiento de cada barco. En el centro de tales pendones había una cruz; a la derecha de la cruz, una F (Fernando), y a la izquierda, una I (Isabel). Al llegar a tierra vieron hermosos árboles verdes, diversas especies de frutos y mucho agua. Con el Almirante y los dos capitanes estaba el inspector, Rodrigo Sánchez de Segovia; el secretario de la flota, Rodrigo Descovedo, y varios otros. El Almirante, poniéndolos por testigos, declaró que tomaba posesión de la isla en nombre del rey y de la reina, y en seguida hizo una acta para refrendar dicha declaración. Mientras pasaban estas cosas, los aborígenes de la isla venían a reunirse en torno del Almirante y de sus compañeros.

He aquí las auténticas palabras de Colón:

“Con el deseo de inspirarles amistad hacia nosotros, y persuadido, al verlos, de que se confiarían mejor a nosotros y estarían más dispuestos a abrazar nuestra santa fe si usábamos la dulzura para persuadirlos, más que si recurriamos a la fuerza regalé a muchos de ellos bonetes de color y cuentas de vidrio que se colgaron al cuello. Añadí algunas otras cosas de poco precio. Ellos manifestaban una verdadera alegría, y se mostraban tan reconocidos que

nos quedamos maravillados. Cuando regresamos a las embarcaciones vinieron, nadando, a acompañarnos y nos ofrecieron loros, ovillos de hilo de algodón, dardos y otras muchas cosas: a cambio de ello, nosotros les regalamos pequeñas cuentas de vidrio, cascabeles y otros objetos. Aceptaban todo lo que les dábamos, y del mismo modo nos daban cuanto tenían. Con todo, me parecieron muy pobres. Los hombres y las mujeres iban desnudos, como al salir del seno de su madre. Entre los que vimos, una sola mujer era bastante joven, y ninguno de los hombres tenía menos de treinta años. Por lo demás eran bien formados, bellos de cuerpo y agradables de rostro. Sus cabellos, gruesos como crines de cola de caballo, les caían por delante hasta sus cejas; por detrás les colgaba un largo mechón que jamás se lo cortaban. Algunos se pintaban de un color negruzco, pero en general son del mismo color que los habitantes de las islas Canarias. No son ni negros ni blancos; también hay algunos que se pintan de blanco, o de rojo, o de todos los colores, ya el cuerpo entero, ya solamente el rostro, o los ojos, o solamente la nariz. No tienen armas como las nuestras, y ni siquiera saben para lo que sirven. Cuando yo les mostraba los sables, los tomaban por la parte afilada y se dañaban los dedos. No tienen hierro. Sus dardos son de palo. La punta no es de hierro, sino que lleva a veces un diente de pescado o algún otro cuerpo duro. Son graciosos en sus movimientos. Como noté que varios tenían cicatrices por el cuerpo, les pregunté con ayuda de signos, cómo habían sido heridos, y me respondieron, del mismo modo, que los habitantes de las islas vecinas venían a atacarlos para llevárselos y que ellos se defendían. Pensé, y pienso todavía, que vienen del continente para hacerlos prisioneros y convertirlos en esclavos, pues deben ser servidores fieles y de gran dulzura. Tienen facilidad para repetir en seguida lo que escuchan. Estoy persuadido de que se convertirán al cristianismo sin dificultad, pues creo que no pertenecen a ninguna religión. Si Dios lo permite, a mi partida me llevaré de aquí unos seis y los conduciré a Vuestra Alteza, a fin de que aprendan la lengua española. Los únicos animales que he visto hasta ahora en esta isla son los loros.

”Una piragua pequeña vino de la otra punta de la isla. Estaba conducida por un solo hombre que nos ofrecía un ovillo de algodón.

”Pero no quiso entrar en la carabela. Varios marineros se arrojaron al mar y le cogieron. Desde la popa de mi carabela yo lo había, visto todo. Hice venir al indígena y cuando estuvo cerca de mí le puse en la cabeza un bonete rojo; en los brazos, cuentas verdes, y en las orejas, dos cascabeles. En seguida ordené que le devolvieran su piragua, que ya habían subido a bordo, y que le dejaran partir. A la vez quise que se soltara otra piragua que se había acercado a la popa de la *Niña*. Observé con interés lo que pasaba en la orilla en el momento de llegar a ella el indio al que acababa de hacer tantos regalos, y a

quien no había querido aceptar el algodón. Estaba rodeado de un gran número de habitantes, y parecían alabarnos. Imagino que él les diría que si nosotros le habíamos cogido, sería porque él habría cometido alguna falta contra nosotros. En efecto: mi esperanza había sido que así daría informes favorables por nuestra cuenta, y por eso le había tratado con tanta bondad, por mi empeño de conciliarnos con aquella pobre gente, a fin de no encontrarla hostil cuando Vuestras Altezas nos envíen de nuevo hacia aquella isla. Todos los regalos que les he hecho no valen, por otra parte, cuatro maravedíes”.

El Almirante hizo velas hacia otra isla muy grande que se percibía al oeste y cuyos habitantes, según lo que dieron a entender los indios que se llevaron de San Salvador, llevaban cadenas de oro en las piernas, en los brazos cuello, nariz y orejas.

Esta isla, que él llamó Fernandina, estaba a nueve leguas de la Concepción, y, según creyó el Almirante, tenía veintiocho leguas de costa. Notó que, como San Salvador y Concepción, era verde, fértil, muy llana, sin montañas, pero también rodeada de arrecifes.

Viernes, 19 de octubre. — La *Santa María*, carabela del Almirante, tomó la dirección sudeste; la *Pinta*, esteseeste, y la *Niña*, sudsudeste. Tres horas más tarde los tres buques vieron una isla; largaron velas por su parte y llegaron allí antes del mediodía, por la punta norte. Esta era, según los indios, la isla Samoeto. El Almirante le dio el nombre de Isabela, y llamó cabo Hermoso al situado al oeste, donde ancló por la noche. Esta isla le pareció más bella todavía que las que ya había visto. Algunas colinas cortaban la planicie. Un promontorio, por el norte, estaba cubierto de un espeso bosque.

“Mis ojos —dice Colón— no podían dejar de contemplar aquellos follajes tan diferentes de los de nuestros árboles. Estoy persuadido de que, entre tantas plantas y tantos arbustos, hay muchos que serían de gran valor en España para la medicina, las especias y la tintorería. Desgraciadamente yo no sé nada de eso, lo que me causa gran contrariedad. Al llegar al cabo las flores y los árboles expandían un perfume tan dulce que respirábamos el aire con delicia. Mañana me adentraré al interior, pues en el interior, según dicen los indios, que vienen con nosotros, vive el rey. Veré a ese rey, hablaré a ese soberano, que —añade— manda sobre todas las islas de los alrededores, tiene vestidos magníficos y está totalmente cubierto de adornos de oro. Sin embargo no es que yo tenga gran confianza en ellos. En primer lugar es posible que no los comprenda muy bien, y después, como ellos no tienen mucho oro, quizás exageren el valor de lo que el rey pueda poseer de ese metal. Además no tengo intención de visitar estas, islas de modo que pueda estudiarlas con detalle. No acabaría en cincuenta años. Procuraré descubrir el mayor número posible de países y estar de regreso en el mes de abril cerca de Vuestras Altezas, si Dios quiere. Solamente si descubriese un sitio donde verdaderamente encontrara mucho oro y especias, me detendría para reunir la mayor cantidad posible”.

Viernes, 2 de noviembre. — El Almirante envió a tierra a Rodrigo de Jerez de Ayamonte, Luis de Torres, judío que sabía el hebreo, el caldeo y un poco de árabe, y dos indios, el uno de Guanahaní, y el otro habitante del mismo país. Les dio collares de perlas, a fin de que les fuera posible comprar alimentos cuando los necesitaran. Les recomendó que volvieran, todo lo más tarde, después de seis días. Les dio instrucciones sobre lo que tenían que mirar y preguntar y sobre lo que habían de decir al rey del país.

Sábado, 3 de noviembre. — El Almirante remontó el río en su chalupa, hasta dos leguas adentro, para encontrar agua dulce y visitar el país, pero no vio sino grandes bosques odoríferos. Los habitantes vinieron en piraguas a los navíos para ofrecerles ovillos de algodón y hamacas a cambio de otros objetos.

Domingo, 4 de noviembre. — Dos hombres de la tripulación de Martín Alonso Pinzón creyeron haber descubierto canela y árboles de este producto. Colón les demostró que era un error. Enseñó verdaderas muestras de canela y pimienta a los indios, los cuales le aseguraron por signos que encontrarían muchos de aquellos productos al sudeste, y que también por aquella parte había tráfico comercial y grandes navíos. Indicaron muchas veces un lugar llamado Bohío, donde podrían hallar mucho oro y perlas.

También daban a entender los indios que en aquellas tierras habitaban hombres con un solo ojo y hombres con cabeza de perro, monstruos que se comían a los hombres arrancándoles la cabeza y bebiendo su sangre.

Entre las plantas y legumbres del país, Colón observó los mames o batatas con gusto de castañas y también habichuelas habas y algodón.

Lunes, 5 de noviembre. — Se ocuparon en la reparación de los navíos, teniendo cuidado de no trabajar todos a la vez a fin de que la tripulación pudiera cuidar en todo momento de su seguridad. A despecho de la dulzura de los habitantes Colón los vigilaba con prudencia.

El contraamaestre de la *Niña* descubrió la goma lentisca, y poco después vieron, en efecto, las almácigas.

Martes, 6 de noviembre. — En la noche del 5 al 6 vieron volver a los hombres que Colón había enviado, como embajada, cerca del rey. He aquí lo que contaron los dos europeos: habían encontrado a doce leguas un grupo de unas cincuenta grandes casas en forma de tiendas. Los habitantes, en número de mil, poco más o menos, los habían recibido afablemente y habían testimoniado por su admiración que los creían llegados del cielo. Los habían llevado en brazos a la choza más bella, y después de haberlos hecho sentar sobre unos asientos, los indígenas se pusieron en cuclillas alrededor de ellos. Les besaban los pies y las manos, y los tocaban para asegurar se de que eran de carne y hueso. En todos los pueblos por los que pasaron se condujeron del mismo modo con ellos. Encontraron hombres y mujeres que llevaban hierbas, para aspirar su perfume, y carbones encendidos.^[4]

Vieron gansos, perdices, pero no pudieron ver más cuadrúpedos que los perros, los cuales no ladraban.

En una sola choza hallaron más de cincuenta arrobas de algodón.

Algunos indios habían acompañado a los dos embajadores. Hubieran querido llevarlos a España, pero ellos se negaron.

“Hoy —dice el Almirante— he hecho poner el navío a flote. Apresuro los trabajos con el deseo de partir el jueves, en nombre de Dios, en dirección sudeste, para buscar allí oro y especias y descubrir tierras”.

De esta forma sencilla y breve dio cuenta Colón de la hazaña marinera más grande que conoció el mundo.

*Por Castilla y Aragón
nuevo mundo halló Colón.*

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

Un día de primeros de marzo de 1518, en el palacio real de Valladolid. El rey, rodeado de sus cuatro consejeros favoritos, escucha silenciosamente a un hombre barbudo, de pie ante él, que lleva hablando ya largo rato. El rey no tiene más que dieciocho años: es Carlos I de España y V de Alemania. El hombre barbudo, rechoncho, con ojos negros hundidos, tiene treinta y ocho años. Es un portugués llamado Fernao Magalhaes o Maghellanes —la ortografía es indecisa—, navegante.

Magallanes —demos en seguida a su nombre la forma moderna— habla al rey de las islas Molucas. Éstas son las “islas de las especias”, fuente de riqueza inagotable, objeto de codicia de las naciones marineras, y, singularmente, de Portugal. Los portugueses han avanzado muy lejos hacia el este, por el lado de las Indias, y esperan llegar por esa parte a las islas de las especias. Magallanes explica al rey que no es ese largo camino —la vuelta por el sur de África, el océano Índice, el archipiélago de la Sonda— el que hay que seguir, sino el oeste. Magallanes no ignora —sébase bien— que un continente recientemente descubierto, América, corta la ruta por ese lado. O más bien: dicen que corta la ruta. Porque él, Magallanes, sabe que existe un paso, hacia el sur del nuevo continente. No lo ha visto nunca, pero tiene la convicción de que existe. Es preciso encontrarlo. Que le proporcionen medios, y él alcanzará por el oeste las islas de las especias. Ira a conquistarlas para España.

Magallanes tiene un historial como navegante que da peso a sus palabras. Ha ido muchas veces a las Indias con flotas portuguesas, su ciencia y su valor son bien conocidos. ¿Por qué no ha ofrecido al rey de su país esta riqueza que ofrece a España? Ya lo ha hecho. Pero ha sido rechazado. Su carácter frío, e incluso difícil, ha disgustado al rey Manuel, que prefiere a los aduladores cortesanos. Magallanes ha llegado a recibir la autorización, aunque un poco despectiva, de dirigirse con su proposición a otra parte. Y eso es lo que acaba de hacer. Al llegar a este punto con su exposición, se vuelve a medias y hace una seña a un mayordomo colocado cerca de la puerta. Introducen entonces en el salón a un joven de rostro bronceado, de miembros enjutos, que Magallanes conduce hasta el rey.

—He comprado este esclavo en Malaca —explica Magallanes—. Le he hecho bautizar. Su nombre es Enrique.

Ni el rey ni los consejeros han visto nunca a un hombre parecido a aquél. Le examinan con curiosidad. El rey le hace hablar. Enrique responde en un español mezclado de portugués comprensible.

Su país natal no está muy lejos de las islas de las especias —indica Magallanes.

¡Las islas de las especias! La vista de una criatura humana nacida en los parajes de esas islas codiciadas excita la imaginación más que cualquier discurso. El rey se vuelve hacia Magallanes, que de nuevo habla de su proyecto, y le escucha con

creciente interés. Algunas semanas más tarde el proyecto será aceptado. Magallanes recibirá todos los apoyos (que pudiera desear. Un contrato que le confiere —como a Cristóbal Colón— el título de gobernador de todos los territorio: será firmado por Carlos I el 22 de marzo de 1518.

Antes de embarcarse Magallanes redactará su testamento. Dejará escrito que desea que “a partir del día de su muerte, su prisionero y esclavo Enrique, nacido en la ciudad de Malaca, y de edad de unos veintiséis años, sea libre de toda obligación de esclavitud o de subordinación, y que pueda, a partir de ese momento, conducirse como quiera”. Y estipulará que deberá retirarse una suma de diez mil maravedíes de su fortuna para el mantenimiento de Enrique.

La flota de Magallanes sale de San Lúcar de Barrameda, en la embocadura del Guadalquivir, el 20 de septiembre de 1519. Está compuesta de cinco buques: La *Trinida* (el buque almirante), el *San Antonio*, la *Concepción*, el *Santiago* y la *Victoria*. El mayor, de ciento veinte toneladas; el menor, de setenta y cinco. Doscientos sesenta y cinco hombres se hallaban a bordo, con provisiones para tres años, armas, objetos destinados al cambio con los salvajes, espejos, tijeras, hachas, pañuelos de color, alhajas de cobre y veinte mil Campanillas. Los navegantes de la época sabían que las campanillas constituían la mejor moneda de cambio.

Para poner en estado, armar y aprovisionar su flota Magallanes, aunque gozaba del apoyo real, había tenido que hacer grandes derroches de energía. Enviados secretos de Portugal habían intentado todo lo posible para hacer fracasar su empresa antes de la partida. Para Portugal, que le había rechazado, era el gran navegante ahora un traidor. Para los españoles, que la voluntad real ponía a sus órdenes —y especialmente para los cuatro capitanes españoles que partían con él—, era un tráfuga, un sospechoso, en todo caso un extranjero a quien no era agradable tener que obedecer.

13 de diciembre de 1519. — La flota de Magallanes ancla en la bahía de Rio de Janeiro. Los indígenas se precipitan fuera de sus chozas y se acercan a la playa. Se muestran curiosos, dulces, pasivos, en absoluto amenazadores. Se organizan las primeras operaciones de cambio, fantásticamente provechosas para los navegantes: seis gallinas por un anzuelo, diez loros por un pequeño cristal, una cesta de piñas por una campanilla. Magallanes autoriza los cambios, pero prohíbe todo acto de violencia o de engaño para los salvajes. El resultado es que, cuando ven que los españoles se arrodillan delante de la cruz plantada en la orilla, se arrodillan también ante el símbolo de una divinidad que no puede ser comprendida por ellos, pero que, a todas luces, ha de ser buena.

Trece días más tarde parte la flota. Magallanes va a buscar hacia el sur, el pasaje que existe —así lo cree firmemente— través del continente. Ahora bien: esta convicción está fundada en un error. Magallanes ha tenido entre sus manos un documento que data de principios del siglo, redactado por geógrafos alemanes, y según el cual los pilotos portugueses habían visto dicho pasaje. Se sabe hoy que sus

predecesores no habían visto en realidad —y sin intentar explorarla— más que la desembocadura del río de la Plata, que habían tomado por un mar. Este error va costar caro a Magallanes.

No se trata de contar en algunas páginas los episodios que se suceden entre el 26 de diciembre de 1519 y el 22 de noviembre de 1520, que comprenden un invierno terrible y una revuelta de los capitanes, duramente reprimida por Magallanes. Después de haber puesto su fe en un documento erróneo —pero si no hubiese puesto su fe en él jamás hubiera partido— Magallanes había de chocar contra la barrera americana, como una avispa contra un cristal, durante meses. Cuando, al fin, franqueó el pasaje que hoy lleva su nombre, uno de sus barcos se había destrozado sobre las rocas, y otro había desertado de la expedición para volverse a España. A bordo de los otros tres navíos los hombres estaban agotados.

El viaje de Cristóbal Colón, emprendido con buques completamente nuevos y bien provisionados, había durado treinta y tres días. Cien días habían transcurrido antes que los vigías de Magallanes, que vieron desaparecer en el horizonte la Tierra de Fuego, vislumbraran de nuevo tierra.

El inmenso océano desconocido estaba azul y resplandeciente como un espejo; el cielo, sereno; los vientos, débiles. Los víveres se corrompían. El agua conservada a bordo despedía tal olor que los marineros tenían que taparse las narices para pasar el único trago que se les daba cada día. Añadieron aserrín a los restos de galleta, comieron el cuero que guarnecía las vergas. Diecinueve hombres perecieron de escorbuto y de privaciones.

Tan terribles desgracias acabaron tan pronto como desembarcaron sobre la primera isla, donde se proveyeron de gallinas, cerdos y frutas. En algunos días los medio muertos descubridores recobraron sus fuerzas. Después de una semana de reposo pusieron velas de nuevo. Descubrieron otra isla... y otra más...

Sin embargo, una preocupación fruncía el ceño de Magallanes. Él había contado con que su ruta le conduciría a las Molucas. Pero en las islas que desembarcaron no había nada de especias, ni pimienta, ni canela, ni jengibre. Entonces ¿dónde se hallaban? ¿En qué región del inmenso océano? ¿No habría sido una quimera la idea de llegar por el oeste a las islas de las especias?

Cuatro días más de navegación y de nuevo se hallaban frente a una isla.

Los indígenas se reúnen en la orilla, curiosos, dirigiendo signos de amistad a los navíos. Una vez más Magallanes envía a Enrique en la primera embarcación que se dirige a la playa. Y esta vez se produce el milagro.

Los indígenas rodean a Enrique, le hablan. Y Enrique se da cuenta de que comprende casi todo su lenguaje. También él puede hacerse entender por ellos. Allí, sobre esa playa de blanca arena deslumbrante de sol, experimenta ciertamente una de las mayores emociones de su vida. ¡Qué hombre no se emociona al oír su lengua, después de muchos años de exilio! Enrique vuelve a bordo e informa a Magallanes. Éste lo ha adivinado ya, de lejos ha asistido al coloquio. La flota ha llegado a la zona

del globo donde hablan las lenguas malayas. La empresa, casi inconcebible, está cumplida. La vuelta al mundo.

Magallanes sabrá poco después que no se encuentra todavía en las Molucas, sino en Massava, una isla muy pequeña del archipiélago filipino. Poco importa: las Molucas no pueden estar más que a algunos días de navegación. Magallanes tiene ante él al hombre que, el primero, ha encontrado hombres de su lengua después de haber dado la vuelta al mundo. Es un hombre que no posee nada, un esclavo, pero bautizado en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¿No hemos de ver en esto un admirable y discreto símbolo? También Magallanes está, quizás, emocionado. En este momento ni siquiera piensa en las especias. Él, el primero, acaba de demostrar por experiencia que la tierra es redonda y que se la puede circundar. Y gracias a su tenacidad, a su inteligencia y a su increíble valor ha podido ser realizada tamaña empresa, única en la historia de la humanidad.

Esta escena se desarrolla el 28 de marzo de 1521.

Desde Massava la flota llegó a Cebú, donde descubrieron un verdadero puerto lleno de grandes juncos, incluso se hallaba allí un velero árabe llegado de Siam. Los espacios inexplorados del globo estaban ya franqueados, se hallaban de nuevo en el mundo conocido.

El rajá de Cebú no había visto nunca, sin embargo, a un solo europeo. El capitán del velero moro los había visto en las Indias. Tan pronto aparecieron las velas portadoras de la cruz de Santiago, advirtió al rajá:

—¡Son los diablos blancos! Los hermanos de aquellos que vinieron del oeste y que desvalijaron y conquistaron Calcuta y Malaca.

El árabe confundía a los españoles con los portugueses, detalle insignificante. Aconsejó al rajá que no se metiera en conflictos con los recién llegados y que se mostrara prudente: los diablos blancos disponían de poderosas armas.

Impresionado, Humabon —tal era el nombre del soberano— siguió sus consejos. Recibió a Magallanes con honor, y se declaró dispuesto a concluir un pacto por el que reconocía la soberanía del poderoso emperador de España. Los indígenas de Cebú no tenían especias que ofrecer a los navegantes a cambio de la pacotilla y otras mercancías, pero tenían oro. Este metal les parecía menos precioso que el hierro, tan raro entre ellos, y tan útil para fabricar armas. A cambio de catorce libras de hierro daban quince libras de oro. Los marineros de Magallanes, de no ser detenidos por su jefe, hubieran cambiado todo el que se encontraba a bordo.

Magallanes se cuidó de moderar el volumen de los cambios, a fin de que los indígenas no se percataran de cuánto valía el oro a los ojos de los europeos. También se cuidó de que los indígenas no fueran engañados con respecto al peso, ni extorsionados por la fuerza. Así mismo, imitando en esto a los ingenuos indígenas de Río de Janeiro, los habitantes de Cebú, cuando vieron que los españoles se arrodillaban delante de la cruz, pensaron que el Dios de los hombres blancos era un Dios justo y bueno, y desearon abrazar su religión.

“Nuestro capitán les declaró —señala el italiano Pigafetta, historiador de la expedición— que no debían hacerse cristianos por temor o por darnos gusto: era preciso que fuera por su propia voluntad y por amor a Dios. Si no lo deseaban no se les haría ningún daño. Entonces todos gritaron con una sola voz que querían hacerse cristianos no por temor o por dar gusto a Magallanes, sino de propia voluntad. Se entregaban completamente a él, y este debía considerarlos como sus propios súbditos”.

No lejos de Cebú se encontraba una pequeña isla, Mactan, cuyo soberano —única excepción entre los reyezuelos vecinos— rehusaba reconocer la autoridad del rajá de Cebú. Magallanes decidió hacerle entrar en razón por evidentes motivos políticos: convenía que el nuevo vasallo del rey de España fuera respetado en sus dominios.

Magallanes se embarcó con sesenta hombres para franquear el estrecho, que separaba las dos islas. En su opinión la expedición tendría el carácter de una simple demostración: bastaría que los indígenas de Mactan vieran cómo sus flechas resbalaban sobre las corazas de los hombres blancos, para que se sometieran a esos dioses invulnerables. Ya había hecho con éxito tal demostración en una de las primeras islas descubiertas. Si hacía falta, algunas descargas de mosquetería acabarían de impresionarlos. Magallanes no podía saber que su destino en la tierra había terminado.

Al aproximarse las barcas a la orilla de Mactan, los bancos de coral las detuvieron. Los españoles, cargados con el peso de sus corazas, descendieron de las canoas y comenzaron a avanzar lentamente, con el agua hasta el pecho, bajo una lluvia de flechas. Mil quinientos indígenas estaban reunidos sobre la playa. No parecían asombrarse al ver que sus flechas rebotaban en las corazas. Continuaban tirando. Pero a esa distancia sus proyectiles no alcanzaban a los salvajes, o, lo que es peor, caían blandamente sobre sus escudos. Faltaba por completo el efecto de estupor y de miedo.



Mientras tanto los españoles continuaban avanzando. Los indígenas se dieron cuenta de que si su busto estaba protegido por las corazas, no sucedía lo mismo con sus piernas. Tiraron a las piernas. Magallanes sintió que una flecha envenenada atravesaba su pie. Dio entonces orden de retroceder palmo a palmo, pero los españoles estaban en tan mala posición que la retirada fue precipitada y desordenada. Magallanes, rodeado solamente por seis o siete fieles, perdió su casco. Una flecha le alcanzó en pleno rostro, otra en el brazo derecho. Cayó. Los filipinos se arrojaron sobre él y le atravesaron con sus lanzas, hechas con cañas endurecidas al fuego.

“Y así fue —cuenta Pigafetta— de la forma que tomó parte en el combate y fue herido; de la forma que mataron a nuestro modelo, nuestra luz, nuestro consuelo, nuestro venerado jefe”. Los españoles, en su fuga, ni siquiera pudieron llevar a bordo el cuerpo del gran navegante.

Uno solo de los buques de Magallanes, el *Victoria*, debía por fin llegar a España, después de haber dado la vuelta al mundo, el 6 de septiembre de 1522, sin llevar a bordo mas que dieciocho supervivientes —entre los que se contaba Pigafetta—. No trataremos de contar la larga tragedia que fue el regreso sin el jefe. Pero hay que consagrar aún algunas líneas a Enrique.

El malayo formaba parte del grupo de fieles que se encontraron hasta el último instante alrededor de Magallanes. Herido, desesperado, se arrojó sobre su litera a bordo del *Trinidad*. Todavía, algunos días más tarde, lloraba la muerte de su dueño, cuando Duarte Barbosa, capitán elegido por los españoles para reemplazar a Magallanes, vino a decirle que tenía necesidad de él como intérprete para las últimas transacciones con el rajá de Cebú, antes de la partida.

Como Enrique, extenuado, no se levantó bastante aprisa. Barbosa le maltrató. Le recordó brutalmente su condición de esclavo y le amenazó con el látigo. Enrique se levantó penosamente. Debió pensar que, habiendo perdido a su amo lo había perdido todo, y en su corazón primitivo la desesperación hizo nacer el odio.

Bajó a tierra como le ordenaban. Pero las palabras que dirigió al rajá fueron, ¡ay!, las de un traidor. Explicó al soberano de Cebú que, con un poco de habilidad, podía apoderarse de las mercancías dejadas en tierra, y que los españoles contaban con embarcar, y tal vez, incluso, de sus navíos.

Hay que decir que la derrota de los españoles en la costa de Mactan había dado un golpe irreparable a su prestigio. Por otra parte, después de la muerte de Magallanes, los marineros, e incluso los oficiales, exasperados por la muerte de su capitán, castigaron duramente a los indígenas. Los nuevos bautizados de Cebú habían visto con perplejidad el comportamiento de aquellos que decían haberles traído la verdadera religión. El rajá de Cebú escuchó con complacencia las sugerencias del desgraciado Enrique. Urdieron una maquinación. El rajá invitó a los jefes españoles a recibir solemnemente en su palacio los presentes destinados, decía, al poderoso soberano de España. Veintinueve españoles, dos de ellos capitanes, descendieron a tierra. A una señal los súbditos de Humabon se arrojaron sobre ellos y los degollaron.

El piloto, a quien la muerte de los capitanes elevó de repente al rango de almirante, hizo apuntar los cañones sobre la ciudad y abrió fuego. Después de ese bombardeo de castigo, y sin intentar un desembarco levaron anclas los tres navíos, mientras que los indígenas decapitaban sobre la playa al último español cargado de ataduras, y abatían la gran cruz erigida hacía pocos días. En medio de ellos Enrique, con el corazón rencoroso, veía alejarse los navíos.

GEORGE BLOND.

POR LAS COSTAS DE CANADÁ

¿Quién era Jacques Cartier?

Nació en Saint-Malo en 1491. Se sabe muy poco de su infancia. Vivía entre pescadores y armadores del gran puerto normando, muy floreciente en aquella época, siendo muy apreciado por sus conocimientos náuticos. Era un hombre de cuarenta años, robusto, lleno de energía, cosa corriente en aquel tiempo, en el que los caballeros rajaban a su adversario de un solo golpe de su enorme espada. Tan óptimas cualidades decidieron al rey a elegirle.

El 20 de abril de 1534 con dos navíos y una tripulación de doscientos cuarenta hombres salió de Saint-Malo, y veinte días más tarde llegó a las costas de Terranova. Subió hacia el norte y reconoció las costas del Labrador, que los geógrafos de entonces llamaban Terra Laboratoris, o Tierra del Trabajador. Allí plantó una cruz adornada con el escudo real. Por primera vez Francia tomaba posesión de un territorio sobre el suelo americano.

Días más tarde desembarcó en la bahía Gaspé, cuyos parajes estaban habitados por esquimales de rostros cobrizos que vestían con pieles. Para aquellos seres que nunca habían visto navíos tan grandes, los hombres de rostros blancos les parecieron tan extraños como lo eran ellos mismos a los ojos de los marineros de Jacques Cartier. Hubo un segundo de indecisión: un gesto desventurado podía comprometerlo todo. Cartier se adelantó y tendió su mano en señal de paz. Europeos y americanos habíanse mezclado pacíficamente.

Cartier plantó una nueva cruz, y después remontó durante varios días una gran corriente de agua, sin sospechar que acababa de descubrir el río San Lorenzo, uno de los más grandes de América del Norte (tres mil quinientos kilómetros). Vuelto a Francia, dio cuenta de los resultados de su primera expedición al rey, consiguiendo organizar otra mucho más importante.

Francisco I le concedió el título de “Piloto del rey” y el mando de tres navíos de la Marina real: la *Grande Hermine*, de ciento veinte toneladas; la *Petite Hermine*, de sesenta, y finalmente el *Emerillon*, el menos importante.

El día de Pentecostés del año 1535 embarcó Cartier de nuevo, acompañado esta vez de algunos gentilhombres de la Casa real que quisieron compartir sus aventuras y peligros. Apenas en alta mar, la flota se vio azotada por violentas tempestades. Separáronse los tres navíos y no pudieron encontrarse hasta llegar al fin de la expedición: en el estrecho de Belle Ile, en el golfo del gran río. Y Cartier volvió a subir por el San Lorenzo. El primero de septiembre pasó ante la desembocadura del río Saguenay. El 14 del mismo mes reconoció la entrada de un río a ochenta kilómetros de Quebec, al que bautizó con el nombre de Santa Cruz. Después, a bordo

del *Emerillon*, remontó ese mismo río y llegó al pueblo de Stadacona, que los naturales llamaban Canadá, o la “Gran Ciudad”.

En su *Diario*, el gran navegante describe esta región como tierra de extrema belleza:

“Más allá del gran río se alzan grandes montañas de las que descienden riachuelos que van a desembocar en él. Toda la región está cubierta de bosques de diversas especies y de viñas. Abundan los ciervos, gamos, osos y otros animales. Hemos visto las huellas de una bestia que no tiene más que dos pies, rastro que seguimos durante mucho tiempo por la arena y el cieno; se caracteriza por los pies palmeados, de más de un palmo de longitud. Hay también muchas liebres, conejos, martas, zorros, lirones, ardillas y ratas, que crecen a maravilla. También abundan las aves: grullas, cisnes, avutardas, gansos salvajes blancos y grises, patos, mirlos, alondras..., y otros muchos pájaros, como en Francia”.



Los indígenas acogieron con benevolencia a los franceses. Los jefes organizaron fiestas, y según la costumbre del país, les dirigieron largos discursos, a los cuales respondían también los recién llegados con largas arengas y pequeños regalos. Las fiestas terminaron con un pacto de amistad. El hombre del rostro blanco y el de rostro cobrizo se estrecharon la mano, y el populacho, reunido en torno a los jefes elevó un gran clamor para dar a conocer a

los “espíritus” la reunión de dos grandes pueblos.

Cartier, mientras duró su estancia en aquellos exóticos parajes, fue anotando minuciosamente sus observaciones, principalmente los sucesos más curiosos. Entre éstos destaca que entre los aborígenes está muy extendido el vicio de fumar. Él mismo probó de absorber el humo de aquellas hierbas, y, muy decepcionado, no pudo encontrar placer alguno. He aquí cómo nos describe esa novedad: “Los indios poseen una hierba de la que hacen provisión cada verano. Sólo la usan los hombres. Llevan una cantidad en un saquito colgado del cuello, y también un trozo de piedra o madera hueca, semejante a un pito. Para usar esta hierba la pulverizan, la ponen en un extremo del tubo, y después, colocando sobre ella un carbón encendido, aspiran, llenándose los pulmones de humo, hasta que éste escapa por su boca y narices, como si fuese una chimenea. Alegan que esta práctica es excelente para la salud. Nosotros tratamos de hacer lo mismo que ellos, pero en cuanto el humo llegó a la garganta nos escoció como si fuese pimienta”.

Después de estudiar a fondo las costumbres de los indígenas, Cartier envió a la *Petite Hermine* y la *Grande Hermine* a Stadacona, y se embarcó en el *Emerillon*, a pesar de los consejos de los indios, que le anunciaban malas nuevas.

“Sus dioses les habían anunciado lluvias y hielos. Al oír esas palabras nos echamos a reír, diciéndoles que su dios era tonto y no sabía lo que se decía”.

A pesar de tan prudentes consejos, Cartier remontó de nuevo el San Lorenzo, cuyas orillas exploró; orillas que son, dice, “de una belleza y riqueza maravillosas”. Por todas partes los indígenas les dispensaban una amistosa acogida.

“Venían a nuestros navíos con amor y confianza, cual si fuésemos del país, regalándonos grandes cestos de peces. Cierta día se presentó a nosotros un gran señor que nos dirigió un gran discurso por medio de signos, y nos advirtió los peligros que llevaba el río y que nos pusiéramos en guardia. El capitán hizo que le dieran algunos presentes”.

El 2 de octubre, después de atravesar un lago al que Cartier llamó “lago de Agulema”, el *Emerillon* llegó al pueblo indio de Hochelaga.

“En Hochelaga se reunieron ante nosotros más de mil personas, hombres, mujeres y niños, que nos ofrecieron la acogida más afectuosa que jamás padre alguno deparó a su hijo. Todos ellos bailaban por doquier. Nos trajeron muchos peces y panes hechos de un mijo grueso, arrojándolo todo sobre nuestras barcas, de modo que parecía caernos del cielo. Viendo esto nuestro capitán (Cartier) bajó a tierra con su gente. Inmediatamente se congregaron en torno suyo todos los indígenas, y la fiesta duró más de media hora. El capitán, agradeciendo su generosidad y buena acogida, mando a las mujeres que se sentaran y les fue regalando medallitas de estaño y otras menudencias. Repartió cuchillos entre los hombres y después se retiró a bordo para cenar y descansar. Los nativos estuvieron toda la noche encendiendo hogueras para demostrar su alegría, bailando y gritando constantemente: «¡Aguyaze!», que es su grito de saludo y de júbilo al mismo tiempo”.

Los franceses dieron el nombre de Mont-Royal a la colina junto a la cual estaba situado el pueblo de Hochelaga, el cual es en la actualidad la ciudad de Montreal.

“Hochelaga —cuenta Cartier— es una ciudad rodeada de tres grandes hileras de bosques. Sólo tiene una puerta de entrada, cerrada con barrotes de madera. Esta ciudad consta de unas cincuenta casas, cuyas dimensiones son aproximadamente unos cincuenta pasos de longitud por quince de anchura, unidas entre sí, y cubiertas por grandes cortezas de árboles. Constan éstas de varias habitaciones. En lo alto está el granero, donde conservan trigo, con lo cual fabrican después el pan. Tienen también grandes recipientes a modo de toneles para guardar los pescados, que secan durante el verano y que constituyen su alimento durante el invierno. Los hombres se dedican a la pesca y al cuidado de sus campos, pues trabajan solamente lo suficiente para vivir, ya que los bienes de este mundo no les interesan puesto que los desconocen por completo, y jamás se mueven de su país”.

En noviembre condujo Cartier el *Emerillon* hasta Stadacona donde esperaban ya los otros dos navíos. Una vez juntos, dieron comienzo a los preparativos para invernar.

Dura prueba: ¡el invierno se prolongó hasta el 15 de abril! Con los primeros fríos los tres navíos quedaron aprisionados en un espesor de hielo de más de tres pies de espesor. Acto seguido comenzó a caer nieve y pronto hubo más de un metro sobre el puente. Todos los líquidos quedaron congelados. Durante aquel invierno Cartier vio por vez primera a unos animales que describe así: “Eran tan gruesos como marsopas; el cuerpo y la cabeza semejaban a los de un galgo, y todos ellos eran blancos como la propia nieve”.

Seguramente los animales descubiertos por Cartier aquel invierno no eran sino osos o bien focas.

A los sufrimientos producidos por el hambre y el frío se añadió otros mayores aún: el escorbuto, enfermedad desconocida hasta entonces, causada por la falta de legumbres y frutas, que pudre las encías y hace caer irremisiblemente los dientes. Todos los hombres de la tripulación enfermaron, excepto tres, y murieron veinticuatro. Demasiado débiles para cavar la tierra, los supervivientes tuvieron que enterrarlos en la nieve.

“A esta gran desgracia se añadió el temor de que la gente del país se percatara de nuestro lamentable estado de debilidad. Para ocultarlo, nuestro capitán, a quien Dios guarde siempre, salía al encuentro de los que venían a pedirnos trabajo, obligando a los enfermos a simular en el interior de los navíos el ruido ordinario, como si la vida de a bordo siguiera su curso normal. La enfermedad nos había destrozado de tal modo que casi habíamos perdido la esperanza de regresar alguna vez a Francia”.

Afortunadamente y gracias a la intervención de un indígena que les indicó la infusión de ciertas hojas, el resto de la tripulación logró sobrevivir.

A pesar de sus sufrimientos, al llegar la primavera y preparar su vuelta a Europa, Cartier soñaba en llevar a cabo nuevas exploraciones. Escaso de tripulación, tuvo que dejar allí la *Petite Hermine*. El 6 de mayo de 1536 la *Grande Hermine* y el *Emerillon* largaron velas. Antes de partir tomó Jacques Cartier solemne posesión de Canadá en nombre de Francisco I.

Plantó una cruz, con el escudo de las tres flores de lis, en que se leía la siguiente inscripción:

“Francisco I, rey de Francia por la gracia de Dios”.

El navegante logró convencer a diez jefes indígenas para que le acompañaran en su viaje de regreso victorioso a su país. ¡Júzguese el entusiasmo y estupor al mismo tiempo de los habitantes de Saint-Malo cuando, el 16 de julio del mismo año vieron desembarcar a Cartier seguido de diez indios, los primeros que veían en Francia!

Los presentó en la corte del rey francés, pero a pesar de los informes del “Piloto del rey”, el soberano se mostró poco dispuesto a patrocinar nuevas empresas colonizadoras. Gracias a la intervención de un gentilhomme picardo, François de la Roque, señor de Roberval, a quien Cartier ganó para su causa pudo prepararse una nueva expedición.

Françoise de la Roque se puso al mando de la flota con el título de Virrey y Lugarteniente General de los nuevos territorios, que, en justicia, correspondían a Cartier. Equiparon cinco navíos, y el 23 de mayo de 1541 salieron los dos primeros a las órdenes de Cartier. El 23 de agosto anclaba la flotilla entera en el río Santa Cruz.

Una vez desembarcado el cargamento, el lugarteniente general —muy amigo de su comodidad— rehusó invernar entre los hielos canadienses. Una hermosa mañana anuncio que iba a buscar víveres a Francia y que pronto regresaría.

¡Pobre Cartier! El invierno fue tan duro como el de 1536. ¡En vano esperó los víveres prometidos! En mayo de 1542, viendo que ningún socorro acudía, se decidió, a su vez, a volver a Francia.

En el camino se encontró con los navíos del lugarteniente general, que, transcurrido el invierno, tornaba majestuosamente a Canadá. De la Roque le ordenó ásperamente que diera orden de retroceder con él, pero Cartier, rehusando obedecer a un hombre que mandaba tan mal, continuó su camino y desembarcó en Saint-Malo.

¿Qué fue de él?

Según unos, vivió retirado en esta ciudad; según otros, en un pueblecito llamado Limollan. Ocupada su mente con el recuerdo de sus largos viajes, vio llegar la muerte con la serenidad de los grandes y los sabios.

“Envejeció, pues, dulcemente —nos dice René Maran en su admirable obra—, piadosamente, sabiamente, prodigándose en buenas obras, rodeado del afecto de sus sobrinos, que heredaron el monopolio del comercio con Canadá, y feliz de dejarse mimar y halagar por sus veintinueve ahijados y ahijadas, entre los cuales contaba a uno de los indios traídos de Stadacona...”.

“¡La gratitud del rey, como si no existiese! Francisco I jamás se dignó responder a las súplicas que le dirigió para cubrir el gasto de las expediciones. Así transcurrieron días, meses y años”.

En 1557 hubo en Saint-Malo una epidemia: la peste. Cartier fue una de sus últimas víctimas. Murió el primero de septiembre a las cinco de la mañana.

PESCADOR DE TESOROS SUBMARINOS

William W. Phips nació en 1651 en un pueblecito de Maine, en Estados Unidos, entre bosques de altísimos árboles, tan solicitados entre los constructores de buques. Creía firmemente que podía encontrar el oro enterrado entre las arenas del mar. Su fe era tan grande que no cesaba de repetir constantemente: “Un día seré el capitán de un velero del rey (de Inglaterra) y tendré una hermosa mansión en Boston”. En aquellos tiempos muchos galeones españoles cargados de oro yacían en el fondo del Atlántico. Phips supo que uno de esos buques habíase hundido cerca del puerto de la Plata, en las Antillas. Reunió cuanto poseía y partió para Londres a fin de equipar un navío.

El joven capitán, que por toda gran ciudad no conocía más que Boston, quedó asustado ante la inmensidad de Londres. ¿A quién dirigirse entre toda aquella muchedumbre? ¿A qué puerta llamar? Reflexionó largo rato y al fin halló la respuesta. ¡Iría a hablar con el rey! Con Carlos II. Al fin y al cabo era al único Ingles que conocía por su nombre.

Navegar por las antecámaras del palacio real de Whitehall era casi tan peligroso como hacerlo por el propio mar de las Antillas, pero mucho más lento. Nuestro norteamericano que necesitó un año para explorar las islas de los piratas, tardó casi quince meses en llegar hasta el soberano.

No se conserva ningún documento de aquella entrevista, cosa bastante lamentable, ya que el diálogo de aquellos dos hombres, el escéptico y refinado monarca y el marino norteamericano con su jubón de piel de bisonte, debió de ser pintoresca en grado sumo. Pero aún más notable que la misma entrevista fue su resultado: como buen deportista británico, aficionado al juego y algo avaro, Carlo II se permitió la fantasía real de poner en juego su tesoro al asociarse con un marino. Su Graciosa Majestad le prometió entregar uno de los mejores navíos de su flota, la fragata *Rose*, de dieciocho cañones y noventa y cinco hombres de tripulación, recientemente robada a los corsarios berberiscos, a condición de recibir la mitad de los beneficios.

Imaginemos el gozo y el orgullo que hinchaban el pecho de su capitán cuando la *Rose*, a fines de 1683, hizo su entrada triunfal en Boston, entre el estruendo producido por los cañones del puerto. Pero apenas desembarcó, Phips recibió malas noticias. Otro navío, la *Bonne Intention*, se disponía a dirigirse a las Antillas para ser el primero en extraer del mar los famosos y codiciados tesoros. El socio del rey Carlos II se lanzó a la búsqueda del capitán rival, al que descubrió bebiendo en una taberna, y le expresó su indignación en lenguaje marinero, muy rico por cierto en aquellos tiempos.

Después, como el otro no respondió nada, trató de intimidarle de diversas maneras, especialmente agitando sus puños sobre la nariz de su rival; pero el capitán

del *Bonne Intention*, poco susceptible sin duda ante tales amenazas, se negó rotundamente a prestarle atención. Fue entonces cuando, cansado de aquella actitud desairada, Phips le propuso un pacto: los dos navíos operarían juntos y se harían dos partes, es decir, tres, contando al rey Carlos II, asociado real... pero lejano. Esta combinación no disgustó a su colega y se pusieron de acuerdo entre generosas libaciones.

Bebieron con tanto exceso que Phips, al salir de la taberna, contestó con insultos a cierto magistrado de la villa que le pedía su documentación. Conducido ante el tribunal, nuestro héroe los insultó primero en masa, como cuerpo constituido, y después individualmente y según el carácter de cada uno, todo ello con una truculencia de expresión y una abundancia de imágenes harto notables en un marino sin cultura. Naturalmente se vio obligado a pagar una cuota de centenares de libras, pues los magistrados han estimado siempre muy cara su reputación.

Poco tiempo después el infortunado capitán se vio de nuevo ante el tribunal, esta vez no por su cuenta, sino para responder de noventa y cinco marineros de la *Rose*, que se habían emborrachado como un solo hombre y se divertían rompiendo la cabeza a los bostonianos. Todas aquellas pequeñas dificultades precipitaron la partida. Tan pronto estuvieron las provisiones a bordo, la fragata real y la *Bonne Intention* largaron velas hacia alta mar y las Islas Afortunadas, dejando a la gente de Boston con su mal humor y sus contusiones.

En primer lugar pusieron rumbo a Nassau, pequeña isla del mar de las Indias. Según Phips, allí habían de encontrar, encallado en un arrecife que la marea baja descubría, un galeón español cargado de oro...

Cuando llegaron a Nassau el buque estaba efectivamente allí, pero el oro había desaparecido. Sin embargo, durante muchos meses las dos tripulaciones, ayudadas por buceadores indígenas, registraron minuciosamente todo el caparazón del buque. En vista de que nada encontraban, llegó un día en que los tripulantes de la *Rose* se cansaron y, enarbolando sus cuchillos, irrumpieron en el alcázar de popa, pretendiendo que Phips se dedicara con su barco a la piratería. Pero William Phips se lanzó contra ellos y los golpeó de tal forma con sus puños desnudos que varios de ellos cayeron y el resto hubo de retirarse.

¡Bonitos piratas los tales marineros!

Aún habían de empeorar las cosas. Phips, renunciando a registrar por más tiempo al falaz galeón, hizo levar anclas y se fue a “una isla española muy desierta”, para reparar la carena de su navío, llena de moluscos y algas marinas por la prolongada estancia en las aguas tropicales. Excepto ocho hombres, destinados a rascar el casco con pequeñas escobas metálicas, el resto de la tripulación descendió a tierra.

Pero una vez instalados sobre “la isla española muy desierta”, con la pipa en la boca y el frasco de ron al alcance de la mano, los marineros comenzaron a aburrirse en aquella tierra sin tabernas. La ociosidad, mala consejera, les inspiró la idea de distraerse organizando un motín de reglamento que los vengara de su desgraciada

tentativa de Nassau. A duras penas, con grandes esfuerzos y largos tragos de ron, un gaviero, menos analfabeto que los otros, redactó, según la costumbre, el compromiso colectivo de rebelión. El gaviero firmó el primero, y después todos sus camaradas, uno tras otro, pusieron gravemente las cruces y marcas variadas que les servían de rúbrica.

El plan era sencillo y tan antiguo como el mar: tornarían al asalto al capitán y a los ocho o diez hombres que sabían le eran fieles los abandonarían en la isla, donde podrían pudrirse a su gusto, y pondrían rumbo a los Mares del Sur con la *Rose*, convertida en navío pirata, que enarbolaría el negro pabellón con la calavera y las tibias cruzadas.

Alguien indicó entonces que necesitaban un carpintero a bordo. Fueron en su busca y le hicieron partícipe de su decisión, indicándole la suerte que le esperaba si rehusaba adherirse al incipiente complot.

El carpintero de la *Rose* era un hombre honrado —de todo hay— y muy astuto. Pidió media hora para reflexionar y se dirigió muy pensativo a la fragata... De pronto el espía que le vigilaba con orden de no perderle de vista le vio retroceder al tiempo que palidecía.

—¡Mi cólico otra vez! —gimió el carpintero—. ¡Voy a pedir agua de nueces al capitán!

Y diciendo esto se lanzó corriendo de tal modo hacia el navío que el espía no consiguió atraparlo. ¡Cualquiera lucha en velocidad con un hombre a quien aprieta el cólico!

Un instante después el carpintero estaba en el camarote de Phips revelándole la rebelión en cierne.

—Ve a reunirte con esos pillos —le animó el capitán—. Cuando llegue el momento firma tú también el papel y déjame hacer.

En cuanto partió el carpintero, el capitán reunió a los hombres que quedaban en la *Rose* y les explicó el asunto. Como era de esperar, todos se declararon dispuestos a luchar hasta el límite de sus fuerzas. Reafirmado sobre este punto, Phips hizo retirar la pasarela y cargó de metralla los cañones de a bordo.

Dos horas más tarde los amotinados, que se acercaban vociferando, vieron la pasarela retirada y los cañones apuntando hacia ellos, y el capitán que los esperaba con una mecha encendida enganchada en su sombrero. Del grupo de los sublevados salió un rugido:

—¡Traicionados!... ¡Hemos sido traicionados!

—¡Largo, canallas! —rugió Phips, aproximando la mecha a un cañón—. ¡Largo o acabo con vosotros!

Mientras la confusión se apoderaba de los amotinados, dio la orden de largar velas. Comprendiendo entonces que les devolvía la pelota, y se aprestaba a hacerles sufrir la suerte que ellos le habían destinado, los sublevados se arrojaron de rodillas sobre la playa rogándole que tuviera misericordia de ellos... Por unos momentos

Phips jugó con su terror: después los dejó subir a bordo, puso en la barra a los más peligrosos y largó velas en seguida hacia Jamaica, donde los desembarco. Otra vez había sido Phips el más fuerte, pero estas cosas le hacían perder tiempo y sus asuntos no avanzaban.

Después de reclutar otra tripulación llegó a la Isla de Hispaniola —hoy Haití— y vino a anclar ante el puerto de la Plata, cuyo solo nombre es toda una promesa. Según ciertas informaciones que recibió durante su viaje de 1681, solo a unas millas al noroeste de la ciudad, otro galeón español, echado a pique por los piratas, se encontraba hacía unos cuarenta y cinco años con su cargamento de plata. La *Rose* se dirigió allí a toda velocidad, mientras su capitán, inclinado sobre la borda, se esforzaba en descubrir sus secretos... Creyó divisar el galeón perdido; pero entonces los sinsabores experimentados con su tripulación le inclinaron a la prudencia. Los marineros enrolados en Jamaica, antiguos piratas la mayor parte, no eran mejores que sus antecesores, y sospechaba que se amotinarían una vez los tesoros estuvieran a bordo. Dueño de sí, con la misma energía que dominaba a los demás, Phips reguló su propia impaciencia y decidió regresar a Inglaterra para reclutar allí una tripulación de confianza.

Mientras su socio recorría los mares, Carlos II había entregado su alma a Dios, y cuando el capitán de la *Rose* llegó a Londres observó estupefacto que le confiscaban la fragata real: el nuevo soberano, Jaime II, estaba necesitado de todos sus navíos.

Otro que no fuera Phips hubiera perdido su valor y abandonado sus proyectos. Nuestro hombre en cambio, furioso al ver que la fortuna escapaba de sus manos cuando creía haberla alcanzado, armó tan gran escándalo que el rey, en pro de la paz, le hizo meter en la cárcel.

Un año estuvo, pues, encerrado tras las rejas. Apenas puesto en libertad comenzó a luchar de nuevo, poniendo a Londres y al mundo entero por testigos de su desgracia. Solía gritar a todo el mundo que quería escucharle que poseía un tesoro que le convertiría en el súbdito más rico del reino, y que nadie quena ayudarle a ir en su busca.

Cuando se habla de tesoros, siempre hay oídos curiosos y dispuestos a escuchar. Primero un alto y poderoso señor el duque de Albermarle; después, sir John Narborough —marino éste—, y, por fin, el mismo Jaime II cuyos sentimientos habíanse suavizado en los últimos tiempos.

Estos tres grandes personajes y algunos otros, notables por su espíritu aventurero, firmaron con Phips un nuevo convenio. El norteamericano recibió dos mil cuatrocientas libras para armar un navío y el título oficial de “buscador de tesoros”. Se sobrentendía que la Corona recibiría la décima parte de las riquezas que descubriera. Phips se reservaría la dieciseisava parte de lo que hallara.

De nuevo en lo alto, el capitán Phips puso rumbo a las Islas. Disponía esta vez de dos barcos, uno pequeño de comercio —el *James and Mary*— y otro cargado de víveres y de material.

Tres meses más tarde llegaba al puerto de la Plata y empezaba inmediatamente a trabajar. Como en su juventud fue carpintero cogió un tronco de árbol e hizo con él una piragua capaz para diez remeros, y regaló ese grosero esquife a los buceadores indígenas que tenía a su servicio. Y comenzaron las operaciones...

Alentados por la promesa de una buena recompensa, los buceadores no escatimaron esfuerzos para descubrir el galeón hundido, pero la suerte se les mostró esquiva en principio. Durante muchos días exploraron sin éxito las profundidades submarinas.

Hallaron, desde luego, cadenas y diversos objetos, arrancados del navío encallado, pero el galeón y su tesoro seguían ocultos.

Cada tarde subía al *James and Mary* el jefe de los indígenas para presentar su informe al capitán, y ese informe era siempre el mismo: “Nada nuevo”.

Por fin un día, cuando los buceadores se disponían a dejar el trabajo sin haber logrado nada, uno de ellos distinguió a mucha profundidad una “pluma de mar”, planta marina de bellos colores, y quiso sumergirse una vez más para cogerlo. Por lo menos se llevaría eso...

Cuando salió a la superficie, faltarle de aliento y enarbolando su “pluma de mar”, afirmó que el fondo marino, en el sitio donde cogió la planta, estaba plagado de grandes cañones. En seguida renacieron las esperanzas y todos se zambulleron en derecha a ese sitio. Casi al instante uno de los hombres subió un lingote de plata de tan bello aspecto que desencadenó el entusiasmo de los indígenas y casi hizo zozobrar la piragua. ¡Ya no cabían dudas! ¡Allí estaba el tesoro!

Inmediatamente echaron una boya en aquel sitio, y regresaron al *James and Mary* para llevar la buena nueva y la muestra del tesoro.

El capitán Phips, desolado por el fracaso de la búsqueda, se hallaba en su cámara implorando a Dios y la Providencia, pues era buen cristiano. Ni siquiera la vuelta de las piraguas, entre bromas y risas, logró sacarle de su abstracción. El jefe de los buceadores puso sobre la mesa silenciosamente el lingote recogido en el galeón. Después esperó. Por fin el capitán levantó la cabeza.

—¡Baund —dijo—, habla! Nada, como siempre, ¿no?

En aquel momento su mirada se posó sobre el lingote, aún chorreante e incrustado de moluscos y algas.

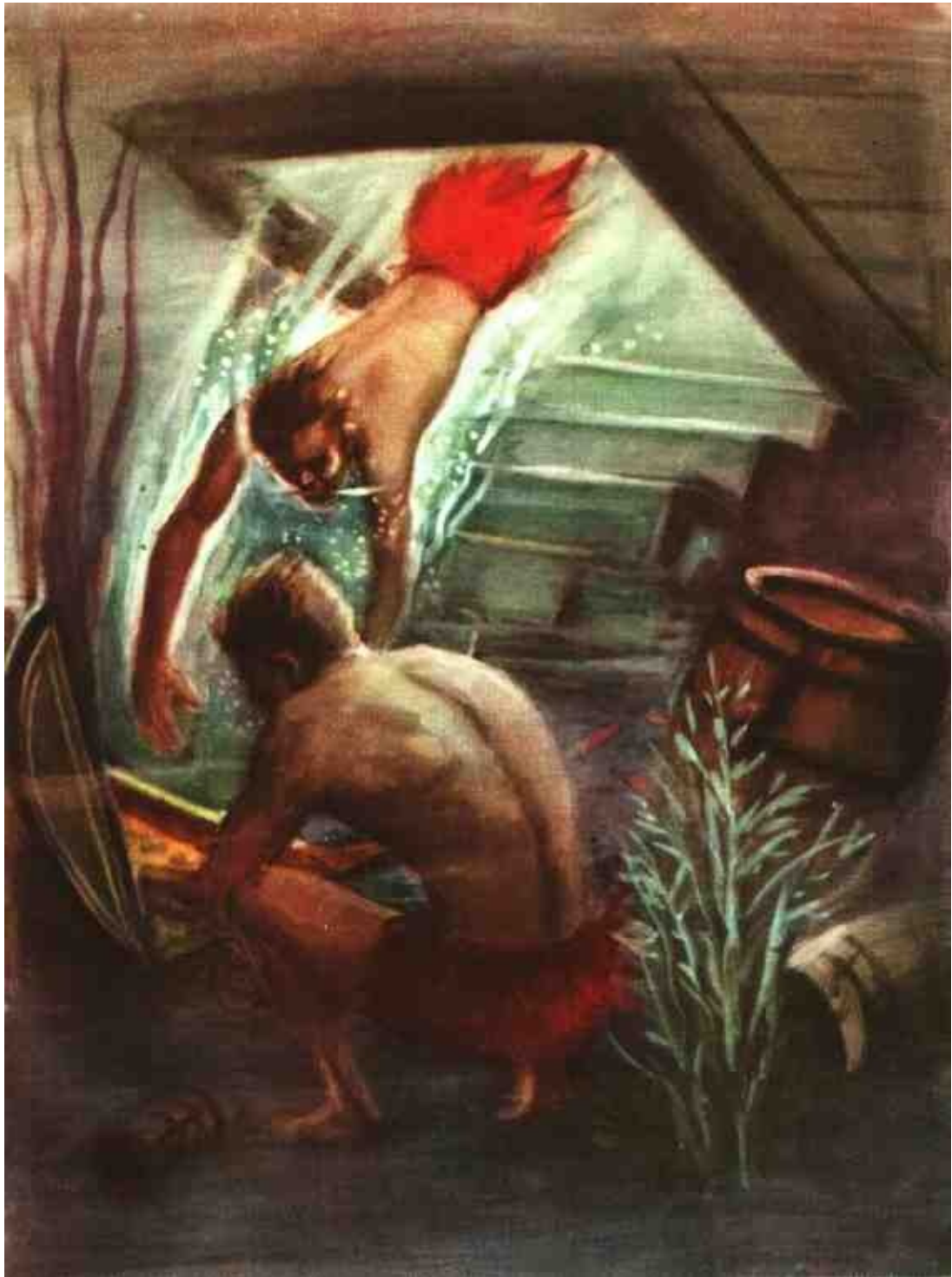
—¿Cómo? —gritó—. ¿De dónde viene esto? Cuando escuchó todo el relato, Phips se arrodilló.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó con fervor—. ¡Ya hemos hecho fortuna!

Al día siguiente desde el alba se pusieron manos a la obra. Phips, radiante de gozo, se colocó en la proa de una de las embarcaciones, vigilando a sus hombres. Llevaba veinte años fiado en su estrella y aguardaba este momento.

La pesca fue casi milagrosa. En el perdido galeón hallaron joyas, perlas y una gran cantidad de oro. Sobre el puente del *James and Mary*, y de la mañana a la noche diez hombres rompían a golpes de martillo la costra de moluscos que rodeaba los

lingotes. Partiendo después esos restos recuperaban a celemines las monedas incrustadas en ellos.



Desbordado por el afluir incesante de riquezas, Phips tuvo que aceptar los servicios de cierto Adderley, marino de las Bahamas, que poseía un navío. Pero cuando tuvo en su poder la plata, el nuevo socio sintió que la cabeza le daba vueltas: aquel montón de precioso metal le producía vértigo. Considerándose generosamente pagado por su trabajo, huyó a Nueva Providencia, donde disfrutó de una vida sin estrecheces con su parte del tesoro, que agotó tontamente y murió entre oleadas de oro y de vino.

Felizmente para él, William Phips poseía un carácter más firme. Siguió metódicamente su pesca del tesoro y sólo regresó a Inglaterra cuando terminaron sus provisiones. Ya se puede suponer que el viaje de regreso fue tormentoso. Aquellos tesoros encerrados en la cala obsesionaban a los marineros, y más de uno, si le hubiesen dejado hacer, hubiera seguido el ejemplo de Adderley. Pero Phips vigilaba. Dominó cuantos conatos de rebelión intentaron, y el *James and Mary*, a su llegada a Londres en la primavera de 1687, llevaba intacto su fabuloso cargamento, evaluado en aquellos tiempos en trescientas mil libras esterlinas. Los accionistas del sindicato, con el rey a la cabeza, recibieron la parte convenida, lo mismo que los marineros, lo que hizo que un verdadero Pactolo se extendiera por las tabernas de Londres.

Phips, cargado de distinciones, fue invitado por Jaime II al castillo de Windsor y nombrado más tarde gobernador de la provincia de Massachusetts.

EL VERDADERO ROBINSON CRUSOÉ

Alexander Selkirk contra maestre a bordo de la fragata inglesa *Cinque Ports*, se rebeló contra la férrea autoridad del capitán Stradling y prefirió desembarcar en Juan Fernández, isla desierta del Pacífico, en la latitud de Chile. Al parecer esto era bastante corriente en aquellos tiempos, ya que la fragata recogió a dos marineros abandonados en la isla hacía meses en las mismas condiciones.

Selkirk era escocés —nacido en Largo, en el condado de Fife— y se había consagrado al mar desde su juventud. Antes de cumplir treinta años ya había recorrido medio mundo. La decisión que acababa de tomar no le aterraba en absoluto. Otros habían vivido antes que él en aquella isla, de grado o por fuerza, y seguían vivos. Los marineros que navegaban por los Mares del Sur conocían bien algunas de tales historias.

Alexander Selkirk tenía, pues, predecesores en Juan Fernández que habitaron allí durante largo tiempo. Aunque arriesgaba mucho al probar las mismas incomodidades, confiaba en sustraerse al descontento inherente a la situación. Joven y aventurero, ¿no encontraría medios de escapar a la mala suerte de sus antecesores?

Así lo esperaba, Y además se juzgaba diestro. Pronto vería llegar al *Saint-George*, que debía venir de un momento a otro a repatriarle, y embarcaría gustoso en él a las órdenes de Dampier.

El *Cinque Ports* largó velas, se alejó y desapareció en el horizonte. Selkirk lo vio marcharse sin pena. Por fin se había librado de su salvaje capitán, con el que le era imposible transigir. Estaba seguro de haber escogido el mejor camino abandonar el barco sin que pudieran declararle desertor. Ahora tenía que organizarse para vivir. Selkirk hizo inventario de sus riquezas. Se reducían a bien poca cosa: el fusil, algo de plomo y una libra de pólvora, provisión de corta duración, y una hacha y un enorme cuchillo que le servirían por más tiempo. Sobre la playa estaba su cofre de a bordo, que contenía camisas y un traje de recambio, algunos objetos personales, sin aplicación práctica en aquel momento, y dos libros preciosos para un buen escocés: la Biblia, impresa en Edimburgo, y un libro de salmos.

Los dos marineros que habían pasado siete meses en la isla y que embarcaron en el *Cinque Ports* le regalaron sus utensilios de cocina, entre ellos un gran caldero que consideró de inapreciable valor. Esparcidos por la playa encontró restos de madera, de tela, de hilo, chatarra de hierro, etc. Algún día podían serle útiles. Ya se ocuparía más tarde en ello.

Después de correr hasta sofocarse tras una cabra, a la que sólo había herido de un disparo, Selkirk consiguió alcanzarla. Luego se acostó en la cabaña ocupada hasta entonces por los dos marineros repatriados. Encontrándola demasiado próxima al

fondeadero, se propuso transportar sus posesiones a un lugar lejano y difícilmente accesible.

A duras penas cumplió con el oficio de carnicero. Cortó, limpió y despedazó la cabra. Después tomó el fusil e, inflamando unos granos de pólvora que prendieron en unas hierbas secas, tuvo fuego. Para variar un poco su comida preparó carne asada y cocida, echando unos trozos sobre las brasas y poniendo el resto en el caldero, que colgó de un trípode de madera gruesa. Habla satisfecho su hambre, pero sin gusto alguno. No tenía sal ni pimienta para sazonar sus guisos y carecía de pan, e incluso de galleta marina.

Sus nuevas ocupaciones, el aprovisionamiento de agua dulce, el arreglo de la choza destrozada y la exploración de la isla llenaron los primeros días del marino, Mató muchas cabras, cuyas pieles puso a secar. Cuando estuvo menos preocupado por su subsistencia y alojamiento, un sentimiento de vaga ansiedad se infiltró en su alma. Ni una vela había aparecido en el horizonte. ¿Qué parajes cruzaría el *Saint-George* en aquellos momentos?

Estaba solo. No tenía a nadie con quien hablar de Su situación presente o discutir sobre el futuro. Durante unos días se sintió incapaz de acción. Pero el hambre y sus escasas provisiones le obligaron a partir de caza, y en sus idas y venidas halló un sitio que le pareció ideal para colocar su refugio.

Para llegar a él desde la bahía había de atravesar profundos barrancos y escalar o descender por una infinidad de rocas abruptas. Así llegaba a una meseta que cualquiera que se hallara en la bahía no podía distinguir a causa de un acantilado cortado a pico, cuyo punto más elevado sería un maravilloso observatorio. Por otro camino más fácil, cortado por un arroyo, podía llegar a los terrenos de caza, en las vertientes de la montaña Saint-Jean. Como desembocaba en medio de un espeso bosque, este camino era muy difícil de descubrir.

Sobre aquella meseta cubierta de césped y de árboles empezó Selkirk a levantar dos chozas: una para su habitación y otra para cocina. El derribo y limpieza de los árboles le ocupó mucho tiempo, pues debía interrumpir el trabajo para cazar y comer. Sus utensilios eran muy rudimentarios: el hacha, muy grande, por suerte; el cuchillo, que pronto perdió el filo, y cuya hoja, a fuerza del roce con una piedra dura, se hacía más y más estrecha a ojos vistas, y finalmente una barra de hierro que encontró en la playa y que utilizaba como pala después de aplastar uno de sus extremos.

Una vez estuvieron en pie los muros, troncos reforzados por ramas más pequeñas, Selkirk los cubrió de un techo inclinado, también de ramas, tapizado de largas hierbas a falta de paja, para que las grandes lluvias del invierno resbalaran por él sin penetrar en su interior.

Adornó los muros de la habitación con pieles de cabra que a la vez le protegían contra el viento. La puerta y la única ventana, cubiertas durante el día con pieles de cabra, se cerraban por la noche con unos cuadros de ramas entrelazadas.

Sintió primero un noble orgullo al ver su triunfo como carpintero, pero después se entristeció al pensar que quizás acababa de construirse una prisión para el resto de sus días. Una jornada de reposo le devolvió su aplomo. Las chozas estaban vacías: había que amueblarlas.

Trasladó desde la cabaña de la bahía cuanto pudiera serle útil. Lo que más le costó fue el traslado de su cofre, una caja enorme y pesada. Guardó los restos que yacían por la playa y sus alrededores en una de las numerosas grutas que se abrían entre las rocas, y después se fabricó un lecho formado de un rectángulo de gruesas ramas guarnecido de flexibles ramitas y hierbas secas. Reemplazó con pieles de cabra las sabanas y mantas de que carecía.

El solitario trabajo le procuraba, a la vez que el placer de la dificultad vencida, unas horas de olvido. Sin embargo le dominaban a veces accesos de melancólico humor cuando se ponía a guisar, trabajo que le resultaba el más desagradable. ¿Por qué no tendría por lo menos un esclavo que se dedicara a aquel trabajo?

Robinson Crusoe, el héroe de Daniel de Foe, naufrago en una isla desierta, se distrae con las visitas de los salvajes que llegan hasta su isla para asar y devorar a sus prisioneros, y cuando salva a uno de aquellos desgraciados cautivos, el negro Viernes, lo convierte en su servidor y le enseña a ser buen cristiano. El pobre Alexander Selkirk no confiaba en tanta suerte. Sabía que los indios araucanos, sus vecinos más próximos, no se aventurarían sobre sus piraguas a mil quinientos kilómetros de las costas. Además esos indios no eran caníbales.

En unas rocas situadas en el pico del acantilado estableció un puesto de vigía, desde el que podía ver sin ser visto. Pero un día se retrasó su activa vigilancia. Salió de su retiro al amanecer para visitar las trampas que tendía a las cabras, lo que le permitía economizar pólvora, y tuvo la funesta idea de volver a casa por la playa, donde a veces recogía los moluscos que la marea dejaba al descubierto sobre la arena.

A sus espaldas llevaba un macho cabrío vivo y el animal empezó a balar. Inmediatamente se dejaron oír exclamaciones en lengua española tras un cercano grupo de árboles. Selkirk oyendo los gritos y temiendo que fuera un grupo numeroso, abandonó su captura y se puso a salvo.



Los españoles, adivinando que un hombre huía ante ellos se lanzaron en su persecución. Cuando el contramaestre atravesó un pasaje descubierto le dispararon a mansalva y no le alcanzaron de milagro. Habiendo logrado un poco de ventaja mientras sus adversarios cargaban sus armas, entró en un bosque hasta el que le siguieron sus enemigos. No se atrevía a lanzarse a los terrenos de caza, hallándose tan fatigado por su larga expedición de la mañana.

Se escondió en la copa de un árbol de espeso follaje, respirando afanosamente. Los

españoles atravesaron el bosque sin encontrarle, y como no divisaron su presa en el llano que se extendía ante sus miradas volvieron sobre sus pasos. Pasaron bajo el árbol que ocultaba al inglés, manifestando su decepción y su ardiente cólera contra aquel demonio. Selkirk se mantuvo prudentemente en su refugio hasta que llegó la noche y entonces subió a la montaña para esperar allí la salida del sol.

Aquel aviso fue terrible. El solitario no había visto el velero español que ancló el día anterior en la rada de Juan Fernández. A la mañana siguiente enviaron la chalupa a reconocer la isla y el viento la empujó hacia el fondeadero. Cuando descubrieron la ruinoso cabaña de los marineros del *Cinque Ports* le prendieron fuego. Renunciando a proseguir sus pesquisas regresaron a su navío, que se hizo a la vela.

Selkirk no volvió a su refugio de la meseta hasta haberse asegurado de la partida de sus enemigos. Se reprochaba su imprudencia y daba gracias a Dios por haberle protegido tan visiblemente. No encontrando palabras bastante fervientes para su plegaria, cogió un libro y entonó un salmo de acción de gracias. La emoción que le causaba el sonido de su propia voz se añadía a sus sentimientos de gratitud hacia la divina Providencia.

De haberse tratado de marinos franceses, Selkirk se hubiera entregado de buen grado. Unas semanas después un navío, francés al parecer, pasó lentamente ante la isla. Selkirk lo siguió con la vista durante largo tiempo; pero el velero no llegó a anclar.

En vista de que se prolongaba su estancia en Juan Fernández, lo mejor que podía hacer era ingeniarse para variar su ordinario, monótono y, a la larga, malsano alimento, si sólo se componía de carne de cabra. No había caza menor en la isla. Sólo anidaban en ella pájaros de mar, vocingleras gaviotas, rabihorcados de vuelo poderoso y albatros, los grandes planeadores de los océanos. Por ese lado, pues, no había recursos comestibles. Los grandes bacalaos sólo pueden pescarse en alta mar. Pero el solitario había oído decir que abundaban en la isla los cangrejos de mar de gran talla y buen sabor. Confeccionó redes con las entrañas de las cabras muertas y pescó unos crustáceos, viendo, con sorpresa, que carecían de las formidables pinzas que caracterizan a los cangrejos. En efecto: eran soberbias langostas. En aquella isla se pescan hoy innumerables cantidades que constituyen la única industria del puñado de seres que habitan en su costa oeste.

Al cabo de algún tiempo intentó obtener sal mediante la evaporación del agua del mar. No era muy blanca ni muy limpia, pero hacía más gustosa la carne de cabra. Selkirk se reprochó el no haber pensado antes en ello y reemplazó el procedimiento de hervir el agua por la evaporación lenta en los huecos de las rocas. Espíritu observador por gusto y por necesidad, examinaba cuidadosamente los arbustos, las plantas y hierbas que encontraba en su camino. Descubrió pimenteros en los flancos de la montaña, que le proporcionaron granos de pimienta blanca, y también encontró pimienta negra y una hierba eficaz contra los males de estómago.

Los pimenteros le dieron no sólo sus granos, sino también los medios de hacer fuego cuando quemó su última parcela de pólvora y en un día aciago se extinguieron los tizones que conservaba entre las cenizas del hogar. En un agujero de un tronco de madera dura, ya tratada por el fuego, y ligeramente carbonizada, cuyos extremos sujetaba con los pies, apoyaba una ramita puntiaguda y la hacía girar rápidamente entre sus palmas. Con el frote se iniciaba el fuego en la madera seca. El nuevo Prometeo no tenía más que comunicarlo soplando dulcemente a los musgos u hongos secos que reservaba como combustible. Había visto a los indios emplear semejante procedimiento, mezcla de paciencia y agilidad; recordó el método y la práctica le hizo maestro en poco tiempo.

Después enriqueció su despensa. En el fondo de algunos páramos húmedos crecía una especie de acedera con largas hojas, cuyo ácido jugo podía servirle de vinagre. La planta era a la vez legumbre y condimento. Las focas que llegaban a tierra por el sur de la isla le procuraban una carne estimable y una buena provisión de aceite. Mató a la primera de un tiro; si bien, para ahorrar pólvora, cazaba las otras con una porra de madera. Vivía como un salvaje y había de servirse de toscas armas. Pero necesitaba espiar a las focas durante varias horas, disimularse y rastrear hasta aproximarse a buena distancia de ellas, y a veces fracasaba en su intento.

Alexander Selkirk había ido reuniendo todos los elementos necesarios para la confección de una ensalada cuando observó una especie de coles de palma que crecían en ciertos puntos de su isla, y se entregó con entusiasmo al trabajo. Cortó el árbol, recogió los brotes tiernos e hizo un plato sabrosísimo que le bastó para varias comidas.

No obstante, la base principal de sus comidas era la carne de cabra. Que preparaba ya de diversos modos. No siempre era fácil procurársela, porque los rebaños de cabras, asustados por los tiros que los marineros del *Cinque Ports* lanzaron a tontas y a locas, se habían refugiado en las partes más elevadas del centro de la isla, y para cazarlas con su lanza o para cogerlas vivas, cosa que prefería, se veía obligado a correr y fatigarse todo el día.

Un accidente que le condenó a la inmovilidad le inspiró la idea de recoger unas cabras en un corral vecino a su habitación. Fácilmente halló el emplazamiento favorable, que cercó con estacas y ramas, y procuró traer un animal vivo de cada cacería. Su rebaño aumentó y tuvo leche a discreción.

Bajo aquel clima excelente y gracias a la abundancia de bienes que ahora poseía, su salud se mantenía perfecta. La vida activa que se veía obligado a llevar le hizo adquirir una fuerza y una agilidad extraordinarias. Ni un átomo de grasa en su cuerpo. Todo eran músculos duros y ágiles, Corría por los bosques con los pies descalzos, pues su único par de zapatos había desaparecido hacía tiempo, y sus vestidos, convertidos en harapos, amenazaban con hacer otro tanto. Era preciso a toda costa conservar el traje de repuesto cuidadosamente guardado en su cofre. ¿No sería mejor

aparecer bien vestido cuando recibiera a los libertadores que indudablemente no habían de tardar en llegar?

El solitario sabía que podía reemplazar la tela con todas las pieles de cabra que quisiera; mas ¿cómo coserlas?

Pensó unir los trozos por medio de finos hilos de cuero. Pero también necesitaba agujas.

Los Robinsones de novela nunca se hallan embarcados en parecida circunstancias. Siempre tienen a su disposición un velero náufrago, accesible en la bajamar, cuyo almacén los provee de pólvora y plomo. No tienen más que registrarlo y encuentran cuanto necesitan. Estos afortunados habitantes de las islas desiertas hubieran tenido en seguida hilo y agujas del grosor deseado, incluso un par de tijeras y botones a su gusto; pero Selkirk no era un héroe de fantasía.

La necesidad crea maestros: entre los restos de la bahía encontró clavos y tachuelas. Empleó algunos en la construcción de las chozas y luego tornó unos clavos, los calentó, los agujereó por un extremo y los afiló por el otro. Después se decidió a cortar y a coser. Fruto de sus trabajos fueron unos amplios pantalones, una larga chaqueta y un alto bonete, que casi le hicieron reventar de orgullo. No era muy elegante, pero era sólido.

Al pasar revista a todos sus tesoros descubrió la forma de remediar la escasez de hoja de su cuchillo, cuyo filo tocaba casi el dorso a fuerza de repasarlo. Los aros metálicos de las barricas calentados, enderezados y afilados por un lado con un agudo bisel, se transformaron en útiles cuchillas de zapatero. No sirvieron para fabricar zapatos, ya que no tenía cuero, si bien el calzado no le preocupaba. La planta de sus pies desnudos era ya bastante dura para correr por todas partes.

Tan variados trabajos le llevaron mucho tiempo y consiguieron ocupar al solitario durante las grandes lluvias del invierno. Cuando el tiempo se serenó, Selkirk volvió a emprender sus correrías.

Atravesando un claro que cruzaba raras veces creyó ver trazas de cultivos. El calor húmedo había favorecido los brotes de algunas plantitas, cuyas hojas le recordaban legumbres conocidas sin acertar a nombrarlas. Cogió una y la probó. Ya no dudó más: eran nabos, sembrados hacía tiempo por los marineros que habitaron la isla antes que él, hermosos nabos de Gran Bretaña que crecieron y se reprodujeron a pesar de las malas hierbas, pero un poco degenerados. Probó cocerlos, los halló perfectos, e hizo buena provisión de aquellas hortalizas.

Después limpió y preparó el terreno, que estaba muy necesitado de ello, y plantó nuevos brotes en filas regulares. Ya tenía su huerta.

Pequeñas alegrías todas, es cierto; pero ¿podía esperar otras perdido en aquella isla desierta a la que no llegaban buques amigos ni enemigos? El horror de su soledad le angustiaba a veces y sus espaldas se doblaban como agobiadas bajo una carga. Por fin se inclinó y de rodillas imploró el socorro divino. Resolvió santificar el domingo con la lectura de la Biblia y el canto de los salmos, piadosos ejercicios que le

reconfortarían. Como no había tenido la precaución de anotar exactamente los días transcurridos desde el desembarco del *Cinque Ports*, no tenía la seguridad de que aquel día fuera domingo; con todo, lo dedico al Señor y a partir de entonces lo observó cuidadosamente.

A las semanas de depresión moral seguían períodos en que su temperamento enérgico y combativo volvía al trabajo y triunfaba su juventud. Con el tiempo crecieron sus rebaños y nacieron cabritos en el corral, cuyos límites tuvo que ensanchar. Los animalitos se acostumbraron a su presencia y sus cuidados y acudían a su encuentro balando alegremente.

Habían terminado ya los días de la piratería y las largas expediciones de aventureros por los Mares del Sur. Transcurrieron años antes que un buque llegara a las aguas de Juan Fernández. Sólo resonaban en la isla los cantos religiosos o profanos del solitario y sus voces llamando a los animales. El Robinsón de Daniel de Foe se permitía el lujo de escuchar a su loro, Selkirk se vio privado de este gozo. En la isla no había loros ni cotorras, ni siquiera un pájaro terrestre. Los bosques estaban silenciosos.

Después de cuatro años y cuatro meses de absoluta soledad, unos hombres, ingleses éstos, acudieron al fin en socorro de Alexander Selkirk.

En 1708 unos comerciantes de Bristol armaron dos navíos para cruzar el gran océano, El *Duke*, al mando del capitán Woodes Rogers, llevaba como piloto a un viejo conocedor de aquellos parajes, William Dampier. Este gran navegante regresó a Inglaterra arruinado por su campaña a bordo del *Saint-George* y su viaje de descubrimientos sobre el *Roebuck*, y aceptó la primera ocasión que se le presentó de volver al mar.

El 31 de enero de 1709 anclaron los dos buques a vista de Juan Fernández. Woodes Rogers envió la chalupa a la costa a fin de asegurarse de que no había ningún velero enemigo anclado en la bahía ni una guarnición española en tierra que les impidiera descansar en la isla de las fatigas de una prolongada estancia en el mar. Con todo, los vientos contrarios retardaron su marcha y la chalupa regresó al anochecer, pues veían fuego en la bahía. Dejaron el reconocimiento para el día siguiente.

Cuando el alba iluminó completamente el fondeadero vieron que estaba vacío y que no había movimiento en sus orillas. Entonces ¿quién había encendido el fuego que aún ardía en tierra? Thomas Dover, segundo capitán del *Duke*, que era doctor en Física, médico y oficial de un regimiento de marina en Inglaterra, fue a tierra en la ballenera con unos hombres armados.

Al acercarse al fondeadero quedó atónito ante los gestos y la agitación que poseía a un ser singular que corría por la orilla. No podía decir si era hombre o animal, si bien cuando se aproximó a tierra distinguió claramente a un mozo alto, cubierto de pieles, que enarbolaba un estandarte hecho con una piel de cabra colocada al extremo

de un largo palo. Al parecer no era peligroso, así que los marineros se inclinaron sobre los remos.

El hombre iba y venía, agitando su bandera, sin poder estarse quieto. Cuando la gente de la embarcación oyó sus voces creyó que aquel salvaje les indicaba en su lengua el punto más favorable para tomar tierra, dirigiéndoles la maniobra en términos que probaban su experiencia en el oficio.

Se arrojó en brazos del primer marinero que tocó tierra firme, llorando de alegría y gratitud. Por ambas partes se cruzaban preguntas sin dar lugar a respuestas. Thomas Dover después de poner un poco de orden en sus efusiones, logró averiguar que el salvaje era Alexander Selkirk, contramaestre del *Cinque Ports*. Todos ignoraban su presencia en la isla. El *Cinque Ports*, según informe de los españoles, se había perdido en alguna parte, sin precisar dónde, y el capitán y la tripulación estaban prisioneros en Lima. ¿Cómo había escapado Selkirk al naufragio y a la prisión? Éste contó entonces que se había quedado en la isla por propia voluntad, después de haber tenido algunas diferencias con el capitán Stradling.

La noche anterior encendió fuego para llamar la atención de los dos navíos, cuya marcha observaba ansiosamente. Sospechaba que eran amigos y, casi con seguridad, ingleses. Dos barcos españoles no hubieran tomado la precaución de detenerse y hubieran seguido directamente su camino hasta anclar en la bahía.

El solitario renunció alegremente a su soledad, Antes de embarcarse en compañía de sus compatriotas metió en la barca media docena de cabras que acababa de matar. Después recogieron sus redes del mar. Aquella pesca fue más abundante que nunca.

Aquella noche se acostó Selkirk en una hamaca de marinero, aunque no pudo cerrar los ojos a pesar del dulce balanceo de su cama. Aún no se había acostumbrado a su cambio de situación. Al día siguiente recibió los cuidados del barbero de a bordo, que era también cirujano. Un círculo de curiosos simpatizantes lo rodeó durante, la larga operación, que devolvió a Selkirk su rostro de escocés civilizado.

El capitán Woodes Rogers se quedó dos semanas en Juan Fernández, mientras las tripulaciones descansaban y se curaban los enfermos de escorbuto. El refugio de Selkirk se convirtió en lugar de peregrinación. Ya no vivía allí, mas le hacía los honores en estas ocasiones. Se comieron las cabras y cabritos del rebaño y los marineros se repartieron a título de recuerdo los módicos bienes del solitario.

El *Duke* y su buque de conserva no habían venido a los Mares del Sur en viaje de turismo, Woodes Rogers tenía que cuidar sus propios intereses y los de sus armadores. Levó anclas el 14 de febrero de 1709 y se llevó, como segundo contramaestre, al abandonado que acababa de liberar.

HENRI LEMARQUAND.

LA MUERTE DEL CAPITÁN COOK

El célebre marino y explorador inglés James Cook (1728-1779), famoso por dos viajes a Oceanía, fue encargado de descubrir un paso entre los océanos Atlántico y Pacífico. Zarpó, pues, de Inglaterra en 1776 con dos fragatas: la *Resolution* y la *Discovery*. Pero después de haber buscado en vano el supuesto paso se detuvo en la bahía de Owhihi (Hawai), donde encontró la muerte en las circunstancias relatadas a continuación por su segundo, el capitán King. Los viajes de Cook abrieron, con los de Bougainville, la era de las grandes expediciones científicas que sigue a la de los descubrimientos del Renacimiento.

La bahía de Karakakoa está situada en la costa occidental de la isla de Owhihi, en el distrito llamado Akona. Tiene alrededor de una milla de profundidad y se encuentra rodeada por dos puntas de tierra baja, alejadas la una de la otra una legua y media. La ciudad de Kowrowa ocupa la punta norte, que es llana y estéril, y hay, al fondo de la bahía, cerca de un bosque con grandes cocoteros, otra ciudad, de una extensión más considerable, llamada Kakoa. El espacio que las separa está ocupado por una alta montaña de rocas, inaccesible por el lado del mar. La costa de la parte sur parece muy desigual hasta una milla en el interior de la tierra. Allí el suelo se eleva poco a poco, y está sembrado de campos cultivados, y rodeado de bosquecillos de cocoteros, entre los cuales se extienden, en gran número, las chozas de los indígenas.

Cuando los habitantes se dieron cuenta de que queríamos anclar en la bahía vinieron hacia nosotros. La muchedumbre era inmensa. Testimoniaban su alegría con cantos y gritos, haciendo toda clase de gestos raros y extravagantes. No tardaron en cubrir los flancos, los puentes y las jarcias de los dos navíos, y una multitud de mujeres y niños, que no habían podido procurarse piraguas, llegaron nadando. Formaban grandes balsas sobre la superficie del mar, y la mayor parte, como no encontraba sitio a bordo, se pasó la Jornada entera Jugando entre las olas.

Entre los jefes que vinieron a la *Resolution* observamos a un joven llamado Parea. Reconocimos pronto que gozaba de gran autoridad. Cuando se presentó delante del capitán Cook le dijo que era *jakani*, es decir, ministro de Terreob, rey de la isla; que el príncipe estaba de expedición militar en Mowee y que debía llegar dentro de cuatro horas. Algunos regalos le convirtieron en amigo nuestro y nos sirvió muy bien para contener a sus compatriotas. Nos percatamos pronto de que la *Discovery*, sobrecargada de indígenas, se inclinaba mucho de un lado, y que su tripulación no podía librarse de la multitud que continuaba entrando allí. El capitán Cook, temiendo las consecuencias de la invasión, comunico sus inquietudes a Parea; éste se dirigió en

seguida al lado del capitán Clerke, arrojó a muchos de sus compatriotas y obligó a las piraguas a mantenerse a cierta distancia.

Ya se ha dicho que, durante nuestra larga navegación a la altura de esta isla, los habitantes se habían conducido siempre con mucha lealtad y sinceridad hacia nosotros, y que no habían mostrado la más ligera disposición al robo. Y que aún nos asombramos más cuando supimos que tratábamos solo con gente de la más ínfima clase, es decir, criados y pescadores. Pero aquí no sucedió lo mismo. La multitud inmensa de naturales del país que llenaba completamente los navíos, les procuró ocasiones frecuentes de robarnos sin arriesgarse a ser descubiertos, y, como eran muy superiores en número, esperaban sin duda que sus robos quedarían impunes si llegábamos a cerciorarnos de ello.

Apenas había anclado la *Resolution* cuando nuestros dos amigos, Parea y Kanena, trajeron a bordo a un tercer jefe, llamado Koah, que —según nos dijeron— formaba parte entonces de la clase de los sacerdotes, después de haber sido en su juventud, un distinguido guerrero. Era un viejo pequeño y muy delgado, tenía los ojos muy rojos y enfermos. Le condujeron al gran salón.

Se aproximó con mucho respeto al capitán Cook, y le arrojó sobre las espaldas una pieza de lienzo rojo que le había traído. Dio algunos pasos atrás y le presentó un cerdito que sostenía entre sus manos, mientras pronunciaba un largo discurso.

Nuestro capitán fue por la tarde a tierra, y le acompañamos Barly y yo. Desembarcamos en la playa y fuimos recibidos por cuatro hombres que llevaban varillas, adornadas con pelos de perro en uno de sus extremos. Marchaban delante de nosotros declamando en voz alta una frase muy corta, en la que no distinguíamos más que la palabra “Orono”. La muchedumbre que se había reunido en la orilla se alejó tan pronto como nos vio aproximarnos, y no pudimos ver a nadie, si exceptuamos un pequeño número de indígenas prosternados, con su rostro contra la tierra, alrededor de las chozas del pueblo vecino.

Antes de hablar de los homenajes religiosos que rindieron al capitán Cook, y de las ceremonias singulares con que fue recibido en esta isla funesta, es necesario describir la *morai* situada en el lado meridional del pueblo de Kakoa. Era una construcción de piedras sólidas y cuadradas. El suelo plano y bien pavimentado, se encontraba rodeado de una balaustrada de madera, sobre la que se veían los cráneos de los cautivos sacrificados a la muerte de los jefes del país. En el centro del edificio se levantaba una construcción de madera.

Koah nos subió a la cima de esta construcción por un camino en dulce pendiente que desembocaba en un ángulo de la coronación del edificio. Vimos a la entrada dos grandes figuras de madera, cuyos rasgos del rostro ofrecían curiosas contorsiones. Un gran trozo de madera esculpido en forma de cono invertido se elevaba en lo más alto de su cabeza, y el cuerpo estaba envuelto en una tela roja. Volvimos a encontrar allí a un joven de alta talla que tenía la barba muy larga. Presentó estas figuras al capitán

Cook, y después de haber cantado con Koah una especie de himno, nos condujo al extremo del *morai*.

Doce figuras estaban colocadas en semicírculo cerca de cinco pilares, y notamos, delante de la figura del centro, una mesa elevada que parecía exactamente la de los taitianos. Encontramos encima de esta mesa un cerdo putrefacto, y debajo, trozos de caña de azúcar, nueces de coco, frutos del árbol del pan, bananas y batatas dulces. Koah, habiendo sentado al capitán Cook a la mesa tomó el cerdo entre sus manos, y después de haber dirigido a nuestro comandante un segundo discurso tan largo como el primero, pronunciado con tanta vehemencia como rapidez, dejó caer el cerdo por tierra. Invitó en seguida a nuestro capitán a subir a la cuna del edificio. Subieron allí, en efecto, uno y otro, no sin haber corrido grandes riesgos de caer. Diez hombres que traían un cerdo vivo y una gran pieza de tela roja llegaron entonces en silencio y en procesión a la entrada de la cima del *morai*. Se detuvieron cuando hubieron andado algunos pasos, y se prosternaron. Kairekea, el joven del que acabo de hablar, fue a encontrarlos, y, habiendo recibido la tela roja, la llevó a Koah, que se la entregó al capitán Cook y le ofreció en seguida el cerdo con el mismo ceremonial.

Mientras nuestro comandante estaba sobre el tablado, envuelto en la tela roja, y pudiendo apenas sostenerse sobre aquellas tablas de madera podrida, Kairekea y Koah cantaron, a veces los dos juntos y a veces alternativamente. Esa parte de la ceremonia fue muy larga. Koah dejó caer el cerdo y descendió por fin con el capitán.

Después de esta ceremonia, a la que el capitán Cook puso fin tan pronto como pudo hacerlo decentemente, abandonamos el *morai*, sin dejar de distribuir entre los naturales algunos trozos de hierro y otras bagatelas, de las que quedaron encantados. Los hombres que llevaban las varas nos volvieron a conducir a nuestras canoas, repitiendo las frases y palabras que pronunciaron cuando desembarcamos. El pueblo se retiró, y el pequeño número de los que quedaron se prosternaron hasta el suelo a medida que pasábamos por la orilla. En seguida nos volvimos a bordo, muy satisfechos de las disposiciones amistosas de los habitantes del país.

El día 26, al mediodía, el rey se embarcó en una gran piragua, y, habiendo partido del pueblo con otros dos de su séquito, tomó con gran pompa el camino de los navíos. Su cortejo tenía una magnífica grandeza. En la primera embarcación iban montados el rey Terreob y los jefes, revestidos de sus cascos y de sus ricas capas de plumas, armados de largas lanzas y dagas. La segunda llevaba a los sacerdotes, al respetable Koah —uno de sus jefes—, con los ídolos envueltos en las telas rojas. Esos ídolos eran bustos de mimbre, de una proporción gigantesca, cargados de pequeñas plumas de diversos colores, trabajadas de la misma manera que sus capas. Grandes trozos de nácar de perlas y una nuez negra, fijada en el centro, representaban los ojos. Sus bocas estaban guarnecidas de una doble fila de dientes incisivos de perro, y el conjunto de la fisonomía ofrecía curiosas contorsiones. Cerdos y diversos vegetales llenaban la tercera piragua. Durante la marcha los sacerdotes que ocupaban la piragua del centro cantaban himnos con mucha gravedad, y después de haber dado la vuelta

en torno de los navíos se dirigieron hacia la playa, donde yo estaba a la cabeza de mi destacamento, en lugar de ir a bordo como pensábamos.

Al verlos acercarse, ordené a mi pequeña tropa que recibiera al rey. Cuando el capitán Cook se dio cuenta de que el príncipe venía a tierra, le siguió, y llegó en el mismo instante. Los condujimos a la tienda, y apenas estuvieron sentados cuando el príncipe se levantó, arrojó de un modo gracioso sobre las espaldas de nuestro comandante la capa que llevaba, y puso, además, un casco de plumas y un curioso abanico en las manos del capitán Cook, a cuyos pies extendieron cinco o seis capas muy hermosas y de gran valor. La gente de su cortejo trajo entonces grandes cerdos, cocos y frutos del árbol del pan.

El rey terminó esta ceremonia cambiando de nombre con el capitán Cook, cosa que es reputada, entre todos los insulares del océano Pacífico, como el testimonio de amistad más fuerte que se puede dar.

Terminado el ceremonial de la entrevista, el capitán Cook condujo a bordo de la *Resolution* a Terreob y a tantos jefes como la embarcación pudo contener. Fueron recibidos allí con todos los regalos posibles, y nuestro comandante, a cambio de una capa de plumas que le habían dado, revistió al rey de una camisa y lo armó con su propia espada. Koah y los otros seis viejos jefes volvieron a la costa y se alojaron en la mansión de los sacerdotes.

El rey, antes de salir de la *Resolution*, permitió a los habitantes de la isla que vinieran a los navíos y practicaran cambios de objetos.

Cuando los navíos estuvieron anclados, vimos con sorpresa que los indígenas ya no eran los mismos con respecto a nosotros. Ya no oíamos gritos de alegría, no había ni ruido ni muchedumbre alguna en torno nuestro. La bahía se encontraba desierta y tranquila. Solamente veíamos aquí y allá una embarcación que se escapaba a lo largo de la costa.

Formamos diversas conjeturas sobre este cambio, hasta que nuestras inquietudes quedaron al fin disipadas por el regreso de una canoa que habíamos enviado a tierra. Supimos que Terreob estaba ausente y que había lanzado el tabú^[5] sobre la bahía. Esta explicación pareció satisfacer a la mayoría de nosotros, pero algunos pensaron, con razón, que la conducta de los insulares debía inspirarnos recelo, pues prohibiéndoles el comercio con nosotros, a pretexto de la ausencia del rey, los jefes habían querido ganar tiempo y deliberar entre ellos sobre el modo en que convendría tratarnos. La confianza de Terreob, que en el momento de su llegada, verdadera o falsa —es decir, a la mañana siguiente—, se dirigió en seguida cerca del capitán Cook, y restableció los cambios y los servicios recíprocos entre los naturales y nosotros, que pronto volvieron a empezar, indicó claramente que no juzgaban ni sospechaban un cambio de conducta por nuestra parte. Fueron o no falsas nuestras conjeturas, todo siguió bastante bien hasta el día 13 después de cenar.

El oficial que mandaba el destacamento encargado de llenar las barricas de la *Discovery* vino a decirme, por la tarde, que muchos jefes se habían reunido cerca de

la playa y detenían a los indígenas que habíamos pagado para que ayudaran a los marineros a rodar los toneles hasta la orilla. Añadió que creía que su conducta era muy sospechosa y que suponía que tendríamos molestias con la gente del país. Yo le di, pues así lo deseaba, un soldado de marina, al que permití tan sólo tomar su bayoneta y su espada. El oficial no tardó en volver. Me dijo que los indígenas se habían armado de piedras y que se volvían muy sediciosos. Me dirigí al lugar indicado seguido de otro soldado de marina armado de su fusil. Cuando los habitantes de la isla me vieron aproximar, soltaron sus piedras. Después de haber restablecido la tranquilidad, fui a encontrar al capitán Cook. Él me ordenó disparar sobre los culpables si volvían a tirar piedras o se conducían con insolencia.

Poco tiempo después de nuestro regreso a las tiendas nos alarmó oír disparos a bordo de la *Discovery*. Observamos que tiraban sobre una piragua, a la que perseguía una de nuestras pequeñas canoas. Pronto sacamos la conclusión de que algún robo habría originado los tiros, y el capitán Cook me ordenó seguirle con una canoa armada, a fin de detener, si podíamos, la tripulación de la piragua que trataba de ganar la orilla. Corrimos hacia el sitio donde juzgamos que desembarcarían, pero llegamos demasiado tarde: los naturales habían abandonado su embarcación y se habían fugado hacia el interior del país. En nuestra ausencia había tenido lugar una lucha más seria y más desagradable. El oficial al mando de la pequeña canoa, al volver a bordo con las cosas que habían robado al capitán Clerke, se percató de que dicho capitán y yo perseguíamos a los culpables, y pensó que era su deber coger la piragua que estaba en la playa. Por desgracia pertenecía a Parea, que llegó en el mismo instante de la *Discovery* y reclamó su propiedad, con innumerables protestas de inocencia. El oficial rehusó entregársela, y cuando la tripulación de la canoa que esperaba a nuestro comandante se le unió tuvo lugar una disputa muy viva, durante la cual Parea cayó bajo un violento golpe que le dieron en la cabeza con una rama. Los indígenas que estaban reunidos en los alrededores, y que hasta aquí habían sido simples espectadores pasivos, dejaron caer de repente una lluvia de piedras sobre los nuestros, que trataron de retirarse precipitadamente y ganar a nado unas rocas situadas a alguna distancia de la costa. Los naturales se apoderaron de la canoa, la saquearon y la hubieran destruido sin la intervención de Parea, que, vuelto en sí, tuvo la generosidad de olvidar la violencia de que había sido objeto. Después de haber alejado a la multitud hizo señales a los nuestros de que podían volver a recoger la embarcación, y les aseguró que él se ocuparía de encontrar las cosas que sus compatriotas nos habían robado. Nuestra gente se rindió, en efecto, a su invitación, y recogieron la canoa, Parea no tardó en seguirlos y entregarles el sombrero de un oficial y algunas otras bagatelas. Pareció afligido de lo que había pasado, y preguntó con aire inquieto si Orono (Cook) le mataría o si le permitiría volver al navío. Le aseguramos que sería allí bien recibido, y entonces, para dar una prueba de reconciliación y de amistad, tocó con su nariz las de los oficiales, según el uso de la isla, y se volvió al pueblo de Kowrowa.

Cuando el capitán Cook fue informado de estos detalles mostró mucha pena, y mientras volvíamos a bordo me dijo:

“Temo mucho que los indígenas me fueren a tomar medidas violentas, pues —añadió— no hay que dejarles creer que tienen ventaja sobre nosotros”.

Pero como era demasiado tarde para emprender nada aquella misma noche, se contentó con dar las órdenes para que arrojaran en seguida del navío a los hombres y mujeres que allí se encontraban. Volví a tierra mientras las ordenes eran ejecutadas, y como los sucesos del día habían disminuido mucho nuestra confianza en los naturales, puse una doble guardia al *morai*, y rogué a mi destacamento que me avisara si veían gente oculta en los alrededores de la playa. Hacia las once descubrieron a cinco indígenas que se deslizaban sin ruido alrededor del *morai*. Parecían aproximarse con extrema circunspección y se retiraron cuando se vieron sorprendidos. A medianoche, como uno de ellos se atrevió a venir demasiado cerca de nuestro observatorio, el centinela le soltó un tiro. La explosión aterrorizó a sus camaradas, que huyeron, y pasamos el resto de la noche sin ser molestados.

Al día siguiente, a la salida del sol, fui a la *Resotution* para examinar el cronómetro. Me llamaron entretanto de la *Discovery* y supe que, durante la noche, los isleños habían robado la chalupa del navío, cortando sus amarras.

En el momento que yo llegaba a bordo, los soldados de marina se armaban y el capitán Cook cargaba su fusil de repetición. Mientras le contaba lo que nos había pasado durante la noche, me interrumpió con aire animado. Me dijo que habían robado la chalupa de la *Discovery*, y me refirió sus preparativos para recobrarla. Era la costumbre, cuando perdíamos cosas importantes en alguna isla de aquel mar, traer a bordo al rey o varios de sus principales jefes guerreros, y retenerlos como rehenes hasta que nos devolvían lo que nos habían sustraído.

Pensaba emplear ese medio, que siempre le había dado éxito. Acababa de dar órdenes de detener todas las piraguas que trataran de salir de la bahía, y tenía el proyecto de destruirlas si los medios más pacíficos no bastaban a recobrar la chalupa. Colocó, en efecto, a través de la bahía las pequeñas embarcaciones de la *Resolution* y de la *Discovery*, bien equipadas y bien armadas, y antes que yo tomara el camino de la costa ya habían tirado algunos cañonazos sobre dos grandes piraguas que trataban de huir.

Dejamos el navío el capitán Cook y yo entre las siete y las ocho. El capitán montaba la canoa grande, y llevaba con él al señor Philips y nueve soldados de marina, y yo me embarqué en la pequeña canoa. Las últimas órdenes que recibí de él fueron de tranquilizar el espíritu de los naturales y de asegurarles que no les haríamos mal, de no dividir mi escasa tropa y de mantenerme en guardia. Nos separamos en seguida.

El capitán Cook se dirigió a la orilla del Kowrowa, residencia del rey, y yo, a la parte del observatorio. Mi primer cuidado al llegar a tierra fue exhortar a los soldados de marina, de la manera más rigurosa, a no salir de la tienda, a cargar sus fusiles con

balas y no dejarlos un instante. Fui a pasearme hacia las cabañas del viejo Koah y de los sacerdotes, y les expliqué, de la mejor manera posible, el objeto de nuestros preparativos de lucha, que les causaban una viva alarma. Vi que ya había oído hablar del robo de la chalupa de la *Discovery*, y les aseguré que nosotros estábamos decididos a recobrar la embarcación y a castigar a los culpables, pero que la comunidad de sacerdotes y los habitantes del pueblo del lado de la bahía donde nos hallábamos no debían tener el más ligero temor. Les rogué que explicaran mis palabras a la gente, que le dieran seguridades y la exhortaran a permanecer tranquila.

Koah me preguntó, con mucha inquietud, si harían mal a Terreob; le aseguré que no, y tanto él como sus compañeros parecieron encantados de mi promesa. El capitán Cook llamó mientras tanto a la chalupa de la *Resolution* que estaba estacionada en la punta septentrional de la bahía, y habiéndola cogido continuó su ruta hacia Kowrowa, donde desembarcó, así como el teniente y los nueve soldados de marina. Marchó en seguida al pueblo, donde recibió las muestras de respeto que siempre se le rendían. Los habitantes se prosternaron delante de él y le ofrecieron cerditos, según su costumbre. Observando que no sospechaban de ningún modo sus designios, preguntó dónde estaba Terreob y los dos hijos de éste, que tantas veces habían comido a nuestra mesa a bordo de la *Resolution*. Los dos jóvenes príncipes no tardaron en llegar con los indígenas que enviamos en su búsqueda, y en seguida condujeron al capitán Cook a la casa en que su padre estaba acostado. Encontraron al viejo rey medio dormido, y nuestro capitán, diciendo algo acerca el robo de la chalupa —del que no le suponía culpable—, le invitó a venir a los navíos y a pasar el día a bordo de la *Resolution*. El rey aceptó la proposición sin dudar y se levantó en el mismo instante a fin de acompañar al capitán Cook.

Cuando nuestros asuntos parecían ir muy bien, cuando se hallaban los dos hijos del rey en la canoa y el resto de la pequeña tropa en la playa para embarcar, vino una vieja que llamó a su monarca en voz alta, ésta era Kannie-kabarri, la madre de los dos príncipes y una de las esposas favoritas de Terreob. La recién llegada se aproximó al rey y empleó las lágrimas y plegarias más ardientes para impedirle que fuera a los navíos. Al mismo tiempo dos jefes que habían llegado con ella retuvieron al rey y le aconsejaron de nuevo que no fuera más lejos, obligándole a sentarse. Los indígenas que se reunían a lo largo de la orilla, donde formaban innumerables corros, y que verdaderamente estaban asustados del ruido de los cañones y de los preparativos hostiles que veía en la bahía, comenzaron a agruparse precipitadamente alrededor del capitán Cook y de su rey. El teniente de los soldados de marina cuando vio a su gente tan apretada por la multitud, y en tan mala situación de servirse de sus armas si era preciso disparar, propuso al capitán ponerlos en orden de batalla a lo largo de las rocas, cerca del mar, y como el populacho les abrió el camino sin dificultad, se apostaron a unas treinta yardas alrededor de Terreob, que estaba aún sentado.

Entretanto el viejo rey permaneció inmóvil, pintándose en su rostro el abatimiento y el temor. El capitán Cook, no queriendo renunciar a su proyecto, continuaba

presionándole vivamente para que se embarcara, y cuando el príncipe parecía dispuesto a seguirle, los jefes que le rodeaban le instaron, primero con ruegos y súplicas, y recurriendo en seguida a la violencia, para que se quedara donde estaba. Nuestro capitán, viendo que la alarma era ya general, y que no era posible llevarse al rey sin verter sangre, abandonó su primera resolución, y dijo al señor Philips que si se obstinaba en querer conducir el príncipe a bordo, corría riesgo de matar a un gran número de indígenas.

Aunque la empresa que había llevado el capitán Cook a tierra hubiera fallado, y ya no intentaba cumplirla no creímos que nadie corría peligro hasta después de un accidente que dio a nuestras discrepancias el rumbo fatal. Al disparar nuestros cañones, situados a través de la bahía, sobre las piraguas que trataban de escapar, mataron, por desgracia, a un jefe de primer rango. La nueva de su muerte llegó al sitio donde se hallaba nuestro capitán, en el momento que acababa de dejar al rey y marchaba tranquilamente hacia la orilla. El rumor y el descontento que excitó la noticia fueron muy sensibles. Los hombres alejaron en seguida a las mujeres y los niños, se revistieron de sus trajes de combate y se armaron de picas y piedras. Uno de ellos, que tenía una piedra y un largo puñal de hierro llamado *pahua*, se aproximó a nuestro comandante y se puso a desafiarle blandiendo su arma, amenazándole con arrojarle la piedra. Nuestro jefe le aconsejó que cesara en sus amenazas; pero como aumentó la insolencia de su enemigo, se irritó y le tiro una descarga de plomo. El indígena llevaba una coraza que el plomo no pudo atravesar, y cuando vio que no estaba herido, aún se volvió más audaz.

Tiraron muchas piedras a los soldados de marina, y uno de los cabecillas isleños trató de apuñalar al señor Philips, si bien no lo logró, y recibió un tiro. El capitán Cook efectuó entonces el segundo disparo de su fusil, con bala, y mató al indígena que estaba más cerca. Inmediatamente después de esta muerte, la gente del país se lanzó al ataque general a pedradas, y los soldados de marina y los marineros que ocupaban las canoas repelieron la agresión con una descarga de mosquetería. Todos nos sorprendimos al ver que los indígenas sostenían el fuego con mucha firmeza, y se precipitaban sobre nuestro destacamento profiriendo gritos y aullidos terribles, antes que los soldados de marina tuvieran tiempo de volver a cargar. Siguió entonces una escena de horror y confusión.

Apresaron entre las rocas, en el momento que se retiraban, a cuatro soldados de marina, que fueron inmolados al furor del enemigo. Otros tres quedaron peligrosamente heridos. El teniente herido en la espalda por un golpe de *pahua*, había reservado por suerte sus tiros, y mató al hombre que acababa de herirle cuando éste se aprestaba a darle el segundo golpe.

Nuestro desgraciado comandante se encontraba sobre la playa la última vez que le vimos claramente. Gritaba a los tripulantes de las canoas que cesaran el fuego y se aproximasen a la orilla, a fin de embarcar a nuestra tropa. Si es cierto que los soldados de marina y los marineros de las canoas habían hecho fuego por orden del

capitán Cook, y que él quería impedir una nueva efusión de sangre —como algunos de los que tomaron parte en la acción han creído—, es probable que fuera víctima de su humanidad. Observaron, en efecto, que mientras miraba a los indígenas al rostro, ninguno de ellos se permitió violencia contra él, pero que al volverse para dar órdenes a los de las canoas fue apuñalado por detrás y cayó de bruces en el mar.



Los indígenas lanzaron gritos de júbilo cuando le vieron caer. Arrastraron su cuerpo a la orilla, y ensañándose con sus puñales se encarnizaron en hundirlos en el cuerpo del que ya no respiraba.

Así terminó la carrera del gran hombre que mandaba nuestra expedición. Después de una vida ilustrada por empresas tan sorprendentes y heroicas, no se puede decir que su muerte fuera prematura. Había vivido bastante para ejecutar los nobles proyectos a los que la naturaleza parecía haberle destinado. Es imposible decir cuánto fue llorado y lamentado por los que, durante tanto tiempo, habían fundado su seguridad personal en las luces de su valor. No trataré de pintar el horror que nos sobrecogió ni el abatimiento y la consternación universal que siguieron a una desgracia tan afrentosa como imprevista.

ENTRE LOS AINOS

El famoso marino Jean-Francois de la Pérouse, nacido cerca de Albi en 1741, es célebre por su viaje de circunnavegación alrededor del globo, emprendido a bordo del *Boussole* y la *Astrolabe*, capitaneados por él mismo y por su amigo Fleuriot de Langle. Zarpado de Brest en 1785, enfiló el cabo de Hornos, llegó a la isla de Pascuals, después a las Filipinas, y descubrió entre las de Sajalin y Yeso el estrecho que lleva su nombre. Desde allí se dirigió a Australia, de donde mandó su último informe al ministro de Marina. Después desapareció. No se supo de él hasta cuarenta años más tarde, cuando Dumont d'Urville descubrió que los navíos de aquél habían encallado, en el año 1788, en los arrecifes de las Nuevas Hébridas y que fue degollado con su tripulación por los naturales de la isla Vanikoro.

A continuación transcribimos el relato que hizo La Pérouse de su visita al país de los ainos, los habitantes más septentrionales del archipiélago japonés, raza casi desaparecida en nuestros días.

El día 6 de julio de 1787, a las ocho de la mañana, descubrimos una isla que parecía muy extensa y que formaba, con Tartaria, una abertura de treinta grados. Pensé primero que era la isla Sajalin, cuya parte meridional había sido situada por los geógrafos dos grados más al norte.

El aspecto de esa tierra era muy diferente del de Tartaria: no se veían más que rocas áridas en cuyas cavidades conservaban todavía la nieve; pero estábamos a una distancia demasiado grande para descubrir las tierras bajas, que tal vez, como las del continente, estuvieran cubiertas de árboles y hierba. A la montaña más elevada, que termina como la chimenea de un hornillo, la bauticé con el nombre de pico Lamanon, a causa de su forma volcánica y porque este físico ha llevado a cabo un estudio particular de las diferentes materias fundidas por el fuego de los volcanes.

Los días 11 y 12 tuvimos tiempo claro. Nos aproximamos a la costa de la isla, a menos de una legua, y así como nos íbamos aproximando la encontraba tan cubierta de bosques como Tartaria. El 12 de julio por la tarde, como disminuyó mucho la brisa del sur, llegué a tierra y dejé caer el ancla a dos millas de una pequeña rada, a la que desembocaba un río. Observamos con ayuda de nuestros catalejos algunas cabañas y dos indígenas que parecían huir a los bosques.

De Langle propuso que descendiéramos para reconocer el terreno. Le rogué que llevara con él a Boutin y al abate Mongés, y después que la fragata hubo andado y hubimos recogido velas, y una vez en el agua los botes, armé la chalupa de desembarco, mandada por De Clonar, junto con Duché, Prevost y Collignon, y les di orden de unirse a De Langle, que ya había llegado al río. Hallaron las dos cabañas,

abandonadas desde hacía poco tiempo, pues todavía había en ellas fuego encendido; no se habían llevado ninguno de los muebles, y quedaba allí un cesto con perritos, cuyos ojos aun no estaban abiertos, y la madre, a quien se oía ladrar en los bosques, daba a entender que sus propietarios no estaban lejos. De Langle hizo depositar allí hachas, diferentes instrumentos de hierro, algunas cuentas de vidrio y, en general, todo lo que creyó útil y agradable a los ojos de los indígenas, persuadido de que, después que volvieran a embarcar, los habitantes regresarían, y que nuestros regalos los induciría a creer que no éramos enemigos. Al mismo tiempo hizo extender las redes, y cogió en dos golpes más salmones de los que necesitaba la tripulación para el consumo de una semana. En el momento que iba a volver a bordo vio llegar a la playa una piragua con siete hombres, que no parecieron asustarse en absoluto de nuestro número. Pusieron su embarcación sobre la arena y se sentaron sobre sus esteras en medio de nuestros marineros, con un aire de seguridad que prevenía mucho en su favor.

Entre ellos estaban dos viejos con lengua barba blanca, vestidos de una tela de corteza de árbol bastante parecida a los taparrabos de Madagascar. Dos de esos siete indígenas llevaban trajes azules guateados, y la forma de su vestido difería poco de la de los chinos; otros no llevaban más que un largo vestido que se cerraba completamente por medio de un cinturón y de algunos botoncitos, lo que les dispensaba de usar calzones. Llevaban la cabeza desnuda, solo dos o tres de ellos la llevaban rodeada únicamente por una banda de piel de oso. Tenían la cara y el cabello sobre la frente afeitados; los cabellos, por detrás, conservaban la longitud de ocho o diez pulgadas, pero de un modo completamente diferente de los chinos, que no se dejan más que un manojito de cabellos en redondo, que llaman *pentsec*. Todos llevaban botas de piel de lobo marino, con el pie a la china muy artísticamente labrado. Sus armas eran arcos, lanzas y flechas guarnecidas de hierro. El más viejo de los insulares llevaba un parasol para guarecerse de la gran claridad del sol. Los modales de esos habitantes eran graves, nobles y muy afectuosos. De Langle les dio lo que le sobraba de lo que había llevado con él, y les hizo entender por signos que la noche le obligaba a volver a bordo, pero que deseaba mucho volverlos a encontrar a la mañana siguiente para hacerles nuevos presentes. A su vez ellos dijeron por signos que dormían en los alrededores y que serían puntuales a la entrevista.

Las canoas no regresaron a bordo hasta las once de la noche, y el informe que me trajeron excitó vivamente mi curiosidad. Esperé el día con impaciencia, y estaba en tierra con la chalupa y la canoa grande antes de la salida del sol. Los insulares llegaron a la rada poco tiempo después. Venían del norte, donde nosotros habíamos supuesto que estaba situado su pueblo. Bien pronto los siguió una segunda piragua, y contamos veintiún indígenas.

De Langle, con casi todo su estado mayor, llegó a tierra poco después que yo, y antes de comenzar nuestra conversación con los insulares, les hicimos presentes de todas clases. Ellos parecían no hacer caso más que de las cosas útiles: el hierro y las



telas, sobre todo. Conocían los metales como nosotros. Preferían la plata al cobre, el cobre al hierro, etc. Eran muy pobres: sólo tres o cuatro poseían pendientes de plata, adornados de vidrios azules, muy parecidos a los que yo había encontrado en las tumbas de la bahía de Ternai, y que había tomado por brazaletes. Los otros adornos eran de cobre como los de las mismas tumbas; sus pipas, sus eslabones y

yescas, que parecían chinos o japoneses, eran de cobre blanco perfectamente trabajado. Señalando con la mano hacia poniente, nos dieron a entender que las telas azules y las yescas venían del país de los manchúes, y pronunciaban el nombre como nosotros. Viendo en seguida que todos teníamos un papel y un lápiz en la mano para hacer un vocabulario de su lengua, adivinaron nuestra intención, y se anticiparon a nuestras preguntas, presentando ellos mismos los diferentes objetos, añadiendo el nombre del país, y teniendo la amabilidad de repetirlo cuatro o cinco veces, hasta que estuvieron ciertos de que habíamos entendido bien la pronunciación exacta.

La facilidad con que nos comprendían me llevó a creer que el arte de la escritura les era conocido; uno de aquellos insulares, que como se verá después nos trazó un dibujo del país, tomaba el lápiz de la misma manera que los chinos sostienen sus pinceles. Parecían desear mucho nuestras hachas y telas, y no se recataban en pedir las, pero eran tan escrupulosos que nunca nos cogieron más que lo que les dimos. Era evidente que sus ideas sobre el robo no diferían de las nuestras, y no hubiera temido confiarles la guarda de nuestros efectos. Su atención a tal respecto se extendió incluso a no recoger siquiera de la arena uno de los salmones que habíamos pescado, aunque estaban allí por millares, pues nuestra pesca había sido tan abundante como la de la víspera, y nos vimos obligados a apremiarlos, con muchas instancias, para que tomaran cuantos quisieran.

Llegamos, por fin, a hacerles comprender que deseábamos que dibujaran su país y el de los manchúes. Entonces uno de los viejos se levantó y, con el extremo de su lanza, trazó la costa oeste de Tartaria. Al este, enfrente y en la misma dirección, dibujó su isla, y llevando su mano sobre el pecho nos dio a entender que acababa de dibujar su propio país. Había dejado entre Tartaria y su isla un estrecho, y volviéndose hacia nuestros navíos, que se veían desde el río, señaló con un trazo que se podía cruzar. Al sur de esta isla había dibujado otra, dejando también un estrecho, indicando así mismo que era ruta idónea para nuestros buques.^[6] Su sagacidad para contestar nuestras preguntas era muy grande, pero menor que la de otra indígena —de unos treinta años—, que, viendo que las figuras trazadas en la arena se borraban, cogió uno de nuestros lápices y un papel, y dibujó una isla que llamó Choka, e indicó por un trazo el riachuelo al borde del cual estábamos, que situó a dos tercios de la longitud de la isla, de norte a sur. Dibujó en seguida la tierra de los manchúes,

dejando, como el viejo, un estrecho en el fondo del embudo, y con gran sorpresa por nuestra parte añadió el río Sajalin, cuyo nombre pronunciaban los indígenas casi como nosotros. Colocó la desembocadura del río un poco al sur de la punta norte de su isla, y señaló por trazos, en número de siete, la cantidad de días de piragua necesarios para dirigirse, desde el lugar donde estábamos, a la embocadura del Sajalin. Pero las piraguas de los indígenas no se alejan jamás de tierra un tiro de pistola, y siguiendo el contorno de sus pequeñas radas, juzgamos que en línea recta no harían más que nueve leguas por día, porque la costa permite desembarcar en todas partes; que bajarían a tierra para cocer sus alimentos y comer, y que era probable que descansaran a menudo. Por tanto valoramos en sesenta y tres leguas, todo lo más, nuestra distancia hasta el extremo de la isla.

El mismo indígena nos repitió lo que ya nos había dicho: que se procuraban telas y otros objetos de comercio por su contacto con los pueblos que habitaban las orillas del río Sajalin, y marcó igualmente por trazos el número de días que las piraguas tardaban en remontar este río hasta el lugar en que se verificaba el comercio.

Todos los demás indígenas eran testigos de nuestra conversación y aprobaban con gestos el discurso de su compatriota. Quisimos en seguida saber si el estrecho en cuestión era muy largo, y tratamos de hacerle comprender nuestra idea. La comprendió, y colocando sus dos manos perpendicular y paralelamente, a dos o tres pulgadas una de otra, nos dio a entender que representaba así la longitud del río donde íbamos a buscar agua, y alejándolas un poco marcó una segunda longitud: la del estrecho que separa su país de Tartaria. Ahora se trataba de conocer la profundidad del agua. Le llevamos al borde del río, del que sólo nos habíamos alejado diez pasos, y allí metimos el extremo de una lanza. Pareció comprendernos.

Colocó una mano encima de la otra hasta una altura de cinco o seis pulgadas. Creímos que nos indicaba así la profundidad del río Sajalin, y después indicó toda la extensión de su brazo como para figurar la profundidad del estrecho. Sólo nos quedaba por saber si había representado profundidades, absolutas o relativas pues en el primer caso aquel estrecho solo sería un brazo de mar y ese pueblo, cuyas embarcaciones jamás se habían acercado a nuestros navíos, podían creer que tres o cuatro pies de agua nos bastaban, así como tres o cuatro pulgadas eran suficientes para sus piraguas. Pero nos fue imposible aclarar más. De Langle y yo creímos que, en todo caso, era de la mayor importancia reconocer si la isla que visitábamos era la que los geógrafos llaman isla Sajalin, sin sospechar la extensión de la parte sur. Di la orden de disponerlo todo sobre las dos fragatas para aparejar por la mañana.

Empleamos el resto del día en visitar el país y la gente que lo habita. Con seguridad que los conocimientos de la clase instruida de los europeos sobrepasan con mucho, en todos los puntos, a los de los veintinueve insulares con que hablamos en la bahía de Langle, pero entre los pueblos de estas islas los conocimientos son generalmente más extensos que entre la clase media de los pueblos de Europa. Todos los individuos parecen haber recibido la misma educación.

El 14 de julio, al amanecer, hice señal de aparejar con viento del sur y tiempo brumoso, que muy pronto cambió en una bruma muy espesa. Hasta el día 19 no hubo el menor claro. Este mismo día por la mañana vimos la tierra de la isla desde el nordeste, un cuarto norte, hasta el estesudeste. Dos horas después de mediodía dejamos caer el ancla al oeste de una bahía magnífica, de veinte brazas y fondo de arena, a dos millas del río.

Cuando nuestras canoas llegaron a la rada, las mujeres, asustadas, comenzaron a gritar como si tuviesen temor de ser devoradas. Estaban, sin embargo, bajo la guardia de un insular, que las fue recogiendo y llevando a sus casas, pareciendo tranquilizarlas.

De Langle, que desembarcó el primero, halló a los indígenas reunidos alrededor de cuatro piraguas cargadas de pescado ahumado. Los ayudaron a lanzarlo al agua, y supo que los veinticuatro hombres que formaban la tripulación eran manchúes y que habían venido por el río Sajalin para comprar aquel pescado. Tuvo una larga conversación con ellos por medio de nuestros chinos, a los que dispensaron la mejor acogida. Dijeron, como nuestros primeros geógrafos de la bahía de Langle, que la tierra en que estábamos era una isla, dándole el mismo nombre. Añadieron que estábamos aún a cinco días de piragua de su extremo, pero que, con buen viento, se podía hacer ese trayecto en dos días, descansando todas las noches en tierra. De este modo, cuanto nos habían dicho en la bahía Langle quedó confirmado, pero expresado con menos inteligencia por el chino que nos servía de intérprete. De Langle encontró también en un extremo de la isla, una especie de circo formado por quince o veinte lanzas clavadas en el suelo, coronada cada una con una cabeza de oso, cuyas osamentas estaban esparcidas por los alrededores. Como aquellos pueblos no tienen armas de fuego y combaten a los osos cuerpo a cuerpo, y sus flechas no pueden sino herirlos, ese circo nos pareció que estaba destinado a conservar la memoria de su hazañas, y las veinte cabezas de oso expuestas a la vista debían contar las victorias que habían conseguido desde hacía diez años, a juzgar por el estado de descomposición en que se encontraba la mayor parte. Los productos y sustancias del suelo de la bahía de Estaing no difería casi nada de los de la bahía de Langle. El salmón era también abundante, y cada cabaña tenía su almacén. Descubrimos que aquellos isleños se comen la cabeza, la cola y la espina, y que ahúman y secan las dos partes del vientre del pescado para venderlas a los manchúes, no reservándose para ellos más que el humo que infecta sus casas, sus muebles, sus vestidos y hasta las hierbas que rodean sus pueblos. Nuestras canoas partieron, por fin, a las ocho de la tarde, después que hubimos colmado de presentes a los tártaros y a los insulares. A las ocho cuarenta y cinco estaban de regreso, y ordené que todo estuviera dispuesto para la salida del día siguiente.

“¡AL ABORDAJE!”

Nadie podía imaginar que el destino de Louis Garneray (1783-1857), hijo de un pintor parisiense, estuviera en el mar. Sin embargo, a la edad de trece años se enroló en la marina, y de 1796 a 1806, unas veces como corsario, y otras como marino del Estado, participó en todos los combates afortunados o desgraciados que tuvieron lugar: entre la India y el cabo de Buena Esperanza. Bien dotado para la pintura, y con una excelente memoria, nos describió en sus libros las aventuras que corrió al lado de Surcouf, el célebre corsario malvino, que bajo el reinado de Napoleón compensó las derrotas navales de éste con sus audaces abordajes, como el del *Kent* en el mar de las Indias, que transcribimos a continuación. Prisionero de los ingleses en 1806, Garneray tuvo que esperar la caída del Imperio para obtener su liberación, que puso fin a una carrera marítima relativamente corta.

Aquel día, 7 de agosto de 1800, nos dirigíamos hacia el Ganges cuando oímos al vigía del palo de mesana gritar:

—¡Eh! ¡Los de ahí ahajo!

—¿Qué hay? —preguntó el contraмаestre, dirigiendo su mirada hacia las barras del juanete.

—¡Un navío! —gritó de nuevo el vigía.

—¿Dónde?

—¡A sotavento, por el gaviote de babor, casi bajo el sol!

—¿Hacia dónde se dirige? —siguió el contraмаestre.

—Al norte.

—¿Es grande? Mira bien antes de responder.

—¡Muy grande!

—¡Bueno! ¡Tanto mejor! —dijeron los hombres de la tripulación—. Más grandes serán las partes del botín.

El oficial de guardia, que escuchaba atentamente este diálogo, se disponía a mandar aviso a nuestro capitán, que se había retirarlo a su camarote, cuando apareció en el puente Surcouf, el enemigo jurado de toda formalidad y de todo decoro. Surcouf, que veía, sabía y oía cuanto pasaba a bordo de la *Confiance*, se adelantó hasta las barras de juanete con su catalejo en bandolera y sin dar explicaciones a nadie. Una vez en su puesto de observación, y bien seguro sobre las vergas, enfiló su catalejo hacia el horizonte. La atención de la tripulación, excitada por la codicia, se dividió entre el supuesto navío y Surcouf.

—¡Dejadlo acercarse! ¡Metedle la proa debajo! —gritó de pronto este último, pasando el catalejo a Drieux, su segundo.

Después reunió el estado mayor en torno suyo, y nos interrogó sobre nuestras observaciones. Aquel consejo improvisado fue completamente inútil. Todos, oficiales, contramaestre y marineros dimos tumultuosamente nuestra opinión; pero ésta estaba completamente de acuerdo con la de nuestro comandante, es decir, que el barco era muy grande y que se alzaba espléndidamente sobre el agua, con buena arboladura. En una palabra: era un navío de guerra de la Compañía de las Indias que se dirigía de Londres a Bengala y que, en aquel momento, corría amuras de babor y cerraba el viento para abordarnos con todas las velas posibles, Ahora bien: ¿nos traía la fortuna o la muerte? ¡Ah! Esto era un secreto que sólo Dios podía conocer. No importa: arriesgaríamos caer prisioneros para adquirir oro. ¡El oro es algo muy bello si se gasta sin freno ni medida!

—¡Todo el mundo sobre el puente! —gritó Surcouf desde lo alto de las barras, a la que se había lanzado de nuevo—. ¡Todas las velas fuera! —Y tras un silencio de algunos segundos—: Café, ron, vino caliente. ¡Hay que refrescar a la tripulación! ¡Zafarrancho general de combate! —añadió con una voz tonante.

—¡Zafarrancho! —repitió a coro la tripulación, con indescriptible entusiasmo.

A la orden de Surcouf, llenaron el empalletado de sacos y hamacas, destinadas a amortiguar la metralla. Abrieron los cofres de armas, y los faroles iluminaron con sus lúgubres rayos los almacenes de pólvora. Los no combatientes —es decir: los intérpretes, médicos, comisarios de víveres, criados, etc.— se prepararon a bajar para ir llenando la cubierta de pólvora y balas y recibir a los heridos. El cirujano puso al descubierto esa terrible pesadilla del marino: los instrumentos de pulido acero. Cerraron los paneles y arrastraron los guardafuegos junto a los cañones, llenos de balas. Los sirvientes prepararon los escobillones y las roquetas, llenaron de agua los baldes de combate y encendieron los botafuegos. Por fin estuvo todo dispuesto y cada hombre en su puesto de combate.

Mientras tanto el navío enemigo —pues así lo juzgábamos ya— se agrandaba a ojos vistas y pronto subió su carena. Entonces conocimos su fuerza, y la *Confiance*, corriendo a contrabordo, se le acercó valientemente bajo una nube de velas.

A las diez podíamos distinguir perfectamente sus baterías. Formaban dos cinturones paralelos de hierro de treinta y ocho cañones. Veintiséis en batería y doce sobre el puente. Era para hacer temblar a los más bravos. Apenas nos separaba media legua del navío enemigo.

—Amigos míos —nos espetó entonces Surcouf, en cuyos ojos ardía el genio—, ese navío pertenece a la Compañía de las Indias, y el Cielo nos lo envía para que vengamos en él la persecución de la *Sybille*. Ese buque no tiene escapatoria. ¡Nunca os he engañado! Pronto será nuestro. ¡Creed en mi palabra! Pero como la seguridad en el éxito no ha de hacernos imprudentes, averigüemos primero si todas esos cañones son verdaderos o falsos.

El valiente y sagaz bretón hizo recoger las velas para colocarse al viento, de través.

Apenas terminada la maniobra, una insolente y brutal bala de cañón vino de parte del enemigo para asegurar sus solares ingleses. Nos pedía que mostráramos nuestra nacionalidad, y un silencio profundo cayó sobre la *Confiance*.

—¡Imbécil! —gritó Surcouf alzándose de hombros con conmiseración y desprecio.

Y apostrofando entonces al enemigo como si fuese un adversario de carne y hueso, con una fuerza y un verbo que hacía hervir de entusiasmo la sangre de la tripulación, lanzó un discurso en jerga marinera que ha quedado como modelo del género.

Todavía estaba hablando cuando el inglés, irritado sin duda por nuestra lentitud en obedecer sus órdenes, nos envió otra descarga.

—¡A las claras, pues! —gritó nuestro valeroso bretón, radiante de gozo—. Eso se llama hablar con franqueza. De momento, amigos míos, basta de charla. ¡Cada uno a su puesto!

Y tras los solemnes silbidos de rigor el contramaestre de la tripulación, Gilbert gritó:

—¡Todos a sus puestos de combate! y se hizo el silencio en todo el barco.

La andanada del inglés había demostrado suficientemente —preciso es confesarlo — que los treinta y ocho cañones que asomaban sus amenazantes bocas por las portañolas no podían ser más auténticos y que no ocultaban ninguna superchería.

Pero quedamos sorprendidos y vivamente intrigados cuando vimos sobre el puente del navío enemigo a un gracioso estado mayor de encantadoras damas elegantemente vestidas que nos miraba tranquilamente, resguardándose del sol bajo sus sombrillas, como si fuésemos simplemente un objeto curioso.

Empezamos a dudar si aquel barco no sería lo que parecía, es decir, que aparentando ser un navío comercial fuera un buque de guerra. Pero no; no era probable, pues entonces, en vez de llenar el puente con su numerosa tripulación, la hubiera disimulado cuidadosamente.

—¡Ah! —nos dijo Surcouf que compartía también nuestra incertidumbre—. Creí que ese John Bull era un buque de la Compañía de las Indias. Pero ved ahora a todos esos oficiales del ejército que suben al puente y hacen increíble nuestra suposición. En fin: no importa —siguió el bretón después de un momento de silencio, triturando inadvertidamente su cigarro entre los dientes—. Sea lo que sea, poco importa, De momento lo esencial es apoderarnos de él. Por tanto icemos el pabellón francés asegurándolo con un cañonazo.

Ejecutaron esta orden, que hacía inevitable el combate, y Surcouf reunió la tripulación en torno suyo. Recuerdo este discurso como si lo hubiese oído ayer:

—¡Mis buenos y valientes amigos! Bajo nuestros garfios, a nuestro costado y bogando a contrabordo veis el navío más hermoso que Dios puso nunca a la disposición de un corsario francés. Dejarlo pasar y no apoderarnos de él sería despreciarla bondad y las intenciones de la Providencia, y, por tanto, exponernos a

todos sus rigores. ¡Ese barco que parece burlarse de nosotros lleva un cargamento europeo que vale muchos millones! “Es más fuerte que la *Confiance*”, diréis. De acuerdo. Aún digo más: os juro que nos costará vencerle. Pero después de la batalla, ¡qué alegría cuando nos repartamos su rico botín! ¡Cómo volveremos a Ile de France!

Ante esta feliz perspectiva, tan hábilmente evocada, se elevó un sordo rumor entre la tripulación.

Surcouf prosiguió:

—Yo no puedo pretender, hijos míos, que luchemos contra ellos a cañonazos. No quiero engañaros. ¡No! Nuestras piezas de seis no servirían de nada contra sus enormes cañones. Nada de cañonazos, ya que abusarían de nuestra bondad y nos echarían a pique.

»He aquí mi proyecto resumido en dos palabras: aquí estamos ciento treinta hombres, y allá, me imagino, que poco más o menos otros ciento treinta. ¡Bien! ¡Pero me imagino que cada uno de vosotros vale un poco más que un inglés! ¡Os reís, bribones! Muy bien. Luego, una vez estemos en aquel barco, cada uno de vosotros despachará su inglés. ¡Y ya está! ¿No es cierto? Y, por tanto, al cabo de cinco minutos sólo estamos nosotros a bordo. ¿Entendido?

—¡Sí, capitán! —gritaron los marineros, con entusiasmo—. Eso es: ¡al abordaje!

—¡Silencio entonces! —siguió el corsario, acallando el tumulto con terribles golpes con cuanto hallaba a mano—. Dejadme aprovechar el tiempo que nos queda, antes de abordar al enemigo, para explicaros mis intenciones. Cuando se comprende una cosa es más fácil de hacer. Cogemos a ese pillo fingiendo que queremos cañonearle por su lado de popa. Y sucederá lo siguiente: me llego hasta lo más cercano posible de su popa; después, volviéndome de pronto de barlovento, le abordo por sotavento... para tener que subir menos. En cuanto a sus cañones, no hay que preocuparse por tal bagatela. Estamos demasiado a ras del agua para que nos alcancen... Las balas pasarán por encima de nosotros, De momento sabed que, según mis cálculos (esto lo guardaba para el final, con objeto de dejaros buen sabor de boca), nuestras vergas bajas establecerán dos puentes de comunicación entre nosotros y el enemigo.

»¡Y será comodísimo! ¡Un verdadero paseo! ¿Me habéis entendido?

—¡Sí, capitán! —gritó la tripulación.

—Muy bien. ¡Sois buenos chicos! De propina os doy la parte del pillaje durante dos horas, mientras no toquéis el cargamento.

La tripulación, no pudiendo moderar la alegría y reconocimiento, ante esta promesa magnífica, lanzó un clamor inmenso y frenético que debió resonar hasta el límite del horizonte, y se precipitó entonces a las armas. Cada uno cogió una hacha o un sable, pistolas y puñal. Después de adornarse los cinturones, unos combatientes cogieron trabucos con carga de seis balas, y otros, lanzas de quince pies de largo, Algunos marineros, muy diestros en este ejercicio, sujetaban un sólido bastón entre sus callosas manos.

Surcouf, hombre prevenido, mandó que los no combatientes se colocaran provistos de lanzas en el centro del puente, y les ordenó atacar indistintamente a nuestros hombres y a los enemigos, si los primeros retrocedían y los segundos avanzaban.

Las gavias recibieron su contingente de personal. Allí colocaron granadas en abundancia, confiándose la dirección de estos proyectiles homicidas a los gavieros Guide y Avriot, cuya intrepidez destreza y sangre fría era bien conocida. Finalmente los cazadores de Barbón, experimentados y seguros de sí mismos, se emboscaron bajo las piezas de recambio del navío y en la chalupa, a fin de disparar desde allí, como si estuviesen en un puesto de caza, contra los tiradores y oficiales ingleses.

Íbamos a atacar. Llevábamos buena marcha.

—Sabéis, capitán —dijo un joven alférez llamado Fontenay—, que todas aquellas damiselas agrupadas en la toldilla del navío enemigo parecen burlarse de nosotros. Mirad cómo nos saludan irónicamente haciendo señas, como si dijese: ¡Qué os divertáis en el fondo del mar! ¡Oh! ¡Cómo vamos a divertirnos!

—¡Fanfarronadas! —exclamó Surcouf—. No os dejéis arrastrar por la cólera, mi querido Fontenay, contra tan encantadoras señoritas, sobre todo cuando las vamos a ver antes de una hora humildes y sumisas doblar la cabeza ante nosotros. Respetaremos su desgracia y su debilidad y les demostraremos que hay generosidad y delicadeza en el corazón de los corsarios franceses.

—Pero es que esos señores vestidos de rojo, que parecen cangrejos hervidos —manifestó a su vez el alférez Viellard—, se encogen de hombros y nos vuelven la espalda.

—Tanto mejor. ¡Eso es de buen augurio! —repuso el bretón, que parecía divertirse con los insultos de nuestros enemigos, pero que, según pude adivinar por el brillo de su mirada y por el lastimoso estado de su cigarro, se sentía presa de profunda cólera.

En efecto: Surcouf, para engañar su impaciencia, pasaba su pulgar por el mango de su hacha y frotaba la piedra de su fusil con la uña. Después arrojó su chaleco al mar, y, desgarrando con sus dientes las mangas de la camisa, agitó en el aire sus brazos poderosos y desnudos hasta el hombro.

—¡Todo el mundo a sus puestos hasta nueva orden! —mandó después de un ligero silencio, que aprovechó para dominarse.

Durante nuestros preparativos y charlas, el navío enemigo viró de bordo para lanzarse sobre la *Confiance* y fulminarla a placer. Por nuestra parte ejecutarnos la misma evolución, a fin de ganar su aleta de popa, caer después a sotavento y lanzar nuestros garfios a su borda.

—¡Ya es nuestro, amigos míos! —exclamó una voz poderosa.

Hubo muchos de los nuestros que no comprendieron en absoluto la causa de aquella exclamación, pero como, a sus ojos, Surcouf no podía equivocarse acogieron la feliz noticia con júbilo.

Para forzar al enemigo a aceptar el abordaje sólo teníamos ahora que colocarnos a sotavento y por su lado de estribor. Nada nos impedía tomar esta posición, pero nos la hicieron pagar con una tercera andanada casi a quemarropa. Pero no importaba, Habíamos de aprovechar su irreparable descuido al privarse de la vela mayor. Ya nos cobraríamos aquella tercera andanada.

Entonces el *Kent* —por fin vimos su nombre escrito en letras de oro sobre su popa—, queriendo lanzarnos otra andanada por babor, no viró como habíamos previsto, y describió un largo rodeo a sotavento.

—¡Gracias, rufián de mi corazón! —gritó Surcouf, apostrofando irónicamente al *Kent*—. Tú mismo me ofreces tus flancos. Verdaderamente no puedes ser más amable ni más complaciente. ¡Cañoneros, llevaos los cañones de babor: estorbarían el abordaje! ¡Despejad! ¡La barra a sotavento, timonel!

Entonces la *Confiance*, cubierta por las velas del *Kent*, se colocó contra su muro de estribor, y se pegó a él con sus garfios de hierro. Este hecho demostró más que cualquier discurso que la audacia de nuestro capitán sobrepasaba con la altura del genio a la inteligencia común.

Su agresión fue tan audaz que los ingleses ni siquiera la comprendieron. En efecto: creyéndonos fuera de combate, a consecuencia de su tercera andanada, y sin suponer que soñaríamos seriamente en el abordaje, se dirigieron en masa y precipitadamente el castillete de popa de su navío para elegir sitio y gozar cómodamente de nuestra derrota y desgracia.

Júzguese, pues, el asombro de la tripulación del *Kent* cuando, en lugar de ver enemigos abatidos tendiendo sus manos suplicantes e invocando humildemente socorro, se vieron ante unos marinos llenos de entusiasmo con los labios crispados por la cólera y los ojos inyectados en sangre que se preparaban para arrojarse sobre ellos como tigres hambrientos.

Fue tan inesperado aquel asalto que durante unos segundos no pudieron creer lo que veían. Sin embargo, el instinto de conservación los volvió a la realidad y abandonaron el castillo de popa del *Kent* con más prisa de la que tuvieron en invadirlo, para correr a las armas.

Los navíos, borda a borda y unidos por los garfios, cayendo nuestras vergas sobre el empalmetado del *Kent*, presentaban a nuestros combatientes un puente hasta el castillo de proa enemigo.

—¡Al abordaje! —ordenó Surcouf, con voz que parecía un rugido más y que no tenía nada de humano.

—¡Al abordaje! —gritó la tripulación unánimemente, lanzándose con toda su fuerza sobre el navío enemigo.

—Y vosotros no combatientes —continuó Surcouf, siempre prudente y dueño de sí—, no dejéis este lugar y degollad sin piedad a cuantos descendan sobre el puente, sean ingleses o franceses, poco importa. ¡Matadlos a todos!

Acababa Surcouf de dar la orden, que recuerda a Hernán Cortés quemando sus naves, cuando partió del *Kent* una nueva andanada que nos ensordeció y cubrió de llamas y fuego. Ante aquel ataque la *Confiance* se estremeció desde su carena hasta la punta de sus mástiles. Pero afortunadamente estaba tan a ras del agua que apenas fue alcanzada.

—¡Ahora tú, Drieux! —gritó en seguida Surcouf, dirigiéndose a su segundo, que mandaba la primera escuadra de abordaje.

Drieux, oficial tan intrépido como eficiente, condujo su pelotón de abordaje con tanto valor como presencia de espíritu. Franqueó rápidamente el espacio que separaba los dos navíos, y, llegando a alcanzar la proa, cayó impetuosamente sobre el enemigo, el cual, por lo menos, le hizo un espléndido recibimiento.

El palo de mesana de la *Confiance*, colocado junto a la borda y el ancla del navío adversario, fija en las portañolas, estaba continuamente cubierto por nuestras marineros que pasaban al *Kent*. Los ingleses quisieron cortar aquel peligroso paso, cayeron algunos de los nuestros, pero ni uno solo retrocedió.

Gracias al entusiasmo de nuestros cazadores de Borbón y al entusiasmo de todo el mundo fuimos pronto dueños del castillo de proa del *Kent*, pero este punto importante sólo representaba una tercera parte del campo de batalla, y entretanto el número de ingleses colocados sobre las pasarelas se hizo más compacto e impenetrable.

El capitán del buque británico, llamado Rivington, hombre resuelto y de corazón, comprendió que había llegado la hora de combatir seriamente a los desgraciados aventureros que tanto había desdeñado, y tras colocarse a la cabeza de su tripulación la dirigió con gran estrategia.

Pero desgraciadamente para él. Surcouf ya estaba a bordo y sólo la muerte le haría retroceder. Dominando desde lo alto del pavés del *Kent* la escena de la carnicería, el intrépido bretón se movía y hablaba al mismo tiempo. Su brazo hería y su boca ordenaba. Sin embargo —así me lo confesó días más tarde— estaba inquieto.

Si la lucha se prolongaba demasiado tiempo perderíamos la ventaja inicial, pues ya se elevaba sobre las pasarelas una barricada compuesta de cadáveres enemigos y de nuestros camaradas, que nos separaba de los ingleses, Aquella muralla humana detenía nuestro avance.

El afrentoso desastre no restó valor a los ingleses, y además hubo un hecho curioso que comenzó a desconcertarnos, y que, sin embargo, creo poder explicar: ¡los vacíos de sus filas se llenaban como por encanto!

Desde que abordamos, casi todos nosotros habíamos eliminado a un inglés por término medio. ¡Luego, ya debíamos ser los dueños del *Kent*! Y, sin embargo, no estábamos más adelantados que en el primer momento, ni disminuía el número de enemigos.

A cada hueco que hacíamos en sus filas, un nuevo alud caía desde lo alto de la toldilla del *Kent* venía a reemplazar a sus amigos que yacían inanimados sobre el castillo de popa. Era para perder la razón de asombro y rabia.

Continuaba el combate con el mismo encarnizamiento. Por todas partes se oían gritos de furor y gemidos de los moribundos, golpes sordos de hacha y lúgubres crujidos de los bastones, más que ruido de armas de fuego. Luchábamos con demasiada furia para cuidarnos de cargar nuestros mosquetes. Sería perder tiempo. Sólo mantenían el fuego nuestros cazadores de Borbón, que seguían tirando fríamente sobre sus víctimas.

De pronto un diluvio de granadas lanzadas desde nuestra verga mayor con maravillosa destreza y fortuna cayó en el mismo centro de la tropa enemiga y derribó a una veintena de ingleses. El gaviero Avriot cumplía la palabra que dio a Surcouf de vengar los dos lanceros muertos sobre la verga de mesana.

Pero debo confesar que aquel nuevo desastre no enfrió en absoluto el ardor de nuestros adversarios. El capitán Rivington, montado sobre su banco de guardia, los animaba y sostenía, dirigiéndolos hábilmente. En cuanto a mí, empezaba a dudar de si podríamos salir de allí, cuando un suceso repentino me devolvió un poco la esperanza.

El capitán Rivington, alcanzado por la explosión de una granada que Avriot acababa de lanzar, cayó desde el banco de guardia. Le levantaron y trataron de sostenerle, pero no tuvo fuerzas más que para arrojar una última mirada de dolor y cariño sobre aquel pabellón inglés que, por lo menos, no vería arriar. Después, sin pronunciar una palabra, rindió el último suspiro.

Surcouf, a quien nada se le escapaba, fue el primero en advertir aquel suceso. Había que aprovechar la ocasión, y el audaz e intrépido bretón no la dejó escapar.

—¡Amigos míos! —gritó, saltando al puente desde el palo sobre el que dirigía la acción, con su hacha en la mano—. ¡El capitán inglés ha muerto! ¡El navío es nuestro! ¡Pelead con las hachas los de la vanguardia! ¡Y detrás los oficiales con sus lanzas! ¡Al castillo de popa y a la toldilla! ¡Allí está la victoria!



El bretón, uniendo el ejemplo a la palabra, se arrojó con la cabeza baja hacia el enemigo. Su hacha lanzaba destellos y un vacío se formaba alrededor de aquel rayo que era su brazo. Viéndole, tuve que creer en los héroes de Homero, y comprendo las hazañas de Duguesclin. El combate dejó de serlo y se convirtió en una grandiosa carnicería. Nuestros hombres escalaron, aumentándola con algunos cuerpos más, la barricada de cadáveres que los separaba del castillo de popa y de la toldilla. La lucha perdió su carácter humano: se desgarraban, se mordían, se estrangulaban.

Tal vez debiera describir ahora algunos de los episodios que presencié, pero siento que me faltan las fuerzas. Los muchos años transcurridos desde el abordaje del

Kent restan calor y brío a mi sangre y hoy se me muestran aquellos hechos desde un aspecto diametralmente distinto.

Aquella carnicería que bañaba en sangre el puente del *Kent* no duró mucho tiempo, pero fue horrible. Sin embargo, en cuanto nuestro capitán estuvo seguro de que aquella vez la victoria era nuestra, dejó colgar inerte su hacha y se dedicó a salvar las víctimas. Entre unos ingleses acorralados, vio a un joven cadete que se defendía contra nuestros corsarios, con más coraje que suerte, pues su sangre corría por varias heridas.

Entonces Surcouf se precipitó hacia el desgraciado joven para cubrirle con su protección, pero el infeliz, sin comprender su generosa intención, saltó a su garganta tratando inútilmente de herirle con su puñal. El negro Bambú, creyendo que la vida de su jefe estaba en peligro atravesó de un lanzazo al infortunado cadete y le lanzó a los brazos de Surcouf, que recibió su último suspiro.

Terminada la expedición de la batería, volvimos a subir al puente con Surcouf a la cabeza, El combate había cesado por todas partes.

—¡Basta de muertos! ¡Basta de sangre, amigos míos! —ordenó nuestro jefe—. El *Kent* es nuestro. ¡Viva Francia! ¡Viva la nación!

Un inmenso hurra respondió a sus palabras y Surcouf fue obedecido. La carnicería humana cesó de repente y entonces nuestros marinos, excitados por el combate, recordaron la promesa que les hizo antes del abordaje. ¡Las dos horas de la parte del diablo, o sea, la del botín! Rápidamente se lanzaron al entrepuente y se pusieron a vaciar los cofres y equipajes que caían bajo sus manos.

Surcouf, oyendo las quejas que lanzaban los desgraciados ingleses al verse despojados de sus efectos adivinó lo que pasaba y una nube ensombreció su rostro. Iba a gritar una orden, pero se contuvo.

—¡La palabra de Surcouf es una cosa sagrada, amigos míos! —dijo ahogando un suspiro.

Transcurrieron unos minutos. Continuaba el estrépito, y de pronto unos gritos de mujer se mezclaron a los clamores de los saqueadores.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Me había olvidado de la parte más bella de nuestra conquista! —se acordó Surcouf—. ¡Vamos en su ayuda, amigos!

Unidos a nuestro capitán llegamos a los camarotes ocupados por las inglesas, Aquellas damas, aterrorizadas ante el tumulto que se les venía encima, pedían gracia y piedad.

Surcouf las tranquilizó y les presentó sus respetos con toda la gracia de un noble del antiguo régimen, excusándose ante ellas del desarreglo de su atuendo. Se interesó por sus peticiones, y no las dejó hasta que, de nuevo, las vio calmadas y tranquilas.

Sobre el campo de batalla en que se desarrollaron los sucesos que acabamos de enumerar, y observando la batalla, había un buque moro de tres mástiles, al que trasbordamos nuestros prisioneros. Surcouf les dio la libertad, pero bajo palabra de

que nos entregarían un número igual al suyo de prisioneros franceses detenidos en Calcuta y Madrás.

Arreglado y concluido este asunto, Surcouf, movido por un sentimiento de grandeza y desinterés, compartido por su tripulación, dejó que los ingleses se llevaran, sin registrarlas, las cajas que declaraban de su propiedad y que no pertenecían al cargamento.

Reparadas las averías de los dos navíos, Drieux tomó el mando del *Kent*, junto con sesenta de nuestros hombres. Unido a nuestras pérdidas, esta decisión redujo nuestras fuerzas de tal modo que nos hacía, sino imposible, por lo menos peligroso, todo nuevo encuentro. Por lo tanto nos dirigimos navegando, borda contra borda, hacia la Ile de France; afortunadamente llegamos allí sin contratiempo alguno.

Jamás olvidaré el entusiasmo y los vítores que causó nuestra presencia y la magnífica presa cogida a los ingleses entre los habitantes de Port-Maurice.

LOUIS GARNERAY.

MOBY DICK, LA BALLENA BLANCA

Herman Melville (1820-1891), novelista norteamericano, pero no escritor de salón, tuvo una vida tan aventurera como su héroe, el capitán Achab. Se embarcó de polizón a la edad de dieciocho años; después se enroló en un ballenero, donde la vida fue tan dura que huyó, pero fue para caer prisionero de los caníbales. Liberado, tomó parte en un motín; después, fatigado de los viajes, pasó la última parte de su vida escribiendo obras literarias, que son más que una autobiografía por la calidad y su talento de evocación. Moby Dick es un gran cachalote blanco, animal marino legendario, que simboliza las fuerzas de la naturaleza, contra las que el hombre se encarniza en vano, y que es el enemigo personal de los rudos balleneros. Aquí Achab, comandante del *Pequod*, hace reunir a su tripulación sobre el puente.

Cuando la tripulación del navío estuvo agrupada y se volvieron hacia él los rostros curiosos, que no estaban completamente tranquilos —pues parecía que el horizonte amenazaba por el sitio donde nacen las tempestades—, Achab, después de haber echado una rápida ojeada sobre el pavés, y pasado su aguda mirada sobre la tripulación, abandonó su posición y volvió a sus pesadas idas y venidas sobre el puente, como si no hubiese una sola alma cerca de él. Con la cabeza inclinada y el sombrero medio caído, continuó midiendo las planchas, sin cuidarse de los murmullos de asombro que cambiaban los hombres. Deteniéndose bruscamente gritó:

—¿Qué hacéis cuando veis una ballena, hijos míos?

—¡Dar la voz! —fue la respuesta a coro de una veintena de hombres.

—¡Bien! —gritó Achab, en un tono de aprobación feroz notando la excitación jubilosa a la que les había arrojado magnéticamente su inesperada pregunta—. ¿Y después, hijos míos? —Echar las balleneras al mar y perseguirla.

—Y ¿con qué canción acompañáis vuestros golpes de remo?

—¡*Un cachalote muerto o un barco hundido!*

A cada grito la fisonomía del viejo se hacía más extraña y salvajemente feliz, más y más aprobadora, mientras que los marinos comenzaban a mirarse con aire curioso, como asombrados de verse ellos mismos excitados por preguntas tan insignificantes en apariencia.

Pero de nuevo sintieron fuertemente atraída su atención cuando Achab, dando casi media vuelta sobre sí mismo y asiendo firmemente, casi convulsivamente, un obenque con su mano alzada, les dirigió las palabras siguientes:

—Vigías, ya me habéis oído dar las órdenes con respecto a una ballena blanca. Mirad: ¿veis esta onza de oro español? —Y tendió hacia el sol la gran pieza brillante

—. Es una pieza de dieciséis dólares, hijos míos. Señor Starbuck, pasadme vuestra maza.

Mientras el segundo iba a buscar el martillo, Achab frotó lentamente la pieza de oro contra su chaqueta, como para darle más lustre, y sin pronunciar una sola palabra, silbando para sí por lo bajo durante este tiempo, emitía sonidos extrañamente ahogados e inarticulados, cuyo ruido parecía el engranaje de las ruedas de su vitalidad interior.

Cuando recibió la maza de las manos de Starbuck, avanzó hacia el gran mástil, blandiendo en una mano el martillo y mostrando con la otra la pieza de oro, y gritó en alta voz:

—¡Aquel de vosotros que me descubra una ballena de cabeza blanca, con la frente rugosa y la quijada torcida; aquel que me descubra ese cachalote de la cabeza blanca que tiene tres agujeros en la aleta de su cola, por la parte de estribor; aquel que me descubra esa ballena blanca, tendrá la onza de oro, muchachos!

—¡Hurra, hurra! —gritaron los marinos, agitando las gorras para saludar el acto de clavar el oro en el mástil.

—Es un cachalote blanco lo repito —resumió Achab, arrojando a tierra la maza —, un cachalote blanco. ¡Abrid los ojos, hijos míos! Registrad bien el menor punto de esa agua espumosa. Aunque solamente veáis una burbuja, dad en seguida la voz.

Durante todo este tiempo los tres arponeros, Tashtego, Daggoo y Queequeg, habían escuchado con más apasionado interés y sorpresa que los otros. A la mención de la frente rugosa y la quijada torcida habíanse estremecido, como si cada uno de ellos estuviese emocionado por algún recuerdo.

—Capitán Achab —indicó Tashtego—, ese cachalote blanco debe ser el que algunos llaman Moby Dick.

—¿Moby Dick? —exclamó Achab—. Entonces ¿conoces al cachalote blanco, Tash?

—¿Es ese que agita tan extrañamente su cola antes de hundirse en las aguas? —respondió éste.

—¿Tiene también un gran surtidor —añadió Daggoo—, un surtidor muy espeso, incluso para una ballena, y poderosamente rápido, capitán Achab?

—¿Y lleva en su cuerpo uno, dos, tres..., ¡oh, muchos dardos!, capitán? —gritó Queequeg, pasando a otra idea—. Todos retorcidos como un..., un... —no pudiendo encontrar la palabra hizo con la mano el gesto de descorchar una botella—, como un...

—¡Un sacacorchos! —gritó Achab—. Sí, Queequeg; se han clavado y quebrado arpones en su cuerpo. Sí, Daggoo; su surtidor es enorme como un montón de harina, y blanco como una pila de nuestra lana de Nantucket después del esquila anual de los corderos. Sí, Tashtego: se agita como un foque del que una ráfaga ha roto la escota. ¡Muerte y condenación, hombres! ¡Es Moby Dick lo que habéis visto! ¡Moby Dick! ¡Moby Dick!

—Capitán Achab —dijo Starbuck, que, como Stubb y Flask, había mirado a su superior con sorpresa creciente, pero que, por fin, pareció encontrar la clave del misterio—, capitán Achab, he oído hablar de Moby Dick. ¿No fue Moby Dick la que se llevó tu pierna?

—¿Quién ha dicho eso? —rugió Achab.

Después, deteniéndose, siguió:

—Sí, Starbuck; sí, mis buenos amigos aquí presentes; fue Moby Dick la que me dejó cojo; a Moby Dick debo el muñón sobre el que ahora me sostengo. ¡Sí, sí! —gimió con un sollozo terrible, clamoroso, animal, como el de un ciervo mortalmente herido—. ¡Sí, sí! Fue esa maldita ballena blanca la que me arruinó, la que hizo de mí un pobre terrateniente inválido para siempre jamás.

Agitando entonces sus brazos, lanzó las imprecaciones más violentas.

—¡Sí, sí! Y la perseguiré desde el cabo de Buena Esperanza hasta el cabo de Hornos, y desde el Maelström de Noruega hasta las llamas del infierno, antes que renunciar a alcanzarla. Para eso habéis sido enroladas, muchachos, para cazar a esa ballena blanca por ambas partes de la tierra firme y por todos los rincones del mar, hasta que arroje su sangre negra por sus respiraderos y salte y se hunda con sus aletas por el aire. ¿Qué decís, muchachos? ¿Queréis intentarlo? ¡Me parecéis valientes!

—¡Sí, sí! —gritaron a grandes voces los arponeros y los marineros, reuniéndose en torno del excitado viejo—. ¡Ojo avizor para el cachalote blanco! ¡Una lanza puntiaguda para Moby Dick!

—¡Qué Dios os bendiga! —exclamó el capitán, y su exclamación era a medias un sollozo y a medias un grito—. ¡Dios os bendiga, hijos míos! ¡Steward, ve y saca la gran medida de grog! Pero ¿por qué ese triste aspecto, señor Starbuck? ¿No quieres cazar al cachalote blanco? ¿Tienes miedo de Moby Dick?

—Yo no tengo miedo ni de sus torcidas quijadas, ni siquiera de las quijadas de la muerte, capitán Achab, si eso se presenta honradamente en el negocio que perseguimos. Pero yo he venido aquí para pescar cachalotes, no para servir a la venganza de mi jefe. ¿Cuántas barricas de esperma retirarás de tu venganza, incluso si la consigues, capitán Achab? ¡Venganza contra una bestia muda que iba dirigida, cuando te hirió, por el instinto más ciego! ¡Qué locura! ¡Estar furioso contra una cosa muda me parece una blasfemia, capitán Achab!

—¡A beber, a beber! —ordenó Achab.

Después de haber recibido el desbordante pichel, se volvió hacia los arponeros y les ordenó mostrar sus armas. Haciéndoles poner en fila ante él, cerca del cabrestante, con sus arpones en la mano, mientras que sus tres oficiales se mantenían a su lado con sus lanzas, y el resto de la tripulación formaba un círculo alrededor del grupo, quedó un instante inmóvil, paseando una mirada inquisitiva sobre cada hombre. Ojos



salvajes afrontaron los suyos, como los ojos inyectados de sangre de los lobos de la pradera afrontan el ojo de su jefe antes que éste se lance a su cabeza sobre la pista del bisonte; pero, ¡ay!, solamente para caer en la trampa de los indios.

—¡Bebed y pasad! —gritó, tendiendo al marinero más próximo el jarro completamente lleno—. Sólo la tripulación va a beber. ¡A la ronda! ¡A la ronda! ¡Tragos cortos y largas degluciones! ¡Está caliente como la pezuña del diablo! ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Da la vuelta de un modo maravilloso! ¡Bien ejecutado, casi en seco! ¡Steward, llénalo otra vez!

»¡Atención ahora, valientes! He agrupado a todos mis soldados alrededor de ese cabrestante. ¡Bebed, bebed y prestad juramento, vosotros, los hombres que dirigís la ballenera cargada de muerte! ¡Muerte a Moby Dick! ¡Qué Dios se nos lleve a todos si no perseguimos a Moby Dick hasta su muerte!

En medio de los gritos y maldiciones contra el cachalote blanco, el alcohol desapareció a grandes tragos con un silbido. Una vez más, la última, el pichel fue llenado de nuevo y circuló entre la frenética tripulación. Entonces, con un gesto de su mano libre, Ahab los dispersó a todos y se retiró a su camarote.

Desde hacía algún tiempo, aunque con intervalos espaciados, el cachalote blanco había recorrido aquellos mares salvajes, frecuentados sobre todo por los pescadores de ballenas. Pero no todos conocían su existencia, sólo un cierto número de ellos, relativamente pequeño, la había visto de modo consciente, y todavía menos numerosos eran los que habían librado real y verdaderamente batalla con ella. En cuanto a los pescadores que, habiendo antes oído hablar de ella la vieron por casualidad, casi todos, al principio, lanzaron valiente y atrevidamente las embarcaciones al mar, como para cualquier otro animal de esta especie. Pero tales calamidades siguieron a estos asaltos, no limitándose solamente a muñecas y tobillos destrozados, miembros rotos y amputaciones, sino fatales hasta el último grado de la fatalidad, tantas retiradas desastrosas se acumularon, y tantos terrores se repetían sobre Moby Dick, que todo eso terminó por enfriar el valor de más de un bravo pescador a cuyos oídos llegó accidentalmente la historia del cachalote blanco.

Tales desastres, aunque poco divulgados en tierra, no son raros en la vida de los balleneros. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, la premeditación infernal de ferocidad parecía ser tal en el caso del cachalote blanco, que creían poder atribuir las amputaciones y las muertes que causaba a una acción inteligente.

Júzguese, pues, en qué abismos de furor inflamado e insensato quedaban los espíritus de esos cazadores más rabiosos cuando, entre los restos de las embarcaciones destrozadas, y los miembros de sus camaradas rotos en piezas, salían los blancos remolinos, parecidos a leche cuajada, producidos por la siniestra cólera del cachalote, para hallarse con la luz del sol sereno, exasperante, que continuaba sonriendo como en un nacimiento o en una boda.

Con sus tres balleneras alrededor de él, pero con los remos y los hombres metidos en esos torbellinos de espuma, un capitán, arrancando de la proa destrozada el amarradero del cuchillo, se había lanzado hacia el cachalote como un duelista de Arkansas contra su enemigo, tratando de llegar ciegamente con una hoja de seis pulgadas, hasta el centro vital del cetáceo, a una profundidad de muchas toesas. Ese capitán era Achab. Fue entonces cuando, dando impulso a su mandíbula inferior en forma de hoz, Moby Dick cortó limpiamente la pierna de Achab, como un segador corta una espiga de trigo en el campo. Ningún turco con turbante, ningún veneciano o malayo a sueldo, hubieran podido herir con una maldad más evidente. Era, pues, muy natural creer que, después de ese combate casi mortal, Achab alimentaba una salvaje rabia contra el cachalote. A sus ojos todo el mal estaba visiblemente encarnado y resumido en Moby Dick. Acumulaba sobre esa masa blanca la suma de los odios y de las rabias colectivas experimentadas por la humanidad desde Adán.

Forzado a interrumpir sus cacerías, Achab pasó echado en su hamaca, con el sufrimiento por compañía, largos meses tejidos de días y de semanas, doblando, en medio del invierno, ese lúgubre cabo patagoniano, donde gimen las tempestades. Fue entonces cuando su cuerpo roto y su alma herida cambiaron su sangre, y esa interfusión le volvió loco. Parece evidente que la monomanía definitiva no se apoderó de él hasta después del combate, durante el viaje de regreso. Con diversos intervalos, en el curso de la travesía, tuvo, en efecto, accesos de locura furiosa. A pesar de la pérdida de su pierna, se escondía todavía en su pecho una tal fuerza vital, intensificada por la demencia, que los oficiales tuvieron que atarle firmemente a su litera sobre la que deliraba. Así atado se balanceaba con el violento cabeceo del barco. Y cuando llegado a las latitudes más soportables el navío, con sus dulces velitas desplegadas, se dirigió a través de los trópicos, cuando, según las apariencias, el viejo había dejado su locura tras él, entre las tempestades del cabo de Hornos, y había salido de su antro sombrío para entrar en el aire y la bendita luz, si entonces, cuando mostraba su frente pálida pero tranquila y serena, cuando de nuevo dictaba órdenes normales, y sus oficiales alababan a Dios el haber puesto fin a su terrible lucha, incluso entonces, en el fondo de su yo escondido, Achab continuaba delirando.

Es cierto que, con la secreta locura de su rabia insaciada encerrada y aherrojada en él, Achab había concebido de propósito el presente viaje, con la única meta, antes que nada, de cazar al cachalote blanco. Si alguna de las viejas amistades que le despidieron hubiese podido adivinar una parte siquiera de lo que se ocultaba en su mente, ¡con qué rapidez esas almas virtuosas, aterrorizadas, hubieran arrancado el navío a un hombre tan diabólico!

Ellos se interesaban en los cruceros útiles, cuyo provecho podía contarse en monedas de dólar. Él se dedicaba a una venganza audaz, inflexible y antinatural.

El que hubiera seguido al capitán Achab bajo el puente, hasta su camarote, le habría visto ir muy a menudo hacia un cofre situado en el extremo más alejado de la pequeña pieza, y sacando de allí un gran rollo de cartas marinas amarillentas,

desplegarlas ante él sobre su mesa atornillada. De vez en cuando consultaba también viejos libros de a bordo, colocados a sus lados, en los que estaban señaladas las estaciones y los lugares donde, en el curso de diversos viajes precedentes, otros navíos habían visto o capturado cachalotes.

Casi cada noche Achab meditaba de este modo sobre sus cartas. Casi cada noche borraba algunas señales de lápiz y las reemplazaba por otras. Con la imagen de los cuatro océanos ante él, Achab seguía el hilo de un laberinto de corrientes y de remolinos a fin de llegar, de modo más seguro, a realizar el deseo monomaniaco de su corazón.

El periódico retorno del cachalote a las aguas señaladas es tan cierto que, según la opinión de muchos pescadores, si ese leviatán pudiese ser observado y estudiado a través del mundo entero, y todos los libros de a bordo de cada viaje de toda la flota ballenera fueran cuidadosamente comprobados, sus migraciones corresponderían por su invariabilidad a las de los bancos de arenques o los vuelos de las golondrinas.

Pero la idea de que un pescador fuera capaz de reconocer como individuo a un cachalote aislado, si lo volviese a hallar en el vasto océano sin límites, ¿no parece locura a cualquiera que examine la cuestión con sangre fría? No; porque la frente blanca de Moby Dick y su protuberancia blanca como la nieve eran signos particulares que no podían confundirse.

—¿No he lanzado un desafío a esa ballena? —murmuraba para sí Achab cuando, después de haber estudiado las cartas por largo tiempo después de medianoche, volvía a entregarse a sus sueños—. Le he lanzado un desafío. ¿Se me escapará? Sus largas aletas están agujereadas y desgarradas como la oreja de una oveja descarriada.

De este modo la mente de Achab corría sin tino, hasta el momento en que, sucumbiendo a la fatiga a fuerza de reflexionar, iba a recobrar fuerzas tomando el aire sobre el puente. ¡Ah, Dios mío! ¡Por qué horrores atraviesa el hombre a quien consume una sed de venganza aún no satisfecha! Duerme con los puños cerrados y se despierta con las uñas sangrantes clavadas en las palmas de sus manos.

EL TIMONEL FANTASMA

Era el verano de 1839. Un navío mercante inglés, el *Vulcain*, mandado por el capitán Johnson, volvía de las Indias con medio cargamento de té tan sólo. Se detuvo en el cabo Negro, en la costa de Bengala, para embarcar marfil. Pero el traficante con que estaba en relaciones comerciales dijo al capitán que los cazadores de elefantes no habían acudido a la cita y que, por tanto, si quería encontrarlos, tendría que remontar el río de los Caníbales hasta unas quince millas. Este contratiempo disgustó un poco al capitán Johnson; pero como no hubiera ganado nada manifestando su mal humor, hizo armar sus propias canoas y remontó el río hasta encontrar a los recalcitrantes cazadores.

Necesitó cuatro viajes para reunir todo aquel marfil en el muelle de embarque, aunque aprovechando la marea no hubiera exigido aquella tarea más de cuatro días. En el último viaje el capitán fue allí en persona, dejando el navío bajo el mando del primer teniente. Llegado al pueblo donde estaba almacenado el marfil, quedó no poco sorprendido al encontrarlo casi completamente desierto. Pidió explicaciones de aquel hecho anormal, pero los indígenas a los que se dirigió no pudieron, o no quisieron, dárselas. Solamente cuando el resto de los colmillos estuvo embarcado en las canoas y recibieron el dinero se decidieron a darle a conocer que los habitantes del pueblo habían huido ante la noticia de que el cólera “descendía por el río”.

Tan terrible noticia fue pronto conocida por los marineros, que se apresuraron a volver a las canoas y llegar rápidamente al navío, donde estibaron el marfil.

Era casi de noche cuando el *Vulcain*, con su cargamento completo, dejó la costa apestada, con buena brisa nordeste. A la mañana siguiente, después de desayunar, en el momento que la tripulación se regocijaba tumultuosamente de estar libre de todo peligro, un joven llamado Walter Addison se sintió súbitamente enfermo. Addison era el favorito tanto de la tripulación como de los oficiales; de suerte que todo el mundo a bordo del *Vulcain* quedó consternado al saberle enfermo, tanto más cuanto que su estado pareció grave desde el principio.

Entre mareos y temblores, el desgraciado joven había llegado, en menos de dos horas, a un estado de debilitamiento tal que parecía un verdadero cadáver. Sufrió horriblemente hasta mediodía; después quedó inmóvil y frío, y el anuncio de su muerte se percibió de una punta a otra del navío. ¿De qué había muerto? Del cólera, ¡caray! Era la primera víctima de la epidemia. ¿Cuál sería la segunda?

Toda la tripulación fue instantáneamente presa del pánico, y nadie se atrevía ahora a tocar el cadáver del desgraciado Addison. La noche se aproximaba. Reinaba plena calma. En vano el capitán insistió para que se procediera, sin retraso, a los funerales de costumbre, insistiendo en que esperar más tiempo sólo traería el

resultado cierto de activar el contagio. Los marineros sacudían la cabeza con descorazonamiento y nadie se decidía.

Ante la evidencia de lo inútil de todos sus esfuerzos para arrancar a sus hombres de su estúpida postración, el capitán Johnson preguntó a su teniente si estaba dispuesto a ayudarlo en la fúnebre aunque sumaria ceremonia de arrojar aquel peligroso cadáver por encima de la borda. El teniente consintió, no sin dudas, y los dos oficiales se dirigieron al castillo de proa a fin de proceder a las exequias del finado.

Envolvieron el cadáver en un lienzo, sin tomarse la molestia de coserlo, ni siquiera de atar a los pies del muerto una bala de cañón o un peso lo bastante grande como para impedir que flotara, tanto miedo tenían. Y tan pobremente amortajado lo lanzaron al mar por estribor con la mayor precipitación, no sin acompañarle de una plegaria corta pero ferviente.

El cuerpo del infortunado joven desapareció entre las olas. El capitán lo siguió con los ojos. A la pálida luz fosforescente de las aguas lo vio hundirse, después reaparecer y hundirse de nuevo. Entonces, con andar pesado y el corazón más pesado aún, se dirigió a popa.

Era tiempo de relevar la guardia. Pero no podía llamar a nadie de la tripulación. Nadie quería descender, y apartándose del sitio donde el desgraciado compañero había sucumbido, se apretujaban en desorden en la canoa grande, no sabiendo qué hacer para evitar el contagio —ni dónde estaba éste en realidad—, mirándose los unos a los otros con ojos temerosos y suspicaces. Sin embargo, hacia las once, la brisa ligera que se había levantado y que desde hacía algún tiempo parecía tratar de orientarse, se convirtió en un fuerte viento que soplaba del oesnoroeste.

El viento se hizo más fuerte en poco tiempo, y tanto que, antes de medianoche, todo el mundo estaba ocupado en la maniobra. Las velas de juanete fueron rápidamente cargadas, y a partir de entonces todos parecieren recobrar su sangre fría. Por lo demás ningún síntoma alarmante se había manifestado, volvía la esperanza, y todo el mundo estaba en su puesto como si no hubiese pasado nada de extraordinario y el terror fuera sólo una palabra.

Venía fresco, pero era una brisa regular, y el navío se comportaba a maravilla. La campana estaba suspendida encima de la bitácora, y en el momento precise el viejo Bill Shippen, que estaba en la barra, se levantó para hacer sonar las doce y media.

Acababa de regresar a su puesto, con los ojos fijos en la brújula, cuando sintió que una mano se posaba en su espalda. Volviéndose vivamente vio ante él, a la luz agitada de las lámparas de la bitácora... ¿Qué? ¡El rostro lívido de Walter Addison!

El viejo marinero quedó un momento como petrificado ante esta espantosa aparición; después, lanzando un grito de terror, dejó la ruta y huyó sin más.

El navío, abandonado a sí mismo, no tardó en tomar una falsa posición, puesto que ofrecía al viento la superficie redondeada de las grandes velas, y comenzó a dar la banda de un modo alarmante. Pero entonces el espectro de Walter Addison, que



había hecho huir al timonel, ocupó su lugar y todo quedó pronto en orden y en el momento preciso.

Mientras tanto el grito de Bill Shippen había hecho saltar a toda la tripulación como un solo hombre. Para todo el mundo ese grito terrible no tenía otro significado que éste: Bill había caído con el cólera. Era la segunda víctima de la peste.

Pero de sus explicaciones cortadas por espasmos de terror acabaron por sacar algo de la verdad. Se precipitaron al teatro del extraño suceso, y bien pronto fue evidente para todo el mundo que había un fantasma en la barra, el fantasma de Walter Addison, arrojado al mar como muerto hacía algunas horas. Nadie osaba aproximársele, y nadie tenía siquiera la fuerza de huir, pues todos estaban como clavados en tierra, mudos, temblándoles las rodillas, incapaces tanto de pronunciar una palabra como de dar un paso.

—Camaradas —pronunció el fantasma, con voz moribunda—, socorredme: voy a desvanecerme. Estoy débil y tengo mucho frío.

Después de un minuto de vacilación avanzó el capitán Johnson y, adelantando vivamente las manos hacia aquella forma humana que tenía toda la apariencia de un espectro, pero que hablaba, se aseguró de que no era, en absoluto, un fantasma, pues temblaba de frío y estaba empapado en agua. Entonces los marineros se aproximaron a su vez y reconocieron que aquél era, ciertamente, el cuerpo vivo de su joven camarada Walter Addison, en carne y hueso.

Llevado a su propia cámara por el capitán, el resucitado fue rodeado de solícitos cuidados, y no pasó mucho tiempo sin que se encontrara en estado de dar explicaciones de su extraña conducta.

Al parecer el joven marinero había caído en un letargo, como consecuencia de sus sufrimientos, resultantes, en efecto, de un ataque de cólera; como ha habido casos en que esa muerte aparente le ha valido a la persona enferma ser enterrada viva, sin haber tenido la oportunidad de escapar de la tumba, como Walter Addison.

La repentina inmersión en agua fría había despertado sus paralizados sentidos, y como el navío marchaba lentamente en aquel momento había podido seguirlo nadando, a costa de esfuerzos sobrehumanos, dado su estado de debilidad, y asir por fin las cadenas del timón. Intentó entonces llamar en su socorro, pero no pudo llegar a proferir el más débil grito, y habíase quedado en aquella posición hasta que hubo reunido bastante fuerza para proseguir la obra de su propio salvamento. Llegó por fin a las falsas portañolas; después, a las líneas de amarre de la canoa de popa; pero llegado allí su extrema debilidad le forzó de nuevo a detenerse, y quedó algún tiempo insensible. Vuelto en sí, sin embargo, penetró finalmente en el interior del navío;

tomó el camino de la bitácora por ser el lugar más próximo, sin duda, donde pudiera encontrar a alguien, y pronto se halló tras el timonel.

Si aquel pobre diablo de Addison, en vez de hablar, puso trágicamente la mano en la espalda del supersticioso Bill Shippen, no era porque quisiera jugar a fantasmas. ¡Ay! No pensaba nada de eso. Es que aún no había recobrado la voz. Trató varias veces de gritar, y necesitando socorro tan urgentemente, creo que no hay que dudar de su buena fe cuando lo declaró, si bien ningún sonido emitían sus helados labios. Eso sucedió cuando se halló en presencia del timonel. Y con gran desesperación por su parte le vio largarse con prodigiosa velocidad abandonando el mando del navío.

Afortunadamente, impulsado por una especie de instinto, el joven, viendo el peligro, se precipitó a la rueda y enfiló el navío al viento. La conmoción había sido fuerte, sin duda: suficiente, en todo caso, para volverle completamente en sí y devolverle la palabra, a lo menos en la medida de lo indispensable.

Llegado el día, Walter Addison estaba fuera de peligro.

En cuanto al cólera, como su primera víctima se había escapado, aunque todo estuviera contra ella, se dio por vencido, y ya nada vino a inquietar a la tripulación del *Vulcain*, que llevó la travesía felizmente a cabo, más felizmente de lo que lo hubieran hecho suponer los incidentes dramáticos del comienzo.

HÉCTOR GAMILLY.

DUELO ENTRE MONSTRUOS MARINOS

Atravesábamos el océano Indico en dirección a Sumatra, pero nos habían retrasado una semana entera las bonanzas. Se levantó una leve brisa que nos permitió doblar el cabo Atchin, al norte de la Isla Grande. Como faro gigantesco, la enorme mole de la Montaña de Oro dominaba el escenario. La isla de Waterhouse nos tendía los brazos, y a mí me habría gustado visitar esos lugares famosos, donde tan pocos marinos han tenido ocasión de hacer escala. Pero nuestra última estancia en la isla de los Cocos había puesto fin a todas las esperanzas que abrigábamos de ir a tierra, y por otra parte, aun en nuestra época, no es recomendable el pasearse por esas islas de la Malasia si no se está dispuesto a afrontar todas las eventualidades. Nuestra misión era pescar cachalotes y no teníamos que correr riesgos inútiles.

Podrá parecer sorprendente que un animal tan medroso como el cachalote se halle a gusto en las aguas del estrecho de Malaca, pese a los muchos vapores que por allí pasan. Mas no hay que olvidar que, hoy, esos buques siguen rutas determinadas, y, por decirlo así, no se apartan de ellas, por lo que el remolino que ocasionan sus hélices no agita gran cosa el mar, salvo en las grandes vías marítimas. Por ello, por ejemplo, el examen de los libros de navegación de los barcos que cruzan el mar Rojo demuestra que, salvo en una ruta que va de Suez a Perim, el mar está prácticamente desierto —excepto, claro está, los pocos veleros árabes y contrabandistas que corretean por aquellos parajes—.

Aunque así sea, nosotros apenas habíamos atravesado los estrechos que hay entre el cabo Nicobar y Junkseylon, en Malasia, cuando nos dimos de manos a boca con un cachalote adulto que nos dio no poco quehacer. La lucha duró e hizo estragos desde las nueve de la mañana hasta la calda de la tarde. He observado repetidas veces que, si no se consigue vencer al enemigo en seguida, éste se enfurece tanto que todas las probabilidades son de quedarse sin alimento antes que el animal se haya rendido a discreción. En fin: hacia las cinco de la tarde el cachalote estaba fuera de combate. Vomitó pedazos de comida de dimensiones colosales, más voluminosos que los que yo había visto hasta entonces: trozos de ocho pies por seis. El cachalote fue amarrado a lo largo del costado, y la tripulación, excesivamente fatigada por aquella jornada extenuadora, se retiró a descansar. El tercer oficial estaba enfermo y yo fui designado para hacer su cuarto de guardia a causa de mis aptitudes y de gozar cada vez más del favor del capitán. En aquel momento más me hubiera gustado no tener que hacerlo, porque estaba completamente rendido y apenas podía tenerme en pie; pero yo ignoraba que iba a presenciar aquella noche un espectáculo inolvidable, pues, si no, hubiera aceptado de mejor gana la decisión del viejo.

Hacia las once de la noche yo estaba apoyado en el empalletado a sotavento mirando atentamente la superficie brillante del mar, sobre la cual los rayos intensos

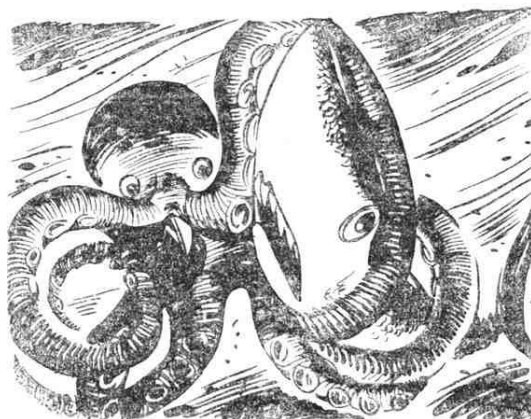
de la luna tropical dibujaban un ancho reguero plateado. De pronto me puse de puntillas, lanzando un grito, y fijé la vista en la escena más rara que he visto en mi vida. El mar estaba tan violentamente agitado en el lugar iluminado por la luna que hube de dar la alarma. He oído hablar muy a menudo de esas islas volcánicas que emergen súbitamente del fondo del océano y desaparecen al instante, y dada la proximidad de Sumatra y de su cadena de volcanes activos, me preguntaba qué podía suceder. Tomé los catalejos, que siempre tenía al alcance de la mano en el camarote, y me puse a mirar al lugar en que el agua estaba tan agitada. Vi en seguida que mi temor de un volcán o de un temblor de tierra submarino no estaba justificado, pero las fuerzas en presencia eran tales que mi error en perdonable.

Un cachalote daba una lucha a muerte a un enorme pulpo, casi tan grande como él y cuyos interminables tentáculos parecían enlazarle el cuerpo entero. La cabeza del cetáceo parecía una verdadera red de brazos contraídos por medio de contorsiones; el cachalote había asido entre sus mandíbulas el tronco del molusco y se ocupaba metódicamente en partirlo en dos.

Al lado de la cabeza del cachalote se veía la del pulpo gigante, horrorosa, verdadera visión de pesadilla. Por cuanto yo veía podía juzgar que debía tener las dimensiones de nuestras grandes barricas de trescientos cincuenta galones o quizá más.

Eran sorprendentes sus enormes ojos, que debían tener un pie de diámetro; eran de un color glauco que contrastaba con la blancura lívida de la cabeza, y su aspecto sobrenatural me ponía la carne de gallina.

Todo lo que nos rodeaba hormigueaba de escualos; los cuales, como chacales alrededor de un león, se disponían a tomar parte en el festín y parecían esperar la muerte del gran cefalópodo. La titánica lucha continuó así en silencio; además no se hubiera podido oír nada dada la distancia en que se libraba el combate. Me dije que, el capitán no debía quedarse sin contemplar semejante espectáculo, y, venciendo el terror que me infundía, fui a darle cuenta de lo que pasaba; pero me recibió soltándome tal andanada de juramentos, y reprochándome que le hubiera molestado por tan poca cosa, que me di prisa en volver a subir a la cubierta y fui el único espectador de la escena. Ningún durmiente había querido sacrificar cinco minutos de su precioso sueño para contemplar semejante espectáculo. La lucha terminó, el mar recobró su aspecto apacible y sólo quedó un fuerte olor a pescado semejante al que despide el fuco durante la bajamar bajo los rayos de un sol ardiente. La campana tocó ocho horas y descendí al camarote a dormir, y tuve pesadillas en que los monstruos más espantosos del océano me perseguían burlándose de mis esfuerzos de enano para huir de ellos.



Creo que se ve muy pocas veces a esos pulpos gigantes subir a la superficie. La configuración de su cuerpo parece indicar que están hechos para vivir debajo de las rocas del fondo del océano. Sólo andan para atrás, arrojando agua por un orificio que tienen en el cuello, cerca del ano; por eso tienen normalmente la cabeza en la parte inferior, y los tentáculos —ocho al menos—, extendidos como las varillas de un paraguas, se mueven sin cesar, los dos más largos como las antenas de un insecto que busca presa.

Cuesta trabajo imaginar un animal más terrible que esos monstruos enormes, que sondan los fondos de los abismos en una oscuridad espesada por eyecciones del líquido de color negro sepia que segregan, con sus tentáculos dispuestos a agarrar todo lo que se pone él su alcance, y armados de esas ventosas grandes como platos, que pueden no solamente chupar, sino despedazar a su presa gracias a las zarpas de que están provistos, y en medio de esa red de trampas vivas se abre la sima de la boca, la cual está armada de un pico de loro y dispuesta a tragar todo cuanto los brazos han podido coger. Nos estremecemos al pensar en semejante horror, y si no existiesen esos animales, ¿cómo podrían alimentarse los seres tan formidables como los cachalotes? Incapaces, dado su volumen, de capturar pececillos, a no ser por casualidad; careciendo de las barbas córneas que permiten a la ballena coger y al propio tiempo cribar los pequeños crustáceos de que ésta se nutre, los cachalotes parece que no pueden pasarse sin los pulpos, y cuanto más voluminosa es su presa, mejor es para ellos. Nadie sabe la talla que llegan a alcanzar esos habitantes del fondo del mar; pero es poco probable que los grandes ejemplares vistos hasta hoy hayan llegado a su pleno desarrollo, puesto que no suben a la superficie sino en las circunstancias anormales que acabo de describir, es decir, cuando su implacable enemigo los saca de su guarida.

Al cabo de siglos de pescar ballenas se sigue ignorando completamente muchas cosas acerca de las costumbres de estos animales. En lo tocante a los *mysticeta* — nombre científico de las ballenas—, puede afirmarse que éstas se juntan donde encuentran gran provisión de alimentos: pero aunque se sabe por experiencia que ciertas partes del océano son más abundantes en caza que otras, no se pueden señalar las épocas determinadas en que los otros cetáceos salen de sus parajes habituales para esparcirse por los mares.

El caso del cachalote es más misterioso aún. Las ballenas parecen obedecer a una ley más o menos precisa y frecuentar los parajes donde hay poca agua en la estación del año en que están en celo: tanto es así que se puede esperar descubrirlas allí en ciertas estaciones bien conocidas. Acaso por razones ocultas buscan otros lugares, como hemos observado en Vau Vau; de todas maneras, en esas épocas han de acercarse a tierra. Los cachalotes, por el contrario, no tienen necesidad de guarecerse en ese momento, y no lo intentan; se les puede ver a proximidad de las tierras a cuyas

orillas hay mucha agua, pero poquísimas veces con sus crías. A veces encontramos, a considerables distancias de la costa, cardúmenes de hembras con sus hijos recién nacidos dando saltos en el aire alrededor de ellas sin que manifiesten el deseo de buscar aguas más tranquilas.

Los tiburones grandes no vacilan en perseguir a una ballena hembra hasta que la aterrada madre llega a un sitio poco profundo, en que espera poner al abrigo a su hijo, pero no se atreverán jamás a atacar a un cachalote hembra y a su progenie, porque el cachalote es un adversario temible. Cuando un cachalote se halla en posesión de todos sus medios de ataque y defensa, ningún otro habitante de los océanos puede medirse con él; no teme empezar las hostilidades en el campo de su enemigo, y se ha encontrado en el estómago de esos gigantes tiburones de quince pies de longitud.

La única excepción que puede hacerse es la del hombre. Ha sucedido a veces, y aun con frecuencia, que ha sido muerto algún hombre por las mandíbulas del cachalote al romper éste la barca en que iba el ser humano; pero la muerte del hombre era en cierta manera la consecuencia de la destrucción de la embarcación. Jamás he visto ni oído que cachalote alguno haya atacado a un hombre nadando o asido a una tabla de salvación. Ya he dicho que he presenciado un combate entre un cachalote macho y un grupo de enemigos tan formidable que hubiese sido difícil prever el final de la lucha, ni aun teniendo en cuenta las habilidades de combatiente del cetáceo. La historia vale la pena de que vuelva a hablar de ella.

Dos matadores y un espadarte (pez espada) se habían dicho palabras mayores. No me detendré a describir a tales guerreros, de los cuales se pueden ver ejemplares en todos los museos de historia natural. El que no ha visto cómo combate un *xifias* — nombre científico de los espadartes— no puede adivinar las condiciones de luchador que tiene este espantoso animal; pero, en general, estos animales sienten el mayor respeto por el cachalote, pues saben por instinto que carecen de suficiente talla para hacer frente a éste. Tengo fundados motivos para creer que las dos orcas —especie de delfines— estaban hambrientas y que, para su desesperada tentativa, habían concertado una suerte de alianza con el espadarte, el cual debía hacer el oficio de auxiliar y asegurar el éxito de la operación. El trío empezó el combate poniendo toda la carne en el asador. Mientras los dos matadores se agarraban a los costados del cachalote para distraer su atención, el espadarte, que medía sus buenos dieciséis pies, se arrojó sobre la parte más vulnerable del gran mamífero como un torpedo. Obrando como púgil experimentado, el cachalote adivinó la maniobra e hizo un quite para evitar los golpes sin preocuparse de los otros dos enemigos. El choque sobrevino; pero la espada en vez de penetrar tres o cuatro pies en el cuello —concediendo que los cachalotes tengan cuello— y llegar al corazón, tocó en la giba impenetrable de la cabeza, tan resistente como un bloque de treinta toneladas de caucho. El golpe se desvió y dejó una señal como línea diagonal encima del ojo, en tanto que el gran *xifias* rodaba por encima de la cumbre de la sombría fortaleza. Haciendo un movimiento tan rápido que apenas podía seguirse con la vista, el cachalote se volvió,

se sumergió al instante y, agarrando a su momentáneamente inmovilizado agresor entre sus espantosas tenazas mortíferas, lo partió en dos pedazos bulliciosos, los cuales se tragó.

¿Y los dos compadres que estaban en la retaguardia? Se habían dado cuenta en seguida del desastre y habían intentado salvarse; pero uno de ellos aprendió a su costa que se había rezagado mucho tiempo en el campo de batalla. El leviatán, enfurecido, se levantó de un salto que hizo hervir el mar como una caldera, y alzando su gigantesca cola la dejó caer luego sobre el “matador”, el cual se convirtió *ipso facto* en el “matado”: fue aplastado como un langostino que hubiese sido pisado por alguien que llevara el pie calzado con una bota con suela muy gruesa. El sobreviviente levantó el campo. Jamás había huido tan velozmente. Un alud de carne furiosa lo seguía y alcanzaba, dando saltos fantásticos fuera del agua. Desaparecieron así, pero a mí no me queda ninguna duda sobre el resultado final del combate. En todo caso estoy bien persuadido de una cosa: si el último del trío consiguió huir, no se volverá a rozar nunca más con un cachalote.

Cosa curiosa: la hembra del cachalote no es buena madre. Ante la inminencia del peligro abandona a su vástago, y es poco probable que logre volver a encontrarlo. La naturaleza no la ha dotado de esos largos “brazos” que posee la ballena y que le permiten apretar el pequeño contra sus costados cuando intenta huir de sus enemigos. No tiene el ardor combativo del macho, su mandíbula es menos fuerte que la de éste y ella es más pequeña que él. Contrariamente a lo que sucede en los otros cetáceos, en el cachalote son, en efecto, muy diferentes las dimensiones del macho y de la hembra.

Dada la configuración extraña de la boca del cachalote, me había preguntado muchas veces cómo pueden los pequeños chupar la leche de la teta de su madre, y esta cuestión me preocupaba mucho. Ahora bien; un día que hacía buen tiempo, estando nosotros en los lugares de pesca ecuatoriales, vi mamando, en medio de un cardumen de hembras, un pequeño de quince pies que apenas tenía unos días de edad. La madre estaba tendida de lado con las tetas a flor de agua; el recién nacido se adhería a su cuerpo con la cabeza en la misma dirección, y tenía el pezón de la teta en el ángulo de su mandíbula.

FRANK BULLEU.

SOLO, ALREDEDOR DEL MUNDO, SOBRE UN VELERO DE 11 METROS

El famoso viaje del capitán norteamericano Joshua Slocum es menos conocido en Europa que en Estados Unidos. A bordo del *Spray*, velero de once metros de eslora, Slocum emprendió la vuelta al mundo, pasando por los cabos de Hornos y Buena Esperanza, recorriendo noventa mil kilómetros; es decir, más de dos veces el círculo del ecuador. Nos cuenta sus treinta y ocho meses de agitada navegación del modo más atrayente y humorístico, como se verá en las páginas siguientes. Saliendo de Boston el 1.º de julio de 1895, el *Spray* atravesó el Atlántico durante veinte días, haciendo escala en la isla de Pico, archipiélago de las Azores. Vamos en seguida a dar con él la vuelta al cabo de Hornos, en las costas de la Tierra de Fuego.

Hacia medianoche la bruma cayó de nuevo, y más espesa aún que antes. Una verdadera neblina que podía cortarse con cuchillo. Duró muchos días, mientras el viento aumentaba en violencia. La mar era fuerte, pero mi barco era sólido. Fue entonces, en el centro de esta lúgubre niebla, cuando me sentí invadido por el sentimiento de mi absoluta soledad. Tenía la sensación de no ser más que un insecto agarrado a una brizna de paja, frente al poder de los elementos. Amarré la barra, y mientras el *Spray* proseguía bravamente su ruta me fui a dormir.

Durante aquellos días conocí el miedo. Mi memoria trabajaba con una potencia y claridad asombrosas. Todos los hechos de mi existencia, importantes o insignificantes, grandes o pequeños, extraordinarios o nimios, se me aparecían con una precisión sorprendente. Ciertas páginas de mi vida, tan olvidadas después de tanto tiempo, que parecían pertenecer a una existencia anterior, surgían fielmente ante mí. Todas las voces que oí en el pasado volvía de nuevo a mis oídos, gritando, riendo, y repitiéndome las palabras que les había oído pronunciar en todos los extremos del mundo.

Lo insoportable y terrible de mi soledad desapareció cuando me vi tan ocupado, en lo más fuerte de la tempestad, con todo lo que había que hacer en el puente. Pero con el buen tiempo volvió este inquietante sentimiento, sin que pudiera apartarlo de mí. Hablaba a menudo en voz alta, dirigiendo la maniobra del barco, pues me habían dicho que perdería la palabra si me quedaba silencioso demasiado tiempo. A mediodía, cuando tomaba la altura meridiana del sol, gritaba con todas mis fuerzas:

—¡Marcad ocho!

De vez en cuando, desde mi camareta, preguntaba a un imaginario timonel:

—¿Qué dirección? ¿Lleváis bien la ruta?

Pero como no obtenía respuesta, mi situación se me aparecía aún más alarmante. Mi voz sonaba sin eco en el aire vacío, y abandoné esa costumbre. Afortunadamente me acordé, y muy a propósito, de que cantaba mucho en mi juventud. ¿Por qué no intentarlo ahora, va que no había de molestar a nadie? Mis talentos musicales nunca provocaron la envidia de mis semejantes, pero ¡había que oírme allí, en medio del Atlántico! Puse mi voz al diapasón del viento y del mar, y ¡era de ver cómo saltaban las marsopas al oírme! Viejas tortugas, de grandes y asombrados ojos, agitaban su cabeza bajo el agua mientras yo cantaba populares canciones de mi país. Pero las marsopas eran mejores críticos que las tortugas, y saltaban muy alto. Incluso un día, mientras berreaba uno de mis aires favoritos, una de ellas saltó más alto que el bauprés, y precisamente ante él; si el *Spray* hubiese marchado un poco más aprisa, la hubiera pescado limpiamente. Los pájaros de mar se mostraban más reservados.

Terminadas las reparaciones, el *Spray* salió de la isla de Pico; después pasó frente a la isla de San Miguel, en la mañana del 26 de julio, con gruesa brisa. Ese mismo día por la tarde me crucé con el hermoso yate a vapor del príncipe de Mónaco, en ruta para Fayal.

Desde que llegué a las islas me había alimentado espléndidamente de frutas de todas clases, de pan fresco, de manteca y de legumbres. El *Spray* estaba muy bien provisionado de ciruelas, y las comía sin moderación. Llevaba también un gran queso blanco de Pico, que me había dado el cónsul de Estados Unidos, el general Manning. Pensando que cuanto antes lo comiera sería mejor, hice con él mi cena, y la terminé consumiendo gran cantidad de ciruelas. ¡Ay! Al correr de la noche me sentí doblado en dos por espantosos dolores de estómago. La brisa, que hasta entonces fue fresca, comenzó a aumentar, y el cielo se ensombreció en el sudoeste. Como había largado los rizos, tuve que recogerlos de nuevo, lo que hice lo mejor que pude entre dos accesos de dolor. Hallándome en alta mar, hubiera debido recoger las velas y descender a mi apartamento. Generalmente soy muy prudente en el mar, pero aquella noche, aunque amenazaba tempestad, dejé todas mis velas altas; lo que, a pesar de haber recogido los rizos, era muy imprudente con aquel mal tiempo, y dispuse mis velas como para una larga ruta. Volví entonces a mi camarote y me extendí sobre el suelo, sufriendo horriblemente.

No sabría decir cuánto tiempo quedé así, pues perdí el sentido. Cuando volví en mí sentí inmediatamente que el balandro cabeceaba muy bajo en una mar tan gruesa, y lanzando una ojeada la por la ventana del camarote vi con asombro que había un hombre en la barra del *Spray*... Sostenía con mano firme los agarraderos de la ruta. Imagínese mi estupor. Iba vestido como un marino extranjero y llevaba un gran bonete rojo caído sobre la oreja izquierda; su rostro estaba todo cubierto de una espesa barba negra y enmarañada; en cualquier parte del mundo le hubieran tomado inmediatamente por un pirata. Mientras miraba con asombro su aspecto amenazador

olvidé la tempestad, y me pregunté si habría venido a bordo para cortarme el cuello. Él pareció adivinar mi pensamiento.

—Señor —me dijo en castellano, alzando su bonete—, no he venido para haceros mal. —Y una sonrisa muy débil y apenas perceptible, pero sonrisa al fin, pasó por su rostro, que al hablar parecía más amable—. No he venido para haceros mal. He navegado mucho, pero nunca he sido nada peor que un contrabandista. Pertenezco a la tripulación de Cristóbal Colón —continuó—. Soy el piloto de la *Pinta* y he venido para ayudaros. Estad tranquilo, señor capitán: yo conduciré vuestro barco esta noche. Tenéis calentura, pero mañana estaréis mejor. Yo pensaba que debía tener el diablo en el cuerpo para continuar con todas las velas con semejante tiempo. De nuevo, como si leyese mi pensamiento, exclamó:

—La *Pinta* está allá abajo, delante de nosotros, y hemos de alcanzarla. Necesitamos tela.

Después, cortando con los dientes un gran pedazo de tabaco negro, añadió:

Habéis hecho mal, capitán, mezclando las ciruelas con el queso. Es preciso saber siempre el origen del queso blanco que se come. ¿Quién sabe? Puede estar hecho con leche de cabra, y eso lo hace caprichoso...

¡Basta! —grité—. ¡No estoy dispuesto a oír un curso de moral!

Extendí un colchón en el suelo, para no seguir descansando en el entarimado desnudo, y me acosté allí, siempre con los ojos fijos en mi extraño visitante, que, después de haber observado de nuevo que yo no tenía “más que dolores y calentura”, sonrió irónicamente y se puso a cantar una salvaje canción:

¡Altas son las olas, feroces y refulgentes!

¡Alto es el rugido de la tempestad!

¡Alto el grito de los pájaros del mar!

¡Altas son las Azores!...

Sin duda mi estado mejoraba, pues tuve la fuerza necesaria para suplicarle con acritud que me dispensara de oír las coplas siguientes, si las había. Yo seguía sufriendo mucho. Fuertes olas golpeaban contra el *Spray*, pero en mi delirio creía que eran los barcos que descargaban sobre un muelle, donde me imaginaba ahora que estaba amarrado mi velero.

—¡Vais a destrozar vuestros barcos! —gritaba yo con insistencia, cada vez que una ola golpeaba contra el costado—. ¡Vais a romper vuestros barcos, pero no hundiréis al *Spray*! ¡Es sólido!

Cuando mis “dolores y mi calentura” pasaron observé que las olas habían lavado el puente tan a conciencia que estaba blanco como los dientes de un tiburón, y que todo lo que no estaba sólidamente atado había sido arrastrado por ellas. Con gran sorpresa vi, cuando llegó el día, que el *Spray* había conservado el rumbo que yo le había señalado la víspera, y que continuaba marchando como un pura sangre. El

mismo Cristóbal Colón no hubiera podido gobernarlo mejor. Durante la noche el balandro había hecho noventa millas en un mar agitado. Sentí agradecimiento hacia el viejo piloto, pero me asombró mucho que no hubiera sujetado el foque. La tempestad cedía, y hacia mediodía salió el sol. La altura meridiana y la distancia indicada por la corredera de la hélice me mostraron que el balandro había seguido bien su ruta durante esas veinticuatro horas. Me sentía ahora mucho mejor, aunque todavía muy débil, y no largué los rizos ni ese día ni la noche siguiente, aunque el viento había amainado considerablemente.

Puse mis vestidos a secar al sol y, acostándome sobre el puente, me dormí profundamente. Entonces, ¿quién diréis que vino a visitarme esta vez en sueños? Mi viejo amigo de la noche anterior.

—Habéis hecho bien en seguir mis consejos esta noche —me dijo—. Y si os place, me gustaría hallarme a menudo cerca de vos durante el viaje, simplemente por amor a la aventura.

Una vez dichas estas palabras alzó su gorro y desapareció tan misteriosamente como había venido, volviendo, supongo, a bordo de la fantasmagórica *Pinta*. Me desperté todo tranquilizado y con el sentimiento de que acababa de estar con un amigo y con un marino de gran experiencia. Recogí mis vestidos, que se habían secado durante mi sueño, y preso de una repentina inspiración arrojé todas las ciruelas que me quedaban por encima de la borda.

Punta Arenas es un puerto carbonero chileno en que vive gente de diversas nacionalidades, aunque dominan los chilenos. Parecen vivir perfectamente en ese lúgubre país, gracias a sus granjas —en las que se dedican a la cría del cordero—, a las minas de oro y a la caza. Pero los indígenas, patagones y fueguinos, son extraordinariamente pobres, por su contacto con comerciantes poco escrupulosos. Precisamente poco antes de mi llegada el gobernador, hombre de espíritu jovial, había enviado un destacamento de jóvenes arriesgados a hacer una incursión entre los fueguinos, con una razzia como represalia de la reciente degollación de la tripulación de una goleta, llevada a cabo por los indígenas. El capitán del puerto, un oficial de marina chileno, me aconsejó embarcar hombres para ayudarme a rechazar a los indios que seguramente encontraría en el oeste, e incluso me propuso esperar el paso de un cañonero que podría remolcarme.

Después de haber buscado bien por toda la ciudad, no hallé más que un solo hombre dispuesto a acompañarme, pero con la condición de que tomara “otro hombre y un perro”. Como nadie más consintió en venir, y yo no quería perro a bordo, no insistí más y me contenté con cargar mis fusiles. Entonces fue cuando el capitán Pedro Samblich, un bravo austríaco de gran experiencia, vino al *Spray* y me regaló un saco de clavitos de tapicero, defensa más eficaz en la Tierra de Fuego que todos los

soldados y todos los perros. Afirmé que para nada necesitaba yo clavos de tapicero a bordo. Mi inexperiencia hizo sonreír a Samblich, que insistió en que los conservara.

—Sírvese de ellos con prudencia —dijo—; es decir: procure usted no pisarlos.

Comprendí entonces de qué modo podían serme útiles los clavitos, advirtiéndome, sin que tuviera que velar, de la presencia de los salvajes en mi puente.

Viendo que había resuelto partir solo, el capitán del puerto no hizo ninguna objeción, pero me aconsejó, en caso de que los salvajes trataran de rodearme con sus piraguas, que tirara contra ellos sin esperar mucho, aunque evitando en lo posible matarlos, a lo que me comprometí de buena gana. Después de tan simple consejo, el oficial me dijo que no me cobraría los gastos de puerto, y salí el 19 de febrero de 1896. Con la sensación de que emprendía una gran aventura que sobrepasaba todo lo que antes había hecho, me metí en el corazón del país donde me esperaban los salvajes fueguinos.

A la mañana siguiente el *Spray* se deslizaba penosamente bajo sus velas para alcanzar por fin una pequeña ensenada en la isla de Carlos, sin haber hecho más que dos millas y media hacia el Pacífico. Me quedé tranquilamente allí dos días, con las anclas echadas en un fondo de algas. Hubiera podido quedarme allí indefinidamente, sin ningún temor, si el viento no hubiese amainado, pues durante dos días fue tan violento que ningún barco se hubiera arriesgado en el estrecho, y los indígenas estaban en otros territorios de caza. Por tanto el anclaje en la isla era perfectamente seguro. Pero se calmó el terrible huracán, volvió el buen tiempo y, virando mis anclas, salí de nuevo.

Entonces se lanzaron en mi persecución piraguas llenas de salvajes de la bahía de Fortescue. El viento amainaba cada vez más y ganaban terreno rápidamente. Cuando estuvieron al alcance de mi voz, un indio de piernas torcidas se levantó y gritó:

—¡*Yammerschuner!* ¡*Yammerschuner!* —que es su manera de pedir algo.

Respondí con un “¡No!” enérgico. No deseaba que vieran que estaba solo. Descendiendo a la cámara, cambié rápidamente de vestidos y, pasando por la bodega, salí al exterior por la cocina. Eso hacía dos hombres. Después puse a popa, cerca del estrave, el trozo de bauprés que había cortado en Buenos Aires y que seguía teniendo a bordo y lo vestí de marino, atándole un hilito con el que podía imprimirle movimiento de vez en cuando para dar la ilusión de vida. Ya éramos tres, y no queríamos *yammerschuner*, pero, a pesar de esto, los salvajes aún se acercaron más. Observé que, además de los cuatro que remaban en la piragua más próxima, había otros acostados en el fondo que se alternaban a menudo. Cuando estaban a sesenta metros tiré una bala sobre la proa de la embarcación más próxima, y esto los detuvo, pero sólo por un momento. Viendo que persistían en querer acercarse tiré una segunda bala, tan cerca del que quería *yammerschuner* que éste pareció cambiar rápidamente de idea y chilló, con una mezcla de temor y pena:

—¡Bueno! Yo vía isla.

Después, sentándose en su piragua, se puso a frotar durante algún tiempo el gaviete de estribor.

La recomendación del valiente capitán del puerto me había venido a la memoria en el momento que apuntaba, y mi bala no debió pasar lejos. Sin embargo, unos pocos centímetros o mil eran lo mismo para el señor Black Pedro....., pues era él a quien yo acababa de disparar, el instigador y responsable de numerosas matanzas. Se dirigió en seguida hacia las islas y los otros le siguieron. Yo había reconocido al que hablaba una especie de jerga española y llevaba barba —los fueguinos no tienen— como el criminal llamado Black Pedro, mestizo renegado y el peor asesino de la Tierra de Fuego. Desde hacía dos años era buscado por las autoridades.

El 8 de marzo, al caer la noche, el *Spray* estaba anclado en una pequeña y segura rada del estrecho. ¡Había salido bien librado!

Descansé un poco y examiné los sucesos de los últimos días; pero, ¡cosa extraordinaria!, cuando pude sentarme y extenderme fue cuando sentí hasta qué punto estaba exhausto de fatiga. Me preparé un plato de carne ahumada, que me devolvió el aplomo y me permitió dormir. Antes de cenar había esparcido sobre el puente una buena cantidad de clavos, y al descender a mi cámara recordé el consejo que me dio mi amigo Samblich de no caminar por encima de ellos. Los puse de modo que la mayoría quedaran con la punta al aire, porque dos piraguas habían seguido al *Spray* cuando atravesé la bahía de los Ladrones, y ya no podía disimular por más tiempo que estaba solo a bordo.

Es un hecho bien conocido que nadie puede pasar sobre la punta de un clavo sin gritar. Un buen cristiano gritará si pisa un clavito de tapicero, pero un salvaje lanzará aullidos delirantes, gesticulando como un poseído. Eso es precisamente lo que sucedió aquella noche. Hacia medianoche, cuando dormía en mi lecho, varios salvajes vinieron a bordo, persuadidos de que mi captura y la del balandro eran cosa hecha, pero en cuanto pisaron el puente cambiaron radicalmente de opinión.



No necesitaba perro. Todos ellos aullaban como una jauría de lebreles. Ni siquiera cogí el fusil. Saltaron atropelladamente a sus piraguas o al agua, para refrescarse, supongo, y acompañaron su partida con prolongadas vociferaciones. Subí al puente y disparé varios tiros para hacerles ver que estaba en guardia.

Los fueguinos, siendo crueles, son naturalmente apocados. Miran las carabinas con una especie de temor supersticioso. El único peligro serio es dejarse rodear por ellos al alcance de sus flechas, o anclar cerca de un sitio donde puedan emboscarse. En cuanto a su asalto nocturno sobre cubierta, los hubiera podido derrotar, incluso sin clavos, tirando desde el camarote sin dejarme

ver. Siempre tenía al alcance de la mano en mi lecho, en la bodega y en la cocina, una buena cantidad de municiones, a fin de poder defenderme desde cualquiera de esos sitios tirando a través del puente, si era necesario.

El mayor peligro quizás es el fuego. Cada piragua lleva fuego, pues se comunican entre ellos por medio de señales de humo. Pero si no se vigila bien, pueden lanzar esas brasas incandescentes dentro de la cámara. El capitán del puerto de Punta Arenas me puso en guardia especialmente contra ese riesgo. Poco tiempo antes los fueguinos habían incendiado un cañonero chileno arrojando brasas inflamadas por las portañolas abiertas de un camarote. El *Spray* no tenía ninguna abertura en el techo o en el puente, excepto dos portañolas cerradas por un dispositivo que hubiera sido imposible forzar sin despertarme.

La mañana del 9, después de un descanso bienhechor y un desayuno caliente, barrí cuidadosamente los clavos que quedaban en el puente, y después, con la tela que tenía a bordo, empecé a confeccionar una gran vela. Según las apariencias, el día se anunciaba benigno, con una ligera brisa; pero en la Tierra de Fuego las apariencias engañan.

Capitán JOSHUA SLOCUM.

EN LA ISLA DE LOS ZORROS AZULES

La expedición del ingeniero ruso B. N. Beguichev visitaba, en 1913, todas las islas del océano Glacial situadas en la parte del mar libre, comprendido entre las embocaduras de los ríos Katanga y Añadir. En una de esas islas, a algunas decenas de millas del cabo Preobrajenski, los exploradores vieron una isla de construcción bastante reciente, pero que parecía abandonada. Penetraron allí. En el interior se hallaba el cadáver de un hombre, en avanzado estado de descomposición. Cerca del muerto, sobre una mesa, había un cuaderno forrado con una cubierta de tela encerada. En la primera página se leía, trazada con lápiz, esta inscripción: “Memorias de nuestra vida”. Era el diario de dos buscadores de oro, Garkin y Semenov, venidos a buscar oro en la isla. Estaba firmado por Dimitri Garkin.

Beguichev y sus compañeros, viendo aquel documento, siguieron buscando y descubrieron, al otro lado de la montaña que se levantaba en el centro de la isla, un segundo cadáver medio devorado por las bestias. ¿De qué horrible drama debió ser escenario la isla?

Las singulares *Memorias* de Dimitri Garkin revelan el horror y el misterio de ese drama. Aunque compuestas de notas breves, sin ninguna pretensión literaria, constituyen un documento humano de un precio inestimable. El relato de la lucha heroica sostenida contra la implacable naturaleza por dos atrevidos buscadores de oro, lucha que fue una perpetua alternativa de esperanza y desesperación, y que terminó tan trágicamente para Semenov y Garkin.

En todo el universo, sólo un hombre sabía dónde habían ido los dos audaces a buscar fortuna. Un piloto japonés, de nombre Kotzu. Acostumbrado a la navegación difícil en aguas del océano Glacial, Kotzu, cuyo oficio era cazar ballenas y aprovisionar a las flotillas industriales del mar de Bering, había conducido a los dos amigos a la costa siberiana, en la proximidad de una isla que él bautizó con el nombre de isla de los Zorros Azules, prometiéndoles ir al año siguiente a llevarles provisiones. Mantuvo su promesa. Pero el segundo año los dos rusos esperaron su barco en vano. Tal abandono significaba para ellos el hambre y la muerte.

Las *Memorias* que publicamos aquí de Dimitri Garkin, respetando escrupulosamente la sencillez e incluso la puerilidad de la forma, relatan de modo pujante una agonía que aún hubiera sido más terrible si los desgraciados no hubiesen estado reconfortados por una profunda y ardiente fe.

“22 de junio de 1910. — El piloto japonés Kotzu nos ha desembarcado en un pueblo samoyedo de la bahía de Atabarsk. Parte al día siguiente, dejándonos una chalupa de vela con sus aparejos.

”El temor se apodera de nosotros cuando Kotzu nos deja. Al decirnos adiós nos promete detenerse el verano próximo en la isla que él llama la isla de los Zorros Azules, cuando atraviere el estrecho de Bering con los pescadores de ballenas. Debe traernos harina, sal, carne seca, instrumentos y provisiones de todas clases.

”Hasta el 10 de julio hemos visitado todos los rápidos y arroyos, y por todas partes hallamos o bien estacas con declaraciones de propiedad, o bien buscadores de oro como nosotros limpiando el suelo. Dicen que en los arroyos, afluentes de los ríos Katanga y Kalanga, hay mucho metal aurífero y que se encuentran también piedras preciosas. Los bajos fondos y las arenas del Katanga guardan así mismo, al parecer, perlas. Los samoyedos me han mostrado gruesas piedras auríferas de la mejor ley que contienen oro rojo.

”Decidimos navegar hacia la isla de los Zorros Azules. Aquí hablan de esa tierra y aseguran que es muy rica en oro.

”12 de julio. — Navegamos desde la mañana. Hemos partido con la aurora. Hacia mediodía se ha disipado la niebla; hasta entonces nos guiamos con ayuda de la brújula, como nos aconsejó Kotzu. Hemos hallado icebergs que brillan al sol con fuegos multicolores. Eso hace daño a los ojos. Semenov disparó hoy sobre una bandada de cisnes tan numerosa que formaba como una bóveda por encima del mar. Sobre un bloque de hielo vimos morsas. No parecían tener miedo de nosotros. Eran las tres cuando llegamos a vista de la isla de los Zorros Azules. Es tal y como nos la describió Kotzu. Primero, unos largos acantilados que se hunden en el mar. Después, en medio de la isla, una montaña. Muchos bosques y zarzales. Cuando nos aproximamos a los acantilados los pájaros huyen, semejantes a una nube de nieve arrastrada por el viento. Ocas, cisnes, patos, gaviotas, patos marinos. Aquí y allá, masas negras que se hunden con estrépito en el agua: son las focas y morsas.

”15 de julio. — Cortamos madera. Hay aquí buenos abetos. Construiremos la armazón de una isba que nos abrigará.

”16 de julio. — Mientras Vasili Semenov se ocupaba en este trabajo remonté el curso del río más largo que corre por la isla. Quería reconocer las tierras auríferas. He hallado cuarzo que lleva manchas y vetas verdes. Es un indicio de buen augurio.

”23 de julio. — La isba está terminada. Hemos hecho una chimenea de piedra y tierra. Tendremos que sufrir el humo, pues no somos muy buenos albañiles.

”25 de julio. — De nuevo, pero esta vez en compañía de Semenov, sigo a lo largo del río. Lavamos la arena sobre un tamiz y extraemos una quincena de pepitas de oro, una de las cuales pesa casi un gramo. La cosa parece anunciarse bien. ¡Qué Dios nos recompense nuestras fatigas! Pero ¡qué de esfuerzos hemos de soportar, y cuántas privaciones habremos de sufrir!

”25 de agosto. — Las nieblas se hacen más y más espesas. Hoy he seguido un estrecho valle. Encierra sin duda un yacimiento aurífero cuyo tenor debe ser de cuarenta gramos de oro por lo menos. Quiero derivar cierto canal que retiene toda mi atención, llevarlo a este valle, y establecer en su parte más baja una presa construida

de piedras y arcilla. Aquí se depositarán todas las partículas auríferas arrastradas por las aguas del río, y de este modo habremos facilitado su búsqueda. Hoy he conseguido extraer una libra y media de oro en pepitas, y confieso que dejo perder mucho. Vasili Semenov, por su parte, ha lavado arena y guijarros.

”30 de agosto. — Cada día recogemos oro en este valle. Mientras yo estaba admirando una pepita, Semenov descubría otra en la embocadura del canal de que hablé. Hemos recogido ya medio *pud* (ocho kilos, ciento noventa gramos), y el trocito más pequeño de oro es del tamaño de un abejorro. Además he hallado por otra parte, en el valle en que trabajamos, una piedra preciosa de color rojo: sin duda un rubí.

”1º de septiembre. — El tiempo ha empeorado muy seriamente. De repente ha descendido la temperatura a quince grados bajo cero. ¡Y qué viento! Produce sobre el rostro la impresión de una quemadura. Semenov fue a una *taiga* (bosque pantanoso) con el fusil que poseemos y trajo de su caza algunos gallos de los brezales. Dice que ha visto una pareja de renos y ha oído gruñir a un animal, un oso, sin duda. Sacamos la barca del agua, la arrastramos por la arena, y la ponemos al abrigo bajo gruesas planchas, cerca de nuestra isba. La perspectiva del invierno es terrible, pero ¡Dios nos protegerá! Tenemos víveres y madera. Soportaremos, así lo esperamos, el frío más crudo.

”6 de septiembre. — ¡Qué Dios nos proteja! Ruge la tempestad. Gime y aúlla alrededor de nosotros. Los árboles se doblan, los zazaes se pliegan, las olas se alzan con furor, se rompen y van a caer en la playa. Semenov me envidia el saber leer y escribir. «Tú puedes escribir —dice—. Eso te da la ilusión de conversar con otras personas, y no sólo conmigo». En efecto: sé escribir. En la escuela del pueblo y después en la escuela de la ciudad de Kabarov me dieron libros como premio.

”Pero a pesar del huracán he ido al valle donde trabajábamos. Todo está helado. La tierra está dura como la piedra, y los arroyos cubiertos de hielo. El trabajo ha terminado. Cuando volvía a la isba, dos zorros azules pasaron a corta distancia de mí. Me miraron, cerraron sus mandíbulas quejosamente, y se fugaron entre los juncos. Por la noche ponemos en orden nuestra provisión de pescado seco. La reserva es abundante, y eso nos tranquiliza.

”12 de noviembre. — Ha llegado la noche polar. Desde hace varios días no he escrito nada. Nos hemos encerrado en la nieve, y la oscuridad es impenetrable. Semenov y yo estamos siempre sentados, jugando a las cartas, sin hablar, pues ya nos hemos dicho todo lo que podríamos decir, y hemos recordado hasta los detalles más nimios. Nos domina una pereza invencible. Por mi gusto dormiría todo el tiempo. Tratamos de reaccionar contra esa torpeza, y nos esforzamos en hacer ejercicio. Por la mañana salimos para cortar



madera. Nos divertimos cavando un agujero en la nieve que parece una madriguera de zorro.

”El frío es terrible. El viento sopla del mar sin descanso. Bajo su violento ataque se rompe el hielo. Al romperse produce un ruido que resuena en nuestros oídos como un cañonazo. En la isba nos calentamos con té. Sin él la vida aquí sería imposible.

”1.º de diciembre. — El frío es aún más crudo. Sobre el mar se rompe el hielo sin cesar con un estrépito de cañones. Ladran los zorros azules. Hoy Semenov mató de un hachazo a uno de esos animales, ya medio muerto de frío. Tratamos de cocerlo. Queríamos saber si, en caso de apuro, podríamos comer esa carne de zorro. ¡Es muy mala! Carne maloliente.

”Durante toda la noche se estremecen las vigas de nuestra isba a causa del frío. La chimenea va mal. Nos acostamos envueltos en nuestras zamarras de piel de cordero y en los sacos. Está muy oscuro. Es terrible. ¡Pensar, oh Dios mío, que allá abajo, en las ciudades, hay animación y luz! Somos tan desgraciados como las bestias en sus cubiles. Si Kotzu no mantiene su promesa, moriremos aquí.

”17 de diciembre. — Ayer sobrevino una tempestad de nieve. Estuvimos enterrados en nuestra isba. Hoy nos preparamos para la caza y partimos. El viento es débil. Hiela, pero nos hemos puesto todos los vestidos que tenemos y no padecemos frío.

”19 de diciembre. — Nos ha costado mucho despertarnos. Ayer no volvimos hasta la madrugada, pues nos perdimos. Matamos un reno. El animal, que se encaminaba hacia Semenov, se detuvo de pronto. Mi compañero lo abatió de un solo tiro. El animal era muy pesado y lo trajimos con dificultad. Marchábamos a la ventura, arrastrando aquella masa, subiendo y bajando por la nieve. En un momento dado vimos un oso blanco, de talla mediana, acostado en medio de las rocas y, al parecer, dormido. No nos olió. Ya estábamos sin fuerzas cuando, por fin, hallamos nuestro camino. Arrojamus al reno en la isba, amontonamos grandes leños contra la puerta a fin de reforzarla y ponerla en estado de resistir un asalto de los zorros y después, agotados por la fatiga, nos echamos a dormir en nuestros lechos. Hoy despedazamos el reno y cortamos la carne para secarla. Coceremos la cabeza y ahumaremos la lengua en la chimenea. Así tendremos alimentos para Navidad y la fiesta nos parecerá más alegre.

”El día de Navidad. — Todo el día hemos rezado mucho. Nos hemos acordado de todos nuestros parientes y amigos. Hemos pedido perdón a todos. «No recordéis el mal que os hicimos, y no habléis mal de nosotros». La vida aquí es pesada y terrible. Nuestra alma se turba de miedo y nuestro corazón se llena de negra desesperación. Para alegrarnos bebemos té hirviendo con alcohol, pero a despecho de esa bebida reconfortante me encuentro mal y me duele la cabeza, como si fuese a estallar en pedazos. ¿Estaré enfermo?

”Abril. — Pronto será la santa Pascua. Pronto llegará Kotzu, y abandonaré la isla. Ya no soy más que la sombra de mí mismo. Una ardorosa fiebre me ha tenido sujeto

por más de tres meses. Perdí el conocimiento, me atormentaba el delirio y, en algunos momentos, tuve visiones terroríficas. He adelgazado y estoy débil. Al salir ayer de la isba vacilaba. Ahora ardo de fiebre otra vez. ¿Será el fin? ¡Ah, si pudiese esperar tan sólo la llegada de Kotzu! Lo dejaría todo y partiría.

”Abril. — Hace menos frío. Sin embargo nieva a menudo. En torno de la isba ha tomado el hielo un tinte castaño y se ha hinchado. Desde lejos se ven las madrigueras de las morsas, que son numerosas. Probablemente pronto estará el mar libre. Quizá Kotzu partió ya de Nagasaki.

”Mayo. — Pasaron las alegres fiestas de Pascua, y yo he estado todo el tiempo sin conocimiento. No sufro, pero ardo de fiebre y siento opresión... Hoy he salido a la playa. El aire es aún frío, pero se respira con agrado. Estamos, sin embargo, en primavera. No veo pájaros. Sólo nieve por todas partes. El mar, en muchos trozos, ya se ha librado del hielo. Semenov comenzará mañana a lavar el oro en la pila. Me anuncia que ha ido al valle donde habíamos hecho tan hermosos descubrimientos y que la nieve se ha fundido.

”12 de mayo. — Durante tres días Vasili Semenov ha estado ausente, y durante esos tres días me ha dominado una viva inquietud. Ha traído más de cinco libras de oro nativo y me afirma que ha descubierto una bolsa de oro y un gran trozo de cuarzo recubierto de una red de venas de oro. Decididamente nos haremos ricos si también nos quedamos aquí el año próximo.

”15 de junio. — No he escrito nada desde hace más de un mes. Tenía otra cosa que hacer. En primer lugar Vasili Semenov se rompió una pierna trabajando, y probablemente también la cadera, a causa de la caída de una gruesa piedra. Escupió sangre durante una semana. Después llegó Kotzu en un nuevo barco. Es un valiente, Kotzu. Había prometido venir y ha venido. Nos ha traído todo lo que le pedimos, y por un precio razonable. Nos ha aconsejado que cacemos armiños y cebellinas. «Cogedlas este invierno con trampas —nos ha dicho—. Yo volveré la primavera próxima y traeré conmigo a un comerciante inglés que os comprará las pieles a buen precio». Ahora tenemos provisiones frescas, carne en conserva, manteca, grasa, galleta, sal y azúcar, diversos utensilios, pólvora, plomo y balas, sin contar nuestras viejas armas, tres fusiles para la caza menor y una carabina para la mayor.

”Por fin poseemos redes, dos toneles para el salado de los pescados, y todas clases de medicinas. Hemos pagado a Kotzu con oro en polvo, al peso, a razón de tres rublos y cincuenta copecks el *zlotnick* (cuatro gramos y medio). A ese precio venden su oro en las minas los examinadores de terrenos.

”Kotzu ha partido llevándose nuestras cartas, y prometiendo traernos en la primavera compañeros seguros y vigorosos.

”23 de junio. — De nuevo estamos solos, si bien ya estamos habituados; gracias a Dios, Semenov y yo vivimos sin pelearnos nunca. A veces suspiramos al recordar nuestra existencia anterior. ¡La que llevamos ahora es tan ruda! Para no dejarnos

dominar por el descorazonamiento trabajamos con todas nuestras fuerzas, con la pala y el pico en la mano, esforzándonos en no pensar en nada.

”30 de junio. — Hemos contemplado un espectáculo terrible, cuyo recuerdo no conseguimos soslayar. Ayer era mi cumpleaños y habíamos decidido no trabajar. Cogimos un fusil y una hacha y nos fuimos a la ventura. De pronto decidimos, para distraernos, ascender por la colina redonda que se eleva en el centro de la isla. Repentinamente apareció a nuestros pies un profundo valle, y en el fondo del mismo se levantaban una docena de tiendas. Lanzamos un grito de sorpresa y descendimos la pendiente corriendo, aunque se desgarraban nuestros vestidos y perdíamos los sombreros. Llegamos allí con las manos y el cuello arañados hasta sangrar. Llamamos, ¡pero de las tiendas no salió nadie! ¡Qué extraño! Nos aproximamos a una tienda. Apenas apoyamos allí la mano cuando el cuero, completamente podrido, cayó como si fuese papel mojado. Penetramos en ella. Ocho esqueletos yacían en el suelo. Unos eran grandes; otros, pequeños; otros, muy pequeños: esqueletos de niños. Y en todas las tiendas el mismo espectáculo. En conjunto contamos sesenta esqueletos, algunos enteros; otros, con los huesos rotos, partidos. Se ve que los zorros azules, o quizá los osos, han pasado por aquí. Nos preguntamos: ¿quiénes son los desgraciados que han perecido aquí, y cómo han fallecido? ¿Han muerto de frío o de hambre? ¿No habrán sido destrozados por alguna enfermedad, la peste, la viruela o el cólera? Después huimos espantados...

”¡No hemos dormido en toda la noche! Todo el tiempo pensábamos que la desgracia y la muerte rondaban en torno nuestro y que nos sería imposible escapar. Aquí son ellas los amos, y nosotros, extranjeros, hemos venido a ofrecernos a ellos. ¡Piedad, Dios mío! ¡Salvadnos!

”5 de julio. — El trabajo no marcha. Trabajamos sin embargo de firme, pensando en los esqueletos que yacen bajo las tiendas fantasmas del valle. Hay que enterrarlos y colocar una cruz sobre su tumba. Iremos allá el domingo, así lo hemos decidido Semenov y yo.

”Domingo. — Hemos vuelto sin dificultad al lúgubre valle. Cavamos una gran tumba, donde reunimos todos los esqueletos. En seguida plantamos en tierra una gran cruz sobre la que grabamos la siguiente inscripción: «Aquí yacen las osamentas de sesenta esqueletos descubiertos bajo las tiendas abandonadas. ¡Oh Dios! ¡Perdona los pecados de estos desgraciados y recíbelos en tu reino, donde todos son iguales ante ti!». Después que hubimos rezado nos encontramos más serenos. «Sería bueno morir así —me dijo Semenov mientras volvíamos a la isba—. Más tarde vendrá alguno, recogerá nuestros huesos, nos enterrará y pondrá un epitafio sobre nuestra cruz. Nuestras almas estarán entonces en paz allí donde no hay ni lágrimas ni suspiros».

”7 de octubre. — ¿Por qué nos ha castigado el Todopoderoso? Vivíamos sin alegría, sólo trabajando y sufriendo, y ahora nos han sido enviadas por Dios pesadas pruebas y duros trabajos. Nos dedicábamos de nuevo a cazar, y habíamos matado seis cebellinas y un armiño cuando, al regresar nos dimos cuenta de la catástrofe que

estaba ocurriendo. ¡Maldición! El tejado de nuestra isba, nuestra barca, una caja que contenía redes y dos toneles, uno vacío y el otro lleno de salazón, eran presa del incendio. El fuego amenazaba nuestra morada. Nos aterrorizamos al pensar que la isba contenía pólvora y cartuchos, nuestro oro y todos nuestros vestidos. Corrimos allí, y con agua y nieve combatimos las llamas. Al llegar la noche el incendio estaba dominado, ¡pero cuántas pérdidas irreparables!

”21 de octubre. — Durante dos semanas hemos preparado nuestra instalación de invierno. Trabajo cansado y singularmente penoso por el frío. Tenemos las manos heladas, y aunque trabajábamos cerca del fuego, el hacha y los clavos se pegaban a nuestros dedos. Todo lo hemos reparado, pero ya no tenemos barca. ¿Qué será de nosotros si Kotzu no viene? Todas nuestras esperanzas se cifran en su venida.

”Navidad. — Estamos los dos enfermos y entregados a la desesperación. ¡Qué lleguen pronto la primavera y Kotzu! Nos sentimos débiles y abandonados. Sólo un hombre en todo el mundo sabe dónde vivimos, y nadie, salvo él, podría encontrarnos en esta isla. En casa nuestras familias, al cabo de tanto tiempo, pensarán sin duda que hemos perecido. No debería escribir más. Tal vez hay incredulidad en mis palabras, y la desesperación ofende al Señor nuestro Dios.

”19 de agosto. — Los hielos comienzan a flotar y las primeras nieves cubren la isla. ¡Kotzu no ha venido! No le maldecimos. ¡Es imposible que nos haya engañado; él, nuestro viejo amigo! Sin duda ha muerto, por naufragio u otra causa. Hoy hemos rogado por el descanso de su alma. En la primavera, si Dios nos concede vida, trataremos de construir una barca y confeccionar una vela con corteza de abedul, y partiremos.

”5 de septiembre. — Nuestra situación es lamentable. Las redes han sido destruidas por el incendio, y no poseemos ni hilo ni cuerdas para fabricar otras. Por tanto es imposible pescar. Nos queda harina para un mes. ¿Qué pasará? Toda nuestra esperanza está en la caza. Necesitamos abatir renos.

”20 de septiembre. — Vasili Sernenov partió a la caza de renos. Ya estamos en su segundo día de ausencia. Una terrible tempestad de nieve ruge día y noche. ¡Con tal que no pierda el camino!

”21 de septiembre. — He traído a Sernenov a la isba. Se había perdido cerca de nuestro refugio, pues la tempestad de nieve borró todas las huellas de pasos y, fatigado, se había tendido sobre el suelo. Apenas puedo hacerle recobrar los sentidos. Tiene las piernas completamente heladas. A pesar de todos mis esfuerzos no he podido restablecer la circulación.

”Noviembre. — ¡En vano esperamos todavía, en vano luchamos! ¡Todo es inútil! ¡Habrà que morir! Sernenov se muere. Sus piernas, invadidas por la gangrena, se desprenden a trozos. No nos queda casi nada de provisiones. La tempestad continúa rugiendo. Todo se hunde en un manto de nieve de dos metros de espesor. Imposible salir de la isba. Pongo en la marmita las últimas briznas de té. Desde octubre ya no tenemos azúcar, y bebemos el té con sal.

”Diciembre. — Sernenov se muere. Los huesos de sus piernas están completamente al descubierto, y más arriba la carne se va descomponiendo. Hoy he batido infatigablemente la isla y no he encontrado más que un zorro azul que pudiera cazar. Cargado con el animal pasé muchos trabajos, en medio de la nieve y del huracán, hasta lograr hallar mi camino. Cocemos el zorro azul, aunque su carne es repugnante, y la devoramos. Otra vez ha pasado el día de Navidad sin que le hayamos prestado atención, pues somos pecadores. Solamente vivimos pensando en nosotros, y en nosotros no hay más que desesperación.

”13 de enero. — Semenov me despertó ayer diciéndome: «¿Ves allá abajo, cerca del muro? ¡Allí se levantan las tiendas, y bajo ellas se oculta la muerte! ¿La oyes como nos amenaza, primero a mí y a ti después?». Toqué su frente. Ardía. La fiebre le devora. Está muy mal.

”18 de enero.— Semenov gime y lanza gritos. Una sangre nauseabunda corre de sus llagas. Delira y ya no comprende mis palabras.

”21 de enero. — Semenov ha muerto. Le he enterrado profundamente en la nieve y he colocado sobre él dos maderos dispuestos en forma de cruz. Si vivo hasta el verano, le cavaré una tumba. Ahora estoy solo. Se desencadena una tempestad de nieve que aulla durante días enteros. Por la noche el huracán precipita montones de nieve contra los postigos y muros de la isba. Se diría que un ser vivo trata de penetrar allí. ¡Es terrible!

”Febrero. — Me he comido hoy el tocino helado de morsa que guardábamos para la lámpara. Amargo y maloliente... Observo la escarcha sobre las grietas. Los muros están enteramente helados. He vuelto a masticar pieles de reno y los líquenes que crecen en las grietas de la isba.

”Estoy solo aquí entre los hielos, en medio de los animales salvajes. Kotzu no volverá.

”La vida se acaba... ¡Así me has juzgado, Dios clemente!... La vida ya no me es necesaria... Me iría pronto..., me iría en seguida...

”Hoy apenas puedo moverme. Estoy completamente agotado Vomito sangre por la boca. Mi corazón se agita locamente y percibo extraños ruidos en los oídos.

”Ayer pensé que no podría levantarme. Y así sucedió. Apenas puedo escribir... Comienzo a morir..... Y nadie, nadie, se cuidará de enterrarme... La codicia nos condujo hasta aquí, y en nuestra ceguera no tuvimos miedo ni de los sufrimientos ni de las privaciones. Hemos visto desvanecerse todas nuestras esperanzas de riqueza y bienestar. Y tú, ¡oh Dios mío!, nos has castigado por nuestros pecados. No debíamos mostrarnos tan audaces. Pero el hombre es siempre ambicioso y no observa las duras pruebas que les tiendes. ¡Perdónanos y ten piedad, Dios mío!

”La respiración es difícil. Los zorros azules aúllan detrás de las ventanas y se oye también un gruñido, probablemente de oso. ¿Y esa cosa negra que hay sobre el hielo desde hace unos días? ¿No será Kotzu, ahogado en alguna parte del océano, y traído

hasta la isla por las olas? Kotzu nos ha engañado y perdido. ¡Maldito sea hasta la séptima generación!

”No escribiré más. Me muero... Todo ha terminado...”.

DIMITRI GARKIN.

EL PRIMER CABLE ATLÁNTICO

En el año 1845 la telegrafía eléctrica por hilo aéreo estaba bastante extendida en la mayor parte de Europa y Estados Unidos, aunque el hombre no podía comunicarse aún de continente a continente. Entonces se pensó en unirlos por un cable que reposara en el fondo del mar, operación muy difícil si se consideran las condiciones de aislamiento que habían de tenerse en cuenta para defenderlo de la acción corrosiva de las aguas del mar. En 1850, después de innumerables dificultades y pintorescos incidentes, lograron unir los puertos de Dover —Inglaterra— y de Boulogne —Francia— por medio de un cable de cuarenta kilómetros de longitud, con satisfactorios resultados.

Desde entonces los cables atravesaron los ríos y alfombraron los mares. Con todo, quedaba por vencer el océano.

Estados Unidos pensó unir la bahía de Hudson y Terranova por medio de un cable, llegar a Irlanda por barco y transmitir los telegramas a Londres por el hilo tendido en el canal de San Jorge —estrecho que separa Irlanda de Inglaterra—, con lo que se ganaban cinco días sobre la travesía más rápida. Esto fue un adelanto de la posterior unión aérea de ultramar.

Gisborne, ingeniero norteamericano, quedó encargado de la realización del proyecto que consistía en unir Nueva York a Terranova y en instalar una línea aérea a través de esta isla. Desgraciadamente la última operación fue sabotada varias veces en los puntos todavía muy salvajes, difíciles de vigilar. Después quebró la Sociedad Norteamericana del Cable.

Y entonces, a principios de 1854, Gisborne se encontró en el vestíbulo de un suntuoso hotel de Nueva York con Cyrus W. Field, riquísimo financiero. Entre el ingeniero y el financiero se desarrolló sin frases inútiles una conversación típicamente yanqui que había de concluirse doce años más tarde:

—Sería preciso —dijo Gisborne— unir Nueva York y Terranova.

—¡De acuerdo! —respondió Field.

—Después de establecer una línea de vapores hasta Irlanda...

—Y después.

—Utilizar el cable y la línea Valencia-Londres.

—¡Diablos! —exclamó Field—. ¿Y por qué no unir directamente los dos continentes?

Gisborne sintió que se ahogaba. Cyrus Field era solamente un plantador de algodón, ignorante de las dificultades que implicaba la colocación de un hilo de tres mil kilómetros a dos mil y cuatro mil metros de profundidad.

—Hemos de discutir eso inmediatamente —aclaró Field levantándose.

Subió a su habitación y escribió dos cartas. La primera, dirigida al teniente Maury, director del Observatorio Nacional de Estados Unidos, para pedirle consejo sobre la posibilidad de sumergir el cable. La segunda, dirigida a Morse para saber si tenía los medios de llevar la corriente eléctrica a través de una distancia de tres mil kilómetros de agua.^[7]

Los dos respuestas fueron afirmativas. Las profundidades del trayecto Terranova-Irlanda ya eran conocidas y Morse había mejorado sensiblemente sus aparatos de producción y transmisión eléctrica.

Sin embargo, aunque este acuerdo de técnicos y sabios permitía concebir esperanzas, había que contar con la aprobación de los servicios oficiales y el concurso de capitales extremadamente importantes, tener en cuenta las campañas de prensa dirigidas por las compañías postales marítimas que veían amenazados sus servicios de despachos y los regateos de industriales que habían de cooperar en los trabajos. Era evidente que todo ello iría más despacio que la conversación sostenida en el hotel neoyorquino.

En noviembre de 1856 quedó por fin constituida la Atlantic-Cable Company con un capital de ciento setenta y cinco mil dólares, sin contar los setecientos mil francos de subvenciones aportadas por los gobiernos inglés y norteamericano.

Las dos marinas asociadas llevaron a cabo los preliminares sondajes. Inglaterra se comprometió a procurar los navíos. El cable, fabricado en Greenwich, cerca de Londres, durante el año 1857, medía cuatro mil kilómetros de longitud y dieciocho milímetros de diámetro, con un peso de dos mil quinientas toneladas.

Quedaba por averiguar el medio de transportar aquel peso. Llamaron en su ayuda a dos fragatas, una inglesa, el *Agamemnon*, y otra americana, la *Niagara*, que embarcaron cada una la mitad del cable en sus respectivas calas. El 7 de agosto de 1857 salieron de Valencia —Irlanda—; pero a quinientos kilómetros de la costa se rompió el cable a consecuencia de una falsa maniobra y se hundió a pico, a tres mil metros de profundidad. El 10 de junio de 1858 volvieron a intentarlo, si bien con diferente técnica. Cargado cada uno con la mitad del cable los dos navíos se reunieron en pleno océano, a medio camino de los dos continentes, unieron en aquel lugar los dos extremos del cable y se alejaron, uno hacia Terranova y otro hacia Irlanda. Naturalmente esto les permitía comunicarse entre ellos. La operación comenzó bastante bien, aunque tuvieron que retroceder varias veces y reunirse de nuevo a consecuencia de algunas rupturas que era preciso reparar. A la cuarta ruptura habían perdido ochocientos kilómetros de cable. Hubo que regresar de nuevo a Irlanda.

El *Agamemnon* y la *Niagara* se reunieron de nuevo en medio del Atlántico el 27 de julio siguiente y comenzaron las operaciones, acompañados de dos buques escolta. Como sucede siempre, lo cómico se mezcló con lo trágico. Colocados en una ruta

marítima los convoyes se cruzaban con numerosos barcos que a veces se aproximaban peligrosamente al cable, según informa el diario de la expedición:

“El martes a las 3 de la madrugada se despertaron todos al escuchar el estampido del cañón. Creyeron que era la señal de que el cable se había roto, mas al subir al puente vieron que el *Valorous*, buque escolta de la *Agamemnon*, descargaba rápidamente su artillería contra un barco norteamericano que se hallaba precisamente en el centro del camino que seguir. No podían desdeñar tales demostraciones por parte de una gran fragata y el barco se detuvo en seco, aunque era evidente que no comprendía nada. Seguramente su tripulación nos tomó por piratas o creyó ser víctima de un nuevo ataque británico contra la bandera norteamericana. Lo cierto es que el barco siguió inmóvil hasta que lo perdimos de vista...”.

Aparte de otros incidentes semejantes, el trabajo fue bien gracias al tiempo, de una calma inalterable. La *Agamemnon* llegó a Valencia el 3 de agosto y la *Niagara* tocó Terranova dos días después.

Cyrus Field fue paseado en triunfo por las calles de Nueva York durante dieciséis horas, aclamado por veinte mil personas que le acompañaron a su casa llevando antorchas. Durante la fiesta las iluminaciones incendiaron el ayuntamiento de la gran ciudad. No obstante, el incidente pasó inadvertido en medio del estallido de júbilo general.

La reina Victoria y el presidente Buchanan cruzaron por vez primera las felicitaciones de rigor, y el mundo entero, desbordante de optimismo, imaginó que comenzaba una era de paz definitiva y universal.

¡Ay! El 5 de septiembre, apenas extinguidas las luminarias y latente aún aquel entusiasmo, se hizo de nuevo el silencio en el Atlántico.

Sin embargo, el cable no estaba roto. Un año más tarde, cuando pudieron recoger algunos fragmentos en las costas de Terranova, vieron que la armadura metálica no había podido resistir la acción de las rocas, de la oxidación y los moluscos.

—¿Qué importa? —decía Field a los accionistas de la Atlantic-Cable—. Empezaremos de nuevo aunque fracasemos por tercera vez, y seguiremos luchando hasta conseguir el éxito definitivo.

Trabajaron e hicieron experimentos en los laboratorios con nuevos procedimientos de fabricación del cable y de aislamiento, después los ensayaron en el mar con rigurosas pruebas de resistencia y tracción y probaron una pintura al cianuro destinada a envenenar los fatales moluscos. Pero entonces la guerra de Secesión —de 1860 a 1865— impidió hacer nuevas tentativas.

La primera dificultad con que tropezaban en cada intento era la necesidad de embarcar el cable sobre dos navíos diferentes, porque ¿dónde hallar el buque que pudiera recibir entre sus flancos la formidable masa de aquella gigantesca serpiente?

Ahora existía uno:

El *Great-Eastern*.

El *Great-Eastern* era un navío desproporcionado para su época. Media doscientos diez metros de largo, casi el doble de los mayores navíos en servicio, y reunía todos los medios posibles de propulsión: velas, ruedas y hélices. Construido para el transporte de mercancías y pasajeros a Australia, país que acababa de abrirse a la inmigración, tenía una capacidad para cinco mil viajeros, y estaba arreglado con un lujo comparable al del llorado *Normandie*. Pero había sido botado cincuenta años demasiado pronto. Su explotación se avecinaba catastrófica y los propietarios se disponían a darlo como chatarra cuando los dirigentes del Atlantic-Cable pensaron en él.

Este buque era un monstruo capaz de soportar los cuatro mil setecientos sesenta kilómetros y las cinco mil toneladas de cable. Almacenaron éste en tres cubas de cemento construidas en las inmensas calas. Cada una de ella contenía mil quinientos kilómetros de cable, que colocaron con los cuidados que pueden suponerse.

Con sus quinientos hombres de tripulación, veintiún mil trescientas toneladas de carga —siete mil sólo de carbón—, y seis mástiles cargados de velas e impulsado por las esperanzas de dos grandes naciones, el gigante salió de Irlanda el 23 de julio de 1856 y puso proa a América.

El día 25, después el 27 y más tarde el 30 observaron que el cable estaba perforado de parte a parte con un hilo de acero. Los repetidos accidentes probaron que no se trataba de averías fortuitas. ¡Era un sabotaje! Comprobaron también que había sido cometido a las mismas horas y por uno o dos hombres del mismo equipo que trabajaban en las calas. A pesar de sus protestas el equipo fue destinado a otros trabajos.

La indignación reinaba a bordo. Si hubieran descubierto al culpable, le habrían arrojado limpiamente por la borda, linchándole antes, desde luego.

A partir de aquel momento colocaron voluntarios armados que montaron una guardia vigilante a todo lo largo del recorrido del cable, desde las calas a los tambores que lo arrojaban al mar. Era una humillación penosa para aquellos bravos, pero la tripulación comprendió la necesidad: los amenazaba un sabotaje consciente y organizado.

Fácilmente se comprende que el lanzamiento de un cable a través del Atlántico destrozaba muchos intereses, sobre todo los de los correos de vela y vapor que transmitían los despachos a rapidísimas velocidades, cobrando primas considerables cuando se trataba de importantes mensajes. Preciso es añadir que las compañías que facilitaban el cable también estaban interesadas en que fallara la expedición. La vulnerabilidad del cable y un hombre poco escrupuloso enrolado en la tripulación hacían el resto.

Pero, ¡ay!, aunque podían defenderse de los hombres, era difícil luchar contra la fatalidad. El 2 de agosto, a las 2,30 de la madrugada, el cable se rompió limpiamente

diez metros delante de la proa del *Great-Eastern*, y se hundió a tres mil seis cientos metros de profundidad.

La angustia y la desolación reinaron a bordo. El silencio de las máquinas paradas se unía a la callada expectación general. ¡Tantos cuidados, tantas penas perdidas en un instante! A pesar de tantos esfuerzos y trabajos no habían conseguido llevar la empresa a buen término.

Con el fin de dar confianza a la tripulación trataron de recobrar inmediatamente el cable roto. Durante diez días, con niebla y buen tiempo, con ayuda de garfios unidos a cuatro mil metros de cadenas y cuerdas, trataron de pescar al cable fugitivo en el fondo de un océano más y más insondable. Por tres veces creyeron, tenerlo cogido, si bien las cadenas se rompieron. A la cuarta tentativa el cable apareció en la superficie del agua, pero se hundió de nuevo. Tuvieron que volver al continente, ya que no quedaba a bordo un metro de cadena o de cuerda.



De todas maneras, Cyrus Field y sus valientes colaboradores no se descorazonaron. Rápidamente pusieron en marcha una quinta expedición.

Su misión era no sólo colocar el embrujado cable, sino también encontrar el antiguo, prolongarlo y llevar definitiva mente los dos a Terranova. Pues, aunque la experiencia había demostrado que se podía recobrar el cable de las grandes profundidades, indicaba también que habían de ir provistos de un importante material: cabrestantes, boyas, cadenas y cuerdas de suficiente longitud.

Con todo, entonces se tomaron infinitas precauciones para el reclutamiento del personal. Probaron los antiguos equipos y, para mayor seguridad, ordenaron que los que se ocupaban especialmente en el cable llevaran camisas y pantalones de tela abrochados por detrás y absolutamente desprovistos de bolsillos que permitieran esconder el menor objeto. Y además indujeron a firmar a la tripulación un acuerdo mediante el cual el autor de una tentativa de sabotaje sería arrojado inmediatamente por la borda sin previo juicio.

Establecido esto y embarcado el necesario cable salió el *Great-Eastern* el viernes 13 de julio de 1866 a las 13 horas —damos este detalle para los lectores supersticiosos— para su último y definitivo viaje, pues esta vez fue una aventura sin historia.

El trabajo se llevaba a cabo con perfecta normalidad. Regularmente recibían noticias del viejo continente por medio del cable e incluso editaron un diario litografiado que aparecía cada semana con el relato de los episodios de la guerra austro-prusiana y los incidentes y bromas del alcázar de proa, ya que la tripulación colaboraba en él.

Trabajaban día y noche, con ayuda de poderosas lámparas que jalonaban el recorrido del cable, junto al cual se mantenían los vigilantes armados.

Por fin el 27 de julio llegó a Terranova el *Great-Eastern*, a la bahía de la Perfecta Felicidad, ¡nombre simbólico si los hubo! El valiente navío, empavesado para tan solemne ocasión, demostró la eficacia y utilidad de su desmesurada anchura que antes hizo sonreír a ambos mundos.

Quedaba por cumplir la segunda parte de su tarea: recoger el cable perdido en 1865. El 2 de agosto el *Eastern* volvía a salir al mar y unos días más tarde se hallaba a mil kilómetros de allí, en los mismos lugares que tantos recuerdos desagradables encerraban para él.

Sin pérdida de tiempo empezaron a lanzar garfios unidos a cuatro mil metros de sólidas cadenas. Primero se colocaron al norte de la supuesta posición del cable, después derivaron hacia el sur, esperando que los garfios que arañaban el fondo hallaran pronto el objeto tan buscado. La operación duró veinte días y el 3 de septiembre, a la una de la mañana, apareció el cable en la superficie.

“Reinaba en aquel momento un silencio absoluto a bordo del *Great-Eastern*. Sólo se oía a intervalos la voz del capitán Anderson. Esa calma y tensión de espíritu contrastaban con los gritos de entusiasmo y las gozosas demostraciones de alegría que acogieron el domingo anterior la primera aparición del cable en la superficie del agua”. (Diario de la expedición).

Unas horas más tarde comprobaron que la conductibilidad era perfecta e inmediatamente se pusieron en contacto con Irlanda, en medio de la emoción y alegría consiguientes.

Prolongaron el cable y partieron hacia Terranova, sabedora ya de la noticia por el primer cable, que en realidad era el segundo.

El 8 de septiembre pudo decirse al fin que el antiguo y el nuevo mundo se habían unido definitivamente, según la fórmula consagrada: “Para lo mejor y para lo peor”.

RENÉ POIRIER.

LA GRAN SERPIENTE DE MAR (Versión poética del cable atlántico)

No ha mucho había un pececillo de mar de buena familia. No recuerdo bien su nombre, pero sé que tenía dieciocho mil hermanos y hermanas, todos de la misma edad que él. Jamás habían conocido padre ni madre, y desde que vinieron al mundo hubieron de ponerse en seguida a buscarse comida. Para beber tenían el océano entero; en cuanto a las cosas de comer, salieron del paso como pudieron, viajando de mar en mar a medida que no encontraban nada en torno de ellos.

Era un día hermoso. Brillaba el sol y hacía transparentes las ondas azuladas. Veíase un mundo de seres extraños; había allí monstruos que, abriendo sus terribles fauces, hubieran podido tragarse los dieciocho mil pececillos de una sola vez.

Ellos, ignorantes del peligro que corrían, nadaban todos juntos, apiñados, como los arenques. Se recreaban alegremente cuando, súbitamente, cayó de arriba con mucho ruido en medio de ellos una cosa larga y pesada. Muchos centenares de ellos quedaron aplastados por el golpe y otros recibieron graves contusiones. Y la cosa se alargaba, se alargaba, se hundía en el mar; medía ya muchas leguas y todavía no se le veía el fin.

No solamente nuestros pececillos, sino los grandes y los fuertes, los animales encerrados en conchas, las tortugas, en fin, todos los habitantes de las ondas, se espantaron al ver aquella inmensa anguila, porque, al contrario de los que nos sucede a nosotros —que somos seres humanos—, éste es el efecto que el miedo produce en ellos, que están naturalmente helados.

¿Qué fenómeno era ése, pues? Vosotros lo habéis adivinado: era el gran cable telegráfico que estaban tendiendo entre Europa y América.

No se calmaba la emoción en las regiones submarinas. Los peces voladores, para huir mejor del peligro, volaban más alto en el aire que cuando el primer temblor de tierra. Muchos nadadores rápidos huyeron sin pararse hasta el fondo del mar y anunciaron la llegada del monstruo a la truchuela y a otros glotones que se ocupaban tranquilamente en devorar a sus semejantes. La noticia causó gran terror; un pulpo soltó la presa que acababa de agarrar; algunas langostas se sintieron talmente emocionadas que crujieron sus carapachos, y un cangrejo de mar tan trastornado estaba que se puso a andar para delante, como hace todo el mundo.

En medio de esta confusión los dieciocho mil pececillos perdieron la pista los unos de los otros y se esparcieron a través del océano; solamente un centenar de ellos quedaron juntos, agazapados en una roca, sin moverse ni hacer ruido.

Al cabo de unas horas, viendo que no pasaba nada, salieron muy despacito de su escondite y se aventuraron a mirar hacia el lado en que suponían debía hallarse el

monstruo, y vieron a éste tendido en el fondo del mar, completamente inerte y sin dar señales de quererse mover.

—No es más que un ardid para engañarnos —dijo el más prudente de entre ellos—. No nos acerquemos. Dejémoslo dormir e iremos a ver si encontramos a algunos de nuestros hermanos que se han perdido. ¡Qué nos importa el intruso!

Pero el más bonito de esos pececillos, que era al mismo tiempo el más curioso, tenía mucho empeño en saber cosas del monstruo, en saber con qué fin había venido a revolucionar el océano.

—Volvamos a subir a la superficie —indicó—. Este animal ha bajado de arriba. Arriba nos podrán informar mejor.

Y todos ellos nadaron en dirección al cielo. Cuando llegaron arriba, vieron que hacía un tiempo hermoso. Sobre las quietas olas se divertía un delfín haciendo cabriolas y dando volteretas. Los pececillos le dijeron que, puesto que hacía tanto rato que estaba fuera del agua, debía haber visto cómo se tiraba el monstruo al agua, y le preguntaron detalles del suceso. Pero el delfín, que estaba muy orgulloso de la gracia con que hacía aquellos juegos que le servían de distracción, no buscaba otra cosa sino que lo admirasen por ello; no había visto nada, y como nada tenía que decirles, guardó un silencio desdeñoso y continuó con sus zambullidas y saltos.

Entonces se dirigieron a un perro de mar que nadaba entre dos olas; era peligroso hacerlo porque a ese perro le gustaba regalarse con pececillos, pero aquel día estaba harto y tuvo la cortesía de responder:

—No puedo satisfacer vuestra curiosidad. Sin duda sabéis que, cuando me place, puedo salir del agua y vivir en el aire. Muchas veces, de noche, subo a los acantilados y veo lo que pasa en tierra firme. Habitan allí seres llenos de maldad y perfidia, y, en su lengua, se llaman hombres. Los hombres pasan todo el tiempo tramando algo para hacernos mal a nosotros; pero nosotros no nos dejamos engañar y huimos de ellos, y eso es lo que ha hecho la anguila grande que tanto os interesa. Estaba en poder de ellos, lo que me hace pensar que la habían hecho ir a tierra con engaño o empleando la violencia. Hace unos días la embarcaron en un barco grande para transportarla a algún país lejano. Yo vi el trabajo que les costó subirla a bordo; lo consiguieron sin embargo, pero debió ser porque se había quedado sin fuerzas por el mucho tiempo que llevaba fuera del agua. La enrollaron, y yo oí el ruido de la lucha. Pero una vez en el mar, se les escapó y se metió en el agua. He visto cómo han intentado sujetarla con todas sus fuerzas; pero ella ha huido hacia el fondo del océano, donde debe estar descansando ahora.

—Está muy delgada para lo larga que es —se extrañó uno de los pececillos.

—La habrán dejado sin comer —respondió el perro de mar—. Ahora que vuelve a estar en su elemento volverá a ponerse gorda como antes en seguida. Creo que es la famosa gran serpiente de mar, de la que hablan tanto y a la que tanto temen los hombres. Antes no creía que existiere, pero ahora que la he visto con mis propios ojos sé que no es una fábula.

Y tras haber dicho esto, el perro marino se sumergió y desapareció.

—¡Qué acontecimiento, qué historia! —se decían entre ellos los pececillos.

—Habla bien ese perro marino, es muy instruido. Y, sin embargo, nosotros no deberíamos hablar bien de él, porque le gusta comernos. Ahora que sabemos la verdad, pongámonos a jugar alegremente como pececillos que somos.

—¡Cómo! —exclamó el más lindo de entre ellos (que, como recordaréis, era también el más curioso)—. ¿No queréis venir a ver si es verdad lo que ha dicho el perro de mar? ¿No queréis ver de cerca a la gran serpiente de mar que, según él ha dicho, hace temblar a los hombres, nuestros crueles enemigos?

Pero los otros no querían saber nada de eso. El pequeño entonces determinó acometer la aventura solo, y separándose de sus hermanos, descendió de nuevo hacia el fondo del océano. Cuando antes había recorrido el camino en sentido inverso, lo había hecho apretado entre sus hermanos y no había visto casi ninguno de los obstáculos del camino. Por ello esta vez quedó muy sorprendido al ver las maravillas raras que encierra el seno del mar.

Primeramente hubo de ponerse en seguida delante de un inmenso banco de arenques, los cuales llegaban a millones de las regiones polares. Luego encontró peces de todos los tamaños y de formas extrañas. También vio flotar medusas y otros animales raros, que eran medio plantas y medio peces. El fondo del mar estaba tapizado de una vegetación extraña en la que se agitaban millones de millones de conchas.

Y nuestro pececillo vio una cosa negra que tenía un aspecto muy singular; era el casco de un barco que se había ido a pique. Entró por una escotilla, pero retrocedió asustado. Yacía allí una mujer joven, la cual estrechaba a un niño contra su corazón; parecía dormir y tenía una sonrisa muy dulce en los labios. El lento movimiento de las olas la levantaba y parecía mecerla, mecer a ella y a su hijo. Era un espectáculo conmovedor, pero el pececillo se sentía algo inquieto y se alegró cuando hubo salido por la escotilla y se encontró nuevamente entre sus semejantes.

Le esperaba, empero, una tremenda sorpresa: en el momento de salir del barco se arrojó a las fauces de un ballenato, que era ya enorme para su edad.

—¡No me tragues! —dijo con voz suplicante—. Soy tan pequeñito que, para ti, no soy más que una miguita.

—¡Sea! —respondió el ballenato—. Pero dime qué vienes a hacer aquí, donde generalmente no se ven peces como tú.

Entonces el pececillo contó la historia de la inmensa anguila o serpiente de mar que había venido a sembrar el terror hasta entre los más valientes habitantes de los mares.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó el ballenato.

Y en el mismo instante aspiró una enorme masa de agua, se lanzó hacia la superficie del océano e hizo con ella una gran gavilla. Luego de haber respirado a su gusto, volvió con la misma celeridad y dijo:

—¡Oh! ¡Oh! Luego es eso que hace poco me ha pasado por encima del lomo y que yo he tomado por una cuerda muy larga. Me he rascado con ella el lomo, porque me picaba. Se me ocurre una idea. Iremos a ver ese animal, que, según lo que tú cuentas, debe de ser un anfibio como yo.

Y se fueron los dos al sitio donde estaba el monstruo. El pececillo nadaba a cierta distancia para no ser arrastrado por el remolino que hacía el ballenato al hendir el agua.

Encontraron a un tiburón y un espadarte, los cuales habían oído hablar también de la anguila que decían era tan larga y delgada; un poco más lejos se unió a ellos un lobo marino.

—Si, como decís vosotros, ese animal no es más gordo que un cable de barco, yo lo partiré en dos con mis dientes.

Y al mismo tiempo abrió la boca y enseñó sus seis hileras de terribles dientes.

—Yo dejo la marca de mis dientes en las áncoras de hierro —añadió—. Yendo conmigo nada tenéis que temer.

—¡Mirad: allá abajo está! —gritó el ballenato, que, por ser joven, era presuntuoso y creía ver más lejos que los otros—. ¡Ved cómo se enrosca, cómo hace y deshace sus anillos!

Pero no era la serpiente, sino una anguila de mar de la especie vulgar, aunque de una longitud excepcional. Se acercaron a ella y le dieron la noticia.

—¿Es más larga que yo? —preguntó la anguila—. ¿Vosotros creéis? Pues bien: iré con vosotros para cerciorarme. ¡Ay de ella si es verdad! ¡Yo no tolero ninguna rival!

Y vuelven a partir para proseguir el viaje. Al tercer día se tropezaron con un monstruo enorme que hubiera podido tomarse por una isla flotante. Era una ballena, la más vieja de todo el océano. Ocultaba su cabeza la espesura de plantas marinas; tenía el lomo cubierto de innumerables conchas y de una multitud de otros animales; a causa de ello su piel, naturalmente negra, parecía blanca y rosada.

—Ven con nosotros —le dijeron a gritos—. Vamos a exterminar a un intruso que quiere apoderarse del imperio del mar. Tú nos ayudarás con la experiencia que has adquirido durante los siglos que has vivido.

Y respondió el cetáceo: —Id solos. Soy una pobre vieja. Dejadme que busque remedios para los achaques de mi edad. Voy a reunir todas mis fuerzas para subir a la superficie del agua; sólo allí encuentro algún alivio. Entonces las queridas aves marinas vienen a posarse sobre mi lomo y se comen los asquerosos gusanos que tanto me hacen padecer. Trabajan con su pico con un ardor maravilloso, y cuando están hartas vienen otras. Un día hubo una que tan contenta estaba con el banquete que se daba que se le quedaron presas las patas en mi grasa y ya no se pudo separar de mí. No queda de ella más que el esqueleto. Lo podéis ver en mi lomo. Tú, espadarte, me podrías quitar esa colección de huesos con tu espada.

El espadarte, olvidando que era amigo de las ballenas, hizo el favor que le pedían: tanta lástima le dio la vieja. Luego volvieron a ponerse en camino.

Al décimo día llegaron al lugar donde estaba el cable trasatlántico; el cual, uniendo Europa con el nuevo mundo, se extendía por encima de las montañas, los precipicios y los bosques de corales, que forman el fondo oceánico. En el momento de acercarse al cable, les costó gran trabajo cruzar una violenta corriente submarina que, empujando el remolino, levantaba las olas a muchas leguas a la redonda.



—¡Aquí está el monstruo! —exclamaron todos a la vez.

El cable estaba casi cubierto de esponjas, pólipos, gorgonas; podían verlo un instante, según estaba más o menos agitada el agua, y luego desaparecía debajo de aquella confusión prodigiosa, en que se movían miríadas de crustáceos, pulpos, arañas, cangrejos horrorosos, asteroides y largos gusanos viscosos de forma repugnante. El cable estaba inmóvil, pero todas esas cosas lo atravesaban de parte a parte.

—No se mueve —dijo el ballenato—. ¿Es por miedo o porque medita una traición!

—Dejadme a mí —se decidió un pulpo—. Yo tengo los brazos muy largos y la puedo tocar.

El pulpo extendió sus largos y espantosos tentáculos y los enroscó varias veces en el cable.

—No tiene ninguna escama —añadió—, ni siquiera piel; es dura como la roca.

—Entonces le perdono que sea más larga que yo —dijo la anguila, que se había estirado al lado del cable para medirse—. Si no tiene piel ni flexibilidad, ya está bastante castigada.

—¿Quién eres tú? —preguntó el ballenato—. ¿Eres un pez o un anfibio? ¿Has venido a vivir al mar por casualidad?

El cable no respondió. Sin embargo habla; pero es siempre a centenares de leguas de distancia y en una lengua que no entiende ninguno de los que habitan en el fondo del océano.

—Si sigues callando, te vamos a hacer pedazos —dijo el tiburón, que es poco sufrido.

El cable siguió callado.

“Si me hacen pedazos —pensó—, me subirán para repararme, y esto pondrá un poco de variedad en mi existencia”.

Pero muy pronto no tuvo tiempo de prestar atención a aquel mundillo; telegrafiaba y volvía a telegrafiar noticias que iban a llevar la inquietud a los dos

hemisferios.

En aquel momento se ponía el sol en un mar de fuego; sus reflejos resplandecieron en el fondo del mar, donde se hallaba el grupo de peces. Aquella claridad infundió valor en los peces; los cuales, gritando “¡Ánimo!”, se arrojaron sobre el cable. Pero el lobo marino se les había adelantado, y ya iba a cerrar sus temibles mandíbulas para coger entre ellas el cable cuando el espadarte, en su precipitación, le clavó su espada en el trasero.

¡La que se armó entonces! Unos tomaron partido por el lobo y otros por el espadarte. Hubo lucha y ésta terminó siendo devorados los pequeños por los grandes y fuertes.

Había llegado la noche; en tierra estaba oscuro, pero las olas relucían por el efecto que producían los millones de millones de animáculos lucientes. La paz y la tranquilidad volvían a reinar en el fondo del océano y sus habitantes se preguntaban nuevamente qué podía ser aquel animal extraño que había caído de los cielos.

Llegó andando a paso lento una foca vieja, que tenía aire de sabia y creía serlo.

—Sólo yo puedo quitaros esa idea de la cabeza e informaros sobre lo que tanto os preocupa —dijo—. El océano no tiene secretos para mí, y yo sé todo lo que pasa fuera del agua. Este ser que ha descendido de lo alto, y que os espanta, ha nacido muerto y muerto seguirá, sin fuerza, sin vigor. No le tengáis miedo, pues no es sino una necia invención de los hombres.

El pececillo, que en medio de la batalla se había salvado gracias a su exigüidad, hizo alguna objeción con timidez; pero le impusieron silencio brutalmente, y la foca volvió a tomar la palabra. Y todos escuchaban con la boca abierta, admirados, la pasmosa ciencia del cuadrúpedo anfibio.

—Sí: no es más que una maquinación de nuestros encarnizados enemigos; los cuales no piensan en otra cosa sino en hallar nuevos medios para apoderarse de nosotros. No tienen bastante con las redes y los anzuelos. Y por eso han tendido esta inmensa cuerda: para coger a los incautos que vayan a morderla. Si queréis libraros de ese riesgo, no os acerquéis a ella. Y así verán los hombres que de nada les sirve su astucia.

Y todos los animales acuáticos se alejaron con desprecio, orgullosos de desafiar la maldad humana.

—No me quitarán la idea de que es la famosa y misteriosa gran serpiente de mar —dijo el pececillo.

No es eso enteramente, sin duda. Es más bien esa gran serpiente de Midgard anunciada por la mitología nórdica. Después de haber matado al malvado lobo del norte, se enroscará en el cuerpo entero del globo terráqueo y lo ahogará; su veneno es poderoso, y en un momento fatal causará la perdición del mundo. Pero después de este cataclismo veremos renacer una tierra nueva en que reinará una felicidad sin límites. Esto es lo que han predicho nuestros antiguos poetas escandinavos.

HANS ANDERSEN.

LA RUTA DE LA ESCLAVITUD

Henry de Monfreid, como Aloysius Horn, fue un traficante del mar. Hábil marino que durante veinticinco años estuvo cruzando el mar Rojo de una a otra parte, transportando viajeros, comprando y vendiendo perlas, e incluso haciendo contrabando bajo las barbas de los aduaneros, entre aquellos seis países que bordean ese mar tórrido, cuya vigilancia es tan difícil. Transcribimos aquí un relato de Monfreid vivido por él.

He aquí mi relato:

Ocurrió al regreso de uno de mis viajes, después de llevar treinta pasajeros a Kor Guleifa, al sur de Hodeidah.

La noche había sido tranquila, y pude dormir en mi camarote hasta que el olor del fuego de leños que el grumete encendía a popa me anunció que se aproximaba el día.

Una luz blanquecina entraba por el techo abierto. Era el alba. Chéhem, que estaba de guardia, asomó su cabeza por ese cuadro de cielo pálido.

—¿Abd-el-Hai? (Nombre árabe de Monfreid).

—¿Qué pasa?

Y subí al puente con esa mirada maquinal en tres tiempos: el velamen, el compás y el viento.

—Mira —me dijo Chéhem—. Parece una piragua.

A una media milla del barco se veía algo negro de forma alargada, que aparecía y desaparecía con el balanceo de las olas.

—Es una tabla —dije en voz alta.

—Es posible, pero lleva un hombre encima.

El día no estaba aún lo bastante claro para permitirme distinguir. Era preciso poner rumbo bajo para ver bien. Grité una orden:

—¡*I dorr!* (¡A virar!).

Los hombres de guardia surgieron de sus mantas, en las que dormían como paquetes informes. Aguardaron todos mientras largábamos amuras de estribor en la supuesta dirección del objeto. De pronto lo perdimos de vista, pues al virar con viento de popa nos habíamos alejado.

Nuestros ojos escrutaban las aguas... Por fin lo vimos de nuevo. Aquella cosa negra surgió del mar a tres cables de distancia, sobre una ola. Era un hombre agarrado a un trozo de madera. Parecía que se esforzaba por alzarse y atraer nuestra atención. Pero de pronto comprendí que aquello era un *sambuc* —pequeña embarcación del mar Rojo— hundido, del que sólo emergía la quilla. Y sobre él yacía un hombre, un negro, probablemente un somalí, echado sobre su vientre.

Hubimos de extremar la prudencia para llegar hasta aquel pesado objeto cuya masa, disimulada bajo el agua, constituía un serio peligro.

El hombre parecía agotado. Abdi y Salah se arrojaron al mar con un cable, cogieron al náufrago, desvanecido a causa de sus esfuerzos para atraer nuestra atención, y le ataron por debajo de los brazos. Nos costó bastante trabajo izarle a bordo, pues era una mole muy pesada. Parecía de edad, si bien lleno aún de vigor, y su tipo no recordaba ninguno de aquellos pueblos de la costa.

Le dimos a beber *kecher* —infusión de corteza de café— muy caliente y volvió en sí poco a poco. En sus piernas y en varias partes de su cuerpo había heridas recientes, y al curarlas con un poco de tintura de yodo observé que parecían mordiscos. Le pregunté. Me respondió que no sabía nada, que no se acordaba de nada. ¿Por qué había zozobrado su barco? Dudó antes de responder y por fin contó una confusa historia de velas derribadas por el viento. Nos dijo que llevaba dos días perdido en el mar. Aquello era muy extraño: el hombre tenía miedo y no quería hablar. Juzgamos más prudente dejarle en paz para que recobrarla confianza.

Se lanzó sobre la comida como un hombre hambriento y después se durmió con un sueño de plomo. Despertó al anochecer. Había recobrado de nuevo su vigor y se sentía más a sus anchas con nosotros. Después de cenar nos sentamos a popa. Era una de esas noches en que el mar parece dormir.

Y entonces empezó a hablar aquel hombre como si sintiera necesidad de librarse de aquellos recuerdos que parecían ahogarle.

Nos dijo que era abisinio, de raza galla, originario de una de las provincias lejanas que confinan con el país de los somalíes y de los ualanos. Se llamaba Gabré.

Fue contando su vida a trozos, sin cuidarse del orden cronológico, hablando primero de las cosas que más le habían herido. Y durante aquella noche cálida del mar Rojo escuchamos la triste odisea de un niño, después un hombre, por el largo camino de la esclavitud.

—Aún me parece contemplar la choza donde mi madre muele el grano sobre la piedra plana. Veo brillar el fuego de los leños que iluminan el vientre de las vacas, mientras se cuece la *buddena* —el pan de los gallas— sobre el gran plato de arcilla. Y la noche, cuando refresca el aire como si todo el calor de la tierra se fuera a las estrellas, y callan los grillos, entonces se oye en el silencio el rumiar de las pacíficas vacas. Nos cobija el techo de paja, de traviesas ahumadas, que conserva el tibio calor del establo, y las brasas relucen entre las cenizas del hogar. Es sólo una lucecita débil que parece velar, mientras llegan del exterior los rugidos de las bestias nocturnas y el niño se aprieta contra su madre en busca del sueño que le libre del miedo...

”Después de la estación de las lluvias mi padre decidió que le acompañara a Ankober, llevando nuestro asno cargado de dos *gherbas* —grandes cestos— de manteca. Era la cosecha del año, y con ella compraríamos telas de algodón para vestirnos. El viaje había de durar más de un mes, pero lo efectuaríamos con los de los pueblos vecinos, a fin de acampar en mayor número por las noches y poder defender

los asnos contra los leopardos. Partí alegre, pues no sabía que dejaba la *haja* —choza— para siempre.

”Caminamos durante mucho tiempo, atravesando montañas y ríos. Nuestro asno se había herido en la espalda y mi padre cargó con la mitad de su carga para aliviarlo. Estábamos en el país de Choa, sobre las altas mesetas de noches muy frías.

”Estábamos calentándonos al sol una mañana, antes de reemprender nuestro camino, cuando llegó una tropa de esclavos chancallas, cargados de toda la impedimenta de un gran jefe abisinio. Los esclavos de un abisinio, y sobre todo de un jefe, creen que todo les está permitido, y no hay quién se atreva a quejarse, puesto que se lo harían pagar bien caro. Como de costumbre, quisieron apoderarse de nuestros asnos para llevar sus fardos, pues los pueblos conquistados, como nosotros, están obligados a ceder si un jefe abisinio los necesita. Sin embargo, aquel jefe no era el de nuestra provincia y, por ello, legalmente no podía pedirnos nada. Pero ¿quién administra justicia a los débiles? Mi padre quiso negarle el asno. Cayeron sobre él los esclavos, pero mi padre se defendía bien, manteniendo en jaque a los chancallas con su cuchillo. Entonces acudieron corriendo los soldados abisinos y le vi caer a tierra con la cabeza rota de un garrotazo.

”Me cogieron y me obligaron a conducir nuestro pobre asno, sobrecargado de fardos. Hubiera podido huir, mas ¿adonde ir en aquel país desconocido, ahora que mi padre estaba muerto? Además aún tenía la esperanza de que al llegar a nuestro destino me devolvieran el asno.

”Sin embargo, el animal estaba moribundo al cabo de dos días de marcha. Lo dejaron al borde del camino para que las hienas lo devoraran durante la noche, ya que así acaban con las bestias que ya no tienen fuerzas para trabajar. Me hicieron llevar una parte de su carga y hube de seguir con los otros esclavos.

”No me maltrataban sin embargo, y como comía siempre cuanto quería me resigné a mi suerte. Después de muchos días de camino llegamos a la morada de mi nuevo señor, donde me acostumbé a una nueva vida que no difería mucho de la que llevaba en mi país natal.

”Pasaron los años, monótonos y pacíficos. Me convertí en un joven capaz de llevar una carga de madera. El amo, en cuya casa me había colocado la suerte, era un viejo abisinio cuyos hijos vivían conmigo como si todos fuéramos hermanos.

”Le servían doce esclavos chancallas y todos le eran fieles como perros. Las mujeres preparaban la *talla* —cerveza abisinia— y la *ingira* —torta de harina de mijo— e hilaban el algodón. Los hombres llevaban fusiles y escoltaban al amo cuando éste iba a recoger los diezmos de las tierras que trabajaban los gallas. Yo estaba tan bien tratado como si fuera un hijo de la casa y me sentía feliz. No sospechaba que los buenos tratos de que era objeto tenían por único fin hacer de mí un hermoso adolescente.

”Dejé mi nombre musulmán y me llamaron Gabré. Con todo, no me obligaron a abandonar la religión musulmana, pues los abisinos son tolerantes.

”Un día me llamó mi amo. Junto a él vi a un hombre que no era del país. En la puerta aguardaba su mula, con grandes sacos de cuero colgados a los lados de la silla, como si su dueño fuera un gran viajero. Mi amo me habló con dulzura en los siguientes términos:

”—He vendido un fusil a este hombre que es mi amigo, pero no tiene dinero para pagarme. Quiero que vayas con él, llevando siempre el fusil que me ha comprado. Cuando te entregue los cien táleros volverás a entregármelos. Mientras tanto, sírvele como si fuera tu amo.

”Partí, feliz por ver países nuevos. Hacíamos etapas muy largas, y yo tenía que correr constantemente para seguir a la mula, que era veloz. Pero cuando pasábamos por un pueblo mi amo compraba siempre *buddenas* calientes con leche cuajada y me daba cuantas yo apetecía. En tales condiciones no hay derecho a quejarse aunque se tenga que correr todo el día.

”Una noche dormimos en un poblado galla del país de los arrusis. El *guerard* —el jefe del poblado— parecía ser muy amigo de mi amo. Nos alojó en un gran *tucul* —choza de forma redonda— e hizo que nos sirvieran un cordero asado, que comimos en compañía de otra gente. Fue un gran festín.

”Cuando se retiraron todos regresó el *guerard* en compañía de un hombre que llevaba con él a un muchachito de siete u ocho años. Supuse que era su padre, pues le vi apartar a golpes a una mujer que quería entrar y a quien el pequeño llamó *ayo* —mamá—. Luego aquella mujer era la suya, ya que le pegaba.

”Los tres hombres empezaron a comer y el niño se durmió a mi lado. Entonces los oí discutir un precio y me pareció que el *guerard* hacía oficios de corredor. Oí tintinear los táleros que sacaba mi amo de su gran saco y después caí dormido, fatigado por la marcha de todo el día.

”Mucho antes del alba me despertó mi amo y partimos sin ruido. La noche estaba tan oscura que apenas veía las piedras del camino. A poca distancia del pueblo surgió una sombra ante nosotros. Era el hombre que vi la víspera. Conducía de la mano a su niño y se lo entregó a mi amo, que lo puso ante él, sobre la silla. Aterrorizado, el niño empezó a gritar: “¡Ayo, ayo!”; pero estábamos lejos de la casa y la madre no podía oír el grito de su pequeño. Aquel hombre desapareció y la mula emprendió de nuevo su trote seco y rápido en la negra noche. A la mañana siguiente el niño parecía haberse consolado. Seguimos corriendo sin encontrar otro poblado, puesto que ya no había más en aquel salvaje país que atravesábamos.

”Después de varios días de camino llegamos a una pequeña ciudad de casas cuadradas con techos planos, colgada, como un nido de águilas, en el pico de una montaña, y rodeada de escarpados cortados a pico. Subimos hasta allí por una especie de escalera cavada en la piedra.

”Los argobba son originarios de un país muy lejano, del norte de Abisinia, y sólo los viejos y los brujos conservan la lengua de sus antecesores. Han logrado introducirse tanto en el país galla por medio de pequeños clanes agrupados en

pueblos fortificados, como aquel que tenía ante mis ojos, siempre colocados en el pico de las colinas. Reúnen allí los esclavos y después los envían en caravanas hacia el mar, a través de los desiertos habitados por tribus amigas.

”Yo no sabía entonces todo eso e ingenuamente seguía esperando los cien táleros para llevárselos a mi amo abisinio. No me atrevía a pedir nada al hombre que me trajo hasta allí, ya que parecía ser el jefe de aquel pueblo y todo el mundo le besaba la mano llamándole *cheik* Ornar.

”Pocos días después de mi llegada, a la hora en que los hombres partían para ir a trabajar en el valle, me llevaron con el pequeño Yussuf —el chiquillo que recogimos aquella noche— a una casa aislada en un barrio en ruinas.

”A la mañana siguiente no vi al pequeño Yussuf y, cuando pregunté qué le había pasado, me aseguraron que estaba enfermo.

”A partir de aquel momento me trataron más duramente y me encargaron del penoso trabajo de recoger madera, junto con otros esclavos de diferentes razas, algunas desconocidas para mí, y siempre nos seguían hombres armados cuando salíamos del pueblo. Entonces comprendí que la historia del fusil y de los cien táleros fue una añagaza para llevárame lejos. Y me repetía la ambigua frase del viejo abisinio: “Volverás cuando te dé cien táleros”.

”¡Ah, bien seguro estaba de que nunca me los daría! Mi situación se me aparecía muy triste. ¡Yo era un esclavo, como aquellos chancallas de caras de bruto!

”Mis compañeros me dijeron que íbamos a partir a un país lejano, a la otra orilla de un río de agua salada, tan ancho que los pájaros de una orilla no podían anidar en la otra.

”Partimos, poco después, con una caravana dirigida por dankalíes, cruzando las verdes llanuras del Auacha, los pantanos del Aussa y las montañas escarpadas de Mabla. Por fin, extenuados de fatiga, llegamos a un poblado a orillas del mar, que yo veía por primera vez. Era Tadjurah.

”Acampamos durante varias semanas en un oasis de datileros, bajo un calor tórrido, bebiendo leche y comiendo carne y manteca para recobrar las fuerzas. Pero finalmente una noche nos llevaron a una pequeña playa aislada entre dos acantilados, donde aguardaban barquichuelos llenos de árabes de color claro.

”Después de dos días de travesía desembarcamos en tierra árabe, que sería ya para siempre nuestra nueva patria, y allí cada uno siguió su destino con su nuevo amo. A mí me compró un árabe, capitán de un gran *sambuc*, venido de Makalla. Llevaba cincuenta hombres de tripulación, todos ellos esclavos sudaneses, y allí aprendí el oficio de buceador y de marino.

”Transcurrieron veinte años desde aquel día en que dejé las tierras rojas y las praderas de mi país natal...

”Creí haberlo olvidado todo cuando llegaron a Dubab, donde se encontraba el navío de mi amo, unos hombres de mi raza. Y, por voluntad de Dios, ellos fueron la

causa de que tú me encontraras esta mañana, medio muerto sobre unas tablas. He aquí cómo sucedió:



”Nosotros esperábamos en Dubab un cargamento de cuero que venía del interior. Una mañana, estando el mar muy agitado, un barco de Djibuti vino a anclar junto a nosotros. Vi desembarcar a su *nacuda* —capitán— y a varios marineros, que se dirigieron hacia el río. Yo estaba solo a bordo con los grumetes, que preparaban el pan, pues el resto de nuestra tripulación había partido a tierra para recoger agua y madera. Vi venir hacia mí al amo del

barco dankalí con su grumete, que me pedía fuego. Se lo di envuelto en ceniza, y como vi que el niño era demasiado débil para resguardarlo del viento le acompañé. Al llegar al barco vi a diez nombres acostados en su fondo y de pronto reconocí la sangre de los de mi tribu.

”Cuando oí pronunciar las palabras de nuestra lengua los recuerdos de la infancia se alzaron en mi mente, como surge la llanura cuando la niebla es barrida por el viento. Las palabras se agolparon a mis labios y lloré de alegría al oírme hablar, como si viera revivir a un muerto. Pero ¿cómo podían estar allí aquellos hombres de mi raza, conducidos como esclavos, cuando es preciso cogerlos de niños para someterlos a servidumbre?

”Ellos me explicaron que en realidad no eran esclavos, sino que estaban de acuerdo con el dankalí para fingirlo así. Habían de dejarse vender y después se escaparían, en un momento dado, para volver a coger el mismo barco, en el cual regresarían a África. El *nacuda* que les hizo tan ingeniosa proposición les había prometido la mitad del precio que produjera su venta, pues los esclavos se venden allí públicamente para que el *imam* —jefe de la caravana— pueda cobrar el diez por ciento y se respeten los derechos del amo.

”El *nacuda* regresó en aquel momento con tres árabes más. Era ya muy viejo, pero le reconocí en seguida a pesar de sus blancos cabellos. Era el mismo que en otro tiempo sirvió de guía a la caravana que me llevó a la costa. Él no me reconoció, pues en aquella época yo sólo era un niño.

”En aquellas costas yo era muy conocido, ya que las frecuentaba desde hacía muchos años. Me invitaron a beber *kecher* con ellos, como si yo fuera un *nacuda* más. Siguiendo su conversación (puesto que nadie sospechaba de mí) comprendí en seguida que el viejo dankalí había engañado a los desgraciados gallas, haciéndoles creer que podría liberarlos después. Al parecer ellos habían venido en tren a Djibuti y después embarcaron con pretexto de ir en peregrinación a La Meca. Seguramente los tres árabes estaban en la combinación, pues hablaban de la trampa en que habían caído aquellos desgraciados. Quedaron de acuerdo en que los diez hombres

desembarcarían durante la noche, para no excitar la curiosidad y arriesgarse a que subieran los precios.

”Volví a bordo de mi navío con el corazón destrozado de tristeza no sólo por la suerte de aquellos hombres, ¡había visto tantos otros!, sino porque me sentía penetrado de súbita nostalgia, de un ardiente deseo de volver a ver los rebaños de bueyes que pacen en las grandes llanuras, junto a los blancos lagos adonde acuden las ocas salvajes...

”Tal vez los hombres, como los animales, en el momento que se sienten envejecer, escuchan la llamada misteriosa de la tierra que los vio nacer...

”Tan pronto se hizo de noche reuní todas mis cosas sin pérdida de tiempo y me fui con la piragua a bordo del barco donde estaban mis compatriotas. Los encontré en la popa, comiendo con los dos marineros dankalíes que quedaban a bordo.

”—¡*Bismilah!* —me dijeron—. ¡Come y bebe!

”Ocupé un lugar alrededor del plato de arroz. Terminada la cena me aseguré de que ninguno de los dankalíes de la tripulación conocía la lengua oromo y rápidamente expliqué a mis compatriotas la traición de que iban a ser víctimas. Había que obrar aprisa, pues una vez desembarcados estaban perdidos. Los dankalíes no llevaban armas y estaban indefensos. Cogerlos y atarlos fue cosa de juego. Corté también la amarra y, ayudado por los diez valientes, logré izar la vela mayor.

”En un instante nos hallamos en alta mar. Registré el barco por todos lados para ver si encontraba armas, pero no hallé nada. Los que habían ido a tierra se las habían llevado todas, ya que en la costa árabe es humillante pasearse sin llevar un fusil en bandolera. Entonces solté a los dos dankalíes, de los que no habíamos de temer nada.

”Indudablemente los demás habían notado ya nuestra partida y saldrían a darnos caza, pero eso importaba poco, ya que llevábamos bastante delantera para llegar los primeros a África. Sólo podían perseguirnos con el *sambuc* que yo dejé, puesto que no había otro en el puerto, y vi en seguida que nuestro barco era más rápido que aquél.

”Como los vientos venían del sudeste enfilé el barco para llegar rápidamente a la costa africana. Durante la noche refrescó la brisa de tal modo que al llegar la mañana podíamos mantener la tela, y casi zozobramos en dos ocasiones. Era preciso cambiar la vela mayor a toda costa. Como no podía contar con los desgraciados gallas, que se sentían enfermos, traté de recogerla con ayuda de los dos dankalíes; pero hubiéramos necesitado más brazos para aquella maniobra. De pronto cayó al mar la vela, recogida a medias, se hundió en las olas y rompió la entena. Desamparado, el casco empezó a girar furiosamente, cortando las olas. Hube de resignarme a dejar correr viento en popa. Al llegar el día vi algo que me llenó de horror: ¡por la parte de Arabia apareció el triángulo blanco de una vela! Reconocí a mi viejo *sambuc* por una banda de color castaño que habíamos añadido a la vela.

”Nos perseguían. De haber podido abatir el mástil tal vez hubiéramos pasado sin ser vistos, pero yo solo no podía hacer nada.

”El buque crecía a ojos vistas y el vigía oteaba desde el mástil. Nos habían visto. Nos cogerían en seguida. Había que resignarse a lo inevitable.

”Comprendí de pronto por el color del agua que la corriente, las olas y el viento nos llevaban sobre el arrecife de Sintyan. Tal vez pudiéramos pasar sin chocar con las rocas gracias a nuestro débil casco, logrando poner una respetable distancia entre nosotros y el *sambuc*, pues éste no podría acercarse a un arrecife sin destrozarse.

”Pero, ¡ay!, la punta de una roca, sumergida en aguas profundas, deshizo mi débil esperanza. Chocó nuestro barco y con el golpe se abrió en dos, quedando preso de las rocas. En unos minutos llegó el *sambuc* a menos de tres cables de nosotros, se detuvo y envió dos piraguas a recogernos.

”Sólo faltaba uno de los gallas, que se había ahogado. Los dos marineros dankalíes contaron lo sucedido y el papel que yo había desempeñado en todo ello. Nos ataron las manos a la espalda y nos lanzaron al fondo de su embarcación. Había perdido la voluntad y no podía pensar, agotada toda mi energía en aquella loca empresa que iba a pagar bien cara.

”El barco se doblaba con la fuerza del viento. A veces lograba ver el horizonte y me asía a la insensata esperanza de que llegara un guardacostas.

”El navío conservó durante el día una buena marcha para recuperar con el viento el tiempo perdido en nuestra persecución.

”Llegó la noche. Calculé que al día siguiente llegaríamos a Dubab. Pensé en los atroces suplicios infligidos a los esclavos que incurren en faltas graves. ¡Y la mía era un crimen sin precedentes!

”Quise arrojarme al mar, al favor de la noche. ¡Con los brazos atados me ahogaría en un instante! Mientras trataba de habituarme a esta idea, para tener el valor de terminar con mi vida, vi aparecer en el horizonte un blanco resplandor. Venía un buque hacia nosotros. En medio del mar Rojo, donde los cargos se suceden sin interrupción, aquello no tenía nada de extraño, pero ya estábamos muy cerca de la costa de Arabia para cortar la ruta de los vapores...

”Bruscamente me cegó una viva luz y nuestra vela, iluminada de pleno, pareció encenderse. Aquel brazo de fuego que barría cielo y mar se alejó después y caímos en la sombra. Era un patrullero italiano de la base de Assab. No nos había visto puesto que el proyector no se había detenido sobre nosotros, si bien se aproximaba rápidamente y, si caíamos otra vez bajo su luz, nos vería sin duda.

”El *nacuda* y la tripulación estaban aterrorizados. Recogieron en seguida la vela para hacernos menos visibles. Por mi parte pensé que nuestro casco, pintado de blanco, reflejaría a maravilla el brillo del reflector, y aun tuve esperanzas de salvación. Por segunda vez lanzó el reflector sus rayos, que cayeron sobre nosotros y se detuvieron allí unos segundos. La tripulación se lanzó de bruces sobre el puente. El pincel luminoso, abandonándonos de nuevo, iluminó el mar en otras direcciones. Después volvió sobre nosotros y esta vez se quedó allí fijo, envolviéndonos en su blanca luz. Nos habían visto. Febrilmente extendieron entonces sobre nuestras

cabezas una vela muy pesada, dura como el cuero, y la fijaron completamente sobre la borda con sólidas cuerdas.

”Me eché a temblar, pues súbitamente comprendía lo que iba a pasar. Querían hundirnos con el navío para hacer desaparecer el cuerpo del deliro: nuestra presencia en la embarcación indígena hubiera implicado la condena a galeras para su capitán y la tripulación. Nos sacrificaban con aquélla para escapar a la severidad de la ley. Mis compañeros no podían entender nada. Pedí al que tenía a mi lado que limara con sus dientes la cuerda que me ataba las manos. ¿Llegaría a tiempo?

”Oí arrojar las piraguas al mar y después partieron el casco con golpes sordos. El agua nos llegó en seguida a las rodillas, batiendo con siniestros golpetazos el fondo de la oscura bodega.

”No podíamos mantenernos derechos a causa de la tela extendida sobre nuestras cabezas. El agua seguía subiendo. Los hombres gritaban, caían y se ahogaban unos a otros. Naturalmente el que empezó a roer mis ligaduras ya no pensaba ahora más que en él mismo.

”De pronto sentí que el buque se inclinaba. Recordé mis costumbres de buceador y me llené el pecho de aire. De repente las negras aguas cortaron el clamor de agonía de todos aquellos desgraciados... Bajo el desesperado esfuerzo de mi lucha contra la asfixia, mis ligaduras, mojadas e indudablemente medio partidas por los dientes de mi camarada, se rompieron. Chocó mi cabeza contra el casco vuelto y me hallé prisionero en una bolsa de aire.

“En torno mío los agonizantes se me agarraban mordiendo como bestias salvajes. Tuve que estrangular a uno, pues quería para él solo la bolsa de aire que me permitía seguir viviendo. No podía intentar una salida a causa de todos aquellos cuerpos convulsos que no querían morir y que se aferraban a mí, libres ya la mayor parte de sus ligaduras, que resbalaron en el agua. La muerte fue poco a poco devolviéndoles la calma. Entre aquellos cuerpos ya inertes y flácidos, que flotaban entre dos aguas, busqué en vano el modo de salir de la vela.

”De pronto sentí apartarse los cadáveres que se apretaban contra mí y los arrojé a patadas hacia el fondo. Acababa de abrirse nuestra prisión. El mástil, arrancado de su base, desgarró la tela en su empuje al volver a la superficie. Me zambullí y salí al aire libre, junto al casco del *sambuc* hundido, del que sólo emergía la quilla.

”A lo lejos vi los fuegos del guardacostas que debió perseguir y coger a las piraguas. Ya no se había vuelto a ocupar del navío, creyéndolo hundido. Sentí renacer mi esperanza cuando comprobé que los rayos del reflector cortaban de nuevo la noche. Su luz cegadora me cubrió dos veces, pero mi negro cuerpo era algo tan pequeño a una distancia tan grande que no me vieron. El vapor tomó de nuevo su ruta y desaparecieron sus luces en la noche.

”Pasaron dos días. Ya iba a dejarme morir cuando Dios quiso ponerme en tu camino...

HENRY DE MONFREID.

SOLO A TRAVÉS DEL ATLÁNTICO

Alain Gerbault, nacido en 1893, brillante aviador de la Primera Guerra Mundial y completo deportista, intentó dar solo la vuelca al mundo a bordo de un pequeño velero de once metros, el *Firecrest*. Consiguió su intento y fue saludado por la admiración mundial. Poco antes de la última guerra partió de nuevo lleno de nostalgia hacia las islas de Oceanía y allí murió en 1944. Ahora estamos al comienzo de su primer viaje, cuando se dirige hacia Nueva York en 1923...

El 9 de agosto —sesenta y cuatro días desde Gibraltar— se hallaba el *Firecrest* a unas quinientas millas al este de las islas Bermudas y, aproximadamente, a unas mil doscientas de Nueva York, mi puerto de destino. A juzgar por mi experiencia, sólo necesitaría un mes para terminar el viaje. Pero sabía que el pasado no es siempre una indicación segura del porvenir.

Presentía que había de encontrar fuertes tempestades del oeste entre mi actual posición y la costa americana, y esta previsión quedó plenamente justificada por los acontecimientos. En realidad desde ese día tuve clara conciencia de lo que iba a pasar.

Hubo tormenta y mar gruesa toda la noche. El viento soplaba del oeste y muy fuerte. Y deseaba pasar al sur de las islas Bermudas para hallar el Gulf Stream y ascender hacia Nueva York aprovechando su corriente. Así que volví el *Firecrest* hacia el sudeste.

Durante la tarde dejé el navío prácticamente a la capa, mientras reparaba los desgarrones de la vela mayor. Después de comer, y cuando me disponía a izarla de nuevo, alcanzó el viento la fuerza de una tempestad.

Las olas eran altas y caían a bordo. El puente estaba constantemente hundido en el agua, y el estrecho cúter se doblaba bajo la fuerza del viento y se hundía en el mar, enterrando el puente. La inclinación era enorme, y tenía que poner gran cuidado al desplazarme. Un resbalón y hubiera ido por la borda, mientras el navío, sin amo, se alejaría dejándome para pasto de tiburones y doradas.

El puente estaba tan barrido por las olas que había de conservar cerradas todas las claraboyas y ojos de buey. Hacía calor en las cámaras. Guisar en tales condiciones era una tarea extremadamente difícil.

Me podía sostener entre el calentador, a estribor, y los barriles de agua al otro lado, pero si dejaba una taza o un plato, en un momento de descuido, rodaban inmediatamente por tierra hasta el lado opuesto. El calentador tenía la mala costumbre de volcarme el agua hirviendo sobre mis piernas y pies desnudos, y había de mantener una atención constante mientras el navío saltaba sobre las olas.

Aquel día cortó la ruta del navío una enorme ballena desplazando enormes montañas de agua. El monstruo marchaba en línea recta, a una velocidad de más de diez nudos. Sin duda iba perseguida por narvales, sus enemigos naturales, y se preocupaba poco de los obstáculos que podía encontrar en su camino.

La tempestad continuó toda la noche. Había cambiado de rumbo, dirigiéndome hacia el nornoroeste; dispuse las velas de modo que el *Firecrest* continuara su ruta, y me eché a dormir. Dormí en una litera que parecía saltar debajo de mí. Estaba en pie a las cuatro de la mañana siguiente, justo a tiempo de recoger la vela mayor antes del ataque de un vendaval que levantaba torbellinos de espuma en la superficie del mar, y que seguramente hubiera desgarrado toda mi tela.

Hacía un tiempo verdaderamente asqueroso. Aquel viento maligno empujaba y levantaba ante él olas enormes de espumeantes crestas. Cuando el navío se hundía en medio de ellas, envolvían la proa bajo un torbellino de espuma que volaba sobre las velas y corría a lo largo del puente para caer por la popa.

Una masa de negras nubes ocultaba el cielo de un extremo a otro del horizonte, y, a más baja altura, se amontonaban nubes de tormenta que lanzaban la lluvia sobre mi rostro, hiriéndolo con ritmo lacerante. Estaba mojado, saturado de agua de mar, lavado alternativamente por la espuma y la lluvia, pero hacía calor y me quité las ropas, pues me hubieran sido de poca utilidad en tales circunstancias. Así me secaba más aprisa.

Nunca me quejé del mal tiempo, pues esa clase de tiempo es la que hay que esperar, la que pone a prueba la habilidad y resistencia del marino y la fuerza de su navío. Lejos de impresionarme la majestad del furioso océano, me emocionaba la proximidad del combate. ¡Era un notable adversario! Feliz en medio de la tempestad, empecé a cantar todas las canciones marineras que recordaba.

El *Firecrest* se hundía en la espuma como si quisiese convertirse en submarino, y se doblaba pesadamente bajo los embates del viento. La tempestad silbaba precisamente en la dirección que yo deseaba seguir, y el cúter había de combatir por cada metro que ganaba. Realmente no se portaba mal con aquel tiempo terrible. Pero el bauprés quedaba completamente enterrado en el mar, y cuando salía del agua podía sentir un estremecimiento general en el barco que sacudía el mástil, las velas, el cúter entero. Mi confianza en los obenques del bauprés era débil: si uno de ellos cedía, podía perderlo.

Las olas eran tan altas que no me permitían observar nada. Cuando se entreabría por breves momentos la pantalla de nubes y aparecía el sol, tenía que esperar hasta hallarme en la cima de una ola antes de divisar el horizonte.

Arreciaba la tempestad. Descendí bajo el puente y descubrí que el *Firecrest* llevaba una gran cantidad de agua. Las cubiertas de las claraboyas estaban tan apretadas como era posible, pero de vez en cuando entraba un poco de agua, y allá abajo todo estaba saturado de agua de mar.

A mediodía la tempestad se volvió hacia el sudoeste, pero no disminuyó en absoluto. A las siete, en el momento que iba a tomar un rizo en el trinquete, la vela se desgarró de arriba abajo. Era difícil trabajar sobre el puente barrido por las olas, pero conseguí recoger la vela y girar el arbotante para reducir la superficie de mi vela mayor. Fatigado y mojado como estaba no pude (descansar, sino que tuve que trabajar gran parte de la noche para recoser la vela desgarrada, mientras seguía la tormenta.

A la mañana siguiente amainó la tempestad, pero seguimos con mar gruesa. Durante las siguientes veinticuatro horas el tiempo fue más tranquilo, y lo aproveché para reparar todas mis velas.

El lunes 13 de agosto mis observaciones probaron que había cubierto unas cuarenta y cinco millas en veinticuatro horas. No podía adelantar hacia el oeste con aquella tempestad que me empujaba hacia el norte de las Bermudas, pues cortaría la corriente del Gulf Stream demasiado al este.

El lunes por la tarde el *Firecrest* cabeceó violentamente metido en una nueva tempestad y en un mar agitadísimo. Hundía constantemente el bauprés en las olas, y el choque que recibía el mástil era muy grande. En ese momento me convencí de que un bauprés largo y el asta de la vela mayor son una fuente de molestias para un navegante solitario... Tomé la decisión de modificar mi equipo cuando llegara a Nueva York, reemplazándolo por un velero triangular Marconi, equilibrado por un bauprés más corto.

Las furiosas olas golpearon el casco toda la noche. A la mañana siguiente todo nadaba en el puesto de la tripulación. El *Firecrest* se hundía en una mar gruesa y trataba de abrirse camino contra una tempestad del oeste. El barómetro bajaba, indicando que aún no había llegado lo peor de la tormenta. Arreció ésta a la mañana siguiente, y hacia las once su fuerza era extraordinaria. Abajo todo estaba en extremo desorden. Era muy difícil hacerse el almuerzo. Intentaba cocer un poco de arroz, cuando cayó una ola sobre el buque, y recibí el agua hirviendo en mis rodillas. Subí al puente y descubrí que la ola se había llevado el techo de mi almacén de velas, a popa.

Vi unos agujeros que se abrían en la vela mayor y en la de trinquete y tuve que recogerlas. Entonces puse a prueba mi ancla flotante y dejé el navío a la deriva en medio de la tempestad, pero vi que la diferencia era poca, y que era completamente innecesaria esta precaución.

Tuve que cubrir con velas viejas el almacén de velas para impedir que el agua penetrara allí. Mientras intentaba hacerme la cena aquella noche, se rompió la bomba del calentador que manda el petróleo a presión a través de un pequeño agujero, y tuve que abandonar la cocina. Aunque estaba muy fatigado, pasé una parte de la noche reparando la vela de trinquete.

Las nubes de tormenta desaparecieron a la mañana siguiente, 15 de agosto, y la fuerza del viento disminuyó un poco. Toda la noche estuvo el *Firecrest* amarrado al

ancla flotante. Justo antes de mediodía la subí a bordo, icé las velas y a mediodía emprendí de nuevo la ruta hacia el noroeste.

Ésta fue la última vez que empleé el ancla flotante, pues la encontré de poca utilidad. Veinte minutos después cayó sobre, el barco un golpe de viento que desgarró en jirones la vela de trinquete, la que yo había estado reparando toda la noche, durante diez largas horas. El viento la partió en un instante. Aún tuve valor de sonreír al pensar en las pocas horas que hacía había pasado remendando aquellos trozos.

En aquel momento llevaba treinta horas sin dormir. El *Firecrest* se cuidó solo y me acosté durante dos horas. Al día siguiente la tempestad había amainado y lo puse todo en orden, echando por la borda las cosas inútiles. Eso me causa siempre un verdadero placer, y el poder tirar todo lo que ya no se quiere es una de las grandes alegrías del mar.

Las doradas seguían aún al *Firecrest*, pero se habían vuelto tímidas y no se atrevían a llegar al alcance de mi arpón. Sin embargo, al día siguiente cogí una que tenía casi un metro de largo. Sonreí al pensar en mi superioridad actual, aunque quizás un día se tomarían su desquite los voraces peces, justa recompensa a la incansable y paciente persecución de que me hacían, objeto.



El 18 de agosto la tempestad volvió con más fuerza. Las velas se desgarraron otra vez y las partes del navío se abrieron con el esfuerzo. La bomba estaba estropeada, las olas eran muy fuertes y muy altas, y por la noche me encontraba empapado, helado y extenuado de fatiga. Tomé quinina para prevenir un resfriado. Había estado corto de agua durante un mes, pero ahora tenía tanta que no podía mantenerla fuera del navío, ya que era imposible impedir que la lluvia y la espuma del mar se abrieran paso a través de las telas que cerraban el almacén de velas.

El suelo de la cámara estaba lleno de agua, y cuando el *Firecrest* se inclinaba de borda, saltaba hasta los cajones y las literas, mojándolo y ensuciándolo todo.

En el exterior soplaba un verdadero huracán. El cielo estaba completamente oscurecido, con nubes negras tan bajas y espesas que el día parecía noche. Arreglé la vela mayor de modo que ofreciera muy poca tela al viento. Las olas eran tan altas que el navío batía de pleno, y tan pesadamente que parecía que quería lanzar el mástil a lo lejos. La lluvia caía a torrentes, lacerante, impulsada por la fuerza de la tormenta, cegándome casi. Apenas podía abrir los ojos, y cuando lo hacía casi no veía de un extremo a otro del navío. Llevaba demasiados días expuesto a la lluvia y la espuma. La piel de mis manos se hizo tan blanda que sufría terriblemente cuando había de tirar de las cuerdas.

Ni las tempestades que desgarraban mis velas, ni el agua que entraba en la camareta, ni la lluvia de espuma que me azotaba constantemente, podían amenguar

mi amor por el mar. Un marino que atraviesa solo el océano ha de esperar duros momentos. Los antiguos marineros que doblaban el cabo de Hornos tenían que combatir constantemente por su existencia y pasaban más frío que yo.

Sabía que era muy posible que el *Firecrest* y yo encontráramos un día una tempestad demasiado fuerte que nos mandaría a los dos al fondo, pero ese fin espera toda la gente del mar. Y, de todas formas, ¿hay acaso una muerte más bella para un marino?

ALAIN GERBAULT.

EL TESORO DE LA “SANTA CRUZ”

Han transcurrido tres siglos desde William Phips, pero la leyenda de los tesoros submarinos sigue latiendo en el corazón del aventurero. Los medios de sumergirse se han perfeccionado más y más, y el hombre dispone ahora de la mecánica aliada a la electricidad: el robot: una masa de toneladas en forma de ampolla, desde cuyo interior el hombre maneja dos pinzas, parecidas a las del bogavante, con tal precisión que pueden cortar los cables más gruesos o coger delicadamente una pieza de plata. Rieseberg, antiguo oficial de la marina norteamericana, se especializó en la recuperación de tesoros submarinos utilizando esa extraordinaria escafandra. Pero, a pesar de su sólida armadura, el robot es un frágil instrumento cuando se encuentra en el fondo del mar, frente a enemigos notables..., fieles guardianes de las riquezas submarinas.

Un día, después de comer, estábamos sentados en el puente de mi barco mis dos asociados, Loesche y Georges Keenan, y yo. Hablábamos de unas cosas y otras. Por fin me levanté.

—Yo voto por la *Santa Cruz*.

Fui al camarote, tomé un sobre y saqué de él la traducción de un manuscrito español descubierto por mí.

“A la distancia de una legua al norte de la punta Santa Elena yace la fragata hundida *Santa Cruz*, que se dirigía hacia su país con un cargamento de oro, plata y otros objetos de valor. Las rocas se presentan a la vista, en estos parajes, altas y negras, y al noreste se eleva un alto peñasco del que parte, en la misma dirección del viento, un banco sumergido que cubre una media milla. En ese sitio, y sobre esas rocas, se perdió, después de haber sido abordado y saqueado, el navío antes mencionado, que había recibido la orden de dejar esas aguas para venir en ayuda del soberano inglés, el rey Carlos I de Inglaterra”.

Los restos de la *Santa Cruz* se encuentran en la bahía de Manta, en la costa peruana. Había comprobado este relato en fuentes auténticas, y estaba también seguro de la posición de los restos.

—Hay algo que creo mejor decir de antemano —añadí—. Pesa una maldición sobre la *Santa Cruz*.

Georges preguntó desdeñosamente:

—¿Acaso imaginas que puedo creer en semejantes tonterías?

Guiñé un ojo a Loesche.

—Bueno, Georges: no se puede negar que hay algo extraño alrededor de esos restos. Tres o cuatro expediciones partieron en su búsqueda, y cuatro o cinco

buceadores, en el curso de sus viajes, murieron. Otras dos expediciones más salieron, pero la estación estaba ya muy avanzada y fueron sorprendidas por las tempestades, pereciendo todos.

Georges se burló entonces de mí, pero le di a conocer los detalles hallados en los antiguos documentos que se refieren a la maldición de la bahía de Manta. Observé que Georges comenzaba a mostrar un aspecto curioso. Dos días después partimos.

Tras una agradable travesía llegamos a vista de Panamá, e hicimos allí escala para embarcar otro buceador. Me fui a ver a “Spik” Gómez, un español que había participado en numerosas operaciones de salvamento y que era, a la vez, un experimentado nadador y un buen fotógrafo. No es una combinación fácil de encontrar, así que firmamos un contrato.

Después de haber atravesado el canal de Panamá pusimos rumbo a lo largo de la costa de América del Sur, hacia la bahía de Manta, donde yacían los restos de la *Santa Cruz* con unos trece millones de dólares en piezas y lingotes de oro.

Ésta era su historia:

Fue elegida la *Santa Cruz* para llevar el cargamento a Panamá, desde donde lo transportarían, a lomos de mula, a través del istmo, para cargarlo después a bordo de un navío que atravesara el Atlántico.

Embarcaron treinta millones de piezas de plata y una considerable fortuna en lingotes de oro. No temían a los piratas, pues el barco llevaba setenta cañones.

Alegremente empavesada, salió la fragata del puerto el 16 de diciembre de 1680 por la mañana. Apenas iniciada la travesía un barco ágil y rápido, que se había disimulado detrás de un promontorio, se lanzó en su persecución. En la punta del gran mástil, dominando desde lo alto las blancas nubes de tela que se hinchaban con la brisa, flotaba el inconfundible pabellón de los filibusteros. El grito de “¡Los piratas!” se elevó sobre la *Santa Cruz*, y hombres y mujeres, aterrorizados, se apresuraron a buscar refugio.

El comandante multiplicaba las órdenes a su tripulación. Era un hombre prudente. Decidió huir. Al norte estaba Panamá, y allí podía refugiarse. El navío agresor había cortado la retirada a babor. Quizá la *Santa Cruz* lograra derrotar al pirata en su carrera.

—¡Cargad todas las velas! —ordenó el comandante.

La tripulación se lanzó con ahínco al trabajo. Largaron hasta el último trozo de tela. Los hombres se lanzaron a las velas y la fragata saltó hacia adelante, sobre el mar azul. El comandante dejó la barra.

—¡Padre!

Apareció un sacerdote vestido de negra sotana.

Sí, mi comandante.

Ocúpese de las mujeres, padre. Recójalas en algún sitio, y póngalas en seguridad.

El sacerdote recorrió el puente de un extremo a otro, reunió a las mujeres y las colocó en lugar retirado, tras el pavés de popa.

Continuó la caza durante varias horas, pero claramente se veía que el pesado navío español no podía rivalizar con su perseguidor. El pirata del casco negro se aproximaba indefectiblemente.

El comandante paseaba por el puente mordiéndose los labios, presa de una violenta crisis de miedo e indecisión. Los hombres estaban en sus puestos, preparados a combatir, pero la mirada del comandante del navío fue a caer sobre las mujeres agrupadas a popa. Su esposa y su hija estaban entre ellas. Si empezaba la lucha, sería inevitable que algunas murieran o recibieran heridas. ¿Quedarían satisfechos los piratas si los españoles se rendían y abandonaban el oro, y dejarían partir el navío con su tripulación? Era dolorosa la pérdida del tesoro, pero siempre podrían extraer más de las ricas minas de Potosí.

El comandante tomó una decisión.

—¡Arriad bandera! —gritó.

Sorprendida la tripulación se volvió para mirarle. Después un joven español, con los pies desnudos, partió las cuerdas, y el pabellón vino a caer girando sobre el puente.

El comandante se aproximó al hombre de la barra y mandó que la fragata quedara al paio. Estruendosas aclamaciones estallaron a bordo del navío pirata, y unos minutos después llegaban los filibusteros y saltaban por la borda.

Su jefe pasó a la *Santa Cruz*, y el comandante avanzó a su encuentro, ofreciendo cederles todo el oro y plata, y pidiéndoles a cambio la libertad para el navío. La única respuesta fue una carcajada ronca y despectiva, y una puñalada le atravesó el vientre. El infortunado español cayó y se oyó esta orden:

—¡Echadle por la borda!

A continuación los piratas alinearon a los miembros de la tripulación y les ofrecieron unirse a ellos. Algunos aceptaron. Los otros fueron a reunirse con el comandante.

Mientras unos bandidos descendían a la bodega para tomar posesión del rico cargamento, otros se dirigieron hacia la popa, donde el reverendo los esperaba a pie firme, ante las llorosas mujeres que le habían sido confiadas. El jefe de los piratas avanzó hasta él a grandes pasos.

El sacerdote se mantuvo firme como un verdadero soldado de la cruz. A aquellos miserables sanguinarios les repugnaba la idea de poner la mano sobre un sacerdote revestido del atuendo eclesiástico.

El jefe ordenó a sus hombres que avanzaran. El reverendo los detuvo con el crucifijo en alto.

—¡Deteneos, sanguinarios piratas! ¿Qué buscáis aquí?

—¡Las doncellas, padre! —gritó el jefe—. ¡Estas gentiles doncellas que se esconden tras su sotana, padre! ¡Apártese! ¡De lo contrario tenga cuidado!

Y entonces —relata el viejo manuscrito— fue lanzada la famosa maldición sobre la *Santa Cruz* y su precioso cargamento. El sacerdote plantó cara a los filibusteros, con toda la autoridad de su ministerio.

—¡Sanguinarios piratas! ¡Por la sangre habéis logrado ese tesoro que tanto apreciáis, y por mi sangre tendréis a esas pobres mujeres indefensas! Pero, por toda la sangre que habéis vertido y que verteréis, lanzo esta maldición sobre vosotros. ¡Descansad eternamente con este tesoro de oro y plata en esta vida y en la otra! ¡Qué su peso caiga para siempre sobre vuestras almas!

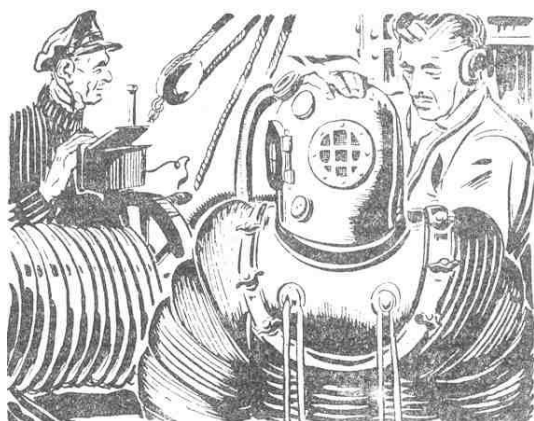
Los piratas, exasperados, se lanzaron hacia adelante. El valiente sacerdote cayó bajo sus golpes, y ellos saltaron sobre su indefensa presa.

El viento refrescó. En medio de la general orgía nadie se cuidaba de vigilar en la barra. La *Santa Cruz* derivaba hacia la orilla. De pronto, con un terrible crujido, vino a dar contra las crestas sumergidas de un arrecife de coral. Después del choque tembló, se inclinó, vaciló un instante sobre su casco y se hundió en el fondo.

La noche había caído cuando entramos en la bahía de Manta, y arrojamos allí el ancla. A la mañana siguiente reconocimos los parajes donde había zozobrado la *Santa Cruz* muchos años atrás.

La tripulación estaba atenta, cada hombre ocupaba el puesto que se le había señalado. Keenan me ayudó a prepararme para la inmersión, mientras el electricista comprobaba los instrumentos colocados en el interior del robot.

Loesche asumió la dirección de las operaciones, mientras dos marineros soltaban de sus soportes la campana de observación. A la puerta del cuarto de máquinas el mecánico, con el rostro manchado de aceite y grasa, esperaba órdenes.



Me puse un grueso jersey, calcetines de lana y mocasines, pues el agua debía estar fría a tanta profundidad. Loesche hizo sacar el robot de su soporte, y yo hice una señal al mecánico. Gruñeron los elevadores, giraron los tambores y el robot fue subido hasta el puente, girando lentamente a derecha e izquierda sobre el cable tendido que lo sostenía.

Me deslicé al interior, a través de la abertura de dieciocho pulgadas. Keenan cerró la tapa hermética, la aherrojó y la sujetó con los pernos. Aseguré mi equilibrio en el momento que los motores giraron de nuevo haciendo temblar el robot.

Se levantó el mástil de carga. Sentí que el aparato empezaba a dar vueltas bajo el cable de suspensión, mientras lo levantaban y lanzaban fuera del navío. Después comenzó el descenso y me sumergí bajo las aguas.

¡Qué diferente era esto de una inmersión en traje de buzo! Oí por teléfono la voz de Loesche:

—¡Cable! ¡Dejadlo correr!

A través de las aberturas podía contemplarse el agua, verde y clara, que se deslizaba ante mis ojos. Gradualmente se debilitó la luz, y el agua se hizo más sombría. Mientras el robot se hundía poco a poco, corrientes inesperadas y profundas mareas silbaban en torno suyo.

El electricista me preguntó por teléfono que qué veía.

—¿A qué profundidad estoy? —pregunté.

—¡Veinticinco brazas!

En este preciso momento sentí que el robot tocaba suavemente el fondo. Después se inmovilizó.

Encendí los poderosos faros y miré a través de uno de los ojos, siempre abiertos, de la máquina. La luz atravesó el agua sombría y se expandió, permitiendo distinguir las profundidades submarinas, de inigualable belleza.

Miré sucesivamente por las distintas aberturas del robot. Debí lanzar una involuntaria exclamación, pues me llegó la voz sobreexcitada del electricista.

—¿Qué pasa, Harry?

No puedo decirlo con seguridad. Veo algo delante de mí. Es negro, con una cubierta aplastada. Tal vez no sea más que una roca. Adelántame un poco.

El voluminoso robot avanzó zigzagueando mientras en la superficie hacían girar el mástil y largaban cable. La voz del electricista preguntó por teléfono.

—¿Así va mejor? ¿Ya lo tienes cerca?

—No del todo —respondí—. Adelántame un poco más.

Me mantuve firme en el interior, mientras se movía el robot, y vi a través de las aberturas que algo se aproximaba. A la luz de los faros comenzaron a surgir las formas del objeto, y distinguí familiares contornos. Después lo vi claramente y sin error posible.

—¡Son los restos! —grité por teléfono, advirtiendo la excitación que latía en mi voz.

Ya estaba muy cerca de ellos.

—¡Y parece ser un verdadero barco de otros tiempos! —añadí.

Acercándome más y más, vi que la enorme masa estaba cogida entre las vegetaciones marinas y medio enterrada en la arena y las rocas. A la luz de los faros, aquello fue adquiriendo gradualmente una forma definida. Era macizo, sólido y de aspecto antiguo: un navío como los que yo había visto de la época, todo el maderaje podrido y roto, se mantenía unido todavía, dejando ver el elevado castillo de popa y la proa alta y majestuosa.

—¡Alto! —grité—. No avancéis más. Podría partir los restos. En este punto forman ángulo, y la corriente me aleja del barco.

Me dispuse a manejar los brazos del robot, provistos de garfios de acero. Tomé los mandos y comencé a hurgar en los restos. El barco se deshacía con la acción de los poderosos e investigadores garfios.

Los primeros objetos que encontré fueron un par de cañones artísticamente trabajados e incrustados de conchas. De sus características se desprendía claramente que aquello era la *Santa Cruz* o algún otro galeón español de la misma época. Registré su interior.

Con las pinzas de acero rompí gran cantidad de moluscos y corales recubiertos de algas y aparté las podridas piezas de carcomido maderaje. El robot avanzó poco a poco a través del destrozado puente.

Recorriendo a fondo el casco vi que su mayor parte estaba recubierta de arena y metida entre altas rocas.

Decidí que lo mejor para penetrar en pleno corazón del navío naufragado y desprenderlo de allí era hacerlo saltar con dinamita.

Lancé una última ojeada a los restos, y pedí por teléfono que me subieran. El robot regresó a la superficie.

A la mañana siguiente el tiempo era límpido, azul y oro, Nos levantamos temprano. Mientras salía el sol por encima de los desnudos promontorios, y la goleta se dejaba mecer por el lento y dulce balanceo del oleaje, comprobamos cuidadosamente todos los aparatos.

Después preparamos las cargas de dinamita, las bajamos al fondo del mar suspendidas de un hilo inoxidable, y sacamos al robot de su soporte.

—¡Ahora! —gritó el capitán Loesche—. ¡Adelante y buena suerte!

Subí al aparato.

Cuando el robot tocó el fondo grité por teléfono:

—¡Todo va bien!

Llegado junto al casco, extendí los brazos del robot, tomé entre los garfios las cargas de dinamita, coloqué una en un punto elegido la víspera, y retrocedí para colocar la otra.

Iba a terminar este trabajo cuando vi por un cristal algo que se movía. Era el movimiento ondulante de un cuerpo voluminoso. Giré bruscamente y distinguí una forma sombría, una enorme masa que evolucionaba con gracia sin igual. Al rozar el cable del robot lo desplazó de su posición. Era un grueso tiburón, de unos dieciocho pies de largo.

A través del cristal observé los ondulantes movimientos de su masa en forma de torpedo, en medio de aquellas aguas agitadas. Era evidente que el cable y los otros hilos excitaban su curiosidad. Tocó uno de ellos, después se alejó precipitadamente entre un torbellino de burbujas y espuma.

Las aguas se agitaron tumultuosamente y vi pasar una serie de rápidas sombras. El tiburón saltaba hacia delante y hacia atrás, iba y venía en todas direcciones.

Parecía que algo le impulsaba a huir. Subía y bajaba en medio de los torbellinos de agua producidos por él mismo. Parecía estar loco.

Pero la bestia no podía excitarse tanto por un cable inmóvil, o por el pacífico robot. ¿Qué sería lo que le producía semejante estado de frenesí?

Por el cristal de detrás observé atentamente el agua. Allí, casi al alcance de la mano, había un pulpo gigantesco. Tendría una envergadura de doce pies por lo menos, y me daba la impresión de ser un mal bicho. Cuando alzó sus grandes tentáculos pude ver su boca, hundida en un cuerpo informe y blando.

Aunque me hallaba seguro bajo el metálico caparazón del robot, sentí un temblor de asco, y entonces comprendí por qué el tiburón, que de suyo es feroz matador, se agitaba tan inquieto en el fondo del mar. He aquí, pensé, la eficacia de mi nuevo asociado, el robot. Yo estaba completamente seguro entre sus flancos, pero ¿cuál sería la situación de un buzo que llevara el simple traje de caucho, utilizado por mí durante tantos años, si se encontraba preso entre esos dos demonios del mar?

Y vi que no sólo estaba seguro, sino que iba a ser testigo de un espectáculo que pocos ojos humanos han observado hasta ahora. Resolví no perder ningún detalle.

Llevaba dispuesto el aparato de tomavistas. Me aproximé y lo coloqué en posición contra el cristal. Cuando mi dedo pulsó el botón de puesta en marcha, oí el débil ronroneo que anunciaba su funcionamiento. Deseoso de no perder un movimiento de aquel épico combate, me pegué al cristal enfocando primero al pulpo y después al tiburón, y logré coger juntos los dos animales.

El pulpo se alzó, manteniéndose sobre sus ocho largos tentáculos, y aseguró su equilibrio para el ataque. Sus extraños ojos vigilaban las furiosas evoluciones del tiburón. Éste mostrábase agitado y nervioso. Su largo y delgado cuerpo golpeaba al agua en todas direcciones.

El pulpo comenzó a maniobrar para tener la ventaja de la posición, desplazando un tentáculo tras otro. Lentamente se elevó, y de repente, en el momento en que el tiburón le atacaba bruscamente en feroz picado, apareció en una mancha de tinta. Fracasado el ataque por sorpresa, saltó el pulpo hacia atrás y se puso al abrigo de las mortales mandíbulas de su enemigo.

El tiburón dio media vuelta y se lanzó de nuevo al ataque, pero el pulpo se escapó en brusca retirada y el adversario fracasó otra vez en su intento. De nuevo se lanzó al asalto. Cada vez que el pulpo escapaba a sus puntiagudos dientes, recordaba yo al torero gracioso y ágil que burla los ataques del toro sobre la arena. Pero noté que el pulpo maniobraba de modo que cada vez se hallaba más cerca del enorme pez, exactamente como un matador cierra más y más contra el toro antes de darle el golpe fatal.

De repente se distendió el poderoso aparato propulsor hidráulico del pulpo. Se arrojó sobre el tiburón tan rápidamente que apenas pude seguirlo con los ojos.

Hubo en el agua un breve despliegue de posiciones: el rápido enlace de los tentáculos que se arrollaban en espirales y la ligazón de los poderosos brazos en un

amplio lazo. El tiburón fue demasiado lento. Dos tentáculos cerraron su cuello y otros lo enlazaron, aplicando grandes ventosas sobre el resto del largo cuerpo grisáceo.

El agua comenzó a hervir por todas partes. El tiburón, con los ojos fuera de las órbitas, daba saltos frenéticos, tratando de liberarse del abrazo del “demonio de los mares”, intentando golpearle contra los salientes de las murallas de arrecifes y las aristas cortantes de las rocas. El escualo saltaba, giraba y golpeaba el agua con la urgencia de su desesperación.

Era inconcebible que seres vivos pudieran soportar la furia de semejante batalla. El tiburón se lanzaba de un lado a otro a una velocidad de tromba, sin que aquellos tentáculos le soltaran, precipitando al pulpo contra las rocas, o arrastrándolo por el agua a enorme velocidad. Después detuvo un instante su carrera. Saltó de nuevo y giró rápidamente. Pero se debilitaba. Descendía lentamente. Su asesino le aferraba la garganta. Dio unos últimos coletazos, tembló en toda la longitud de su cuerpo liso, y después quedó inmóvil. El pulpo deslizó sus tentáculos hasta las agallas del inanimado asesino y obturó las salidas hasta que el tiburón estuvo completamente ahogado. Había terminado.

El combate duró unos veinticinco minutos. Durante todo este tiempo vigilé el funcionamiento del aparato tomavistas, cambiando las bobinas de cien pies una tras otra. Así obtuve una toma completa de una de las más extrañas batallas que jamás pudo presenciar el hombre. Estuve presente desde el primer momento, y el aparato captó todos los detalles.

Gracias al teléfono mis camaradas del barco estuvieron al corriente de lo que observaba. Cuando se alejó el pulpo, llevando al tiburón entre sus tentáculos, esperaron mi señal y me remontaron rápidamente. Cuando salí del robot me rodearon todos pidiéndome detalles. Entonces describí del principio al fin el extraordinario duelo.

El capitán Loesche se detuvo un instante junto a mí: quería saber si había colocado las cargas de dinamita. Le dije que todo estaba a punto. Entonces dio sus órdenes:

—¡Vamos! —gritó.

El electricista accionó la palanca. Esperamos. Como de costumbre, no hubo nada de momento. Después se levantó una gran masa de agua en forma de seta sobre la parte de popa. La goleta se balanceó, dio algunos bandazos, tembló y al fin se inmovilizó pacíficamente. Entonces comenzaron a subir del fondo del mar toda clase de objetos: maderas podridas, piezas de carpintería, centenares de peces muertos que atrajeron en seguida a los tiburones. Después pasó flotando una gran masa oscura.

Me incliné sobre la borda para verla mejor. Era todo lo que quedaba del agresivo pulpo.

Estuvimos varias horas observando desde el puente cómo se hartaba de peces la hambrienta horda de tiburones. Por culpa de ellos y del agua removida no podría volver a descender ese día.

A la mañana siguiente, el día 12 de nuestra búsqueda junto a los arrecifes, informé a “Spik” Gómez mi deseo de conservar un testimonio, tomado sobre los mismos lugares, del resultado de la explosión de los restos y del trabajo del robot, y, en consecuencia, decidimos que él descendería en la campana de observación y tomaría vistas, mientras yo circulaba examinando los restos. Penetramos en nuestros aparatos. Cuando nos sumergimos distábamos unos veinte metros uno del otro.

Lancé una ojeada en torno, y vi venir hacia mí la peor pesadilla que jamás me asaltó en el curso de mis exploraciones submarinas.

Era un pulpo. Pero ¡qué pulpo! Gigante. Extravagante. El más grande de todos los que nunca he visto. Deslizándose de la oscuridad de una caverna salió a ver lo que “Spik” y yo estábamos haciendo. Cogí el aparato de tomavistas en el mismo momento en que el coloso alargaba sus tentáculos y avanzaba en línea recta hacia nuestros faros.

Cuando estuvo cerca de mí, hubiera jurado que era irreal. Más tarde lo medimos y vimos que tenía veinticuatro pies de largo, pero aún parecía mucho más enorme cuando se lanzaba sobre nosotros, alzando sus brazos provistos de ventosas y siguiendo un paso natural que partía de las rocas donde se había ocultado.

El animal fue acercándose. Después dudó entre el robot y la campana. Con bruscos movimientos laterales fue hacia la campana donde “Spik” tomaba sus vistas.

De repente se distendió un tentáculo, grande como el cuerpo de un hombre, y tocó la campana metálica. Como no halló defensa, el pulpo adelantó otros brazos. Los grandes tentáculos llenos de ventosas se arrollaron sólidamente alrededor del aparato, y la bestia lo sacudió con cólera, agitándolo y tratando de triturarlo.

Viendo que eran vanos sus intentos de destruir el acero, el monstruo se puso a agitar furiosamente la campana, golpeándola violentamente y girándola con fuerza, de modo que se balanceaba y se desplazaba en largas y locas oscilaciones. Yo sabía que “Spik” se mantendría firme mientras la campana chocaba con estruendo contra el fondo del océano.

—¡Subidnos a los dos! —grité por teléfono.

El pulpo estaba tan bien enroscado alrededor de la campana que no me vio cuando llegué junto a él. Coloqué rápidamente en posición los brazos de acero del robot y abrí ampliamente los garfios, después clavé aquellas pinzas cortantes en la blanda mole del monstruo.

Con una fuerza de quinientas libras los garfios cortaron uno de los tentáculos pegados a la campana. El pulpo soltó una rociada de negro fluido defensivo, y el agua se hizo oscura en torno nuestro. Ajusté de nuevo el garfio y seccioné otro tentáculo, en medio de sus contorsiones. Pero la horrible bestia no quería soltar su presa. Nuevos brazos venían a cerrarse sobre ella, mientras los otros golpeaban el agua en la oscuridad.

Seguí clavándole mis garfios aprovechando todas las ocasiones, cortando uno tras otro los horribles tentáculos. Pronto le quedaron tres tan sólo.

Ni siquiera semejante monstruo podía soportar ese trato. El pulpo perdía fuerzas y se mantenía trabajosamente con sus últimos tres tentáculos crispados alrededor de la campana. Pero no soltó su presa sin luchar.

Finalmente se distendió, impotente y palpitante, y se dejó caer, vomitando los últimos restos de su tinta protectora.

El robot y la campana comenzaron su ascensión. No podía ver nada distintamente por la extrema agitación del mar y la pantalla de humo negro producido por el monstruo marino herido.

Cuando nos izaron con la polea y nos depositaron sobre el puente de la goleta, vi que “Spik” había perdido el conocimiento bajo el efecto de los choques y duras sacudidas a que estuvo sometido en la campana. Sus brazos y hombros estaban cubiertos de equimosis y tenía una gran contusión en la oreja izquierda.

Me metí en el robot para una nueva inmersión.

Una vez abajo, hice que me condujeran al interior de los restos y pasé mucho tiempo errando aquí y allá por el buque, rechazando los montones informes de objetos diversos, alzando postes y antiguos aparatos, y hurgando entre las masas de hierro y madera torcidas y rotas. En tres o cuatro ocasiones creí haber hecho un interesante hallazgo, pero cuando lo cogía con los garfios comprobé mi engaño. Moría la tarde y yo me preguntaba, desilusionado, si mis esfuerzos habrían sido vanos.

Hice una última tentativa, me desplazé hacia la izquierda..., y caí sobre lo que buscaba.

Medio hundido bajo, los objetos del antiguo cargamento de los bloques de piedra y de los moluscos, vi una caja oblonga, rodeada de bandas de latón.

Era un cofre, más pequeño de lo que yo había supuesto, que yacía entre los restos. —¡Creo que lo tengo! —grité—. ¡Es un cofre! En seguida lo cuelgo del cable.

Mientras me acercaba con la eslinga de hilo de acero, oí voces excitadas sobre el puente.

—¡Tiene el cofre! ¡Ahora sí que lo tiene!

Con ayuda de los garfios del robot, elevé el cofre y lo metí en la eslinga. Después di la señal, y ésta subió con su preciosa carga. Quedé unos minutos más entre los restos, mirando en torno mío para ver si había otra cosa que mereciera la pena. Era poco probable: por regla general los antiguos galeones transportaban un solo cofre.

Cuando salí del robot vi sobre el puente a varios hombres que, siguiendo las instrucciones de Keenan, abrían el cofre, haciendo presión con las tenazas sobre las antiguas cerraduras que ahora ya no eran más que hierro herrumbroso.

Loesche, Keenan y yo bajamos el cofre al camarote, y examinamos el contenido. Había allí pesados lingotes, piezas de plata, un complicado amasijo de doblones de oro y de ducados. Todos estaban descoloridos, pero si los rascábamos aparecía el amarillo áureo bajo la uña.

Aquella noche tuvimos una verdadera fiesta en la goleta. La celebramos a conciencia. Georges estaba en plena forma y me preguntó:

—Y bien, teniente: ¿qué piensas ahora de la maldición del sacerdote?

Yo no tenía la cabeza para eso, y así se lo dije. Cogí otro vaso y de repente empecé a preguntarme si sería verdaderamente la *Santa Cruz* lo que nosotros habíamos encontrado.

No debía ser ella. El viejo manuscrito hablaba de “más de treinta millones en piezas de ocho y lingotes de oro”. Debí hallar algún otro navío que zozobró por aquellos arrecifes y que no estaba mencionado en ningún documento. Si así era, la *Santa Cruz* aún estaba allí, en nuestra inmediata vecindad.

—¡Perfecto! —concluí—. En ese caso volveré a buscarla. Mientras tanto habíamos hallado una abundante fortuna.

E. RIESEBERG.

A SETECIENTOS CINCUENTA METROS DE PROFUNDIDAD

El máximo de presión que puede soportar una escafandra es poco más de cien metros de profundidad. A cada decena de metros la presión aumenta alrededor de una atmósfera (un kilogramo) por centímetro cuadrado. Por tanto, a los mil metros de profundidad la presión es de cien kilogramos por centímetro cuadrado, y como la superficie de una escafandra es de catorce mil centímetros cuadrados, el buzo quedaría reducido inmediatamente a burbujas, o incluso me atrevo a decir que volatilizado. Por eso el sabio norteamericano William Beebe imaginó una gigantesca bola metálica, la batisfera, que podía contener dos hombres, capaces de entregarse sin molestia a toda clase de observaciones en las mayores profundidades.

LA BATISFERA.

En su forma definitiva la esfera era algo muy simple, comparada con las máquinas de inmersión extraordinariamente complicadas. No llegaba a la altura de un hombre, pues no tenía más que un metro cuarenta y cinco centímetros de diámetro, pero su espesor uniforme era de tres centímetros y pesaba dos kilogramos cuatrocientos cincuenta gramos. La primera vez hicieron la esfera dos veces más pesada, pero hubiera sido demasiado peso para los elevadores disponibles en las Bermudas, y por tanto la dejaron de lado.

Se habían previsto tres tragaluces —cilindros de cuarzo fundido de veinte centímetros de diámetro por cinco de espesor— que se incrustaron en los salientes de acero, muy parecidos a la boca de un cañón muy corto.

En la parte opuesta a las ventanas se hallaba la entrada, llamada correctamente puerta. Esa tapa redonda, de ciento ochenta kilogramos de peso, era colocada y elevada por una polea, y venía a incrustarse herméticamente sobre los grandes pernos colocados alrededor de un “agujero de hombre” muy justo, sólo bastante ancho para el paso de un individuo delgado. Unos años más tarde, cuando la esfera estuvo expuesta en un museo norteamericano de Historia Natural, cierta dama de imponentes dimensiones dio la vuelta a la máquina y, después de haber mirado el interior por el agujero de treinta y cinco centímetros de diámetro, preguntó al guardián:

—¿Es cierto que con esto descendieron al fondo del océano?

—Desde luego, señora.

—Bueno: y ¿dónde está la puerta?

El que quisiera efectuar la inmersión en la esfera tenía que tener, además de muchas ganas de bajar que le hicieron olvidar algunos riesgos, una anatomía cuyo

mayor diámetro no sobrepasara los treinta y cinco centímetros.

La esfera había de ser sumergida por medio de un único cable de acero de veintidós milímetros de diámetro, sin torsión. Poseía una resistencia a la ruptura de veintinueve toneladas, o sea, el peso de doce esferas, como la nuestra. Estaba formado por una alma de acero y unos cien hilos, y éstos, alternados, estaban colocados en sentido contrario, de modo que corrigieran la tendencia a girar que tendría la esfera una vez en el agua. Cuando estaba sumergido, el cable de mil doscientos metros de largo pesaba casi dos toneladas. El cable eléctrico que llevaba los hilos del teléfono y la luz penetraba en la esfera a través de un sistema muy hermético.

La cuestión esencial del aprovisionamiento de aire fue resuelta mediante su elaboración en la esfera, a medida de las necesidades. Dos botellas de oxígeno, provistas de válvulas automáticas, habían de ser instaladas en las paredes, y encima se dispondrían platos en los que se extenderían productos químicos en polvo, destinados a absorber la humedad y el gas carbónico.

Cuando la gran cámara de metal comenzó a tomar forma, creímos necesario darle un nombre. Hasta entonces, y muy incorrectamente además, la nombrábamos indistintamente “cilindro” y “campana”. Un día que escribía el nombre de un pez de las profundidades —*Bathytroctes*—, el prefijo griego me pareció muy apropiado, e ideé la palabra “batisfera”, que adoptamos.

En la primavera de 1930 la esfera estaba casi completamente terminada. En el mes de abril me llevé mi equipo al laboratorio de campaña de la isla Nonsuch, concedida por el gobierno de las Bermudas para los estudios oceanográficos. Durante dos años habíamos estudiado la vida de las profundidades a lo largo de las Bermudas, siendo ese trabajo la razón esencial de mi sección de Estudios Tropicales, bajo los auspicios de la Sociedad Zoológica de Nueva York.

LA INMERSIÓN.

Presentar de modo conveniente lo que vi en el curso de aquella inmersión, es una de las empresas más difíciles que jamás he intentado. Es como si se preguntara a un extranjero que sólo ha pasado unas horas en Nueva York: “¿Qué piensa usted de Norteamérica?” Sólo nosotros cinco, los que descendimos en la batisfera, sabemos cuan difícil es hallar palabras para describir ese mundo extraño. A las nueve y cuarenta y un minutos cortamos la superficie, y, a pesar de estar yo habituado, el brusco paso de un mundo amarillo oro a un mundo verde me sorprendió. Una vez desaparecidas las burbujas y la espuma, nos hallamos rodeados por el verde. Nuestras fisonomías, botellas, los platos e incluso las negras paredes estaban teñidos. Sin embargo, para los que miraban desde el puente, parecíamos descender en un azul marino profundo y puro. Esa transformación de color no era apreciable para los que

estaban sobre el puente siguiendo la batisfera, cuyo color era más y más turquesa, hasta que desapareció, o sea hasta unos treinta metros.

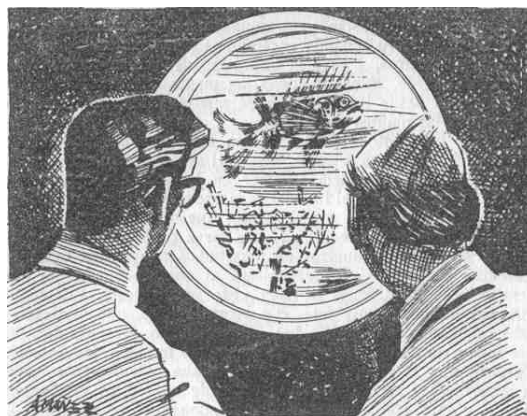
El verde palidecía imperceptiblemente a medida que descendíamos, y a sesenta metros era imposible decir si el agua era verde o azul verdosa. A tal profundidad comencé a concentrar mi atención y vi con claridad copépodos y pequeñas criaturas que navegan por millares en las capas superiores del mar.

A los noventa y seis metros pasó una encantadora tropa de sifonóforos, y a la profundidad susodicha parecían hechos de vidrio hilado. Vi otros a profundidades mucho mayores, y eran luminosos. No sabía decir en realidad si esa luminosidad era propia de ellos o si la tenían por reflexión. Aquí, en su elemento, se movían lentamente, como una rama de lirios que, agitada por el viento, tuviese vida y perpetuo movimiento. En nuestras redes no se encuentran más que sus campanas nadadoras medio desgarradas, parecidas a cálices de cristal fundido, y todas las admirables volutas, zarcillos y flores animales, se pierden completamente en una aglomeración de hilos entrelazados. Seis metros más abajo se aproximó un pez piloto al tragaluz. Ese compañero de tiburones y de tortugas está generalmente considerado como un pez de superficie. Pero sólo tenemos como prueba nuestras miserables observaciones humanas en dos dimensiones.

A ciento ochenta metros el color se hizo de un azul luminoso y sombrío. Esos dos adjetivos contradictorios demuestran mi dificultad de descripción. Como en precedentes inmersiones, el color parecía brillante, pero carecía de verdadero poder, hasta tal punto que era imposible leer y escribir.

Hay momentos bastante emocionantes en una inmersión como ésta. El primero fue cuando encendimos el proyector, a los doscientos uno metros, y tuve la impresión de que se cerraba una puerta. El verde, color de todas las plantas del mundo, había desaparecido desde hacía tiempo de nuestro nuevo universo, lo mismo que las plantas marinas.

A los trescientos treinta metros las luces se hicieron de pronto más brillantes y numerosas y vi más peces y organismos de lo que mi experiencia anterior en la batisfera apenas me dejara imaginar. Ante el haz del faro encendido pasaban muchos pececitos hacha, cortos y rechonchos, que se aproximaban y se alejaban después. En seguida vi una larva de pez con ojos plateados, de cinco centímetros de longitud. Después una medusa. Entonces se presentó un organismo al que no puedo dar un nombre, aunque después lo haya visto varias veces. Era como una red luminosa muy fina, con largas mallas, que se desplazaba ondulando y expandía luz en torno suyo. Después fue un pez muy grueso, que vi bastante mal y que también desapareció. Después una larva de anguila que



nadaba oblicuamente hacia la superficie, y así siempre. A fuerza de telefonar, estaba sin aliento, y entré con alegría en una zona donde, en treinta metros, sólo vi algunas chispas móviles en una oscuridad azul negruzca.

La lentitud de la mente para equipararse a la rapidez de observación es el gran inconveniente que presenta este trabajo en la batisfera. Así vi un instante, a trescientos noventa metros, un rape de talla mediana, de enorme boca. Automáticamente me puse a hacer la descripción de una larva de anguila de unos veinte centímetros, que parecía una hoja de sauce transparente. En el curso de algunas paradas, como ya he dicho, me concedía uno o dos minutos de desahogo sentimental. Evocaba entonces el porqué y el cómo de lo que me rodeaba, la hora, la presión, la temperatura, y todo eso. El resto del tiempo no cesaba de observar y de comunicar mis observaciones. Tenía demasiado presentes en la memoria los ¡oh! y los ¡ah! inútiles de mis primeras inmersiones.

A los cuatrocientos cincuenta metros me quedé detenido durante dos minutos y medio, y en esa profundidad tuvo lugar otro instante memorable de esta inmersión, instante durante el cual me fue permitido describir con claridad un pez completamente desconocido, que fue visto por uno de nosotros o por los dos. La prueba de su existencia, aparte de nuestra palabra, no podrá tenerse más que el día en que se le capture en una red, y ésta habrá de ser mucho más perfecta que la que utilizamos actualmente en nuestras búsquedas oceanográficas. En primer lugar pasaron como flechas cuatro peces largos y delgados, a través del haz luminoso. Tendrían unos cincuenta centímetros de largo, anguilas quizá, no lo sé. En seguida, y sin saber cómo, llegó un gran pez descolorido y se mantuvo inmóvil, parte en el rayo de luz y parte fuera. Se quedó allí, ondulando ligeramente sus aletas.

Ese extraño animal tendría unos sesenta centímetros de largo. No tenía ninguna luminosidad; los ojos, pequeños, y boca, normal. Después, cuando retrocedió un poco, vi una gran aleta pectoral bastante grande, pero ciertamente filamentosa. Las dos características más sorprendentes fueron primero su color amarillento, un amarillo grisáceo, feo y malsano, que recordaba el tinte de la carne que ha estado mucho tiempo en el agua, un color bien apropiado a esas profundidades. Se hubiera dicho que era un retoño enfermizo de alguna planta de cueva. La segunda característica curiosa era, su casi total ausencia de cola, la aleta caudal estaba casi reducida a una bolita, mientras que las aletas verticales que reemplazaban a la cola se extendían bastante a una y otra parte. Eran incoloras. No pude ver aletas pelvianas, si es que las tenía, y desde luego nada de agallas ni dientes.

Aunque habíamos visto ya muchos representantes de las profundidades en el curso de esta inmersión, este último sobrepasaba en talla a todos los que jamás cogimos en nuestras redes. El amarillento se mantenía inmóvil pero en guardia, mirando nuestra extraña máquina, y pareciendo ignorar que la mitad posterior de su ser estaba en plena luz. Sólo este curioso animal justificaba el tiempo, el dinero y los esfuerzos consagrados al perfeccionamiento actual de la batisfera. Entre chispas

misteriosas, inexplicables explosiones luminosas, organismos extraños vistos durante una fracción de segundo, tenía ocasión de vez en cuando de añadir un nuevo pez o un nuevo animal a nuestra ciencia sobre la vida de las profundidades.

A los cuatrocientos ochenta y nueve metros una luz se amplió ante mis ojos hasta adquirir el doble de su talla primitiva y alcanzar el diámetro de una pieza de bronce de dos centavos. Esta luz parecía estar emitida por un ser cualquiera que poseyera placas fosforescentes irregularmente repartidas en la superficie de su cuerpo. Los contornos estaban demasiado desdibujados para que yo pudiera distinguir si aquel organismo poseía o no vértebras.

A los quinientos setenta metros, con gran sorpresa por mi parte, quedaba aún una traza apenas perceptible de luz gris, y eso a sesenta metros más bajo que de ordinario, lo que demostraba que la superficie debía estar muy tranquila y el día extremadamente luminoso. A los seiscientos metros el universo era completamente negro. Allí tuve, en mi opinión, la tercera manifestación importante en el curso de esta inmersión, ese momento en que el sol, fuente de toda luz y de todo calor en la tierra, nos abandonó. Evidentemente esto no es más que un punto de referencia psicológico. No podíamos darnos cuenta de la presión exterior, pero se hubiera dicho que la oscuridad se cerraba sobre nosotros.

A los seiscientos metros hice un cálculo aproximado y comprobé que nunca había menos de diez luces, azul pálido o amarillo pálido, visibles en el mismo momento. Quince metros más abajo vi otra red con fuegos artificiales. Calculé esta vez que debía cubrir poco más o menos una extensión de sesenta a noventa centímetros. Podía distinguir cada malla en la oscuridad, pero no podía ni siquiera tratar de adivinar lo que las producía. Debe ser un organismo invertebrado, pero tan delicado que, si alguna vez lo capturan en una red, su aspecto abisal habrá desaparecido probablemente.

A los setecientos cincuenta metros pasaron dos grandes peces con los flancos cobrizos; después, cuatro peces esqueletos. Un pez tan plano como un pez luna penetró en el haz luminoso, y girando rápidamente desapareció. Un pterópodo, entre todos los que vi, se había pegado a mi ventana. Por tres veces, y en distintas profundidades, varios seres vinieron a golpear contra el vidrio del tragaluz, y, aunque estas palabras parezcan carecer de sentido, golpearon tan brutalmente que instintivamente nos echamos hacia atrás. Probamos toda la potencia de la lámpara de mil quinientos vatios, que calentó considerablemente el vidrio y la batisfera, pero sin demasiado peligro. A las once y diecisiete minutos iluminé bruscamente el proyector y vi cuatro extraños peces que no pude calificar en ninguna familia. Distinguí bastante claramente sus formas, color y talla, así como una aleta. Por mi cuenta los bauticé así: “agujas-arco-iris-abisales”, pero es posible que sean completamente distintas de las agujas. De unos diez centímetros de longitud, eran delgadas y rígidas, con mandíbulas puntiagudas y afiladas. Se hallaban en el centro del rayo cuando lo encendí, y esa luz inesperada no pareció asustarlas. Se mantuvieron inmóviles en el

agua, casi verticalmente, y sólo sus aletas dorsales batían ligeramente, conservando entre ellas la misma distancia, y siempre en esa actitud vertical se hundieron lentamente en la oscuridad. Eran notables, sobre todo, por sus extraordinarios colores. Las mandíbulas y la cabeza eran de un rojo brillante que, detrás de las agallas, se transformaba bruscamente en un azul pálido que a su vez se convertía insensiblemente en amarillo claro, que recubría la parte posterior y la cola. Esos colores no son visibles más que ante el rayo de un reflector o la luz de otro pez, y probablemente no tienen utilidad.

Habían transcurrido ya dos horas desde que dejamos el puente, y yo sabía que mis nervios y los de mis colaboradores comenzaban a llegar al límite, a causa de la tensión y el esfuerzo continuos. Mis ojos estaban fatigados de mirar esos fulgores que había de observar con tanto cuidado, y mi cerebro, tan pronto animado como deprimido por tentativas afortunadas o desgraciadas de identificación, acababa por estar saturado de innumerables visiones de peces y otros organismos. Di, pues, orden de que nos subieran.

Tan pronto como volvimos a la superficie revisé mis notas telefónicas y más especialmente aquellas en que describía varios nuevos peces que había podido ver distintamente. Añadí todos los detalles que me volvieron a la memoria. Después, ayudado de una artista, la señora Bostelmann, intenté pintar. Dibujé yo mismo algunos croquis, y después trabajé cuidadosamente sobre lo que ella pintaba. Poco a poco el pez que tenía en la mente se materializaba. Sus proporciones, talla, colores y luces se sobreponían a los elementos de mi memoria, y finalmente resultó un magnífico cuadro representando la visión que tuve delante de mi tragaluz, el 11 de julio a las once horas y cincuenta y dos minutos, a una profundidad de setecientos cincuenta metros bajo el océano Atlántico.

WILLIAM BEEBE.

HACIA EL POLO A BORDO DEL “FRAM”

La desatinada empresa del *Fram* debe su celebridad a la grandiosa sencillez de su idea maestra.

El método clásico de las exploraciones incluye, en efecto, dos fases: establecimiento de una base, después rápidos viajes de ida y vuelta en país desconocido. La gran preocupación de los exploradores era seguir en contacto con su base de partida, a fin de hallarla a su regreso. Dado el estado de la técnica, eso era indispensable. El avión y la radio todavía no estaban inventados.

La innovación de Fridtjof Nansen, el gran explorador noruego, fue doble. Utilizar una base móvil y en seguida abandonarla sin pensar en el regreso, fiándose en el empleo de la técnica esquimal. Pero necesitaba un navío adaptado a ese género tan particular de viaje, y había de inventarlo. Así nació el *Fram*, palabra noruega que significa “Adelante”.

El *Fram* fue el primer navío construido con la intención expresa de navegar por los mares árticos y resistir las presiones de los bancos de hielo. Por tanto no era ni esbelto de forma ni de marcha rápida. Su casco macizo, diseñado por Colin Archer, constructor de la canoa de salvamento insumergible, medía treinta y cuatro metros de longitud en la línea de flotación, por once metros de anchura máxima y cinco metros y veinte centímetros de profundidad. La parte sumergible adoptó sensiblemente la forma de la base de una cuchara, y la quilla, de bordes redondeados, no sobresalía sino algunos centímetros, de modo que, con mar gruesa, se balanceaba como un corcho.

Para evitar un aceleramiento rápido y facilitar la marcha fue diseñado como una goleta de tres mástiles. Un pozo permitía subir gobernalle y hélice, que estaban además protegidos especialmente por un doble avance del casco. El alojamiento de la tripulación estaba a popa. Formaba un cuadro alrededor del cual estaban dispuestas las cámaras: cuatro de una cama y dos de cuatro literas. Todos los tabiques estaban aislados por corcho, madera y linóleo, y este revestimiento alcanzaba en el suelo los treinta y ocho centímetros de espesor. Una dínamo, accionada por la turbina o por las aspas de una especie de molino de viento, producía electricidad. Llevaban alimento y equipos para doce hombres durante cinco años. El embalaje y la elección de los víveres estaban cuidadosamente estudiados. El aparejo científico: anteojos, cronómetros, etc., era muy abundante. Ya se verá, sin embargo, que olvidaron una sonda de longitud suficiente.

La nota de gastos se elevaba a seiscientos veintidós mil francos oro. Este capital considerable había sido facilitado, en parte, por un voto del Storting, el parlamento noruego, y el resto fue adelantado por diversos mecenas, el más notable de los cuales era el mismo rey. Un explorador ruso, el barón de Toll, que se había distinguido en la

exploración de la Siberia septentrional, facilitó treinta perros ostiaks —raza lapona—, que el *Fram* pasó a recoger a Kabarova, a la entrada del mar de Kara. Un noruego establecido en la Siberia oriental llevó otra jauría a la embocadura del Olonek, pero Nansen no recurrió a ellos. De Toll estableció también varios depósitos de víveres sobre las islas de Nueva Siberia.

En caso de accidente... Nadie creía en el éxito, excepto Nansen y sus doce compañeros —pues habían partido trece, lo que hacía dudar a muchos buenos marinos—. Sverdrup, veterano groenlandés, ya hombre barbado, mandaba a bordo. Dos horas después de partir, en Tromsø, aún se enroló un piloto diplomado. La aventura comenzaba con todos los recursos de la técnica moderna y toda la audacia bruta de los tiempos de los vikingos.

Todo se desarrolló conforme al plan establecido. El *Fram* tocó tierra a la entrada del mar de Kara, cargó sus perros, dobló el cabo Cheliuskin y marchó hacia el nordeste, donde el 22 de septiembre de 1893 fue cogido y aprisionado por los hielos. Sólo había de lograr salir de allí treinta y cinco meses más tarde, después de una deriva que excedió de los dos mil kilómetros en línea recta.

La vida a bordo estaba minuciosamente regulada: cada uno vivía estrictamente para sus ocupaciones. A los pequeños trabajos en el navío, a las observaciones científicas de todas clases, se sucedían las salidas de adiestramiento en esquí o en trineo, los ejercicios regulares de los perros y la construcción y puesta en marcha del material.

Cada hombre fue minuciosamente instruido en la práctica del género de vida esquimal. Podía serle útil de un momento a otro, pues la incógnita subsistía: ¿resistiría con éxito el *Fram* la prueba de los bancos de hielo? En realidad hubo serios momentos de peligro. Así mismo el estudio emprendido de la formación de los hielos permitió comprobar toda clase de sucesos extraños: el hielo se funde por encima y se vuelve a formar por debajo, cuando el agua dulce se encuentra en contacto con agua salada de temperatura inferior a cero grados. Por otra parte los roces de los bloques entre sí dan lugar a espesores locales que alcanzan los diez metros. Este hielo nunca está perfectamente inmóvil. Deriva en bloque y es elevado dos veces al día por las mareas. Este fenómeno, acompañado en invierno de chasquidos formidables, desarrolla una fuerza enorme.

“En la noche del 22 de diciembre de 1894 —se lee en el Diario de Nansen— el *Fram* recibe un choque terrible, y el ruido de las presiones se deja oír muy cerca de nosotros. Doce horas más tarde nos sobreviene una nueva sacudida, aún más violenta...

”28 de diciembre. — Ayer recibió el *Fram* varios choques. El hielo debe estar en pleno movimiento por alguna parte muy cerca de nosotros”.

Por la noche la situación se agrava:

”A una distancia de cincuenta y seis pasos del estrave se eleva, paralelamente el canal abierto a babor, un amontonamiento de bloques, alrededor del cual la presión se

ejerce con una fuerza terrible. Ese *toross* avanza lentamente en dirección al navío. De un momento a otro la situación puede hacerse muy crítica.

”3 de enero de 1895. — Un día de inquietud moral. A las cuatro de la mañana el hielo, agitado desde hace varias horas, ha entrado en convulsiones. El caos de bloques avanza rápidamente. Si ese alud de hielo nos alcanzase antes que el navío haya podido salir de su lecho congelado, podría producirse un grave accidente.

”A mediodía se hacen los preparativos para abandonar el *Fram*. Hemos establecido a estribor un depósito de víveres para doscientos días, con todo el material necesario para la retirada”.

Mientras tanto Nansen había tomado las disposiciones para llegar al mismo Polo. Lleva con él un solo compañero: Johansen, campeón nacional de gimnasia. Después de un invierno de adiestramiento, el 27 de febrero de 1895 parten. Una avería del trineo los obliga a volver. El 28, segunda partida frustrada: la expedición es excesivamente pesada y poco móvil, los perros sufren.

Dos cayucos —embarcaciones groenlandesas—, tres trineos, sacos de dormir de piel de reno, una tienda de seda que sólo pesa un kilo, un hornillo de petróleo que utiliza casi íntegramente el calor de la combustión, gracias a los depósitos que lo calientan por todas partes. Dos fusiles de dos tiros. Ciento ochenta cartuchos de bala, ciento cincuenta con plomo. Compás, teodolito, barómetros, termómetros, catalejos, aparato fotográfico. Carne y pescado secos y en polvo, galleta, pan de gluten, treinta y nueve kilos de manteca, más la ración de los perros; en total seiscientos sesenta y tres kilos de equipaje. Tal será el equipo con cuya ayuda se lanzarán los dos hombres hacia el Polo, distante setecientos veinticinco kilómetros, a través de los bancos de hielo.

“El 14 de marzo a mediodía dejamos definitivamente el *Fram*, entre el estrépito de los hurras. Algunos de nuestros camaradas nos acompañan un trozo. Sverdrup se despide pronto: debe volver a bordo para presidir la comida a la una. Hansen, Henriksen y Peterson nos seguirán hasta mañana”.

El terreno es difícil. Por todas partes se eleva el hielo y forma cadenas de montículos en que hay que llevar a brazo los trineos y las cargas. La primera etapa es de siete millas, cuando la distancia total hasta el Polo es de la proporción de cuatro a quinientos. Nansen se declara satisfecho.

Al día siguiente recorren nueve millas; después, catorce, esta vez sobre hielo unido. El 20 de marzo el termómetro marca 42°. Los perros comienzan a morir uno a uno. El frío es una dura prueba para los exploradores. En el codo derecho de Nansen, el frote de los vestidos helados le hace un corte que no se cerrará hasta pasados muchos meses. “Probablemente toda mi vida guardaré la cicatriz”.

El avance es lento. Los canales de agua libre lo dificultan. Sin embargo el 30 de marzo, mientras descansan, comprueban que están a 43°. Afortunadamente el viento del sur eleva la temperatura a 30°. La posición el 3 de abril es de 85° 59'. Nansen se da cuenta poco a poco de que todo el banco helado deriva hacia el sur, y piensa en la

retirada. Se decide el 8 de abril. La latitud alcanzada entonces es de 86° 12'; la temperatura, 32°. Nansen avanza solo algunas millas más al norte: 86° 15'.

A la mañana siguiente comienza la retirada en la dirección supuesta del cabo Fligely, el punto más septentrional de la tierra de Francisco José, archipiélago situado al sudeste de Spitzberg, y anotado por el austriaco Payer. Las etapas son largas.

“24° —anota Nansen—. El 17 de abril se aproxima el verano”. Los perros, extenuados, mueren ahora uno tras otro, mientras que los espacios de agua libre obligan a maniobras penosas y complicadas. El 13 de mayo están a 11°.

“12 de mayo. —¡Nuestro segundo saco de pan pronto estará vacío y la tierra sigue sin aparecer! ¡Más de doce perros se agotan de día en día!”.

El 16 de mayo, cumpleaños de Johansen, y el 17, fiesta nacional noruega, son festejados el primero con un guisado solemne; el otro, con un saludo a la bandera. Continúa la retirada. Ahora es una lucha por la vida. Una terrible duda atenaza a Nansen. Ha olvidado un día tomar la altura y ya no puede definir su posición.

“Debemos estar por los 83° 10'. Deberíamos por tanto hallarnos en la tierra Petermann”. Pero no hay señal de tierra, nada sino el banco de hielo más y más convulso, en el que se multiplican los lagos.

”27 de mayo. — Latitud 82° 30'. Sin tierra a la vista. Esto es incomprensible. Probablemente estamos varios grados más al este de lo que creíamos.

”29 de mayo. — Ayer, por vez primera, un pájaro a la vista, un petrel ártico (*procellaria glacialis*).

”El 31 de mayo, dos focas, un pájaro, huellas de osos. La tierra debe estar próxima, pero el hielo, que nos sostiene tan mal en esta estación, impide utilizar los cayucos. El 2 de junio, sin embargo, el agua se hace más libre. Reparamos las embarcaciones y el 8 de junio partimos.

”19 de junio. — La situación se hace muy crítica. Nada de caza, sin víveres y, en todas direcciones, bancos de hielo absolutamente inabordables”.

La comida de este día se compone de cincuenta y cuatro gramos de pan de gluten y veintisiete de manteca.

Los cayucos son atados uno al otro para atravesar una larga extensión libre, pero hacen agua. Capturan una foca, pero cuando la están izando febrilmente, el hornillo cae al agua. El 22 de junio, alimentados con carne de foca, los dos hombres cobran confianza. El guisado de sangre de foca, cocido sobre la lámpara de aceite, reemplaza la sopa de sangre de perro. Campamento fijo, esperando el deshielo. El 6 de julio llueve. El *IO Caifas*, uno de los dos últimos perros, ladra. En la vecindad encuentran una osa con sus dos pequeños. La matan y siguen esperando.

El 22 toda la nieve está fundida y parten sobre el hielo desnudo.

“¡Tierra a la vista! Por vez primera desde hace dos años vemos elevarse algo por encima del horizonte blanco de los bancos de hielo. Una nueva vida comienza para nosotros”.

Aparecen otras tierras al sudoeste, pero la deriva retarda el avance. El 4 de agosto se ven en peligro. Nansen, llegado al borde de un canal de agua libre, se prepara a echar allí su cayuco.

“De pronto oigo un poderoso silbido tras de mí, después una llamada de Johansen, que había vuelto para buscar su vehículo:

”—¡Coge rápidamente tu fusil!

”Johansen, caído de espaldas, lucha con un oso que no habían visto ni oído. Pronuncia entonces esas palabras memorables:

”—¡Apresúrate, si quieres llegar a tiempo, y tira bien!

”El oso, inquieto por los dos perros, planta cara sin dejar a Johansen. Nansen apunta cuidadosamente y coloca una bala detrás de su oreja”.

Orgía de carne cruda. Colocan las patas en los cayucos y siguen la marcha. Los dos oseznos pueblan de lamentos el gran silencio blanco.

El 6 de agosto llegan al mar libre. Los dos perros son sacrificados. “La vida tiene sus exigencias bárbaras. Los cayucos bailan alegremente sobre el agua; las olitas chocan contra el casco con alegre ruidito”. Después alternan la vela y las pagayas. Una morsa ataca las embarcaciones. La matan, aunque no sin trabajo.

Por fin el 26 de agosto Nansen decide invernar sobre la costa sudoeste de la isla Frederic Jackson. El otoño se aproxima, y antes de la larga noche polar apenas tienen tiempo de construirse una choza y acumular provisiones. Las morsas les proveen de lo esencial, y su grasa sirve de combustible.

Construyen la choza de piedras hacinadas, cubiertas de pieles de morsa, sostenidas por un madero flotante que hallaron en la orilla. Es lo bastante larga para que el alto Nansen pueda estirarse, pero no lo suficientemente alta como para estar de pie. Penetran en ella por un túnel de hielo tipo groenlandés, una chimenea asegura el tiro. Está edificada en gran parte con trozos de carne helada. Pasan allí ocho meses, en un extraño entorpecimiento intelectual, durmiendo a veces veinte horas de cada veinticuatro. El sol desaparece definitivamente el 15 de octubre. Han matado una docena de osos y la minuta se compone invariablemente de cocido por la mañana y asado por la noche. El postre lo proporcionan los restos del tocino asados a la lámpara. Esos chicharrones serían excelentes —piensan los dos hombres— si se les pudiera añadir azúcar en polvo.

Mientras tanto, con ayuda de pieles y mantas, cortan vestidos nuevos, que guardan cuidadosamente en reserva para el día aún no determinado en que reaparezcan ante la civilización. La horrible humareda de la grasa inflamada los transforma en aceitosos deshollinadores, que denuncian palpablemente la carencia de jabón; pero la moral está muy alta. Ni una disputa. Nansen reprocha solamente a Johansen el que ronque por la noche, y se queja de algunas punzadas de reumatismo. Por fin el 19 de mayo efectúan la última excursión.

Esta postrera etapa, llevada a cabo en una región donde, en esta época del año, están inextricablemente mezclados el agua y el hielo, es fértil en incidentes.

“El 24 de mayo, como sopla viento del este, izamos una vela sobre nuestros trineos, y los vehículos se deslizan rápidamente sobre la lisa superficie de hielo.

”Al acercarse a tierra, el viento se eleva de repente del sudoeste, y amenaza tempestad. Es preciso abatir las velas a toda prisa para llegar a la isla. Tenemos que luchar contra un huracán terrible. El banco de hielo es muy accidentado, erizado de aristas y cortado por grietas cubiertas con una pérfida capa de nieve. De repente me hundo en una de esas grietas. Trato de salir de la sima. Todos mis esfuerzos son inútiles. Los esquís paralizan mis movimientos, mientras que la correa del trineo me impide volverme. Afortunadamente al caer he clavado sólidamente mi bastón de hierro en el hielo, y con el otro brazo trato de alzarme sobre el borde opuesto de la grieta. En esta posición espero la llegada de Johansen.

”Ciertamente me habrá visto caer y vendrá pronto en mi auxilio. Pasan algunos minutos, y mi camarada no aparece. Mi bastón cede, y poco a poco comienzo a hundirme en el agua helada. Lanzo una primera llamada. No hay respuesta. Lanzo un segundo grito. Unos segundos después oigo, por fin, a lo lejos, la voz de mi camarada. Durante este tiempo me hundo más y más. El agua me sube hasta el pecho, unos minutos más, quizás unos segundos, y habría desaparecido. Por fin Johansen llega y me saca de tan terrible situación. Ocupado en recoger la vela de su trineo no advirtió mi desaparición hasta que oyó mi grito de alarma. Ahora ya estamos debidamente avisados”.

Con alternativas de buen tiempo o de niebla, según el caso, siguen progresando, o bien se detienen bajo el huracán. “La situación —anota Nansen— se hace palpitante”. ¿En qué reside ese interés repentino? Desde que ha llegado a la tierra Francisco José —que es, recordémoslo, un archipiélago— marcha de sorpresa en sorpresa. Las islas que ve casi nunca corresponden a las señaladas por el austríaco Payer, buen cartógrafo sin embargo. Como, por otra parte, Nansen puso un día su cronómetro en marcha a ojo, todas sus observaciones astronómicas tienen un margen de error.

El 12 de junio, casi ya sin víveres, cubren una gran distancia con la vela, primero en trineo, después en cayuco.

“Por momentos el viento es tan violento que las embarcaciones se hunden de punta, agitadas por las olas”. Han alcanzado, finalmente el agua libre, que se extiende muy lejos en dirección al sur. “Las líneas de esta costa meridional me parece que concuerdan con el mapa de la tierra Francisco José”.

Por la noche suben a tierra un instante para estirar las piernas, amarran los cayucos con unas tiras de piel de foca y escalan un montículo de hielo para orientarse.

“Mientras examino el horizonte, Johansen grita de repente:

”—¡Los cayucos marchan a la deriva!

”A toda velocidad corremos hacia la orilla. Las canoas están ya a cierta distancia, y enfilan rápidamente hacia alta mar. ¡La correa había cedido!

”—Toma mi reloj —digo a Johansen.

”En un abrir y cerrar de ojos me libero de mis vestidos más pesados para poder nadar con facilidad. No me atrevo a desvestirme completamente por temor a un calambre. Y salto al agua.

”El viento soplaba de tierra y empujaba rápidamente los cayucos hacia plena mar. El agua estaba helada, mis vestidos impedían mis movimientos y las canoas seguían alejándose. Lejos de ganar terreno lo perdía. Me parecía casi imposible llegar a ellas. Pero con los cayucos desaparecía toda esperanza de salvación, todo lo que poseíamos. No teníamos siquiera un cuchillo encima. Ahogarme o volver a la orilla sin los cayucos: el resultado era el mismo.

”Así, pues, cerrando los dientes, hice un esfuerzo sobrehumano. Era preciso alcanzarlos. Cuando me sentía, fatigado nadaba sobre la espalda. En esta posición vi a Johansen que se paseaba febrilmente sobre el hielo. Más tarde me contó que esta terrible espera había sido el momento más penoso de su vida...

”Ahora la distancia ya no es tan larga. Si pudiese sostenerme unos momentos más, estaríamos salvados. ¡Adelante, pues! Mis brazos se hacen más y más cortos. Otro esfuerzo más y alcanzaré las embarcaciones.

”¡Por fin! Empuño un esquí colocado de través a popa y alcanzo definitivamente las canoas. Estamos salvados. Trato de subir a bordo, pero mi cuerpo, aterido de frío, rehúsa todo esfuerzo.

”Después de un instante de terrible ansiedad logro pasar una pierna sobre el trineo, colocado en el puente, y con la ayuda de ese punto de apoyo consigo alzarme a bordo. En seguida cojo la pagaya, pero estaba tan acalambreado mi cuerpo que apenas podía manejarla.

”Fue una maniobra complicada. Los cayucos estaban unidos y había de impulsar una vez hacia la izquierda, pasar a la derecha y dar allí el segundo golpe de pagaya, y así a continuación, y siempre contra el viento. Esta gimnasia permitió a Nansen calentarse un poco.

”Mientras tanto veo delante de la proa dos pájaros bobos enanos. Semejante caza era una tentación demasiado fuerte. Tomo mi fusil y de un solo tiro mato los dos pájaros. Johansen me contó más tarde su alarma al ruido de la detonación. Lo creyó un accidente, y no podía comprender lo que yo hacía. Cuando me vio recoger los dos pájaros, temió por mi razón”.

Podemos fácilmente imaginar el estado de ánimo de Johansen, solo y sin equipo sobre el hielo. Por fin los cayucos llegaron a tierra. Preparan el campamento. Nansen, enjugado y vestido, se duerme. Despierta más tarde para disfrutar de “una excelente sopa y un fino asado”.

El día 13 de junio, caza de morsas. “La carne de morsa joven tiene el gusto de la carne de cordero”. Hasta el 15 de junio siguen avanzando rápidamente hacia el sur, entre los rebaños de morsas que inquietan vivamente a Johansen. Nansen, por el contrario, no cree en el carácter agresivo de esos animales. Los sucesos le quitarán la razón.

“Por la mañana, no viendo morsas en torno nuestro desde hacía algún tiempo, pensamos estar en completa seguridad, cuando una solitaria morsa aparece precisamente ante nosotros. En seguida Johansen, que se halla en vanguardia, busca refugio en un bloque de hielo que flota entre dos aguas. Me dispongo a seguir su ejemplo cuando el viejo monstruo se arroja sobre mi cayuco tratando de volcarlo con sus defensas. Intentando guardar el equilibrio le asesto un violento golpe con la pagaya sobre la cabeza. El animal vuelve a la carga e intenta de nuevo volcarme...”.

La morsa desaparece, pero el cayuco está desgarrado de un extremo a otro, y Nansen tiene el tiempo justo de alcanzar un carámbano. Todo flota en el interior de la embarcación, y la reparación será laboriosa. ¡Más días perdidos en perspectiva! Establecen, pues, sobre la sólida extensión de hielo un campamento permanente.

El 17 de junio Nansen, hacia mediodía, se levanta para preparar la comida. De repente la bruma se extingue. Ritualmente escala un montículo helado vecino para reconocer los alrededores, y cree percibir a lo lejos ladridos de perros. Lo discute con Johansen.

Sin duda era la misión inglesa. Veyprecht, escapado del naufragio del *Tegethoff* (1873), había sugerido que se estableciera alrededor del océano Ártico una serie de estaciones científicas. La misión establecida en el cabo Flora era una de ellas. Pasaremos dos días con ellos y ganaremos el Spitzberg.

“Reemprendemos la marcha y llegamos cerca de tierra.

”De repente creo oír el ruido de una voz, la primera voz extraña desde hace mucho tiempo. En medio de los blancos montículos veo una forma negra: ¡un hombre! Le oigo hablar a un perro. Es un inglés. Avanzo y creo reconocer a Jackson, a quien vi una vez antes de mi partida. Le saludo y nos estrechamos las manos con un cordial: «How do you do?».

”Sobre nosotros, un techo de brumas; debajo, el rugoso banco de hielo; a nuestro alrededor, un paisaje de tierra, de hielo y de nieve. Por un lado un inglés elegantemente vestido, con botas altas de caucho, esmeradamente arreglado, expandiendo un buen olor de jabón, perceptible a los agudizados sentidos de un primitivo. Por otro lado, un salvaje vestido de harapos, envuelto en una larga cabellera y en una espesa barba, cubierta de mugre y hollín”.

El diálogo, muy sucinto, toma un aire de parodia:

—Me alegro de verle —dice Jackson.

—Gracias, yo también.

—¿Tiene aquí algún barco?

—No; mi barco no está aquí.

—¿Con cuántas personas está?

—Viene conmigo un compañero que ha quedado al borde del hielo.

Una duda terrible sobrecoge a Jackson: este hombre debe ser Nansen. Pero ¿dónde está el *Fram*? Perdido sin duda, como estaba previsto, con el resto de la expedición.

Los dos marchan hacia la costa. Jackson se detiene.

—Pero ¿no es usted Nansen?

—Sí.

—¡Por Júpiter, que me alegro de verle!

Nuevas efusiones. Jackson va derecho al grano:

—¿De dónde viene?

—Dejé el *Fram* por los ochenta y cuatro grados de latitud norte, después de una deriva de dos años. Después llegué a los ochenta y seis grados y quince minutos.

Jackson cree sorprender en su interlocutor una expresión de tristeza. Como buen deportista felicita al noruego por la hazaña llevada a cabo. Y no dice nada del *Fram*. Un poco más tarde el equívoco se aclara. Pero Jackson, como podía preverse, no sabe nada de la embarcación.

Nansen y su compañero se unen a los expedicionarios ingleses y, en los trineos de éstos, se dirigen al campamento británico, junto a la costa, donde esperarán al *Windward*, que a fines de julio debe repatriar a la colonia.



Mientras espera, Nansen toma baños, disfruta con las tartas de manteca y estudia geología. Este retorno a la vida intelectual se lleva a cabo con una velocidad que le sorprende. Su salud es excelente. Desde su partida del *Fram* ha engordado diez kilos. Johansen ha pasado de sesenta y nueve a setenta y cinco kilos. “Este brillante resultado lo debemos a nuestro alimento, compuesto exclusivamente de grasa y de carne de oso”.

El 7 de agosto llega por fin el navío de aprovisionamiento *Windward*, que vuelve al mar llevando a bordo a los noruegos. El capitán Brown encuentra en seguida el mar libre, y el día 12 una línea sombría aparece en el horizonte: Vardö, el cabo Norte, la tierra de Noruega.

El piloto baja a tierra. Le interrogan. No hay noticias del *Fram*.

Nansen y su compañero se lanzan a una chalupa y corren al telégrafo. Por el camino sólo una vaca parece reconocerlos. Telegramas a Eva Nansen, al rey, al gobierno. Llueven las respuestas. Invaden la oficina de correos. Pero nada de su embarcación.

Nansen ha dado a conocer, sin embargo, que a su partida todo iba bien a bordo, y que espera a Sverdrup en otoño.

El fundador del movimiento explorador, Baden Powell, se encuentra por casualidad en Vardö sobre su yate *Otarie*, de regreso de Nueva Zembla. Es un amigo. Nansen sube a bordo y ponen ruta hacia Hammerferst, el puerto más septentrional de Noruega. Apenas ha anclado el navío cuando se presenta un hombre de uniforme. Es el jefe de correos.

—He pensado —dice— que este telegrama le interesaría vivamente.

Y sonríe. Nansen abre el despacho: ¡Sverdrup!

“El *Fram* en buen, estado. Todo va bien a bordo. Ganamos inmediatamente Tromsö. Bien venido a la tierra natal”.

“El *Fram* volverá en otoño”, había dicho Nansen.

Hasta el fin la valentía y la lógica habían vencido al terrible norte.

A la partida de Nansen el 15 de marzo de 1895, el *Fram* estaba bloqueado en un lecho de hielo, que derivaba, de un espesor de ocho metros. La sombra de los ausentes pesaba sobre la expedición. La marcha continuaba: observaciones meteorológicas, trabajos de mantenimiento, sorpresas también, causadas por las convulsiones de los bancos de hielo.

En los primeros días de mayo de 1896 aparecieron espacios de agua libre. El día 13 encendieron seis calderas del navío, sin que pudieran librar al barco. El 19 ponen la máquina en estado de marcha, dispuesta a toda eventualidad. El 2 de junio hacen nuevas tentativas.

“En treinta y ocho días de trabajo hercúleo logramos atravesar un espeso banco de hielo de ciento ochenta millas de ancho”.

A las siete ven un navío. No hay noticias de Nansen. A la misma hora ese último, en Vardö, irrumpía en la oficina de correos.

El 14 de agosto anclan en la proximidad de la isla de los Daneses, al oeste de Spitzberg, donde acampó la expedición Andrée, que partió en globo libre a la conquista del Polo y todavía se ignora su paradero.

El 19, a las nueve, la costa noruega está a la vista.

—Si Nansen no ha vuelto —dice Sverdrup—, partiremos en seguida a explorar los parajes de la tierra Francisco José.

Los otros diez lo aprueban.

A las tres de la mañana se lanza Sverdrup al asalto de la oficina de correos, de Skjervö. Una cabeza aparece en la ventana.

—¡Vaya ruido hace usted!

—Es cierto —confirma Sverdrup—, ¡pero vengo del *Fram*!

La puerta se abre.

Sverdrup le refiere que en Spitzberg nadie sabía nada de Nansen.

—De Nansen puedo darle yo noticias —dice el funcionario—. Ha llegado el trece de agosto a Vardö y está actualmente en Hammerferst. Hoy saldrá probablemente para Tromsö a bordo de un yate británico.

Sverdrup corre a llevar la buena noticia a sus compañeros e inmediatamente aparejan para el último viaje. Al día siguiente se encontraban de nuevo reunidos todos los miembros de la tripulación.

Aquel día el *Fram* era el corazón de Noruega, y el 9 de septiembre, en Cristiania (Oslo), el recibimiento fue delirante: ciento treinta buques empavesados escoltaron al minúsculo navío.

JEAN AMSLER.

EL MISTERIO DEL “MARY CELESTE”

El viernes 13 de diciembre de 1872 por la mañana el navío inglés de tres mástiles *Dei Gratia*, con su capitán Moorhouse, que venía de Nueva York, ancló en el puerto de Gibraltar. Moorhouse descendió en seguida a tierra en compañía de su segundo, llamado Olly Deveau, y se dirigió al comandante del puerto, a quien declaró que deseaba dar cuenta de un suceso extraordinario ocurrido en el curso de la travesía.

—Le escucho —dijo el comandante del puerto.

Moorhouse comenzó por sacar un extracto de su Diario de a bordo, cuyo texto era el siguiente:

“El 14 de diciembre, hacia las diez de la mañana, vi una vela en el noroeste, hacia los 37° de latitud norte y 18° de longitud oeste. Al aproximarme reconocí un buque de unas trescientas toneladas. No respondió a mi señal, y cuando estuve un poco más cerca observé que llevaba una ruta oscilante. Pensé que había algo anormal a bordo. Estaba a una media milla. Lo observaba a través de mis gemelos y quedé sorprendido de ver que no había nadie en la barra ni en el puesto de vigía, ni, en una palabra, sobre el puente...”.

El comandante del puerto se puso a escuchar atentamente. Moorhouse continuó su relato, apelando de vez en cuando a la memoria de su segundo para precisar algún detalle.

El buque, sin tripulación visible, continuaba navegando “de modo oscilante” pero a buena marcha. El nombre del velero que tanto les llamó la atención pudo leerse entonces sobre el casco: *Mary Celeste*. Habiéndole alcanzado, el capitán del *Dei Gratia* hizo lanzar al mar una canoa, que llevaba a un teniente y dos hombres. Éstos se aproximaron a la *Mary Celeste* y subieron a bordo.

El puente estaba desierto. Nadie en la barra. Los tres hombres descendieron la escala de popa y visitaron los camarotes. Nadie. Subieron de nuevo y se dirigieron al puesto de la tripulación. Nadie. Nadie en la cocina ni en la despensa. Las calas fueron exploradas también. Estaban llenas de barriles de aceite de ballena y de alcohol, pero ni un ser humano. Ninguna voz respondía a sus llamadas.

El hecho más extraordinario era éste: todo permitía pensar que aquel velero acababa de ser abandonado hacía un instante tan sólo. En la cocina, sobre el hornillo todavía caliente, había una cacerola con un pollo que se acababa de cocer. En el salón la mesa estaba servida: se veían dispuestos varios platos con comida y tazas medio llenas de té, todavía tibio. Cerca de la despensa, algo de ropa recientemente lavada se secaba sobre una cuerda. El teniente y los dos marineros del *Dei Gratia* experimentaban una impresión extraña y angustiada recorriendo aquel navío cuyos ocupantes parecían haberse desvanecido tan súbitamente y de modo incompresible.

Las dos canoas que hubieran podido ser utilizadas para una evacuación se hallaban en su lugar, bien amarradas. No faltaba ninguna embarcación.

En el camarote del capitán los investigadores hallaron un baúl que contenía vestidos femeninos. Un reloj de oro, de hombre, estaba colocado en un clavo. En un rincón yacían un par de botas y el gorro del capitán. En otra camareta hallaron una máquina de coser, un vestido de mujer a medio hacer, y una botella de poción contra la tos, descorchada y con el tapón al lado. Y además diferentes objetos, entre ellos un abanico de perlas, roto; un reloj de mujer, de oro, y partituras de música para piano.

El departamento del teniente estaba completamente en orden, con la cama hecha. En el suelo, una hoja de papel sobre la que estaban escritas unas cifras que parecían corresponder a la paga de los marineros. Sin embargo, los investigadores no pudieron encontrar un solo instrumento náutico ni los papeles de a bordo, a excepción del Diario. Éste terminaba con la data del 24 de noviembre. La última indicación que llevaba era la posición del navío en esa fecha: “36° de latitud norte, 27° de longitud oeste”, con la mención: “Buen tiempo”.

Cuando el teniente se preparaba a bajar de nuevo a la canoa para dar cuenta a su capitán del examen de la *Mary Celeste*, un maullido se dejó oír, proveniente de la cocina. Los tres hombres corrieron allí y vieron un gato subido en lo más alto de un armario que los miraba con sus ojos verdes. Era el único ser viviente que quedaba a bordo, el único testigo de los incomprensibles sucesos. Desgraciadamente este testigo no podía hablar.

El capitán Moorhouse concluyó así su relato:

—Finalmente ordené a tres marineros de mi buque que se quedaran a bordo del velero hallado y lo condujeran en mi seguimiento hasta Gibraltar. Son los llamados Tom Moffat, Biliy Hawley y Charles Manning. Podéis leer sus nombres en la lista que os presento de mi tripulación. La *Mary Celeste* se ha quedado un poco retrasada, pero espero que llegará aquí de un momento a otro. Habiéndoos dado cuenta de estos hechos, espero recibir, cuando llegue el momento, la prima legal concedida a todo capitán que salva un navío abandonado.

A la caída de la tarde del mismo día, viernes 13, de diciembre de 1872, la *Mary Celeste* arribó, a su vez, a Gibraltar, llevando los tres marineros enviados desde el *Dei Gratia*. Las autoridades del puerto subieron en seguida a bordo para la encuesta reglamentaria.

Ésta fue dirigida por el procurador general Solly-Flood, asistido de una comisión especial. El magistrado visitó en persona el *Mary Celeste* por todas partes, inspeccionando el casco y todos sus compartimientos. Descubrió varios indicios. A saber:

En primer lugar el buque tenía en su estrave, y en cada lado del casco, marcas que parecían huellas de abordaje. La batayola de estribor, con muescas, llevaba marcas sospechosas parecidas a manchas de sangre. Por fin los de la encuesta descubrieron a bordo una bayoneta manchada del mismo modo.

El procurador general formuló las primeras conclusiones, según las cuales debió producirse a bordo un motín sangriento, y dirigió un informe en este sentido a las autoridades norteamericanas. Se dirigió al mismo tiempo al Ministerio de Comercio de Londres y a todos los consulados ingleses, y norteamericanos de los principales puertos del mundo, pidiendo que todo sobreviviente de la *Mary Celeste* que pudiera ser descubierto fuera inmediatamente detenido e interrogado. En fin: hizo enviar comunicados a los grandes periódicos anglosajones, invitando a toda persona, susceptible de procurar cualquier informe sobre el navío fantasma o sobre su tripulación, a presentarse a las autoridades. No hay que perder de vista que las comunicaciones eran en 1872 infinitamente más lentas que hoy. Por eso la encuesta había de progresar muy lentamente.

Solly-Flood había notado, entre los vestidos femeninos descubiertos a bordo de la *Mary Celeste*, algunos efectos de pequeña talla. Dedujo de ello que el capitán se había embarcado con su mujer —en aquella época el hecho no era raro— y con su hija. Él procurador general había notado igualmente la presencia de barriles de alcohol en la bodega. He aquí la versión del drama que éste imaginó:

Los marineros, completamente borrachos, se habían amotinado, y asesinaron al capitán, a su mujer, su hija y los oficiales, arrojando todos los cadáveres al mar. Un poco más tarde, ya sobrios, y considerando el mal paso en que se habían metido, se hicieron recoger por algún buque, abandonando la *Mary Celeste*. Esta versión dejaba numerosos puntos sin explicación, pero ¿qué cabía imaginar? ¡Ah, si el gato hubiese podido hablar!

Mientras tanto el propietario de la *Mary Celeste*, llamado Winchester, llegó a Gibraltar. Sacó la lista de la tripulación, tal como estaba formada a la salida de Nueva York. El buque en cuestión había aparejado bajo las órdenes del capitán Benjamín Briggs. Su mujer, Mary, había tomado pasaje a bordo. Pero no había ninguna niña. Todos los vestidos femeninos que encontraron pertenecían solamente a la señora Briggs, que era pequeña y delicada.

Winchester no podía decidirse a creer en la hipótesis de un motín sangriento. Aseguraba que no había armas a bordo. Por otra parte un médico inglés de Gibraltar, después de un minucioso examen de las manchas sospechosas, concluyó que no podía tratarse de manchas de sangre. La versión imaginada por el procurador general se deshacía, pues, pieza por pieza. La que Winchester tuvo tiempo de elaborar, después de saber la desaparición de su tripulación —explosión de barriles de alcohol, terror general y abandono del navío—, no se sostenía, ya que no se veían trazas de explosión. Como se dice, el misterio era insondable.

Un detalle, señalado por Winchester, le añadía, incluso, una oscuridad suplementaria. El piano de a bordo había desaparecido. Para ocupar los ocios de la travesía la señora Briggs pidió a su marido que embarcara su piano, y el capitán había consentido en ello. La *Mary Celeste* zarpó con ese mueble a bordo..., lo que explica que se hubieran encontrado partituras. Pero el piano no estaba. ¿Por qué? Que los que

habían abandonado la *Mary Celeste* se hubieran llevado los instrumentos náuticos se comprende, pero... ¿un piano?

La encuesta se prolongaba. Ninguna huella, ni noticias de un solo superviviente del buque fantasma. El 26 de marzo de 1873 el tribunal de Gibraltar concedió al capitán Moorhouse, que se había quedado allí y que comenzaba a impacientarse, el pago de la prima de salvamento. Sin embargo, por diversas razones, especialmente porque el teniente del *Dei Gratia* no había creído su deber guardar el desayuno encontrado en la mesa del salón de la *Mary Celeste*, la prima fue reducida a la quinta parte del valor del buque. El capitán y la tripulación del *Dei Gratia* se repartieron, pues, una suma de mil setecientas libras esterlinas.

Poco después el *Mary Celeste*, provisto de un nuevo capitán y de una nueva tripulación, gracias a los cuidados de su propietario, salió de Gibraltar con rumbo a Genova, puerto al que estaba destinado su cargamento. El gato de la cocina, único depositario del impenetrable secreto, siguió a bordo.

En 1885 un periodista de Boston, llamado William Klein, que había leído los documentos publicados doce años antes, publicó un relato novelesco que contenía un ensayo de explicación del misterio de la *Mary Celeste*. Esto fue como una señal. Numerosos relatos semejantes aparecieron poco después, primero en Estados Unidos, después en Inglaterra. En 1913, como el misterio no se había aclarado, el *Strand Magazine* de Londres pidió a numerosos novelistas conocidos que explicaran a su modo, la aventura del velero. Conan Doyle, H. G. Wells, Morley Roberts y otros participaron en este concurso, al que el *Temps* de París hizo eco. En 1921 apareció una versión en el *Mercure de France*. Consagraron libros enteros a la *Mary Celeste*.

Durante este tiempo vivía en un pueblo de los alrededores de Liverpool un viejo marino retirado con el nombre de John Pemberton, que por las noches, en las veladas, contaba a menudo, también él, historias marineras. Cuando se pronunciaba en su presencia el nombre de la *Mary Celeste*, alzábale de hombros y decía que todos los que escribían garabatos se burlaban del mundo a propósito de aquella historia. Añadía a veces que él sabía algo, puesto que estuvo a bordo de la *Mary Celeste*. Como nunca iba más lejos, su auditorio reía entonces, creyéndolo una fanfarronada.

Pero cierto día un señor de la ciudad vino a golpear a la puerta de John Pemberton.

—Buenos días —se presentó—. Mi nombre es Keating. No soy policía, sino escritor. Parece ser que usted ha navegado a bordo de la *Mary Celeste*, y creo que es cierto. Además sé no pocas cosas con respecto al navío. ¿Quiere decirme lo que sepa? No tiene nada que temer.

El visitante decía la verdad. Se llamaba Laurence J. Keating y era un conocido escritor y navegante. Desde hacía más de cinco años se esforzaba no en construir una nueva hipótesis, sino en descubrir la realidad. Por ejemplo: se había dirigido a los

parajes donde había sido descubierta la *Mary Celeste*, hizo estudios experimentales con las corrientes, y llegó a la conclusión de que el buque no podía, en absoluto, haber recorrido solo las quinientas millas que separaban la última posición señalada por el capitán Briggs del sitio en que Moorhouse decía haber descubierto el velero. La *Mary Celeste* hubiera sido arrastrada hacia el mar de los Sargazos. Keating habíase puesto en contacto con el hijo del propietario del buque, y con los corredores y agentes marítimos de Nueva York, había registrado miles de archivos. Cuando dio parte a John Pemberton de todo lo que ya había puesto en claro, éste, convencido de que aquel hombre estaba en el camino de la verdad, y que nada podría ahora detenerle, habló. Contó todo lo que él sabía. Keating comprobó lo dicho. El resultado fue un nuevo libro, esta vez no un relato novelesco, sino un auténtico hecho, lleno de talento y de humor, y que tenía además el mérito de explicar perfectamente un misterio por el que se había apasionado el mundo entero.

Solamente podemos, en un breve artículo, dar cuenta de lo esencial de la explicación. Ésta es, en su realidad, más dramática que todo lo que los novelistas habían imaginado.

En septiembre de 1872 la *Mary Celeste* se hallaba en el muelle de Nueva York ante algunos centenares de barriles de aceite de ballena y de alcohol, que tenía que transportar a Génova. Como la tripulación había desembarcado al término del viaje anterior, el capitán Briggs se encontraba solo a bordo con su cocinero John Pemberton.

Poco después, habiendo enrolado a un teniente llamado Wilson y reclutado una tripulación, Briggs, que era muy tacaño, intentó persuadir a sus hombres de que subieran ellos mismos los barriles a bordo de la *Mary Celeste*.

Rehusaron en masa y desembarcaron inmediatamente, así como Wilson. Briggs tuvo que dirigirse a los muelles de carga y descarga, como todo el mundo. Los barriles fueron cargados, a excepción de un centenar, que quedaron sobre el muelle, ya que no cabían en la *Mary Celeste*.

Cerca de este buque se encontraba amarrado un buque inglés de tres mástiles, el *Dei Gratia* —a cuyo capitán, Moorhouse, ya conocemos—. Éste propuso a Briggs encargarse del transporte de los barriles en excedente, lo que Briggs aceptó. Mientras tanto Briggs había enrolado a un teniente llamado Jackson Hulloek, con el que ya había navegado. Pero seguía sin tripulación. Su precedente tentativa de transformar sus marinos en cargadores de muelles, le había hecho el boicot en cierto modo. Confesó esto a Moorhouse, el cual aceptó “prestarle”, como primera base de tripulación, tres marineros de su barco: Tom Moffat, Billy Hawley y Charles Manning. El cocinero John Pemberton vio llegar a los tres hombres con sus baúles a bordo de la *Mary Celeste*. Ellos le dijeron que saldrían con el buque, pero que, desde luego, volverían al suyo una vez que los dos navíos hubieran llegado a San Miguel,

en las Azores, donde se había convenido una entrevista. Algunos días más tarde llegó la señora Briggs y se instaló a bordo de la *Mary Celeste* con su piano.

Mientras tanto Briggs proseguía sus esfuerzos para procurarse el complemento de su tripulación. Se dirigió finalmente al dueño de un bar, espantoso crápula, especializado en el *changayaje*. Ese término designa la operación que consiste en transportar a bordo de los navios que estaban mal de tripulación a los deshechos de la justicia, previsoramente embriagados y drogados. De esta manera se completó el personal de la *Mary Celeste*. Entre los bandidos más siniestros, así reclutados, se encontraba un colosal bruto de nombre Carl Venholt, cochero de Ohio, que no había puesto jamás el pie sobre el puente de un navío. El 7 de noviembre de 1872 por la mañana la *Mary Celeste* y el *Dei Gratia* salieron juntos.

Inútil decir que, apenas en alta mar, los forajidos embarcados bajo el imperio de la droga recobraron sus sentidos y amenazaron con romperlo todo. El teniente Hullock, que sí había visto en semejantes casos, supo intimidarlos. Pero tuvo que luchar con Venholt, a quien administró finalmente una memorable paliza. El gigante de Ohio se dio por avisado y estuvo más apaciguado.

El principio de la travesía se desarrolló sin incidente notable, por lo menos en lo que respecta a la tripulación. A popa la atmósfera no tardó en cargarse de electricidad a causa de la presencia de Mary Briggs. Ésta, indignada por la brutalidad de que Hullock daba pruebas con respecto a los marineros —a decir verdad no había otro medio en absoluto para conseguir ser obedecido por la mayor parte—, no se retenía de decir muy alto su modo de pensar. Hullock respondía groseramente, añadiendo que el piano le destrozaba los oídos y le impedía dormir. El capitán Briggs, hombre débil y sin autoridad, se callaba.

Un día un golpe de mar rompió las amarras que sostenían el instrumento músico. Hullock fue en persona a amarrarlo de nuevo, pero en una posición que, según pensaba él, impediría a la señora Briggs tocarlo. Se equivocaba. Pequeña y menuda, la mujer del capitán logró deslizarse de modo que pudiera seguir tocando su teclado. Hullock, furioso, se consolaba bebiendo grandes copas de aguardiente.

En dieciséis días de viaje la *Mary Celeste* había hecho la travesía de las Azores. El 24 de noviembre Briggs llevó sobre el libro de a bordo la anotación que debía hacerse famosa: “36° de latitud norte, 27° de longitud oeste. Buen tiempo”.

Bruscamente a la caída de la tarde una violenta turbonada del noroeste se abatió sobre el navío. Una ola enorme barrió el puente, tirando al marinero Sansón, que se hallaba en la barra. El navío se puso de costado. Pemberton, desde su cocina, oyó a la señora Briggs lanzar un grito. Afortunadamente Jackson Hullock era un verdadero marino. Asiendo la barra, dio las órdenes que, en algunos minutos, volvieron a poner en pie al navío. Un cuarto de hora más tarde la turbonada había pasado. Pero el drama de la *Mary Celeste* iba a comenzar.

El piano, habiendo roto de nuevo sus amarras, cayó sobre Mary Briggs. Y esta masa rodante, agitada por el cabeceo del barco, pasó varias veces sobre el cuerpo de

la desgraciada mujer. Mary Briggs murió por la noche.

El capitán estaba loco de dolor. Se puso a lavar con alcohol el cuerpo de su mujer, diciendo que quería guardarlo a bordo hasta que llegaran a Europa. Hullock, otra vez borracho para reponerse de sus emociones, atropello al pobre viudo e hizo arrojar el cadáver al mar en presencia de la tripulación, estando Briggs sólidamente sujeto, a fin de que “pudiera asistir a la ceremonia sin turbarla”. Durante todo el tiempo que duró esta escena atroz, Briggs no cesó de acusar a su teniente de haber matado a su mujer. Después fue a encerrarse en su camarote.

A la mañana siguiente salió de allí, y habiendo hecho reunir a la tripulación declaró que Peter Sansón, el hombre que se hallaba a la barra en el momento de la tormenta, merecía la pena capital por haber desertado de su puesto. Debía ser cosido dentro de un saco y arrojado al mar. Los hombres le miraron con estupor. Hullock se arrojó entonces sobre el capitán, le dominó y le ató sólidamente en su departamento. Después volvió con los brazos cargados de botellas de aguardiente, que distribuyó a los marineros. Al mismo tiempo les dijo que el capitán Briggs, dominado por mejores sentimientos, había perdonado a Sansón... y condenado a muerte al piano. El piano, culpable de haber matado y destrozado a su mujer.

Los hombres comenzaban a beber. Entonces se desarrolló una escena burlesca y enloquecedora. Los marinos, injuriando y golpeando al piano, lo arrojaron por encima de la borda, mientras que Briggs, ya fuera de su camarote, cubría de maldiciones al instrumento y tendía los puños hacia el mar. Hullock aconsejó a Briggs que fuera a tomar un poco de reposo, pero éste rehusó. Los hombres estaban más y más ebrios. Eran las diez de la noche. El barco iba al azar...

Hullock entraba de guardia todas las mañanas a las cuatro. Una especie de instinto profesional le despertó, y en seguida tuvo la sensación de que algo iba mal a bordo. Unos minutos más tarde descubría que la *Mary Celeste* había ido a dar con su proa contra unos restos de naufragio, a los que seguía unida. La tripulación, despertada con ayuda de juramentos y algunos puntapiés, se puso al trabajo, y el barco, libre, tomó de nuevo su ruta. En este momento Hullock pareció acordarse de la existencia del capitán. Pero Briggs no estaba en su compartimiento. Ni en ninguna parte. El velero fue registrado enteramente. No pudieron encontrar al capitán.

Hullock debió darse cuenta de que varios marineros le miraban con aire especial —en realidad nunca se pudo saber si él se había desembarazado o no del desgraciado Briggs—, pues se decidió a entregar a la tripulación no varias botellas, sino varias cajas de whisky. La borrachera que comenzó entonces fue sensacional.

Hullock recobró de nuevo sus sentidos hacia las cuatro de la mañana, el 28 de noviembre. Una vez más puso el barco en buena ruta. Pero su autoridad estaba definitivamente comprometida. Los hombres le daban a entender claramente que le denunciarían en cuanto tocaran tierra. El cochero Venholt gritó:

—¡Tú fuiste el que mató a la mujer del capitán!

Siguió a esto una nueva pelea entre los dos hombres. Los marineros los rodeaban lanzando gritos y rociando a los combatientes con aguardiente.

Hullock dio cuenta de su adversario atontándole de un golpe que le dio con un cubo en la cabeza. En este momento preciso el vigía gritó:

—¡Tierra!

—Bien —dijo Hullock—: si me denunciáis, os acusaré de rebelión.

Esta amenaza produjo su efecto, pues la mayor parte de los miembros de la tripulación, bandidos, como hemos dicho, tenían muy poco interés en comparecer ante cualquier tribunal y sacar a relucir sus poco brillantes horas de servicio. Solamente Venholt, que volvía de su desvanecimiento, parecía irreductible. Se levantó, y cogiendo el cubo que había servido para atontarle dio con él un furioso golpe a Hullock.

—¡Te voy a matar! —aulló.

Comenzó la pelea, mezclándose esta vez los marineros, primero con intención de separar a los combatientes, pero acabando por pelearse todos como dementes. De pronto se oyó un grito terrible, y el cuerpo desnudo y ensangrentado del gigante de Ohio pasó por encima de la borda. Pronto desapareció. Los hombres se sintieron, en suma, tranquilos. Pensaban que Venholt no hubiera podido jamás callarse la lengua, acabando por traerles muchas molestias. Para concluir, Hullock les aseguró que si ellos callaban, él callaría también.

La *Mary Celeste* ancló el 29 de noviembre por la tarde delante de Santa María de las Azores. A la mañana siguiente los indígenas llegaron en sus barcas para ofrecerles frutos y víveres. Hullock dijo al patrón de una de las embarcaciones que esperara un instante. Después, volviéndose hacia los marineros, dijo:

—Yo ya he tenido bastante de este sucio barco. Me voy. El que quiera hacer lo mismo que me siga.

—¡Pues nos vamos también nosotros! —gritaron casi todos los demás.

Estaban de nuevo borrachos, o medio borrachos. Además la idea de que tendría lugar una encuesta sobre la desaparición del capitán y la muerte de su mujer a la llegada a un puerto europeo seguía siéndoles muy desagradable. Solamente los tres marineros del *Dei Gratia*, así como Pemberton, declararon que se quedarían a bordo. Hullock arregló las cuentas de todos, incluida la suya, con ayuda del dinero contenido en la caja de la *Mary Celeste* —escribió sus cálculos sobre la hoja de papel hallada más tarde en su camarote—; cogió los instrumentos náuticos y los papeles de a bordo, olvidando el Diario, y descendió a la barca con los otros desertores. Pemberton y sus tres compañeros de a bordo vieron desaparecer la barca tras las rocas.



El encuentro entre Briggs y Moorhouse estaba fijado en San Miguel de las Azores, y la *Mary Celeste* se encontraba en Santa María. Moffat, uno de los tres marineros de Moorhouse, poseía serias nociones de navegación. Pensó que su capitán, no habiendo encontrado la *Mary Celeste* en el sitio de la entrevista, se habría dirigido hacia Europa sin esperar más. Decidió aparejar con esperanza de alcanzar al *Dei Gratia* o de cortar su ruta, o bien obtener noticias suyas por otro navío, ya que el trayecto Azores-Gibraltar estaba muy frecuentado. Y la *Mary Celeste* se dirigió de nuevo hacia alta mar, llevando solamente cuatro hombres a bordo.

Hallaron muchos navíos, pero no el *Dei Gratia*. Estaban ya en el cuarto día de navegación, y los marinos de Moorhouse se mostraban muy inquietos, pues la idea de llegar a un puerto de Europa antes de haber vuelto a ver a su capitán y tener que explicar a las autoridades su presencia a bordo, así como todo lo que había pasado, no los entusiasmaba. El 4 de diciembre, de madrugada, Moffat pidió su situación al vapor portugués *Cambridge*, que pasó cerca de él. Preguntó igualmente si habían visto al velero *Dei Gratia*. “No”, respondió el portugués, alejándose.

Un poco más tarde Moffat, Hawley y Pemberton se sentaron a la mesa, ante el almuerzo preparado por este último. Estaban muy lejos de suponer que aquella comida iba a entrar en la historia. Empezaron a comer muy tristemente cuando Manning, que estaba en la barra, los llamó y les señaló un barco de tres mástiles que venía en su dirección con todas las velas desplegadas. Poco después los tres hombres lo reconocieron. Era el *Dei Gratia*.

Moorhouse, no habiendo encontrado la *Mary Celeste* en la isla de San Miguel, había vuelto a partir muy perplejo. Navegó lentamente, esforzándose en identificar cada navío que encontraba. Y aquella mañana del 4 de diciembre el *Cambridge*, con el que se había cruzado, le indicó: “Un barco acaba de pedirme noticias del *Dei Gratia*. He aquí su posición”. Moorhouse corrigió entonces su ruta y forzó las velas.

Alcanzada la *Mary Celeste*, Moffat fue a bordo del *Dei Gratia* e hizo a su capitán un relato completo. Había detalles en la historia que provocaron sorpresas y exclamaciones, pero Moorhouse era un hombre frío y positivo. Estaba reflexionando el modo de tomar posesión de la nave para lograr la prima de salvamento. Ya se sabe la historia que imaginó.

No todo era falso en aquel relato. Incluso se podía sostener que era verídico en lo esencial y que Moorhouse no dijo la verdad por omisión, pasando en silencio algunos detalles. Ciertamente que la *Mary Celeste* era un navío abandonado. Su tripulación había dejado el buque. Después de todo, Moorhouse no estaba obligado de saber en qué momento. Y ¿por qué ir a contar aquella historia de los tres marineros prestados a Briggs, detalle que no haría más que embrollarlo todo? Era exacto, además, que un desayuno apenas iniciado se hallaba sobre la mesa, en el salón de la *Mary Celeste*, en el momento en que el *Dei Gratia* se unió a aquel velero abandonado. ¿Era necesario decir para quién estaba preparada aquella comida? En resumen: el escenario era perfectamente coherente y casi verídico.

Quedaba un punto delicado: Pemberton. Su presencia a bordo de la *Mary Celeste*, en verdad, lo comprometía todo. Con él, el escenario se hacía imposible. Pero Moorhouse no se ahogaba en un vaso de agua. Hizo venir a Pemberton y le demostró, con muy buen sentido, que él, Pemberton, no debía tener ningún interés en mostrarse como el único superviviente de la *Mary Celeste*. Éste era un velero a bordo del cual habían pasado demasiados sucesos sensacionales o poco explicables. Antes que la justicia hubiera llegado a pronunciarse sobre la historia, John Pemberton se arriesgaba a pudrirse en una prisión durante cierto tiempo.

—Es verdad —reconoció Pemberton.

Moorhouse, contento de verle tan comprensivo, le arregló su paga y le inscribió entre la tripulación del *Dei Gratia* como pasajero.

Nueve días más tarde los dos veleros llegaban a Gibraltar, con algunas horas de intervalo.

Moorhouse, que era hombre prudente, tanto como frío y positivo, tomó la precaución de enviar a Inglaterra, en el primer barco, a su “pasajero Pemberton”. Un poco más tarde, cuando el procurador general, en el curso de su encuesta, envió un mensaje para pedir que interrogaran también a ese pasajero, le respondieron que John Pemberton había vuelto a partir hacia las Indias. Y pasó el tiempo.

Cuando Laurence J. Keating en 1930 logró hablar al viejo cocinero, todos los demás actores y testigos de la aventura, incluso Moorhouse, habían muerto. Pemberton debía tener entonces unos setenta y dos o setenta y tres años.

J. BLOND.

CON MI MUJER POR EL ANCHO MAR

Erling Tambs, novelista noruego, partió con su esposa a la ventura. No estaban citados con nadie, ni nadie los esperaba. Efectuaron el viaje sobre el *Teddy*, pequeño velero de doce metros, en el que vivieron durante tres años: de 1928 a 1931, viajando de Oslo a Australia. En España creció la tripulación con una perra, llamada irónicamente *Viveres de socorro*. En Las Palmas nació Tony, promovido inmediatamente a segundo, que prosiguió el viaje con sus padres “para lo mejor y para lo peor”, según las viejas tradiciones de la marina. He aquí cómo narra el propio Tambs su aventura a partir de este momento:

En esta soleada isla ha visto mi hijo la luz. Nació el 10 de mayo de 1929 en la acogedora mansión de mi amigo Antonio Curbelo, cuyo nombre le puse. Fue desde el principio un chiquillo fuerte. Pesaba trece libras al nacer. Aún no tenía dos semanas cuando su madre, con gran admiración de la población femenina de Las Palmas, se lo llevó a dar su primer paseo por el parque de la ciudad. A las tres semanas ocupaba su lugar a bordo del *Teddy*, y a la edad de seis semanas Tony, el heredero de todos nuestros dominios —innumerables castillos en el aire—, partía con nosotros para su primera travesía, la del vasto océano.

Se necesita una consumada experiencia para aprovisionar la despensa de un barquichuelo que parte para tan larga travesía, sobre todo cuando las posibilidades de aprovisionamiento están dirigidas y limitadas por nuestra economía. Clima, humedad, ventilación, facilidades de cocción, acumulación, e incluso el comportamiento de la embarcación, todo hay que tenerlo en cuenta. Sin embargo, diez meses de navegación nos habían enseñado algunas cosas, y cuando dejamos Las Palmas llevábamos una cantidad de provisiones que no carecía de variedad.

La imposibilidad de cocer el pan no nos preocupaba mucho, pues teníamos cuatro clases de bizcochos.

Eliminamos las salazones, el cerdo, los guisantes y las judías, que han de remojar durante largo tiempo antes de cocer. Una vez en alta mar es difícil hallar en un barquichuelo un sitio donde no se vuelque una cazuela con agua. Más de una vez había soltado una maldición al resbalar sobre guisantes que debían estar en remojo. Además con carne y sopa en conserva fácilmente se confeccionan gran variedad de sabrosos platos.

Llevábamos patatas y cebollas para más de seis semanas, y todas las frutas y legumbres que pudiéramos comer antes que se estropearan. Se conservaron dos semanas.

A medida que avanzábamos por las inmensas soledades del Atlántico, la fuerza de los alisios crecía regularmente. Una especie de bruma comenzó a oscurecer el azul del cielo y se fue haciendo más espesa de día en día, interponiéndose así entre nosotros y el sol, que nos abandonaba paulatinamente.

Las nubes que al principio discurrían pacíficamente, en tonos claros de blanco y oro en lo alto del cielo azul, se aproximaban lenta pero regularmente. Cada día descendían un poco más, aumentando de velocidad, perdiendo sus formas y su luminosidad hasta convertirse en grises y algodonosas, incorporándose a la espesa bruma que llegaba por detrás y desgarrándose bruscamente para perderse más lejos, en la inmensidad gris que parecía querer ocultarnos el cielo para siempre.

Se elevaban ante nosotros montañas de agua, pesadas y amenazadoras, rugiendo furiosas, y lanzando contra los costados del casco montones de blanca espuma.

En aquel mundo terrible *Teddy* corría como un borracho hacia su destino. Yo no podía impedirlo, aunque era el único responsable. De nada servía repetirme, una y otra vez, que todos debíamos perecer juntos. Ahora estaba nuestro hijo, al que no se le había concedido el derecho de elección. Después de todo él tenía derecho a vivir. Entonces rumiaba todos estos pensamientos, acordándome de que, unos días antes, me quejaba de los importunos que me manifestaban que, en su opinión, llevarse al niño a una travesía como aquélla equivalía a poco menos que un crimen.

Pero me tranquilizaba progresivamente diciéndome que también hay peligros en tierra. En el curso de mis precedentes años de navegación me había convencido de que es en tierra donde el mar presenta más peligros.

Además nadie podrá decir que el aire del mar sea malsano. Entregado a sí mismo, el crío se desarrollaba magníficamente. Nadie le molestaba ni andaba dando vueltas en torno suyo para despertar las inquietudes maternas o introducir ridículas píldoras en su tierno tubo digestivo.

Entiéndase bien: yo era un pobre navegante y sólo tenía pobres medios a mi disposición, pero al menos contaba con mi experiencia de marino. En mi juventud navegué durante años en veleros de velas cuadradas. Sabía maniobrar mi barco, y mi confianza en él era ilimitada.

En el décimo día de navegación la tempestad alcanzó su apogeo, después de lo cual el tiempo no dio lugar a quejas. Los días se sucedían sin interrupción. Navegábamos de día y nos poníamos a la capa durante la noche. Así quedábamos prácticamente quietos hasta la mañana siguiente, volviendo entonces a ponernos en marcha.

No encendí los fuegos de ruta durante esta travesía del océano. Sabía que los vapores frecuentaban poco las regiones que atravesábamos, y nos acostábamos prudentemente, como gente bien educada, sin temor de que nos enviaran al fondo del mar.

No había más luz a bordo que un inofensivo farol de anclaje que colgaba de los obenques al viento y que se esforzaba valientemente en brillar, con el doble empeño

de atraer a los peces voladores y de revelar nuestra existencia a cualquier barco que pasara por allí. Solía extinguirse a medianoche, y confieso que jamás tuve el valor de volverlo a encender.

Tony se despertaba regularmente una vez durante la noche para protestar contra el balanceo y contra la situación en general, pero sus quejas se aplacaban con la aparición del biberón.

Al subir por la mañana al puente solíamos encontrar montones de peces voladores que esperaban cortésmente que los friéramos para nuestro desayuno.

Estábamos siempre muy atareados. La preparación de las comidas, la conservación de las velas, el lavado de la vajilla y de la ropa, el aseo y la pesca nos ocupaban tanto tiempo que apenas podíamos leer.

Nos relevábamos en la barra mi mujer y yo; el chiquillo dormía generalmente en su lecho del pequeño apartamento debajo el puente. Incluso mientras dormía el angelito se asía fuertemente a los bordes de su cuna para poner su personita al abrigo del balanceo. Eso era excelente para sus músculos, y se iba convirtiendo en un verdadero marino. Un día, con un tiempo magnífico, una ola traidora penetró en su departamento y el niño, como Moisés en su cuna, emprendió su pequeña travesía. Bien; pues cuando su madre le sacó de allí sonreía como los angelitos.

Progresivamente descendíamos hacia el sur. El mes de julio tocaba a su fin y los baños eran un alivio delicioso a las quemaduras del sol, placer que nos concedíamos cuatro o cinco veces al día. Durante una semana entera vivimos en traje de baño.

Una vez o dos me bañé bastante lejos del barco, unido a un cable; pero cuando los tiburones comenzaron a hacernos compañía, siguiéndonos a veces durante días enteros, hubimos de contentarnos con ducharnos sobre el puente por medio de un cubo que llenábamos en el mar. Tony tomaba su baño diario de agua fría. Jamás se la calentábamos, habituado como estaba desde su nacimiento a tomar baños fríos.

Viveres de socorro se reveló como una alegre compañera, divertida y afectuosa. Descubrió un juego que consistía en pelearse con las cuerdas, enrollarlas en torno de ella, y cuando estaba bien atada, gruñir y tirar con los dientes armando un escándalo infernal. Era su único medio de hacer ejercicio después de una buena comida, cuando cogíamos, por ejemplo, un gran pez o cuando, por cualquier otra razón, cenábamos copiosamente. Pero los días en que andábamos escasos o había de contentarse con algunas galletas, se quedaba tendida bajo la mesa, guardándose bien de malgastar inútilmente su energía.

Mientras tuvimos bacalao a bordo no tuvo que sufrir esos períodos de ayuno, que después se multiplicaron. *Viveres de socorro* se vio reducida, una vez durante varios días, al régimen de galleta y agua clara. Al cabo me apiadé de ella y abrí en su presencia una lata de albóndigas que hizo desaparecer en un santiamén. Al día siguiente, viendo que su pitanza se componía otra vez de galleta y agua, se fue al compartimiento de proa y me trajo, una tras otra, varias cajas de conservas vacías, que yo guardaba para hacer botes de pintura. Me las presentó, pidiéndome, en puro

lenguaje canino, que sacara las albóndigas. Le expliqué que lo sentía mucho, pero que no tenía el poder de hacer milagros. “Tanto peor para mí”, suspiró ella, y atacó resueltamente sus galletas.

Los vientos del nordeste nos trajeron días maravillosos.

El mar era de un azul de ensueño. No encuentro otro calificativo que cuadre a ese espléndido espejo del inmenso cielo que lo dominaba. Un cielo también de ensueño; un infinito azul, en que los alisios, como invisibles pastores, conducían sus brillantes corderos en un rebaño sin fin.

Trazando alegremente su estela en el mar, *Teddy* se cruzaba con enormes bandadas de peces voladores, perseguidos, a veces, por bonitos, doradas o atunes. En esas aguas límpidas podíamos seguir mucho tiempo sus evoluciones.

De vez en cuando veíamos grandes peces en el fondo, quizás a veinte brazas o más de profundidad. Cuando estábamos parados podíamos ver a más distancia a través del agua. Un día tiré al mar una lata de conservas vacía y la seguí con la mirada durante varios minutos, mientras se hundía en la profundidad abisal. Si se tiene en cuenta que en ese sitio el océano tiene más de seis mil metros de hondo, calculo que el viaje de la lata continuó durante horas después de perderla de vista.

Cuando nos hallábamos, según mis cálculos, por los 46° de longitud oeste y 13° 40' de latitud norte, vimos un barco. Esto no me sorprendió, pues lo esperaba. Estábamos en la ruta que siguen los barcos para ir de Nueva York a los grandes puertos de la costa atlántica de Sudamérica. El vapor se hallaba a unas siete u ocho millas, y continuaba su ruta cuando cambió bruscamente y se dirigió hacia nosotros.

Era brasileño, de nombre *Alégrete*, que probablemente hacía ruta hacia La Plata o algún puerto latinoamericano. Cuando estuvo a mi alcance le pedí por señales de banderas que me diera mi posición. Su respuesta me llenó de satisfacción.

Después de mi encuentro con el brasileño enfilé hacia el sur. Para esto tenía dos razones: no quería abordar por el este las islas del Viento, pues allí nacen la mayoría de los ciclones durante el mes de agosto, y por otra parte quería aproximarme a la ruta de los vapores, a fin de ir corrigiendo mi posición antes de aproximarme a la costa.

Hacia el 3 de agosto esperé encontrarme ya con alguno. Hacía una semana que vi al buque brasileño, y, según mis cálculos, debíamos hallarnos por los 11° de latitud norte y 55° de longitud oeste, en una región donde reina un intenso ir y venir de embarcaciones. Todo el que va desde Méjico o desde el canal de Panamá a los grandes puertos sudamericanos, al cabo de Buena Esperanza o más allá tiene que pasar por aquí.

Sin embargo pasó aquel día sin que viéramos la menor humareda. Con todo, el tiempo era muy bueno y la visibilidad excelente.

A la mañana siguiente largué la vela mayor, que estaba recogida desde el 3 de julio. A mediodía mi punto nos situaba por los 11° 44' y 56° 9' oeste. Subí a los obenques una docena de veces, pero no vi nada.

Según mis cálculos, el 5 de agosto debíamos hallarnos a 90' más al oeste, sobre la misma latitud. Estábamos en la región donde se unen las corrientes ecuatoriales del norte y del sur e impulsan fuertemente las embarcaciones hacia al oeste, sobre todo cuando reina en América del Sur la estación de las lluvias y la enorme masa líquida del Amazonas en crecida refuerza la corriente costera. Había oído decir que en esta época del año su velocidad sobrepasa a menudo los tres nudos. De acuerdo con todo esto debíamos hallarnos a ciento o doscientas millas al oeste de nuestra situación.

Incluso suponiendo que, por esas mismas razones, mi longitud no fuera exacta, de todos modos hubiéramos debido encontrar navíos, si es que mi latitud era correcta, cosa que empezaba a dudar seriamente.

La situación empezaba a ser inquietante.

¿Dónde estábamos?

De una cosa estaba seguro: a juzgar por la presencia de innumerables pájaros de mar estábamos cerca de tierra.

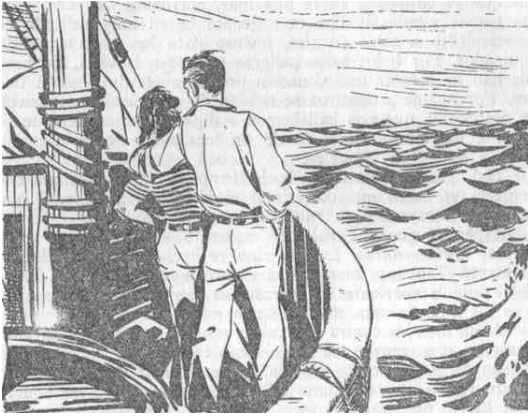
Compréndase nuestra situación. Las Instrucciones náuticas especifican que ningún navío debe intentar acercarse a tierra en estas regiones sin haberse asegurado de la exactitud de su posición. Es una sabia precaución. Rocas a flor de agua, bancos que se extienden hasta alta mar, corrientes que arrastran los barcos y además una mar gruesa hacen muy delicado el acercamiento a estos parajes, incluso para los vapores mejor equipados. Por todos estos peligros ocultos a la vista, los barcos han de señalar una situación precisa antes de llegar a tierra. Por lo que a nosotros se refiere, de mis cálculos sucesivos se desprendía que nos hallábamos —digámoslo sinceramente— en una indeterminada parte de un localizado círculo de quinientas millas de diámetro.

Todo eso lo sabía desde hacía tiempo, pero contaba con encontrar un barco que corrigiera mi situación, y he aquí que habíamos atravesado su ruta sin ver uno solo.

Esperaba que en cualquier momento se alzarán las rompientes ante nosotros. La situación se hacía cada vez más inquietante. Teníamos mar gruesa y poco manejable. Y era indudable que la corriente nos arrastraba rápidamente. No podíamos alejarnos a alta mar. Cuando estaba en la barra deshaciéndome los ojos contra la sombría muralla que se elevaba ante nosotros, una enorme ola rompió con retumbante rugido y una sábana de fosforescente espuma, brillante en la noche como un manto verdoso, se alzó ante mí. Lleno de inquietud me agarré a la barra, preparado a dejar ir la vela para reducir la velocidad del navío.

Mi mujer estaba a mi lado, escrutando con ávidas miradas. Le había dado mis instrucciones y sabía lo que tenía que hacer. Tony dormía pacíficamente en la penumbra de su pequeño camarote. Ni el movimiento del barco ni el peligro que corríamos hacían mella en el chiquillo. Sonreía tranquilamente en su sueño, con una radiante sonrisa que le llenaba la cara de hoyuelos.

Y cuanto más corríamos más atrás dejábamos, a lo lejos, la ruta de los barcos, nuestra única salvaguardia.



En el momento que menos lo esperaba, cuando nos hallábamos en la cresta de una ola, mi mujer tuvo la idea de mirar hacia atrás.

Me cogió del brazo.

—Creo que acabo de ver una luz por babor —gritó muy excitada.

Miré a mi vez, pero no vi nada. Escrutamos los dos el horizonte. ¡Nada! Sólo las tinieblas y la fosforescencia de los rompientes. Sin embargo no quería abandonar la partida. Estaba

demasiado inquieto. Pasé la barra a mi mujer y salté a los obenques.

Era cierto. No había duda: se veía claramente una luz.

Subí más alto, hasta instalarme en el extremo del palo, a pesar de sus inquietantes oscilaciones. Cada vez que llegábamos a lo alto de una ola, distinguía claramente dos luces, una al lado de la otra, una más alta que la otra: los fuegos de los mástiles de un vapor que, en mi opinión, seguía rumbo noroeste. De repente tuve la intuición de que venía del cabo San Roque y se dirigía a los estrechos que separan Trinidad de Tabago.

Sin reflexionar más bajé de un salto, viré de bordo y me dejé llevar rumbo noroeste, con el viento limpiamente de través por la popa.

Entonces descendí y consulté mis cartas. Había que creer que mi suposición era correcta. Ya no dudé.

Basándome en esto puse rumbo hacia los estrechos, al nornoroeste. Tres horas más tarde una feliz confirmación, bajo la figura de un gran paquebote que llevaba nuestra misma ruta, vino a justificar mis suposiciones.

Dos horas después detuve el barco. Si mis cálculos eran exactos debíamos estar precisamente frente a los pasos. Por primera vez desde que salí de Las Palmas encendí los fuegos de ruta.

Al amanecer, cuando aclaró el tiempo después de la tormenta, mi mujer me echó los brazos al cuello hasta casi asfixiarme. Los primeros rayos del sol descubrían los contornos de una isla montañosa cubierta de bosques: ¡Tabago!

Era un viernes: el 9 de agosto de 1929.

Pero ¡qué suerte que mi mujer hubiera mirado precisamente hacia aquella luz! Cinco minutos después se habría hecho invisible, incluso desde lo alto de los obenques, y seguramente no hubiéramos visto otras. Tal vez habríamos zozobrado antes de salir el sol, destrozándonos contra los bancos que se encuentran en la embocadura del Orinoco.

Pero veamos: pensándolo bien ¿fue solamente la suerte lo que nos salvó de esa carrera hacia la muerte?

NÁUFRAGO VOLUNTARIO

Doscientos mil náufragos perecen cada año, de los cuales cincuenta mil han conseguido, sin embargo, embarcarse en canoas de salvamento. ¿Podían haberse salvado esas cincuenta mil vidas? La sensacional hazaña de un joven médico francés así lo prueba. En el año 1952 Alain Bombard pasó ciento trece días en el Mediterráneo y el Atlántico sobre su canoa neumática de cuatro metros y sesenta y cinco centímetros por un metro noventa, el *Hérétique*, en las peores condiciones que pueden hallar los náufragos. Vivió exclusivamente de los productos del mar y demostró que un náufrago desprovisto de recursos puede sobrevivir en la soledad de los océanos. Siendo médico, Bombard observó día a día en su propio organismo las oportunidades de vida y supervivencia en el mar, a pesar de los peligros representados por algunos peces, las tormentas y el desaliento. Transcribimos a continuación un fragmento de su propio relato de la extraordinaria aventura.

En la noche del 12 al 13 de noviembre un tiburón —por lo menos creo que es un tiburón— viene a hacerme una visita. ¿Cómo saber si se trata de un tiburón o de un pez; espada? Cuando me encuentro de día con un tiburón me quedo tan tranquilo; incluso le doy el clásico golpecito de remo en el morro y el animal huye. Pero durante la noche, con el temor de que uno de esos endiablados peces me atravesase con su espada sin darme ocasión de intervenir, he de quedarme a la expectativa hasta que haya identificado al intruso, esperando despierto hasta que se aleja. Y ya se ha terminado mi tranquilidad por esa noche. Los tiburones y otros animales se divierten impunemente jugando al balón con mi barca sin que yo me atreva a intervenir.

Sigue lloviendo a torrentes. El diluvio me obliga a tener montada la tienda y el agua se acumula allí, infiltrándose por todos los intersticios. Al cabo de algún tiempo fuerza los postes y amenaza con hundir la lona. Entonces tengo que achicar. Pocos podrán darse cuenta de la amargura que significa para un náufrago el tener que desembarazarse de su reserva de agua dulce. En estos momentos, incluso sin tiburones ni peces espada, el sueño es prácticamente imposible. El agua cae sin parar. Cada cuarto de hora me veo obligado a achicar. Es incomprensible el daño que puede hacer el agua sobre la tienda, infiltrándose por los menores agujeros.

Poco a poco ha ido naciendo en mí la confusa creencia en la hostilidad de algunos objetos inanimados. Por ejemplo, cuando quiero calcular mi posición, me siento con el lápiz al lado después de medir el ángulo, y comienzo a hacer mis cálculos. Cuando me vuelvo a cogerlo diez segundos después, el lápiz ha desaparecido. Me amenaza la manía de la persecución, a mí, que antes tomaba a risa estas pequeñas contrariedades.

Viernes, 14 de noviembre. — He sufrido más en estas últimas cuarenta y ocho horas que en todo el resto del viaje. Estoy cubierto de pequeños granos y tengo la lengua sucia. No me gusta nada esto. La tempestad ha sido corta y violenta. He tenido que detenerme durante varias horas y arrojar el ancla flotante, pero he vuelto a poner la vela hacia las nueve y media. Sin embargo continúa lloviendo a cántaros, y todo está mojado. Estoy bien de moral, pero empiezo a sentirme físicamente fatigado de esta perpetua humedad, ya que, como no hay sol, no se seca nada. En fin: no creo haber perdido demasiado tiempo. Imposible calcular mi posición. No hay sol ni estrellas, y un nuevo chaparrón se prepara en el horizonte.

El sol es fuerte ahora; el viento, más suave; el mar se ha calmado bastante; ¡pero lo que es ayer...! Se dice que después de la tempestad viene la calma. Lo espero con impaciencia.

Por la noche me coge por detrás una ola gigantesca y me arrastra a impresionante velocidad, llenando de agua el *Hérétique* y rompiendo el timón con un golpe seco. Inmediatamente el barco se pone de través, y la vela golpea violentamente con ruido siniestro, estirándose peligrosamente. Me arrojo a proa para recoger la vela, pero caigo bruscamente sobre la tienda y la desgarró a la altura de uno de los piquetes. ¡Qué irreparable desgracia, ahora que voy a sufrir el asalto de las olas! Arrojo al mar las dos anclas flotantes. Dócilmente el *Hérétique* vuelve la espalda a su dirección habitual y hace frente a las fuerzas enemigas que lo asaltan sin descanso. Estoy físicamente agotado, y arriesgando el todo por el todo decido tomar un reposo que me es absolutamente necesario. Cierro herméticamente la tienda. Voy a dormir veinticuatro horas, cualquiera que sea el tiempo y la violencia de los sucesos.

Las ráfagas duraron unas diez horas, durante las cuales se portó admirablemente mi barco; pero aún no ha pasado el peligro, que amenaza de nuevo, en el momento que amaina el viento y queda sólo el mar embravecido. Cuando el viento y el mar unen sus fuerzas, las olas parecen sujetas por un puño de hierro, y aunque agitadas, no se alzan contra mí. Pero cuando las aguas quedan entregadas a sí mismas, necesitan más tiempo para calmar su cólera, y caen con todo su peso, destrozándolo todo a su paso.

Sábado, 15 de noviembre, 13,30. — Aprovecharemos la lluvia para escribir un poco. Sólo me quedan dos timones; esperemos que basten. Llueve a torrentes desde anoche a las diez. No he visto el sol y estoy empapado. Todo está rezumando y no hay medio de secar nada. El saco de dormir parece de arpillera. No puedo tomar la posición. Es un tiempo tan terrible que una duda me asalta: ¿estaré en el Pozo Negro? Afortunadamente soplan los vientos alisios y llevo buena marcha, demasiado aprisa a veces. ¿No será peligroso para mi vela? ¿Cuándo aclarará el tiempo?

El azul hace algunas tentativas por el oeste, pero el viento viene del este. En fin: ¡mañana quizá! Me espera otra noche divertida. Hacia las siete de la mañana pasa un avión sobre la barca, bastante bajo. En vano le hago señas; mi lámpara no funciona.

En fin: éste es el primer signo de vida desde el 3 de noviembre. Esperemos que no sea el último. Por el oeste está ya bastante claro. ¡Qué maravilla!

En el curso del día se desarrolló una lucha que podríamos llamar la lucha del azul y el negro, y que se me presentó como una verdadera batalla cósmica entre el tiempo bueno y el malo. Comenzó en el oeste, por un punto azul, grande “como una gorra de gendarme”, como dice la canción. No podía imaginar sus consecuencias. Las nubes negras, de un negro de tinta densa y sin una fisura, parecían conscientes de su fuerza y marchaban regularmente al asalto de aquel desdichado botoncito azul. Pero éste iba desbordando sus límites, y al cabo de unas horas se vieron por el sur y por el norte — es decir: a mi derecha y a mi izquierda— varios puntitos azules perdidos. Aquella gigantesca mancha de tinta continuaba avanzando, decidida a devorarlos; pero si el negro trataba de invadir, el azul procuraba infiltrarse, y poco a poco fue el negro perdiendo fuerza y dominó el buen tiempo. Y al fin ganó, hacia las cuatro de la tarde.

¡Oh Dios mío! ¡Qué bueno es el sol! Estoy cubierto de erupciones cutáneas, pero el sol está ahí.

No sabía que comenzaba entonces el período más penoso de todo el viaje.

Desconocía mi posición. El sol, ausente desde hacía tres días, me había dejado en una ignorancia absoluta, y el domingo, 16, tomé el sextante con mucha aprensión para tomar la posición. ¡Qué maravilla! No había descendido. Seguía sobre una latitud que pasaba al norte de Guadalupe, exactamente a los 16° 59'. Eso era lo esencial. Por lo demás el barco parecía un auténtico campo de batalla. Había perdido el sombrero durante la tempestad y ya no tenía otra cosa para protegerme del sol tropical que un delgado bonete de tela embreada e impermeable, insuficiente en semejante clima. La tienda estaba desgarrada en dos sitios, y aunque el barco en sí no había sufrido, en el interior todo estaba empapado de agua salada. Aunque a esto siguieron dos días de sol, la humedad de la noche continuó impregnando mis vestidos calientes y las ropas de dormir. Ya no había de saber lo que era una noche seca antes de tocar tierra.

Un suceso muy inquietante vino a demostrarme que era preciso mantenerse vigilante.

Durante la tempestad tuve que proteger la popa de la *Hérétique* contra la resaca de las olas que amenazaban en todo momento con llenar el frágil esquife, y extendí dos grandes trozos de tela engomada sólidamente fijados a las puntas de mis flotadores para impedir que las olas me cubrieran de espuma. Una vez calmada la tempestad juzgué inútil suprimir esa protección. A la noche siguiente un ruido espantoso me hizo saltar de mi saco de dormir. Las protecciones de caucho habían desaparecido, arrancadas. Comprobé que los flotadores estaban intactos y



perfectamente hinchados. Un animal, que no pude ver, atraído sin duda por el color amarillo brillante de la tela, que pendía entre los flotadores, la arrancó saltando fuera del agua. Lo hizo con tal precisión que no pude ver las huellas de la mutilación.

Llevaba sufrido mucho. Estaba muy débil y cada movimiento me causaba una fatiga extraordinaria, como sucedió después de mi largo ayuno mediterráneo. Había adelgazado en extremo. Pero lo más grave era el estado de mi piel. Vivía en perpetuo temor de una forunculosis, que en las actuales circunstancias hubiera sido catastrófica. Me habría producido un dolor agotador, impidiéndome sentarme o acostarme.

Para evitar estos riesgos, el único medicamento de que disponía era el mercurocromo, que me daba un aspecto trágico y sangriento. Por la noche el dolor se hacía violento, e insoportable el contacto con la tela. A la menor herida se me manifestaba una tendencia general a la supuración, y había de desinfectar cuidadosamente todas mis llagas. Tenía completamente descarnadas las uñas de las manos, y entre ellas se formaban bolsitas de pus, muy dolorosas. Las tuve que abrir sin anestesia. Claro que hubiera podido emplear la penicilina que poseía, pero quería hacer una observación médica completa sin modificación de medicamentos, por lo menos durante todo el tiempo que pudiera resistirlo. Finalmente la piel de los pies se me caía en jirones, y en tres días perdí las uñas de cuatro dedos.

No hubiera podido resistir a no ser por el suelo de madera. Por eso estimo que debe instalarse un suelo de este material en toda barca de salvamento. Sin él puede sobrevenir la gangrena o por lo menos graves molestias artríticas.

Por el momento sólo tenía molestias locales. La tensión seguía bien; la transpiración, regular. A pesar de todo saludé con alegría al victorioso sol que apareció el 16, y que pondría fin a todos los males producidos por la constante humedad. No sabía entonces que aquel sol me iba a hacer pasar las peores pruebas durante los atroces veintisiete días que siguieron.

Ya ves, pues, amigo náufrago, que nunca hay que dejarse dominar por el desaliento. Debes saber que cuando te parece haber llegado al límite de la miseria humana, se presentan circunstancias que pueden cambiar el aspecto de las cosas. A pesar de todo no esperes demasiado, ni olvides que, aunque algunas pruebas parezcan insoportables, pueden venir otras que borrarán el recuerdo de las primeras. Cuando te duelen las muelas, crees que eso es lo más terrible, y con gusto lo cambiarías por un dolor de oídos. Pero luego llega éste, y el dolor de muelas te parece un agradable recuerdo. Ya te parezca lo mejor o lo peor, solamente puedo darte un consejo: consérvate ecuánime.

Lo que afirmo rotundamente es que una embarcación de salvamento puede resistir en el mar mucho más de diez días y navegar de sobra hasta librar al náufrago de la muerte. Mi *Hérétique* es uno de esos tipos de embarcación. Yo daré al náufrago unas reglas de vida y le detallaré el empleo del tiempo que le permitirá ocupar activamente sus días, manteniendo su voluntad tendida hacia su meta: la vida.

Un hombre que cree haber llegado al límite de la desesperación puede hallar siempre nuevos alientos para continuar y levantarse como antes, cuando sus pies toquen tierra.

En el fondo de las barcas de salvamento debía imprimirse un mapa de los vientos y corrientes de todos los mares del globo. Aunque estuviera incluso junto a la costa africana, el naufrago podría llegar a América, cualquiera que fuera la distancia.

Para darle esperanza y convencerle de que la vida le espera al término de sus pruebas, quisiera que se imprimiera también: “Recuerda que un hombre lo hizo en 1952”.

Pero esta experiencia confirma también que no se puede ni se debe arriesgar la vida más que por una causa útil.

Esperar es tender hacia un estado mejor. Después de la catástrofe el naufrago, desprovisto de todo, sólo tiene que esperar. Se le presenta brutalmente el problema de vivir o morir. Y, echando mano de todos sus recursos y toda su fe en la vida, ha de hacer uso de su valor para luchar contra el desaliento.

Niños, jóvenes que creéis poder haceros famosos e ir gratis a América en barca, o hasta más lejos quizás, os lo suplico: reflexionad o venid a verme. Obcecados por espejismos y engañados por la aparente facilidad del proyecto, creeréis embarcar para una excursión de placer, y os daréis cuenta de la gravedad de esa lucha por la vida cuando ya sea demasiado tarde y no tengáis el valor de reunir todo vuestro coraje. El pánico será tanto mayor cuanto que habéis arriesgado inútilmente la vida. ¡Y hay tantas ocasiones de arriesgarla por una noble causa!

Pero tú, naufrago, mi hermano, si quieres creer y esperar, verás que tus riquezas, como en la isla de Robinsón, aumentarán de día en día. Y no tendrás motivos para dudar.

A BORDO DE LA “KON TIKI”

Habiendo descubierto que los predecesores de los incas del Perú y los antepasados de ciertos polinesios adoraron al mismo dios, el sol, Kon Tiki, un joven sabio noruego, Thor Heyerdahl, dedujo que había habido emigraciones del Perú a Polinesia a través del océano Pacífico. Le objetaron que en aquella época lejana los peruanos no tenían más que balsas, y que era imposible atravesar el Pacífico en tales embarcaciones. Para demostrar la verdad de su hipótesis, Thor Heyerdahl hizo construir una balsa exactamente igual a los antiguos modelos, tomó cinco compañeros, hombres duros como el granito, y un loro, e intentó la experiencia..., y triunfó. Durante los cien días de su viaje, en 1947, fueron presas del mar y sus habitantes, visitantes algunos tan asiduos como notables... Del relato de su viaje entresacamos uno de los fragmentos más interesantes.

Involuntariamente Knut tuvo un día una sesión de natación con un tiburón. Teníamos prohibido alejarnos durante el baño, tanto por la desviación de la balsa como por los tiburones. Pero un día en que el mar estaba completamente tranquilo, y acabábamos de atrapar todos los tiburones que nos seguían, tuvimos una desagradable sorpresa. Knut se zambulló el primero. Se alejó mucho antes de remontar a la superficie e iniciar el regreso. En este momento vimos desde el mástil una sombra, más grande que su cuerpo, que subía tras él. Lanzamos un grito de alarma con la mayor calma posible, a fin de no asustarle, y él se dirigió nadando con todas sus fuerzas hacia el borde de la balsa. Pero aquella sombra pertenecía a un nadador más notable aún, que subiendo de las profundidades ganaba terreno rápidamente. Alcanzaron la embarcación al mismo tiempo. Un tiburón de seis pies se deslizó bajo el vientre de Knut, mientras éste subía a bordo, y se detuvo al lado de la balsa. Le obsequiamos con una gran cabeza de dorada, en agradecimiento de que no hubiera matado a nuestro camarada.

Más que la vista es el olor del cebo lo que excita la voracidad de los tiburones. Para hacer esa experiencia nos sentábamos con las piernas en el agua. Después de acercarse a menos de un metro de distancia, nos volvían tranquilamente la espalda. Pero si había la menor gota de sangre en el agua, como cuando acabábamos de limpiar el pescado, se animaban sus aletas y acudían desde lejos como moscas. Y cuando les arrojábamos vísceras de tiburón, les dominaba un verdadero frenesí. Devoraban salvajemente el hígado de sus parientes. Si entonces metíamos un pie en el agua, se lanzaban como cohetes, y como no encontraban el pie, que habíamos retirado precipitadamente, clavaban sus agudos dientes en la madera de la balsa. Estando a merced de sus propias emociones, sus reacciones presentan gran variedad.

En el último grado de nuestras relaciones con el tiburón, llegamos a tirarle de la cola. Tirar de la cola a los animales está considerado como un deporte inferior, pero esa opinión debe provenir de que nadie lo practica con el tiburón. Porque en realidad es una diversión muy movida.

Para atrapar a un tiburón por la cola es preciso darle primero de comer. Si se le ofrece un gran trozo —generalmente metido en un saco—, siempre está dispuesto a sacar la cabeza del agua. Alimentarlos a mano es muy peligroso. Un oso o un perro toman en seguida con los dientes la carne que se les tiende y la desgarran en trozos o arrancan el pedazo entero, Pero si uno sostiene una dorada a prudente distancia de la cabeza de un tiburón, éste sube a la superficie y, sin que se sienta la menor sacudida, desaparece la mitad del cebo y sólo queda entre los dedos la cola del pez.

Nos costaba bastante partir una dorada con un cuchillo, pero en una fracción de segundo el tiburón, con rápido movimiento lateral de sus dientes triangulares de sierra, cortaba el pez, espina dorsal y todo, como lo haría una máquina de cortar salchichas. Cuando se volvía tranquilamente para zambullirse, era fácil cogerle la cola que sobresalía del agua. La piel ofrece la misma resistencia que el papel de lija, y al extremo de la cola tiene una escotadura que parece colocada a este propósito. Una vez se le coge no hay que aflojar la tensión, y antes que el animal se suelte se pasa la cola por la borda con brusco movimiento. Durante un segundo o dos el tiburón quedaba aturdido. Después comenzaba a retorcerse y debatirse suavemente, con la parte anterior de su cuerpo; pero un tiburón no puede moverse aprisa sin ayuda de la cola. Después de algunas sacudidas desesperadas, durante las cuales era preciso sostener fuertemente, el animal quedaba sorprendido y abatido. El vientre, relajado, se le deslizaba hacia la cabeza y se producía una verdadera parálisis. Esperando a ver qué pasaba, pendía como anquilosado, y aprovechábamos este momento para subirlo con todas nuestras fuerzas. Raras veces conseguimos sacar del agua más de la mitad del pesado pez, pero entonces se reanimaba y hacía solo el resto del trabajo. Por medio de violentos movimientos lograba volver la cabeza y colocarla sobre los troncos que formaban la embarcación.

Tirando rápidamente procurábamos apartarnos lo más aprisa posible si queríamos salvar las piernas. Pues en aquellos momentos el tiburón no estaba precisamente de buen humor. Girando en todas direcciones, su cola golpeaba como un martillo contra el muro de bambú. No ahorraba esfuerzo a sus músculos de hierro. Abría desmesuradamente la enorme garganta y chasqueaban en el aire las filas de dientes, tratando de asir cuanto se hallaba a su alcance. Esa danza guerrera terminaba a veces con una caída, más o menos involuntaria, por encima de la borda, y el tiburón desaparecía para siempre después de su humillante derrota. Pero en general iba a caer sobre los troncos de popa, donde conseguíamos pasar un nudo corredizo alrededor de su cola. Y cesaba para siempre de utilizar sus infernales dientes.

Cuando teníamos un tiburón sobre el puente, el loro estaba encantado. Salía del departamento de bambú y, subiendo rápidamente a lo largo del muro, iba a buscar

sobre el techo de palmas un buen puesto de observación, al abrigo de todo peligro. Una vez colgado allí sacudía la cabeza y saltaba de un extremo a otro del techo, gritando de entusiasmo. Este loro se hizo pronto un excelente marino, siempre alegre. Nosotros decíamos que éramos siete a bordo: los seis y el loro verde. El cangrejo *Johannes* —otro involuntario compañero de viaje—, animal de sangre fría, tuvo que aceptar que lo conserváramos como un simple accesorio. El loro pasaba las noches en su jaula, bajo el techo de la camareta; pero durante el día se paseaba por el puente o colgaba de los obenques y los estayes ejecutando graciosos giros acrobáticos.

Al principio colocamos tensores sobre los estayes del mástil, pero como éste desgastaba las cuerdas, las reemplazamos por nudos corredizos corrientes. Cuando los estayes se relajaban con la acción del viento y del sol, nos lanzábamos todos a sostener el mástil. De madera de manguiero, dura como el hierro, hubiera podido rozar contra las cuerdas y cortarlas. En los momentos más críticos, mientras tirábamos y halábamos, el loro empezaba a gritar con su voz aflautada:

—¡Arriba, arriba! ¡Jo, jo, jo! ¡Ja, ja, ja!

Y si nos echábamos a reír, él también rompía a carcajadas con su broma, dando vueltas por los estayes.

Al principio fue una calamidad para los operadores de la telegrafía sin hilos. Cuando estaban sentados en un rincón, y tranquilamente absortos en su aparato a punto quizá de entrar en contacto con Oklahoma, sus mágicos auriculares quedaban mudos. Giraban a toda prisa los mandos, pero no captaban el menor sonido. El loro había logrado cortar la antena receptora con el pico. Ésta fue una de sus ocupaciones favoritas en los primeros tiempos, cuando el hilo aéreo estaba unido a un globo. Pero un día cayó nuestro favorito gravemente enfermo. Hacía tristes gestos en su jaula y no quiso tomar alimento durante cuarenta y ocho horas. Sus excrementos estaban brillantes a causa de los trocitos dorados de antena. Los operadores se arrepintieron de sus injurias, y el loro se arrepintió de sus maldades. A partir de aquel día Torstein y Knut se convirtieron en sus amigos preferidos, y sólo quiso dormir en la cámara del transmisor. Cuando el loro llegó a bordo, su lengua natal era el español; pero Bengt dijo que ya lo hablaba con acento noruego aun antes de empezar a imitar las expresiones favoritas de Torstein, de sabor muy nórdico.

El buen humor y los brillantes colores del loro hicieron nuestras delicias durante dos meses, pero un día se alzó por popa una gruesa ola que se lo llevó cuando bajaba del mástil. Cuando nos dimos cuenta de que nuestro amigo había caído al mar era ya demasiado tarde. La *Kon Tiki* no podía volver atrás ni detenerse. Si algún objeto pasaba por encima de la borda, no había medio de recobrarlo.



La pérdida del loro nos dejó muy deprimidos la primera noche. Sabíamos que lo mismo sucedería si caíamos de la balsa durante la solitaria guardia de noche.

Hicimos más estricto nuestro reglamento de seguridad. Para las guardias nocturnas sacamos cuerdas de salvamento completamente nuevas, y nos recordamos mutuamente que no había que pensar que ya estábamos a salvo porque las cosas fueran bien durante dos meses. Un paso imprudente, un movimiento irreflexivo, podían enviarnos, incluso en pleno día, a reunimos con el loro.

Una noche, a hora avanzada, Knut estaba trabajando a la luz de su lámpara en la cámara de la telegrafía. De pronto vino a tirarme bruscamente de la pierna para anunciarme que acababa de hablar con alguien que vivía en Oslo y que se llamaba Christian Amundsen.

El rey Haakon celebraba al día siguiente su setenta y cinco cumpleaños. Le enviamos directamente desde la balsa un mensaje de felicitación. A la mañana siguiente Christian se dejó oír de nuevo y nos tradujo la respuesta del rey, que nos deseaba buena suerte y pleno éxito para el resto de la travesía.

Es muy fácil gobernarse por las estrellas, una vez se las ha visto desplazarse por el cielo durante varias semanas seguidas. Aparte de ellas no había mucho que mirar durante la noche. Podíamos adivinar por dónde íbamos al ver las diferentes constelaciones. Cuando subimos hacia el ecuador, la Osa Mayor se levantó tan clara en el horizonte norte que temimos ver la Estrella Polar, que aparece en el momento en que, viniendo del sur, se atraviesa la línea ecuatorial. Pero a medida que se establecían los alisios del nordeste, la Osa Mayor se fue hundiendo en el horizonte.

Los antiguos polinesios fueron grandes navegantes. Registraban la posición del sol durante el día y la de las estrellas durante la noche. Era asombroso su conocimiento de los cuerpos celestes. Sabían que la tierra es redonda, y tenían nombres para designar conceptos abstractos, como el ecuador, los meridianos y los trópicos de Cáncer y Capricornio. En Hawai dibujaban cartas marinas en las cortezas de las calabazas, y en otras islas hacían mapas con ramas trenzadas: los moluscos indicaban las islas, y las ramitas las corrientes especiales. Los polinesios conocían cinco planetas que llamaban estrellas viajeras, y distinguían las estrellas fijas en número de doscientas. En la antigua Polinesia un buen navegante sabía perfectamente por qué parte del cielo se levantaban las diferentes estrellas y dónde estarían a distintas horas de la noche y en cada una de las épocas del año. Conocían las estrellas que se alzaban sobre cada isla y a todas les dieron nombres.

Comprendían que el cielo estrellado es como una brújula gigante cuya aguja gira de este a oeste, y además que las estrellas que brillaban sobre sus cabezas les indicaban a qué distancia se hallaban del norte o del sur.

Pocos días después sufrimos nuestra primera tempestad. Para empezar los vientos se extinguieron completamente, y las blancas nubes, ligeras como plumas, que

viajaban por el azul del cielo, quedaron ocultas por un banco espeso de nubes negras que llegó del sur. En seguida vinieron las ráfagas, en direcciones tan imprevistas que el que estaba de guardia no podía conservar el dominio del timón. Nos apresuramos a girar la popa en la nueva dirección del viento para permitir que la vela se hinchara con seguridad. Ea seguida llegaron las ráfagas del otro lado, aplastando la curva majestuosa de la tela, que golpeaba por todas partes, con peligro de la tripulación y del cargamento. Después, de aquella misma dirección por donde llegaba el mal tiempo, empezó bruscamente el viento a soplar más y más fuerte, a medida que las nubes negras avanzaban hacia nosotros. La brisa que se mantenía entre las ráfagas se hizo más fresca y acabó por convertirse en un verdadero huracán.

En un tiempo increíblemente corto las olas alcanzaron una altura de cinco metros, algunas llegaron a los siete, de modo que estaban al nivel de la punta del mástil cuando nos hundíamos en su cresta. Teníamos que asirnos fuertemente al puente, doblados en dos, mientras el viento sacudía los muros de bambú y aullaba en las jarcias.

Cuando el tiempo calmó creímos que los grandes peces que nos rodeaban se habían vuelto completamente locos. El agua estaba llena de tiburones, de atunes, de doradas y bonitos que se agitaban desatinados bajo la balsa y en las olas más próximas. Era una lucha incesante y mortal. Con el dorso arqueado, los grandes peces se perseguían y desaparecían como flechas, y el agua se teñía constantemente a nuestro alrededor de sangre espesa. Los principales combatientes eran los atunes y las doradas. Éstas llegaban en grandes bancos cerrados que evolucionaban con mayor facilidad y rapidez que de ordinario. Los atunes hacían el papel de asaltantes, y a menudo saltaba fuera del agua un pez de ciento cincuenta o doscientas libras, con una cabeza ensangrentada de dorada en la boca. Pero aunque algunas doradas huyeran a toda velocidad de los atunes que las perseguían, el banco no cedía una pulgada de terreno, aunque algunos de sus miembros, con sangrientas heridas en la nuca, giraran en terribles contorsiones. De vez en cuando, cegados por la rabia, los tiburones se batían con los enormes atunes, que encontraban en ellos superiores adversarios.

El 21 de julio cayó de pronto el viento por segunda vez. Durante unos momentos reinó una calma absoluta y opresora, cuyo significado conocíamos por experiencia. En efecto: después de violentas ráfagas del este, del oeste y el sur, el viento, más fresco, se volvió francamente al sur, de donde subían nubes negras y amenazadoras. Herman estaba fuera con su anemómetro y midió más de catorce metros por segundo. De pronto el saco de dormir de Torstein resbaló fuera de la balsa. Y lo que siguió llevó menos tiempo del que se necesita para contarlos.

Tratando de coger el saco al vuelo, Herman dio un paso imprudente y cayó al mar. En medio del estruendo de las olas oímos un débil grito de auxilio, y vimos la cabeza de Herman y su bazo que nos hacía señas, al mismo tiempo que un confuso objeto verdoso giraba en torno suyo. Él luchaba desesperadamente por alcanzar la balsa cortando las olas que le alejaban por la parte de babor. Torstein, que se

mantenía en la barra, y yo, que estaba a popa, fuimos los primeros en advertirlo, y quedamos helados de espanto. Gritamos "¡Hombre al agua!" con toda la fuerza de nuestros pulmones, precipitándonos hacia el material de salvamento más próximo. Los otros no oyeron el grito de Herman por el ruido de las olas, pero en pocos segundos reinó entre nosotros la mayor animación. Herman era un excelente nadador, y aunque comprendimos en seguida que su vida estaba en peligro, teníamos la débil esperanza de que lograría alcanzar la balsa antes que fuera demasiado tarde.

Torstein, que estaba el más próximo, se arrojó sobre el cabrestante de bambú, donde enrollábamos la cuerda que utilizábamos para la canoa. Por primera y única vez en todo el viaje, la cuerda se enganchó. Todo eso fue cosa de unos segundos. Herman estaba ya al nivel de la popa de la balsa, sólo a unos metros de distancia, y aún confiaba en llegar hasta la pala del timón y agarrarse allí, pero ésta se le escapó de los dedos y ¡Herman vino a caer precisamente en el sitio donde la experiencia nos había enseñado que no se podía recuperar nada! Mientras Bengt y yo echábamos una pequeña embarcación neumática al agua, Knut y Erik lanzaron el salvavidas provisto de una larga cuerda que siempre estaba dispuesto a un extremo del techo de la cámara. Pero el viento era tan fuerte aquel día que lo rechazó. Herman estaba aún muy lejos, nadando con todas sus fuerzas para mantenerse a la velocidad de la balsa, pero la distancia que nos separaba seguía aumentando. Sus últimas esperanzas se cifraban en la embarcación de salvamento. Sin la amarra que lo frenaba, el botecillo de caucho hubiera podido alcanzar al nadador, pero quizá no hubiera vuelto nunca a la *Kon Tiki*. En todo caso, tres nombres en un bote de caucho tenían más oportunidades de salvarse que un hombre en el mar.

Entonces vimos que Knut se lanzaba de repente de cabeza al mar. Llevaba el salvavidas en una mano y nadaba con todas sus fuerzas. Cada vez que la cabeza de Herman aparecía en la cumbre de una ola, Knut había desaparecido, y cada vez que Knut aparecía, Herman ya no estaba allí. Pero por fin vimos al mismo tiempo las dos cabezas. Nadando el uno al encuentro del otro, se cogieron al salvavidas. Knut agitó los brazos y nosotros cuatro cogimos la cuerda a que estaba atado el salvavidas y tiramos con todas nuestras fuerzas, con la mirada fija en el gran objeto oscuro que ondulaba detrás de nuestros dos camaradas. Un misterioso animal que asomaba por las olas un gran triángulo verdoso causó cierta emoción a Knut en el momento en que nadaba hacia Herman. Sólo Herman sabía que aquel triángulo no formaba parte de un tiburón ni de ningún otro monstruo marino. Era una esquina hinchada del saco de dormir impermeable de Torstein. Pero el saco no flotó por mucho tiempo después que izamos a bordo a los dos camaradas, sanos y salvos. Cualquiera que fuera la criatura que lo arrastraba a las profundidades, acababa de encontrar una presa mejor.

— Me alegro de no haber estado dentro de él —dijo Torstein al volver a ocupar el timón.

Ya no cruzamos más bromas aquella noche. Durante unos instantes todos sentimos un temblor que nos heló hasta la médula de los huesos. Y, sin embargo, a

ese temblor se mezclaba una cálida gratitud, porque seguíamos siendo seis a bordo.

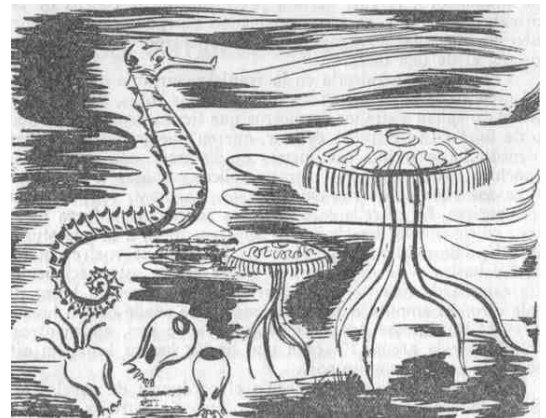
EL MUNDO MISTERIOSO Y FANTÁSTICO DEL MAR

El mundo de las aguas, del que emergió en un pasado fabuloso la vida terrestre, está situado bajo los signos del miedo y de la muerte. La muerte por vejez es un acontecimiento excepcional en el mar. Casi todos sus habitantes perecen violentamente. En el estómago de una sola sardina han sido encontrados veinte millones de animales microscópicos.

Por extraña crueldad, el espanto y el horror han tomado aquí los colores de los cuentos de hadas.

Las actinias, las anémonas del mar, esas flores maravillosas de los hoyos roqueños, que tienen colores de vidrios venecianos o de esmaltes raros, ocultan debajo de su belleza la realidad de una pesadilla atroz. Sus pétalos, que tienen delicados matices de porcelana, son tentáculos envenenados. Pueden capturar en esa cabellera viva peces o cangrejos más grandes que ellas; los engullen con una fuerza increíble; los bracitos viscosos los inmovilizan y les inoculan un veneno que deja aturdido y yerto. El cuerpo de la anémona no es más que un enorme buche en que la presa viva se disuelve lentamente. Cuando se coge una anémona con la mano se siente una picazón seguida de una ligera urticaria, porque su veneno obra también en la piel del hombre.

El mar es un campo de batalla cuya playa es el cementerio. En el cieno de la marea las espinas, las conchas vacías, los cadáveres de medusas y cangrejos son testigos de las mil tragedias desconocidas que se desarrollan en el fondo. Las pulgas de mar que brincan en esos escombros son los enterradores empleados por el elemento líquido; inyectan en los cadáveres su saliva, que transforma las carnes en líquido incoloro. Se han llegado a contar hasta veinte mil en un solo cadáver de ursino.



El mar carnívoro ha delegado a un embajador de la ferocidad para que actúe en la playa. Por las rocas de la costa corretea una fiera disfrazada de carnero, que viste una concha que tiene aire bonachón y alegres colores; es el cruel “carnerillo horadador”, el cual perfora pacientemente la concha de las ostras y almejas para tragar el blando cuerpo de su morador: necesita dos días para agujerear el caparazón de una almeja, y seis, el de una ostra.

Comienza la carnicería en la franja susurrante de la resaca. Al nivel de la bajamar, en los huecos de las rocas, andan arrastrando o saltan extraños carniceros que tienen

aspecto de frutas o de flores. Las estrellas de mar, que en nuestras playas llegan a medir hasta treinta centímetros de diámetro, son tragonas de conchas. Saben abrir las ostras. Aplican su boca a la concha y se sostienen sobre sus cinco brazos. La ostra, vencida, tiene que abrirse. La estrella saca entonces su estómago fuera de la boca, dirigiéndolo derechamente hacia su presa, a la que aturde inyectándole un líquido paralizador. La ostra se vuelve enteramente pasiva y se deja devorar sin el menor estremecimiento. La estrella de mar es casi inmortal. Si le cortan un brazo, le sale otro. El amputado sigue viviendo y se añade cuatro brazos nuevos. Finalmente dos estrellas, en vez de una, andan arrastrando por la arena. En cada uno de los brazos brilla un ojo señalado por un puntito rojo.

Ofrece un curioso espectáculo el cardumen de conchas de Santiago cuando es perseguido por otro de estrellas de mar. Estas conchas, que poseen tentáculos y ojos, pueden trasladarse con rapidez, sobre todo si son jóvenes. Brincan en los charcos y dan vueltas y revueltas con prontitud, como los derviches. Se las ve huir dando saltos y naciendo gran ruido, como de casteñeteo, con las conchas, mientras que las estrellas de mar, que se muestran agresoras, las persiguen alzándose torpemente sobre sus cinco brazos.

El ursino o equino, que parece la imagen de la pasividad absoluta, tiene temibles dientes perforadores. No vacila en atacar a los grandes crustáceos. Es el ciempiés del mar. Se mueve lentamente sobre sus púas provistas de glándulas, que segregan veneno; entre éstas bullen centenares de pequeñas ventosas y pinzas minúsculas. El que se atreve a acercarse al ursino es asido por una de esas pinzas, la cual lo pasa a la pinza de al lado. De pinza en pinza, llega así el infortunado visitante hasta la boca, a la linde de la cual un bosque de dientes mastica sin reposo. El ursino perece por donde ha pecado. Ciertos pececillos le atacan y arrancan una a una las pinzas y ventosas. El ursino no sobrevive a esta paciente depilación.

Las destrucciones de vidas hechas por los peces son casi inimaginables. En un solo día los peces carnívoros matan más peces que peces cogen en un año todos los pescadores del mundo. Se ha calculado que el Atlántico contiene varios billones de individuos de una especie voraz llamada pescado azul. Es un pez lobo, que mata por matar, porque le gusta la sangre. Cada uno de ellos hace morir cruelmente por término medio diez peces por día, lo que suma muchos millares de billones por año. El peso total de los peces destruidos alcanza billones de toneladas. La enormidad de esos estragos casi pasa de los límites de la imaginación. Hay que tener en cuenta que no se trata aquí de una sola especie de peces.

Los gobios, pececillos espinosos que viven en los huecos de las rocas, se tragan regularmente los unos a los otros y regularmente mueren a causa de ello; el tragado, por asfixia, porque tiene la cabeza encerrada dentro de las fauces de su asesino, y éste igualmente por asfixia por la razón inversa. El congrio, común en nuestras costas, que puede ser amansado con facilidad, es de una ferocidad sin igual. Las hembras, en sus arrebatos de descontento, devoran frecuentemente a los machos.

A despecho de esta carnicería recíproca, la mayoría de los peces del mar se nutre sencillamente bebiendo agua, porque un solo trago de agua de mar contiene seres vivientes en número incalculable. El veraneante que “bebe una taza” traga al propio tiempo millares de algas microscópicas, centenares de larvas y bacterias invisibles, huevas, infusorios y pequeños crustáceos nadadores, a los cuales se ve como si fuesen polvo cuando un rayo de sol atraviesa el mar. Si hacemos pasear por la superficie del mar una red de seda, de mallas muy finas, recogeremos una verdadera papilla viviente; tiene gusto a caviar, y si queremos, la podemos comer con pan untado con mantequilla. Los navegantes de la *Kon Tiki* no tuvieron reparo en hacerlo, y les agradó.

Las fierecillas que acaban de ser examinadas parecen ser apacibles cuando nos inclinamos sobre los verdaderos tigres de la orilla: los cangrejos y los pulpos.

El que ha visto comer a un cangrejo guarda el recuerdo imborrable de su glotonería. La langosta, que es de la misma familia, obra exactamente como el perro; cuando su presa es demasiado grande para ser gustada en una sola comida, la entierra en su madriguera. La langosta adora los objetos de plata, como las cornejas. Los pescadores ponen a veces una moneda con el cebo. El cangrejo es el inventor del botón de presión; en efecto: por medio de un instrumento de ese género su doblada cola está como atada a su pecho. Los cangrejos y las langostas tienen el extraño poder de abandonar voluntariamente sus patas al que los coge; poseen un músculo especial que corta el miembro en la articulación y obstruye al mismo tiempo la arteria. Es notable la inteligencia de los cangrejos; cuando un pez quiere engullirlos, extienden sus patas y las conservan rígidas, como por obra del tétanos; por más que el pez dilate sus mandíbulas, no puede tragarse al astuto crustáceo. La fidelidad del cangrejo macho puede ser citada como ejemplo a las personas jóvenes; el macho jamás abandona a la hembra, y en caso de peligro marcha delante para defenderla.

Los más grandes cangrejos de nuestras costas no exceden mucho de los treinta centímetros, pero las especies grandes que habitan en el fondo llegan a alcanzar hasta tres metros de envergadura. En la costa de Escocia ha sido cogido recientemente un cangrejo del abismo, arrojado por la tempestad, que mide un metro y veinte centímetros.

La araña de mar gigante de Japón llega hasta tres metros y treinta centímetros. La capturan los pescadores con mil precauciones respetuosas. Según aseguran, existe también en las costas de Australia un cangrejo antropófago cuya pinza es tan larga como un brazo de hombre. En los bares de Sydney cuentan los marinos que la tripulación de un barco naufragado fue atacada por un cardumen de esos cangrejos, muerta, despedazada y devorada enteramente.

El enemigo íntimo del cangrejo es el pulpo. Leyendas horribles, y el célebre combate de Gilliat en los *Trabajadores del mar* de Víctor Hugo, han dado a este animal una reputación siniestra casi completamente injustificada. En nuestras costas su envergadura no suele pasar de un metro, y es inofensivo para el hombre, salvo

raras excepciones. Es cierto que hace algunos años fue herido gravemente un buzo por un pulpo que pesaba veinticinco kilos en el Mediterráneo; pero este caso es casi único. Hasta dicen que el pulpo es un sentimental, pues se deja acariciar con gran placer. Ordinariamente es de color blancuzco, pero se pone rojo cuando se enfurece, como cualquier hombre un poco sanguíneo. El pulpo causa grandes estragos entre las conchas. Siempre hay regueros de conchas vacías a la entrada de su guarida. Se pretende que el pulpo introduce piedrecitas entre las valvas de las conchas entreabiertas para impedir que vuelvan a cerrarse y poderlas engullir así cómodamente. Cuando persigue a los cangrejos, el pulpo nada lentamente y se detiene encima de cada piedra. Ingeniosamente, con el extremo de sus tentáculos, explora por debajo de las piedras; si allí hay escondido algún cangrejo, el pulpo lo coge con sus ventosas, lo lleva a su boca, lo muerde y lo paraliza instantáneamente con su saliva ponzoñosa.

La existencia de pulpos gigantes en los mares profundos dista de ser una leyenda. Antes de aventurarse en el Pacífico los navegantes de la *Kon Tiki* fueron avisados que debían desconfiar de estos monstruos que salen a la superficie de noche y cuyos tentáculos inmensos hubieran podido arrancarlos de sus literas. Uno de estos animales, arrojado a las costas de Nueva Zelanda, medía diecisiete metros y treinta y cinco centímetros, brazos comprendidos; su cuerpo es grande como una cuba de vino y sus brazos parecen troncos de árbol. Están armados de ventosas grandes como bandejas. Los ojos de estos horribles animales tienen hasta cuarenta centímetros de diámetro.

En la espantosa lucha por la vida que se libra sin cesar en las fronteras de la orilla, los medios de defensa son tan ingeniosos como los ardidés de guerra. Las asustadas conchas segregan mucosidades repugnantes, que son tan pronto hilantes como lechosas o brillantes, viscosas y tenaces, blancas, verdes, encarnadas o rosadas; algunas de ellas huelen a ajo; otras, a limón, o a ron, o a angélica.

Los calamares y pulpos son célebres por su facultad de arrojar nubes de tinta en las cuales se pierden. Esta facultad es común a ciertos gusanos o moluscos. Si son atacados, sueltan bruscamente un chorrillo de tinta que casi tiene las dimensiones de su cuerpo; luego, instantáneamente, mudan de color, toman una coloración clara, y dando un salto rápido se esconden en la arena. Su perseguidor, engañado por esta estratagema, busca en vano a su presa en la nube negra.

Otros animales han inventado, mucho antes que nuestros generales, el arte del enmascaramiento. Los peces de mar son azules por la cara superior y blancos por la inferior, para poder ser confundidos con el color del agua cuando son vistos desde arriba y con el de las nubes o la espuma de las olas cuando son vistos desde abajo.

Algunos de ellos son capaces de cambiar de color cuando pasan de un fondo roqueño oscuro a un fondo arenoso claro. Los langostinos comunes poseen también este curioso poder.

Los peces chatos —rodaballos, lenguados o latíjas— baten en ese campo la marca de lo fantástico. Esos peces deberían nadar normalmente en posición vertical, como todos sus semejantes. Por prudencia han elegido vivir echados en la arena; uno de sus lados se ha vuelto blanco, y es lo que se llama impropriamente su vientre. El dorso tiene la facultad de tomar todos los colores del fondo en que viven. El rodaballo ha sido objeto de experimentos muy curiosos. Uno de esos pobres animales, que fue colocado por los experimentadores sobre un tablero para jugar al ajedrez negro y blanco, reprodujo concienzudamente ese tablero insólito en su dorso.

Al nacer los peces chatos tienen un ojo a cada lado del cuerpo, como todos los peces. Poco a poco el del vientre se traslada, atraviesa el cráneo y viene a situarse al lado del otro, en el dorso. Evidentemente este ojo hubiera seguido siendo inútil en la otra cara que permanece en contacto con el suelo.

El arte del enmascaramiento tiene seguidores entre ellos. Hay, por ejemplo, un pececillo que se disfraza de langostino, lo que es gran locura, porque el langostino es uno de los crustáceos más perseguidos en el mar.

Existe un pulpo que, ante el peligro, pone en sus ventosas piedras y después enrosca sus brazos alrededor de su cuerpo, transformándose de esta forma en un montoncito de piedras inexpugnable.

Sin embargo, en el universo despiadado del fondo del mar subsisten los buenos sentimientos. Las amistades, las asociaciones —a veces de malhechores— están allí tan extendidas como en nuestras sociedades humanas.

La más conmovedora —al parecer— de las amistades del fondo del mar es la que une al congrio y a la langosta. A menudo los vemos juntos en los hoyos de las rocas. La langosta se deja ver, y es un cebo irresistible para los pulpos errantes. Éstos se acercan, aventuran sus tentáculos hacia la langosta. El congrio se desenmascara entonces, mata al pulpo, y los dos compadres se dan luego un banquete en su agujero. Existe otra versión mucho menos edificante. El congrio espera simplemente a que se mueva la langosta para devorarla.

La amistad que tiene la ostra con el pececillo que vive entre sus valvas parece estar exenta de segundas intenciones. La ostra parece amar de veras a su bullicioso compañero; cuando éste muere, le hace unos pasmosos funerales incorporándolo a su concha cubierto de una capa de nácar. La almeja alberga a veces a un lindo y minúsculo cangrejo encarnado; no se sabe para qué le sirve, pero parece que le gusta tenerlo en su compañía. Los autores antiguos creían que el crustáceo representaba el papel de portero o conserje y contaba a la almeja lo que pasaba fuera de la casa. En efecto: la almeja no tiene ojos; es posible que padezca por tener que llevar una vida sedentaria, pues cuando se hallaba en el estado de larva nadaba alegremente sobre la superficie antes de instalarse en una roca y de encerrarse en la concha para siempre.

Más admirable aún es la asociación del caracol llamado soldado y de la anémona de mar. En la concha de caracol se establece una anémona, la cual lo protege contra los peces, que desconfían de sus tentáculos. La anémona se aprovecha de las sobras

de la comida del crustáceo. Cuando el caracol cambia de concha, acaricia con su pata a la anémona, que se ha quedado en la otra concha. La anémona entiende en seguida lo que esto quiere decir y se instala sobre la nueva casa de su compañero.

Algunos cangrejos cogen anémonas con sus pinzas y se pasean con ellas haciéndolas servir de escudos. Más incomprensible es la complacencia que muestran ciertas anémonas y medusas, las cuales permiten vivir en medio de sus tentáculos a uno o a varios peces. Los peces encuentran en el seno de ese arsenal una protección total contra sus enemigos. Jamás la medusa o la anémona les hacen el menor daño, aunque no se adivina qué ventaja sacan de la presencia de ellos.

Los amores que se anudan en el fondo de los mares carecen a menudo de sentimiento. Sin embargo, ciertos peces se besan continuamente, sobre todo en la boca. Verdad es que viven en las aguas cálidas de los mares tropicales. En los climas fríos esas expansiones son raras. Las langostas, sin embargo, son celosas; los machos libran violentas batallas en que pierden las pinzas y las patas.

Nada hay tan triste, en cambio, como los amores de los pulpos. En esos animales el elemento macho se junta en una protuberancia, la cual se desprende y anda vagando a la ventura para ir en busca de las hembras. Pero éstas conocen el amor maternal, incuban sus huevos y echan agua sobre ellos para que las crías salgan antes; y luego, a veces, se comen a sus vástagos.

Se ha creído durante mucho tiempo que la intensa vida de los mares se cumplía en el silencio; pero los norteamericanos han descubierto recientemente, sumergiendo micrófonos en el mar, que éste estaba lleno de ruidos extraordinariamente grandes: maullidos, gruñidos, chillidos y lamentos extraños. En nuestras costas vive un pez que es el único que tiene patas en el mundo, el que llamamos grondin, el cual puede andar por la arena del fondo gracias a tres apéndices colocados a cada lado de su cabeza; da gruñidos siniestros cuando lo sacan del agua. Dando de comer a las viejas —peces multicolores de las rocas—, han observado los sabios del laboratorio oceanográfico de Dinard que el ruido que hacen estos animales con las mandíbulas se oyen claramente a través de los gruesos vidrios del acuario.

Las rocas de nuestras playas están cubiertas generalmente de minúsculas conchas que tienen figura de bonete de abate: los bálanos. En el interior de ellos vive un pequeño crustáceo. Cuando el mar lo cubre de nuevo saca sus largas patas curvas. En un día en que reine mucho silencio, llena a veces el aire un silbido difuso: lo producen los millares de bálanos, que hacen castañetear la tapa de sus conchas en señal de impaciencia: esperan a la marea.

Mucho tiempo se ha discutido sobre si los peces duermen de noche. Los sabios se inclinan a creer que sí. La verdad es que los peces no cierran los ojos porque carecen de párpados. Muchos de ellos se acuestan de lado. Algunos, para dormir, se ponen un extraño vestido listado que se parece, sin duda, a los pijamas que nos ponemos nosotros. Se consolida esta hipótesis si consideramos que ciertos peces, que van vestidos muy sencillamente de día, llevan durante la noche pijamas extremadamente

llamativos, como la mayoría de los seres humanos. Pese al esfuerzo científico que le ha consagrado el siglo XX, el mar guarda sus pequeños y grandes misterios.

Un misterio es esa conchita de los Mares del Sur que depositó un día el mar en una playa de Dinard.

Un misterio es la desaparición total de los maquereles, los cuales, en el verano, pululan en nuestras costas y desaparecen de todos los mares conocidos durante el invierno. Jamás se ha sacado ninguno después de los dragados hechos en el fondo.

Aún es más incomprensible el misterio de la capa de sustancia desconocida descubierta por los sondeadores acústicos entre los doscientos y ochocientos metros en casi todos los mares del mundo. ¿Se trata de inmensos bancos de langostinos, de fabulosos cardúmenes de peces o de una nube de pulpos y calamares gigantescos?

Nuestras costas no resguardan a casi ningún animal peligroso para el hombre, excepto el diminuto pez que se llama araña o dragón marino. Conviene desconfiar de él cuando anda por los charcos dejados en las playas por el mar descendente. Las aletas dorsales de los dragones llevan púas que comunican con glándulas que segregan veneno. Los dragones se hunden en la arena y sólo sacan las púas. Las punzadas causan una hinchazón dolorosa.

Si ahora pueden ser observadas en nuestras costas todas las maravillas de la vida marina, acaso no sucederá lo mismo dentro de algunos años.

En efecto: una misteriosa epidemia arruina los herbarios de algas que, en las costas roqueñas, son la morada predilecta de los animales marinos. Algunas especies escasean ya.

Por último la moda de tomar baños de mar es causa directa de devastación. La costumbre que tienen los veraneantes que pescan en las rocas de mudar la posición de las piedras tiene consecuencias catastróficas. En la cara inferior de las piedras hay, en efecto, vegetales y animales cuya presencia es necesaria para la vida de los animales del mar. Si se muda la posición de las piedras, todas esas cosas mueren al ser expuestas al sol. Pasarán muchos años antes no vuelva a constituirse en el otro lado de la piedra el complejo conjunto de condiciones biológicas destruido de ese modo. Playas enteras han quedado despobladas porque los pescadores mudaban la posición de las piedras y luego no volvían a ponerlas en la posición de antes. Corresponde a los veraneantes el conservar por medio de esta sencilla precaución el maravilloso museo viviente que hay a la orilla del mar.

FELIPE DE BALEINE.

Notas

[1] El Rey y la reina habían ordenado que dos carabelas fueran procuradas por la ciudad de Palos y puestas a la disposición de Colón. Otro decreto obligaba a los capitanes y tripulación a partir con el Almirante en la dirección que él juzgara conveniente. <<

[2] Probablemente una estrella errante. <<

[3] Colón la llamó San Salvador. <<

[4] Se refiere al tabaco que fumaban aquellos salvajes. <<

[5] En Oceanía el tabú, lanzado aquí sobre la bahía, es una consagración religiosa, una rigurosísima prohibición de tocar, e incluso mirar, una persona o cosa. <<

[6] El estrecho descubierto a continuación por La Pérouse. <<

[7] No hay que olvidar que, como aún no estaba inventada la dínamo, la corriente eléctrica era suministrada únicamente por pilas. La experiencia había de demostrar más tarde que una corriente producida por una pila del tamaño de un dedal podía atravesar fácilmente el Atlántico. <<